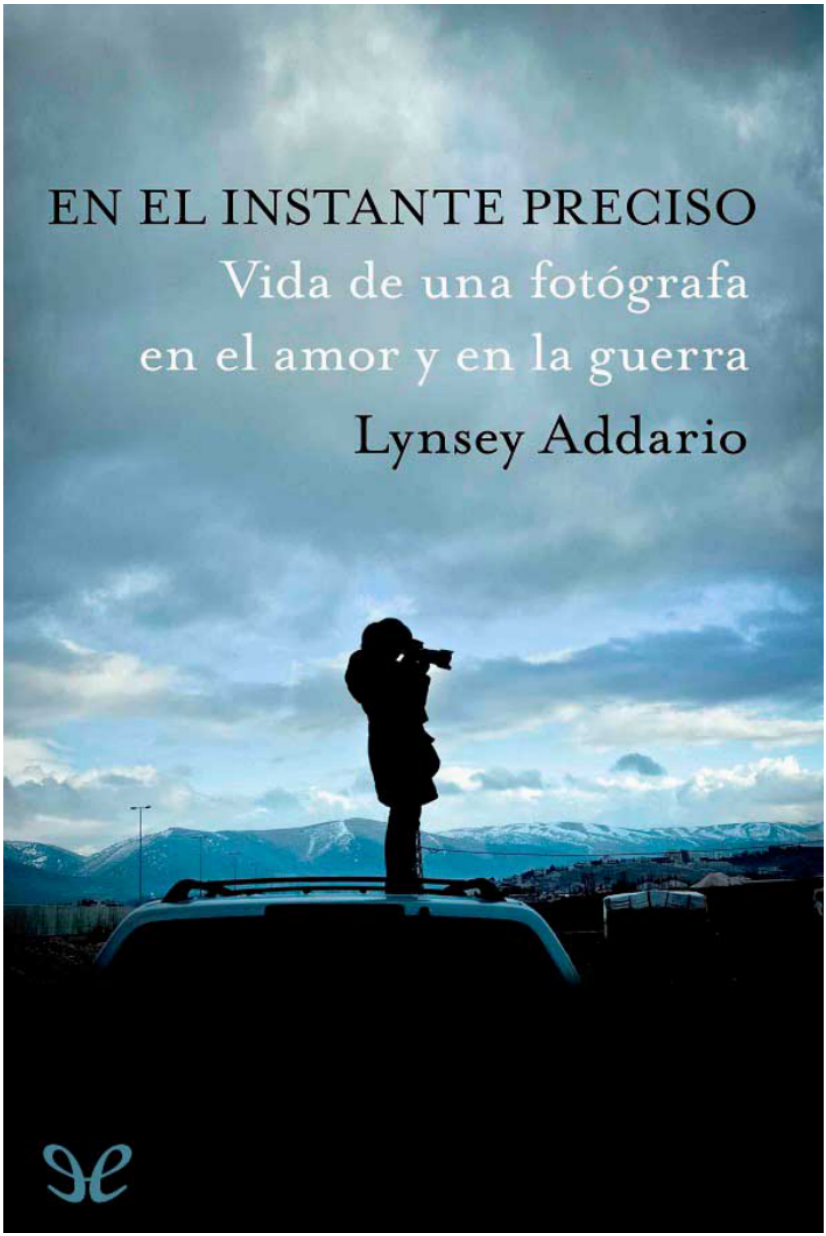
EN EL INSTANTE PRECISO

Vida de una fotógrafa en el amor y en la guerra

Lynsey Addario



La autora ganadora del Premio Pulitzer de fotoperiodismo nos presenta un libro de memorias brutalmente real, tan inspirador como revelador.

Addario, ganadora de un Premio Pulitzer y considerada una de las fotoperiodistas más importantes del mundo, ha cubierto conflictos en Afganistán e Irak, ha presenciado el genocidio de Darfur y ha denunciado las violaciones a mujeres en la República Democrática del Congo. En 2011 fue secuestrada en Libia junto con otros tres periodistas del Times, por soldados de Gadafi. Con este libro de memorias, Addario cuenta su trayectoria en dichos países a la vez que da voz a las víctimas del conflicto, relatando (también a nivel fotográfico) algunos de los episodios más importantes de la historia del siglo XX y XXI. Un libro lleno de descripciones profusas, donde no solo la fotografía, sino también la trama narrativa de Addario nos sitúan en el centro de la batalla. La ambientación y la descripción del contexto hacen que el lector se sienta uno más, y que pueda entender la sensación de terror que surge ante la experiencia de una guerra.

Lynsey Addario

En el instante preciso: vida de una fotógrafa en el amor y en la guerra

ePub r1.0
Titivillus 30-08-2023

Lynsey Addario, 2015
Traducción: Ana Herrera Ferrer

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Paul y Lukas, mis dos amores

Prólogo

Agedabia, Libia, marzo del 2011

Me encontraba a las puertas de un hospital de cemento blanquecino junto a Agedabia, una pequeña ciudad en la costa norte de Libia, a más de ochocientos kilómetros al este de Trípoli, bajo la luz perfecta de una límpida mañana. Otros periodistas y yo observábamos un coche al que había alcanzado un bombardeo aquella mañana. La ventanilla trasera había volado por los aires, y había restos humanos salpicados por todo el asiento posterior. En el asiento del pasajero se veía parte de un cerebro y en la bandeja trasera había trozos de cráneo incrustados. Los empleados del hospital, de uniforme blanco, los recogían con cuidado y los metían en una bolsa. Levanté mi cámara para fotografiar lo que ya había fotografiado tantas veces antes, pero la volví a bajar y me hice a un lado para dejar el turno a los otros fotógrafos. Aquel día no pude hacerlo.

Era marzo del 2011, el principio de la Primavera Árabe. En Túnez y Egipto habían hecho erupción inesperadamente unas revoluciones eufóricas y triunfantes contra sus dictadores de toda la vida (millones de personas gritaban y bailaban por la calle, celebrando su recién hallada libertad), y después los libios se habían rebelado también contra su propio tirano, Muamar el-Gadafi. Este llevaba en el poder más de cuarenta años, y había fundado grupos terroristas por todo el mundo mientras torturaba, mataba y hacía desaparecer a sus compatriotas libios. Gadafi era un maníaco.

Yo no había cubierto Túnez ni Egipto porque tenía una misión en Afganistán, y me había dolido mucho perderme momentos tan importantes de la historia. No pensaba perderme lo de Libia. Esta revolución, sin embargo, se había convertido rápidamente en una

guerra. Los soldados de infantería de Gadafi, tristemente famosos por su bravuconería, invadían las ciudades rebeldes, y sus fuerzas aéreas machacaban a los combatientes que iban en camiones destartalados. Los periodistas habíamos llegado sin chalecos antibalas. Esperábamos no necesitar los cascos.

Me llamó Paul, mi marido. Intentábamos hablar al menos una vez al día, mientras yo estaba fuera, pero mi teléfono móvil libio apenas tenía cobertura, y ya habían pasado varios días desde la última vez que habíamos hablado.

—Hola, cariño. ¿Qué tal te va? —Me llamaba desde Nueva Delhi.

—Estoy muy cansada —le respondí—. He hablado con David Furst —mi editor del *New York Times*—, y le he pedido cambiar de turno dentro de una semana. Volveré al hotel de Bengasi esta tarde, e intentaré quedarme allí hasta que nos vayamos. Quiero volver a casa —traté de que mi voz sonara tranquila—. Estoy agotada. He tenido un mal presentimiento, creo que va a pasar algo.

No le dije que las últimas mañanas me había despertado con muy pocas ganas de levantarme de la cama, ni que me había quedado demasiado rato tomando el café instantáneo, mientras mis colegas y yo preparábamos las cámaras y cargábamos las bolsas en los coches. Cuando cubría alguna guerra, había días en los que sentía un valor sin límites, y otros en cambio, como aquellos de Libia, estaba aterrorizada desde que me despertaba. Dos días antes había entregado un disco duro lleno de imágenes a otro fotógrafo para que lo enviara a mi agencia, por si yo no sobrevivía. Al menos, si no volvía, mi trabajo se salvaría.

—Tendrías que volver a Bengasi —dijo Paul—. Siempre has hecho caso de tus instintos.

Cuando llegué a Bengasi, hacía dos semanas, esta era una ciudad recién liberada, una escena muy familiar para mí, como Kirkuk después de Sadam, o Kandahar después de los talibanes. Se había prendido fuego a los edificios, vaciado las prisiones e instalado un gobierno provisional. La gente se sentía feliz. Un día visité a unos hombres que se habían reunido en la ciudad para realizar un entrenamiento militar. Parecía una parodia de Monty Python: un grupo heterogéneo de libios permanecían en posición de firmes, en estricta formación, o intentaban marchar como los soldados, o

miraban asombrados una pila de armas. Los rebeldes eran gente corriente (médicos, ingenieros, electricistas) que se habían puesto toda la ropa caqui, chaquetas de cuero o zapatillas deportivas Converse que tenían en el armario, y se habían subido a la parte trasera de camiones cargados con lanzacohetes Katiusha y granadas propulsadas por cohete. Algunos hombres llevaban oxidados fusiles Kalashnikov; otros empuñaban cuchillos de caza. Otros no tenían arma alguna.

Las tropas de la oposición disparan a un helicóptero del Gobierno, mientras este rocía la zona con fuego de ametralladora. Se consiguió que los opositores retrocedieran de nuevo hacia el este, abandonando Bin Yauad y dirigiéndose hacia Ras Lanuf, pero al día siguiente arrebataron esta ciudad, en el norte de Libia, a las tropas leales a Gadafi, 6 de marzo del 2011.

Los rebeldes buscan voluntarios para luchar en Bengasi, 1 de marzo del 2011.

Un rebelde consuela a su camarada herido junto al hospital de Ras Lanuf, 9 de marzo del 2011.

Rebeldes y conductores miran hacia el cielo previendo una bomba del avión que se acerca, 10 de marzo del 2011.

Los combatientes rebeldes avanzan la línea de combate en un día de intensas luchas en Ras Lanuf, 11 de marzo del 2011.

Cuando los trasladaban por la carretera de la costa hacia Trípoli, la capital, todavía dominada por Gadafi, los periodistas nos subíamos a los sedanes amazacotados, de cuatro puertas, y los seguíamos hacia lo que se convertiría en la línea del frente. Viajábamos junto a ellos, los veíamos cargar munición y esperábamos.

Y entonces una mañana, uno de los primeros días en aquella carretera solitaria, de repente apareció un helicóptero de combate y nos lanzó una ráfaga de balas, escupiéndolas hacia nosotros indiscriminadamente. El grupo de combatientes disparó al aire con los Kalashnikov. Un chico incluso les tiró una piedra; otro, con los ojos desorbitados de terror, corrió hacia un arcén arenoso poco hondo. Yo me agaché junto al morro de un «dos caballos» e hice una foto, y comprendí que aquella guerra iba a ser distinta.

El frente discurría a lo largo de una carretera yerma, rodeada de arena, que se extendía plana hasta el horizonte azul. A diferencia de las guerras de Irak y Afganistán, no había búnkeres en los que meterse, ni edificios detrás de los que esconderse, ni ningún Humvee acorazado en cuyo suelo acurrucarse. En Libia, cuando oíamos el zumbido de un avión, iniciábamos esta serie de movimientos: nos quedábamos quietos, mirábamos hacia el cielo y nos encogíamos de miedo, a la expectativa de los disparos o las bombas, e intentábamos adivinar dónde caerían. Algunas personas se quedaban echadas de espaldas, otras se tapaban la cabeza, unos rezaban y otros echaban a correr, solo por hacer algo, porque no había ningún sitio adonde ir. Siempre estábamos expuestos bajo el inmenso cielo mediterráneo.

Llevaba ya más de diez años como fotógrafa de conflictos bélicos, y había cubierto las guerras en Afganistán, Irak, Sudán, la República Democrática del Congo y en el Líbano. Pero nunca había visto nada tan aterrador como la de Libia. El fotógrafo Robert Capa dijo una vez: «Si tus fotos no son lo bastante buenas, es que no estabas lo bastante cerca». En Libia, si no estabas lo bastante cerca, es que no había nada que fotografiar. Y una vez que te acercabas lo suficiente, estabas en la línea de fuego. Aquella semana vi que algunos de los mejores fotógrafos de prensa del mundo, veteranos de Chechenia, Afganistán y Bosnia, se iban de inmediato, después de que cayeran las primeras bombas. «No vale la pena», decían.

Hubo momentos en que yo misma también pensé: «Esto es una locura. ¿Qué estoy haciendo aquí?». Pero otros días sentía la típica y conocida exaltación al pensar: «En realidad estoy viendo cómo se desarrolla una revolución. Estoy viendo a esta gente luchar a muerte por su libertad. Estoy documentando el destino de una sociedad que lleva décadas oprimida». Hasta que te hieren, te matan o te secuestran, crees que eres invencible. Y hacía unos cuantos años que no me pasaba nada.

Los otros periodistas se iban del lugar, hacia el hospital. Sabía que era el momento de volver al frente. Los ruidos de la guerra resonaban en la distancia: bombardeo, fuego antiaéreo, sirenas de ambulancias… No quería que Paul oyera aquellos ruidos.

—Cariño, tengo que dejarte. Nos veremos pronto, amor mío. Te quiero.

Aprendí mucho tiempo atrás que es una crueldad permitir que tus seres queridos se preocupen por ti. Solo les digo lo que necesitan saber: dónde estoy, adónde voy y cuándo volveré a casa.

Estaba allí enviada por *The New York Times* con otros tres periodistas galardonados: Tyler Hicks, fotógrafo y amigo a quien, curiosamente, conocía desde siempre, porque nos criamos juntos en Connecticut; Anthony Shadid, quizá el mejor reportero que haya trabajado jamás en Oriente Medio, y Stephen Farrell, periodista británico-irlandés que llevaba años trabajando en zonas de guerra. Entre todos reuníamos cincuenta años de experiencia de trabajo en lugares horribles. Habíamos entrado ilegalmente en el país desde Egipto, junto con muchísimos periodistas más.

Salimos juntos de aquel hospital de las afueras y nos dirigimos hacia el centro de Agedabia para buscar el frente. Anthony y Steve iban en un coche, y Tyler y yo, en otro con nuestro conductor, Mohamed. Era difícil encontrar un buen conductor en Libia. Mohamed, un estudiante universitario de voz suave, de cara juvenil y un hueco entre los incisivos centrales superiores, siguió con nosotros mucho después de que la mayoría de sus colegas se hubieron ido. Para él, aquel trabajo era su contribución a la revolución. Un conductor como Mohamed, que estaba conectado con una red de otros conductores y rebeldes, nos ayudaba a decidir dónde podíamos ir y cuánto tiempo nos podíamos quedar. Sus

indicaciones a menudo determinaban nuestro destino. Su contribución tenía un valor incalculable.

A medida que íbamos recorriendo una calle vacía, en el centro de la ciudad, proyectiles de artillería perforaban el pavimento cercano, enviando fragmentos de metralla en todas direcciones. El conductor de Anthony y Steve detuvo el coche de repente y se puso a descargar sus pertenencias en la calle. Abandonaba. Habían disparado a su hermano en el frente. Sin perder tiempo, Mohamed paró el coche y guardó las cosas de los demás en el portaequipajes, y Anthony y Steve se metieron también en nuestro coche. Yo estaba intranquila porque, en zonas de guerra, los periodistas suelen viajar en convoyes de dos vehículos, por si uno de ellos falla. Disponer de dos vehículos asegura también que si uno sufre un ataque, menos personas sufrirán las consecuencias.

Cuatro periodistas en un solo coche significaba asimismo demasiados chefs en una cocina: cada uno de nosotros tenía una idea muy distinta de lo que nos convenía hacer. A medida que íbamos avanzando, Anthony, Tyler, Steve y yo debatíamos el nivel de peligro. En las zonas de guerra, las cosas suelen ser así para los reporteros y los fotógrafos: una negociación inacabable sobre lo que pretende hacer cada uno, quién quiere quedarse y quién quiere irse. ¿Cuándo se tienen los suficientes datos y fotos para explicar la historia con precisión? Deseamos ver más combates, enterarnos de las últimas noticias, seguir informando hasta ese último segundo anterior a la agresión, la captura o la muerte. Somos codiciosos por naturaleza: siempre queremos más de lo que tenemos. El consenso en el coche, en aquel momento, fue continuar trabajando.

Agedabia era una ciudad norteafricana próspera, con edificios bajos de cemento de color melocotón, amarillo y ocre, terrazas de gruesas paredes y llamativos letreros pintados en las fachadas, escritos en árabe. Los pocos civiles que se encontraban en las calles huían. Corrían con mucha convicción, llevando sus pertenencias encima de la cabeza. Un flujo inacabable de coches pasaba junto a nosotros, en dirección opuesta. Las familias se habían hacinado en furgonetas abiertas y turismos de cuatro puertas, aprovechando hasta el último centímetro disponible; mantas y ropas apretujadas sin orden ni concierto en las ventanillas de atrás desbordaban por la parte trasera. Algunas familias se acurrucaban debajo de unas lonas

impermeables. En realidad era la primera vez que veía mujeres y niños en la ciudad de Agedabia. En una sociedad conservadora como la libia, las mujeres solían quedarse en casa. Y si se las veía fuera de su hogar en aquellos momentos, era porque se iban, dirigiéndose hacia el este mientras los combates se adentraban en la ciudad desde el oeste.

Temí que ya nos tocara irnos a nosotros también. El éxodo constante de civiles que salían de la ciudad significaba que sus habitantes pensaban que Agedabia podía caer en manos de las tropas de Gadafi. ¿Habrían llegado ya? Sabíamos lo que nos podía pasar, si los hombres de Gadafi descubrían a cuatro periodistas occidentales que se habían introducido ilegalmente en territorio rebelde. Él mismo había declarado en discursos públicos que todos los reporteros del este de Libia eran espías y terroristas, y que, si los encontraba, los mataría o detendría.

Volvimos al hospital para hablar con los demás periodistas y calcular las bajas que se estaban produciendo en la batalla, cada vez más encarnizada. Anthony, Steve y Tyler entraron a pedir el número de teléfono de un médico libio para llamarlo por la noche desde Bengasi, y que les indicara el número total de bajas del día. Para los reporteros era necesario tener fuentes dentro de la ciudad por si el poder cambiaba de manos y no podíamos regresar. Yo me quedé junto a la carretera, frente al hospital, fotografiando a los libios que huían.

En la acera donde me hallaba, un fotógrafo francés, al que conocía de Irak y Afganistán, deliberaba con varios periodistas franceses cuál sería su próximo paso. Hablaban en tono bajo y serio, con esa voz teñida de sarcasmo que usan los periodistas para templar los nervios. Los reporteros galos, en general, tienen fama de ser muy intrépidos y alocados. Se decía en broma que si los franceses abandonaban una zona de combate antes que tú, estabas bien jodido. Laurent van der Stockt, conocido y valeroso fotógrafo de conflictos bélicos, que había cubierto las guerras más importantes de las dos últimas décadas (le habían disparado dos veces y una vez le hirió la metralla de un mortero en la mismísima línea de fuego), miraba la larga fila de coches que salían de la ciudad.

Se volvió hacia mí y me dijo:

—Nos vamos. Es hora de volver a Bengasi.

Eso significaba que habían tomado la decisión de retirarse de la acción y dirigirse a una ciudad que estaba a unos ciento cincuenta kilómetros, a dos horas de distancia. Lo dejaban por el momento. Laurent había decidido que no valía la pena correr el riesgo por las fotos. Pensaban que la situación era demasiado peligrosa.

Contemplé con horror cómo se subían a los coches, pero no dije nada. No quería ser la fotógrafa cobarde, ni la chica aterrorizada que impide a los hombres hacer su trabajo. Tanto Tyler, como Anthony y Steve habían pasado más de una década trabajando en zonas de guerra; sabían lo que hacían. Quizá mi criterio no fuera acertado aquel día. Mientras continuábamos atravesando Agedabia en coche, miré por la ventanilla e intenté retirarme a un lugar cómodo, mentalmente. Las mezquitas en torno a la ciudad difundían a todo volumen la llamada a la plegaria.

Los coches pasaban sin cesar en sentido contrario. Éramos los únicos que íbamos en aquella dirección.

—Chicos, creo que es hora de irnos —dijo Steve; mi miedo tenía un aliado.

—Sí, yo también lo creo… —murmuré.

Agradecí mucho oír la voz de la sensatez encarnada en Steve, pero ni Tyler ni Anthony respondieron a nuestra sugerencia.

Cuando llegamos a una rotonda, Tyler y Anthony se bajaron del coche y se alejaron andando para entrevistar a algunos rebeldes. Había gente que contemplaba la acción que se aproximaba con indiferencia; otros hombres corrían de aquí para allá, disparando las armas al aire. Yo no sabía adónde ir. No quería estar ni aquí ni allá, y apenas podía llevarme la cámara a los ojos. Hasta los fotógrafos más experimentados tienen días así. No eres capaz de enmarcar una toma, ni de captar el momento. El miedo que sentía me debilitaba, como si fuera una dolencia física. Mientras tanto Tyler estaba en su elemento, concentrado e incansable. Me imaginé lo que estaba captando mientras yo, torpe y asustada, me perdía las escenas, pues apretaba el disparador demasiado tarde.

Corrí detrás de él y oí el silbido familiar de una bala. Levanté la vista hacia los tejados: los francotiradores de Gadafi estaban ya en la ciudad. Supuse que todos se habían dado cuenta de la gravedad de la situación, pero al volver al coche, vi que Anthony estaba

tomando el té con un puñado de hombres junto a un camión de municiones, parloteando alegremente en árabe. Aunque tenía cuarenta y tantos años parecía mayor, debido a la canosa barba y al abultado vientre. Le brillaban los ojos, cálidos y amistosos, mientras escuchaba a los libios y fumaba tranquilamente un cigarrillo, gesticulando al hablar, como si estuviera pasando un rato agradable con unos amigos en una piscina.

Pero Steve, a quien habían secuestrado dos veces (una en Irak y otra en Afganistán) parecía asustado. Se quedó junto al coche con Mohamed, como si con ello pudiera impulsar a los demás a concluir su trabajo. Los libios que nos rodeaban chillaban: *Qanas! Qanas!* (¡Francotiradores! ¡Francotiradores!).

Mohamed se estaba poniendo frenético.

—Tenemos que irnos a Bengasi —suplicó. Su hermano le había telefoneado, advirtiéndole de que los hombres de Gadafi habían entrado ya en la ciudad desde el oeste. Por ello, nos instó para que regresáramos al coche, y salimos por la puerta este de la ciudad.

De camino hacia la salida, Tyler pidió a Mohamed que detuviera el coche por última vez para echar un vistazo a un grupo de combatientes rebeldes que estaban montando unas granadas propulsadas por cohete. De mala gana el conductor se paró a un lado de la calle, y Tyler saltó del vehículo para fotografiarlos, animado por un torrente de adrenalina que yo misma conocía muy bien: esa sensación de satisfacción cuando haces fotos que pocas personas más se atreverían a hacer. Mohamed volvió a telefonear inmediatamente a su hermano para ver cómo iban las cosas. Me di cuenta de que estábamos transgrediendo los límites, que nos quedábamos después de que nos hubieran dicho que nos fuésemos, pero mi deseo de dirigirnos a un lugar seguro me parecía una tremenda debilidad. No quería que mis colegas pudieran acusarme nunca de ser debilucha o poco profesional; era dolorosamente consciente de ser la única mujer que iba en aquel vehículo.

Un coche paró junto a nosotros. Alguien exclamó:

—¡Están en la ciudad! ¡Están en la ciudad!

—¡Tyler!, —gritó Mohamed con la cara demudada por el miedo.

—¡Vámonos!, —chilló Steve. Tyler se subió al coche, y salimos disparados.

La noche anterior, mi editor —David— y yo acordamos que lo

llamaría a las nueve de la mañana, hora de Nueva York. Consulté el reloj y marqué su número. No podía conseguir línea. Marqué de nuevo. Nada. Seguí marcando su extensión una y otra vez, mientras golpeaba el teléfono. Cuando levanté la vista y guiñé los ojos mirando a lo lejos, vi algo que no había visto desde hacía semanas: tráfico.

—Creo que son los hombres de Gadafi —murmuré.

Tyler y Anthony negaron con la cabeza.

—No, imposible —dijo Tyler.

Al cabo de unos segundos el horizonte borroso se convirtió en unas figuras pequeñas de color aceituna. Yo tenía razón.

Tyler también se dio cuenta.

—¡No pares!, —chilló.

Cuando te acercas a un control hostil, tienes dos opciones, y con las dos corres un riesgo. La primera es parar e identificarte como periodista, y esperar que te respeten como profesional neutral que eres. La segunda es pasar a toda velocidad y esperar que no te disparen.

—¡No pares! ¡No pares!, —gritaba Tyler.

Pero Mohamed estaba aminorando y sacaba la cabeza por la ventanilla.

—*Sahafi!* ¡Prensa!, —chilló a los soldados. Abrió la portezuela del coche para salir, y los soldados de Gadafi lo rodearon al momento—. *Sahafi!*

De un revuelo se abrieron todas las puertas a la vez, y sacaron a Tyler, Steve y a Anthony del coche. Yo, inmediatamente, cerré mi portezuela y enterré la cabeza en el regazo. Sonaron disparos. Al alzar la vista, estaba sola. Era evidente que tenía que salir del coche y correr para ponerme a cubierto, pero no podía moverme. Me hablé a mí misma en voz alta, una táctica que usaba cuando mi voz interior no sonaba lo suficientemente convincente.

—Sal del coche. Sal. Corre.

Me agaché y gateé por el asiento trasero, con la cabeza baja, y al salir por la portezuela, me puse de pie y, al instante, noté las manos de un soldado que me tiraban de los brazos y me intentaban arrebatar las dos cámaras. Cuanto más tiraba él, más me resistía yo. Las balas silbaban a nuestro alrededor. Levantaban polvo en torno a mis pies. A nuestra espalda, los rebeldes estaban acribillando el

control del ejército desde el lugar del que acabábamos de huir. El soldado tiró de mi cámara con una mano y me apuntó con un arma con la otra.

Estuvimos así diez segundos interminables. Por el rabillo del ojo vi a Tyler correr hacia un edificio de cemento de una sola planta que estaba delante. Confié en su instinto. Necesitábamos apartarnos de la línea de fuego antes de negociar nuestro destino con los soldados.

Entregué mi riñonera y una de las cámaras y agarré fuerte la otra, sacando las tarjetas de memoria mientras echaba a correr detrás de mis colegas, que, entre el caos y las balas, también habían escapado de sus captores. Notaba las piernas muy lentas, y clavé la vista en Anthony, que iba delante de mí.

—¡Anthony…! ¡Anthony, ayúdame…!

Pero él había tropezado y caído de rodillas. Cuando me miró, su rostro, normalmente pacífico, estaba deformado por el pánico, indiferente a mis gritos. Su cara parecía tan antinatural que me aterrorizó más que nada en el mundo. Debíamos llegar hasta donde estaba Tyler, que se nos había adelantado a la carrera y parecía que podía escapar.

No sé cómo los cuatro conseguimos reunirnos en el edificio de bloques de cemento construido un poco apartado de la calle, protegido del combate que continuaba encarnizado detrás de nosotros. Una mujer libia con un niño en brazos estaba de pie junto a nosotros, llorando, mientras un soldado intentaba consolarla. El militar no nos hizo el menor caso porque sabía que no podíamos ir a ningún sitio.

—Estoy pensando en salir corriendo —dijo Tyler.

Miramos a lo lejos: el desierto al descubierto se extendía en todas direcciones.

Al cabo de unos segundos, cinco soldados gubernamentales se nos echaron encima, apuntándonos con las armas y chillando en árabe, con la voz llena de odio y adrenalina y las caras contorsionadas como si fueran máscaras de rabia. Nos ordenaron que nos echáramos boca abajo sobre el polvo, haciéndonos señas con las manos. Todos nos quedamos quietos, suponiendo que aquel era el momento de nuestra ejecución. Y poco a poco nos fuimos agachando y suplicamos por nuestra vida.

Yo apreté la cara contra el suelo, comiéndome un puñado de polvo fino, mientras un soldado me apretaba las manos a la espalda y me separaba las piernas a patadas. Los soldados nos chillaban a nosotros y se chillaban entre sí, señalando con las armas hacia nuestras cabezas; nosotros cuatro guardamos silencio, sumisos, esperando a que nos ejecutaran.

Eché una ojeada a Anthony, Steve y a Tyler para asegurarme de que estaban allí todavía, juntos y vivos, y luego, rápidamente, miré hacia la arena.

—¡Dios mío, Dios mío, por favor, Dios, sálvanos!

Levanté un poco la vista del suelo y vi el cañón de un arma y los ojos del soldado. Lo único que se me ocurría era suplicar, pero tenía la boca tan seca que parecía que mi saliva hubiera sido reemplazada por polvo. Apenas podía articular palabra.

—Por favor —susurré—. Por favor…

Esperaba el estruendo del arma, que sería el final de mi vida. Pensé en Paul, en mis padres, en mis hermanas y mis dos abuelas, que ya pasaban de los noventa. Cada segundo parecía una eternidad. Los soldados seguían gritándose unos a otros, apuntando las armas a nuestras cabezas.

—*Jawaz!* —chilló de repente uno de ellos. Querían nuestros pasaportes; se los entregamos. El soldado se inclinó y me registró en busca de pertenencias, sacando cosas de los bolsillos de mi chaqueta: la BlackBerry, las tarjetas de memoria, algunos billetes sueltos… Sus manos se movían deprisa, pero no localizaron mi segundo pasaporte, escondido en un cinturón para guardar dinero que llevaba por dentro de los vaqueros, hasta que llegó a mis pechos. Se detuvo. Los apretó un poco, como un niño que tocara una bocina de goma.

«Por favor, Dios mío. No quiero que me violen». Me apreté todo lo que pude en posición fetal.

Pero el soldado tenía otras preocupaciones. Me quitó mis Nike grises, de suela fluorescente amarilla, y oí el sonido siseante de los cordones al sacarlos de los ojales. Noté el aire en los pies. Me ató los tobillos juntos, me puso las manos a la espalda y me sujetó las muñecas con un trozo de tela, tan fuerte que no notaba las manos. Luego me apretó la cara contra el asqueroso suelo.

«¿Volveré a ver a mis padres? ¿Volveré a ver a Paul? ¿Cómo he

podido hacerles esto? ¿Me devolverán mis cámaras? ¿Cómo he llegado hasta este sitio?».

Los soldados me levantaron cogiéndome de pies y manos y se me llevaron de allí.

Aquel día en Libia me hice una serie de preguntas que todavía me acosan: ¿Por qué haces este trabajo? ¿Por qué arriesgas tu vida por una foto?

Después de diez años como corresponsal de guerra, sigue siendo una pregunta difícil de responder. La verdad es que hay pocos de nosotros que hayamos nacido para este trabajo. Lo descubrimos por casualidad quizá, o gradualmente. Entrevemos un atisbo de esa vida tan poco habitual y esa profesión extraordinaria y queremos hacerlo, por muy extenuante, estresante o peligroso que sea. Es nuestra forma de ganarnos la vida, pero más bien parece una responsabilidad, o una vocación. Nos hace felices, porque nos da la sensación de servir para algo. Damos testimonio ante la historia e influimos en la política. Y sin embargo, pagamos también un elevado precio por ese compromiso. Cuando un periodista muere en combate, o pisa una mina terrestre y pierde las piernas, o destroza a su familia y amigos al ser secuestrado, yo me pregunto por qué elegí esta vida.

No tenía ni idea de que me convertiría en fotógrafa de conflictos bélicos. Yo quería viajar, aprender del mundo fuera de Estados Unidos y me di cuenta de que la cámara era una compañera consoladora. Me abrió nuevos horizontes y me dio acceso a los momentos más íntimos de la gente. Descubrí el privilegio de ver la vida con toda su complejidad, la emoción de aprender algo nuevo cada día. Cuando estaba detrás de una cámara, era el único lugar del mundo en el que deseaba estar.

El lugar donde nos apresaron, fotografiado un mes después por Bryan Denton para el New York Times.

Mi zapatilla sin cordones, donde nos ataron.

Fue en Argentina, a los veintidós años, cuando me concienciéde que podía ganarme la vida (al principio, por diez dólares la foto)

con esa afición que tanto me gustaba. En cuanto empecé a trabajar, una carrera como fotoperiodista no me pareció un sueño tan distante. La cuestión era cómo avanzar en un oficio tan competitivo. Conseguí un trabajo como corresponsal a tiempo parcial para la Associated Press en Nueva York, y una vez que tuve experiencia, me arriesgué y viajé primero a Cuba, luego a la India, Afganistán, México D. F.… Me encontraba cómoda en lugares que a la mayoría de la gente les parecían aterradores, y a medida que veía más mundo, mi valor y mi curiosidad aumentaban.

Estaba comenzando como reportera cuando los atentados del 11 de septiembre cambiaron el mundo. Junto con cientos de periodistas más, presencié la invasión de Afganistán. Era la primera vez que la mayor parte de nosotros participábamos en una historia que implicaba a nuestras propias tropas y a nuestras propias bombas. La Guerra contra el Terror creó una nueva generación de periodistas de guerra, y cuando las contiendas se fueron volviendo cada vez más injustas, nuestro compromiso se hizo más profundo. Teníamos la obligación de enseñar la verdad al mundo, y la sensación de estar cumpliendo una misión consumía nuestras vidas. En el frente nos convertimos en una familia. Nos vimos unos a otros pasar por aventuras, matrimonios, divorcios y muertes. Ahora que las operaciones de combate en Irak y Afganistán casi han cesado, nos vemos sobre todo en bodas y funerales.

En mis inicios, corría a cubrir las historias más importantes, pero a lo largo del tiempo las he ido eligiendo de una manera más personal. Cuando veo imágenes en periódicos, revistas o Internet (campos de refugiados en Darfur, mujeres en la República Democrática del Congo, veteranos heridos), el corazón me da un vuelco. Y, de repente, me invade esa furia silenciosa, una inquietud que significa que sé que iré allí. El trabajo va cogiendo su propio ritmo. Puedo pasar dos semanas fotografiando a mujeres que mueren de cáncer de pecho en Uganda, y de camino a mi país, en el avión, ya estoy proyectando mi siguiente trabajo sobre los rebeldes maoístas en las selvas de la India. Cuando vuelvo a mi hogar, a Londres (con mi marido, Paul, y mi hijo, Lukas) edito unas ocho mil fotos de Uganda, me tomo un respiro para llevar a Lukas al parque y quizá para discutir con un editor un futuro encargo en el sur de Turquía. Cuando la gente me pregunta por qué voy a esos sitios, no

me están haciendo la pregunta adecuada. Para mí, el dilema no es nunca si ir o no a Egipto, a Irak o a Afganistán; el problema es que no se puede estar en dos de esos sitios a la vez.

Con mis protagonistas (los miles de personas a las que he fotografiado) he compartido la alegría de la supervivencia, el valor de resistir a la opresión, la angustia de la pérdida, la resistencia de los oprimidos, la brutalidad de lo peor de los hombres y la ternura de lo mejor. Mantengo relaciones con conductores y «conseguidores», esos nativos de confianza en los que me he apoyado durante años para preparar reuniones, traducir entrevistas y moverme por una cultura ajena. Hoy en día, un intérprete con el que trabajé hace trece años en Afganistán puede aparecer de repente en una reunión en una oficina de las Naciones Unidas. Todos ellos forman parte de mi círculo humano tanto como cualquier otra persona, y cuando su país sufre una nueva tragedia, siento la responsabilidad de ver cómo los está afectando. A menudo me escriben: «¿Viene usted, señora Lynsey?».

Por supuesto hay peligros, pero la verdad es que he tenido suerte. Me han secuestrado dos veces. He sufrido un accidente de coche grave. Dos de mis conductores han muerto mientras trabajaban para mí, dos tragedias de las que siempre me sentiré responsable. Me he perdido el nacimiento de los hijos de mis hermanas, la boda de algunos amigos, los funerales de seres queridos. He dejado a incontables novios, y otros tantos me han dejado a mí. A lo largo de los años pospuse el matrimonio y los hijos. De alguna manera, sin embargo, sigo estando sana. He mantenido relaciones cálidas y maravillosas; incluso he encontrado un marido que lo soporta todo. Como muchas mujeres, en cuanto tuve una familia, me vi obligada a hacer elecciones difíciles. Lucho por encontrar el equilibrio imperfecto entre mi papel como madre y como fotoperiodista. Pero tengo fe, como he tenido siempre, en que si trabajo lo suficientemente duro, me preocupo lo suficiente y amo lo suficiente en todos los aspectos de mi vida, puedo crear y disfrutar de una vida plena. La fotografía ha moldeado la manera que tengo de ver el mundo: me ha enseñado a mirar más allá de mí misma y a captar el mundo exterior. También me ha enseñado a valorar la vida a la que vuelvo cuando no utilizo la cámara. Mi trabajo consigue que sea más capaz de amar a mi familia y de reír

con mis amigos.

Los periodistas a veces son un poco grandilocuentes cuando hablan de su profesión. Algunos somos adictos a la adrenalina, somos escapistas, dejamos que se hunda nuestra vida personal y hacemos daño a aquellos que más nos aman. Este oficio puede destruir a la gente. He visto a muchos amigos y colegas destrozados por los traumas: víctimas del mal genio, insomnes y alejados de los amigos. Pero al cabo de años de presenciar tanto sufrimiento en el mundo, nos resulta arduo aceptar que personas afortunadas, libres y prósperas como nosotros puedan sufrir también. Nos sentimos más cómodos en los lugares más oscuros que cuando regresamos a casa, donde la vida parece demasiado sencilla y demasiado fácil. No escuchamos esa voz interior que dice que es hora de tomarse un descanso y dejar de documentar las vidas de otras personas, para dedicarnos a construir la nuestra.

Pero bajo todo eso, sin embargo, están las cosas que nos sostienen y nos unen: el privilegio de presenciar cosas que nadie más presencia, una creencia idealista de que una foto puede afectar el alma de la gente, la emoción de crear arte y contribuir a la confección de la base de datos de conocimientos del mundo. Cuando vuelvo a mi país y considero racionalmente los riesgos, me resulta difícil elegir. Pero cuando estoy haciendo mi trabajo, me siento viva y soy yo misma. Me hallo en el instante preciso. Estoy segura de que existen otras versiones de la felicidad, pero la mía es esta.

PRIMERA PARTE
Descubrir el mundo

CONNECTICUT
NUEVA YORK
ARGENTINA
CUBA
LA INDIA
AFGANISTÁN

Capítulo 1
En Nueva York no hay segundas oportunidades

A mi hermana mayor, Lauren, le gusta contar una historia en la que yo soy la protagonista. Un día de verano, toda nuestra familia estaba en la piscina de casa, en el jardín. Yo solo tenía un año y medio y no sabía nadar, de manera que me aguantaba de pie sobre los hombros de mi padre. Mis tres hermanas mayores y mi madre chapoteaban a nuestro alrededor. De repente, sin decir una palabra, flexioné las rodillas y salté al agua. Mis hermanas se quedaron asombradas. Mi padre dijo que me soltó porque estaba seguro de que no me pasaría nada. Cuando salí del agua, sonreía.

La casa de los Addario, en Westport, Connecticut, era un caleidoscopio de travestidos e imitadores de los Village People, un refugio para gente que no era aceptada en ningún otro sitio. Mis padres, Phillip y Camille, ambos peluqueros, tenían un salón de mucho éxito que se llamaba Phillip Coiffures, y a menudo se traían a casa a empleados, clientes y amigos. Crazy Rose, una antigua empleada que era maníaco-depresiva, pasaba la mayor parte de los días en casa fumando como un carretero y soltando incongruencias. Veto, un mexicano abiertamente gay (algo muy raro a finales de los setenta), decía a mis hermanas que le pidieran canciones de algún musical, y las interpretaba en el piano del salón. Cuando mis hermanas y yo llegábamos a casa del colegio, con frecuencia nos saludaba Frank, al que llamábamos tía Dax, vestido de mujer y engalanado con una boa de plumas. En verano, mis padres traían dos DJ de Long Island para que pusieran discos de Donna Summer y los Bee Gees. Aperitivos, los *bloody mary* y botellas de vino circulaban en torno a la piscina, así como sedantes, marihuana y cocaína. El tío Phil, con el entrecejo fruncido, aparecía a veces vestido de gala para celebrar una falsa boda en el jardín. Parecía que de allí no se iba nadie. Nunca se me ocurrió que todo aquello

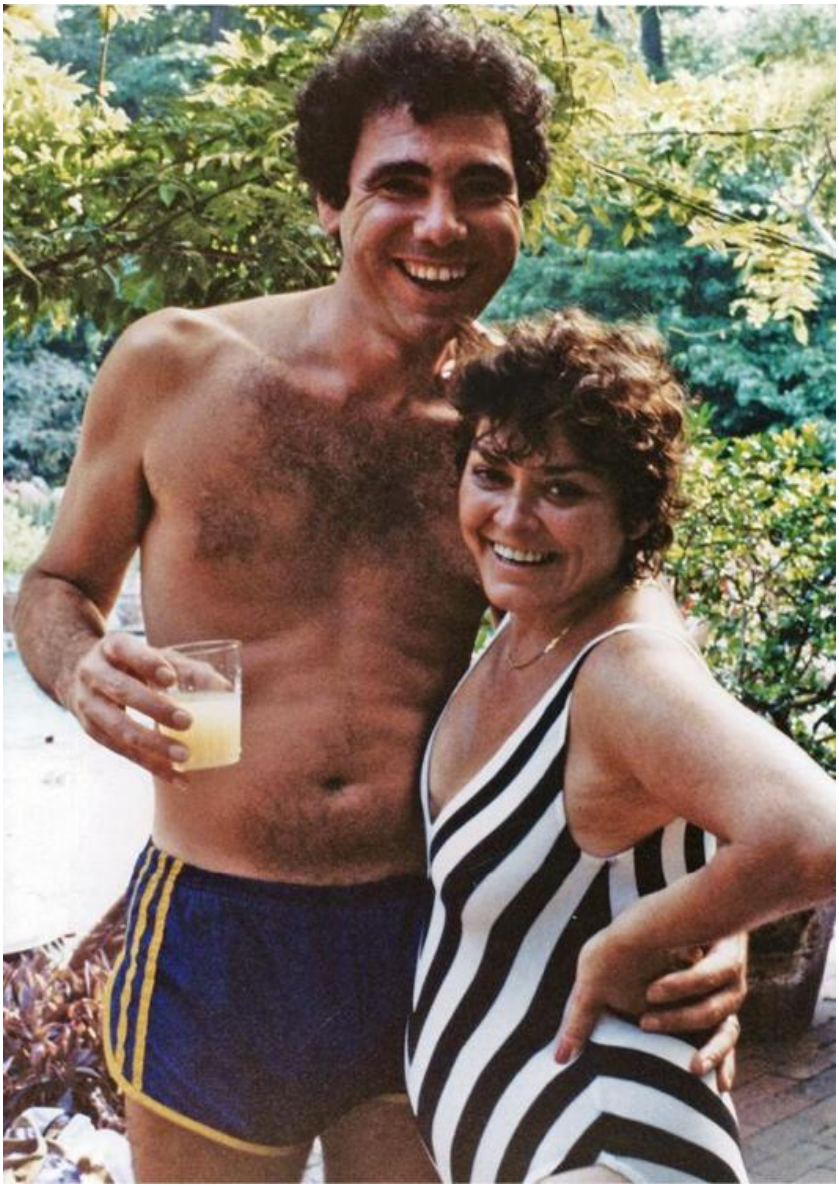
fuera extraño, porque así era nuestra casa.

Retrato familiar, hacia 1976.

Éramos cuatro hermanas, Lauren, Lisa, Lesley y yo; solo nos llevábamos dos o tres años entre nosotras. Yo era la pequeña, y pedía auxilio a Daphne, nuestra querida niñera jamaicana, para que me rescatara cuando Lisa y Lesley me pegaban, o me metían pegatinas en relieve por la nariz. Nuestra casa era confusa y anárquica. Durante un día normal, de diez a quince chicas adolescentes correteaban por el jardín, atacaban el inacabable alijo de comida basura que se almacenaba en los armarios de la cocina, se bañaban en pelotas en la piscina y dejaban toallas húmedas y

ropa interior por todas partes, en el suelo y en el césped. Se nos oía chillar por toda la calle cuando nos subíamos bien alto el bañador, nos untábamos el culo con aceite
Johnson's
para bebés y nos tirábamos por el enorme tobogán azul.

Mis padres eran una pareja bronceada y sonriente. Nunca los oí alzar la voz, especialmente el uno al otro. Mi padre, que era muy alto —metro ochenta y cinco—, llamaba a mi madre «muñeca». Ella siempre se hacía amiga de alguien, o acogía a alguna persona bajo su protección. En Main Street, en Westport, no podíamos andar dos pasos sin que alguna de sus clientas nos parase y me examinara atentamente, como si yo pudiera reconocerla.



Plillip y Camille en una de las fiestas de la piscina.

—Pero qué mayor estás… Te conozco desde que eras así de pequeña —decían, señalándose con un gesto las rodillas. Todo Westport me vio crecer gracias a las historias que contaba mi madre. Todos los días alguien me decía que tenía una madre

«maravilloooooosa».

Mi padre era más callado, un hombre introvertido que si se veía obligado a relacionarse con alguien, hablaba con una sola persona durante horas. Pasaba la mayor parte del tiempo fuera, en su rosaleda (cien rosales de más de veinticinco especies distintas), o en su invernadero de dos pisos, lleno de helechos, aves del paraíso, jazmines, camelias, gardenias y orquídeas. Cuando quería encontrarlo, seguía la larga manguera de jardín hasta los charcos de agua que se formaban en torno a los desagües del suelo de ladrillo rojo del invernadero.

Nunca me di cuenta del ingente trabajo que requerían sus flores, porque le hacían muy feliz. Aun después de una jornada de diez horas cortando el pelo, estaba hasta altas horas de la madrugada en el invernadero, cuidando las plantas como si fueran niños pequeños. Observándolo, intentaba comprender qué era lo que cautivaba tanto su atención en aquellas plantas. Él me conducía a través del laberinto de macetas gigantescas y me enseñaba el mandarino diminuto que siempre tenía unos frutos suculentos, o las orquídeas que florecían a partir de unos semilleros que había hecho traer de Asia o de Sudamérica; las cultivaba en trozos de corteza, como si estuvieran en sus selvas tropicales nativas.

—Esta es una *Strelitzia reginae*, también conocida como ave del paraíso —me decía—. Y esta, un *Gelsemium sempervirens*, un jazmín de Carolina, y aquella un *Paphiopedilum fairrieanum*, la orquídea zapatito de Venus.

Los nombres eran largos, una inacabable corriente de vocales y consonantes que yo no entendía. Pero me maravillaba su conocimiento de algo tan ajeno, y me preguntaba por qué aquel trabajo tan extenuante le producía una alegría tan misteriosa.

El 27 de septiembre de 1982, cuando yo tenía ocho años, mi madre nos metió a mis tres hermanas y a mí en su furgoneta, nos llevó hasta el aparcamiento de la peluquería y apagó el motor. Había elegido aquel lugar porque era su segundo hogar, y por tanto era terreno neutral para ella y para mi padre.

—Vuestro padre se ha ido a Nueva York con Bruce —dijo—. Y no va a volver.

Había salido del armario.

Bruce, gerente del departamento de diseño de Bloomingdale's, era uno de los muchos hombres que visitaban nuestra casa, cuando yo era pequeña. Una tarde, mi madre fue allí buscando a alguien que diseñara unas persianas para el invernadero de mi padre. Bruce vino a casa en el Mercedes de dos plazas a verlo, y se encontró con una tarde típica en el hogar de los Addario: varias ollas de comida en el fuego, y familia y amigos por todas partes, hablando y riendo en voz alta. Sintió de inmediato la calidez de nuestro hogar.

—¡Oh, Dios mío!, —exclamó—. ¡Qué casa más bonita!

Bruce se había criado en una familia gélida en Terre Haute, Indiana, y lo sedujo la camaradería al estilo italiano de la nuestra. Era carismático, rebosante de talento y muy comunicativo, y mi madre y él se hicieron muy amigos. Salían por ahí juntos, de compras y entablando relaciones sociales, como si mi padre no existiera. Mis padres enviaron a Bruce a una escuela de peluquería para que se especializara como colorista, y le ofrecieron un lugar donde vivir en nuestra casa, cuando no quería volver a su apartamento en Nueva York después del trabajo. Bruce formó parte de la familia durante cuatro años.

Fue en 1978 cuando mi padre se insinuó, mientras él y Bruce hacían un recado para mi madre. La aventura continuó unos cuantos años, antes de que mi padre fuera capaz de admitir que se había enamorado; había reprimido su homosexualidad desde que era adolescente. Su madre, Nina, llegó a la isla de Ellis en 1921 junto con miles de inmigrantes italianos. Trajeron con ellos sus prejuicios y su punto de vista católico y conservador. En los años cincuenta y sesenta, la homosexualidad se consideraba una enfermedad mental y era ilegal. Hoy en día mi padre sigue pensando que su madre lo habría metido en un manicomio, si hubiera salido del armario entonces. Cuando por fin reunió el valor suficiente para decirle que estaba enamorado de Bruce, ella le dijo: «¿Y no podrías fingir sencillamente que eres heterosexual?».

Yo era demasiado pequeña entonces para comprender por qué se iba mi padre. Fue algo que dedujimos solas, o supimos en el colegio. «Phillip Coiffures… gay… su padre es gay», oíamos susurrar a los niños por los pasillos. No recuerdo que las mujeres de la familia tuviéramos nunca una conversación sobre el hecho de que

mi padre fuera homosexual. Parece ser que solo hablábamos de la vida de las demás personas.

Los fines de semana visitábamos a papá y a Bruce en su nuevo hogar, al final de un camino de casi un kilómetro junto a la playa de Connecticut. Lauren, la mayor de mis hermanas, se sentía abrumada por una sensación de traición. Dos años más tarde acabó el instituto y se fue a estudiar al extranjero, a Inglaterra. Lisa, Lesley y yo estábamos muy unidas. Durante los quince años siguientes, mi padre pareció desvanecerse de nuestra vida cotidiana. Yo superé casi todos los hitos de mi vida sin él.

Mi madre llenaba los vacíos: venía a ver mis partidos de *softball* del instituto entre cliente y cliente, me recompensaba con su admiración cuando traía un sobresaliente del colegio, y me aconsejó con mi primer amor. Ella tenía una capacidad de adaptación y aguante increíbles, un rasgo que había heredado de su propia madre, Nonnie, que había educado sola a cinco hijos, e intentó mantenerse firme y positiva con respecto a mi padre. Seguía repitiendo el mantra que tanto ella como mi padre siempre nos habían repetido: «Haz lo que te hace feliz y tendrás éxito en la vida», como si quisiera disuadirnos de cualquier sentimiento negativo sobre él, como si nada hubiera cambiado. Quizá porque así era como mi madre pintaba su separación, o quizá porque me crie toda la vida presenciando la tristeza de los marginados, el caso es que acepté que mi padre había encontrado la felicidad que anhelaba. Incluso hallaba consuelo en la idea de que él hubiera dejado a mi madre por un hombre, en lugar de hacerlo por una mujer.

Las fiestas de los fines de semana llegaron a su fin. Después de irse con Bruce, mi padre siguió en el negocio y mi madre le dio apoyo moral y financiero durante muchos años, pero el esfuerzo de continuar trabajando juntos resultaba difícil para todo el mundo. Seis años después de su marcha, mi padre y Bruce abrieron un nuevo salón, y la mayoría de los estilistas y clientes de mi madre se fueron con ellos. Ella se esforzó por mantener el negocio en marcha. Administrar el dinero nunca había sido su fuerte, y sin mi padre, no pudo seguir sosteniendo nuestro estilo de vida, que resultaba muy caro. La primera baja fue el Mercedes de dos plazas. Tampoco pudo pagar las facturas de nuestra casa ni las de los coches. Casi todos los

meses nos cortaban o bien la electricidad, o bien el agua, o bien el agente de embargos venía a media noche y se llevaba nuestro coche. Cuando todavía iba al colegio, al amanecer yo solía mirar por la ventana para ver si el coche seguía en la entrada o no.

Nos fuimos de aquella casa en North Ridge Road que contenía tantos recuerdos, y nos mudamos a una casa más pequeña, a unos kilómetros de distancia. Allí ya no había piscina ni un jardín enorme. Mis tres hermanas mayores se habían ido de casa para vivir por su cuenta, y mi madre y yo nos quedamos solas.

Fue más o menos cuando tenía trece años, en una de mis raras visitas de fin de semana a mi padre, cuando él me regaló mi primera cámara fotográfica. Era una Nikon FG; un cliente se la había regalado. El obsequio fue casual: yo la vi, le pregunté por ella, y él me la dio como si tal cosa. Me sentí fascinada por la tecnología de la cámara, la forma en que la luz y el obturador podían detener un momento en el tiempo. Aprendí lo básico en un viejo manual de «cómo fotografiar en blanco y negro», en cuya cubierta había una foto de Ansel Adams, del parque nacional de Yosemite. Provista de rollos de película en blanco y negro, largas exposiciones y sin trípode, me sentaba en el tejado e intentaba fotografiar la luna. Era demasiado tímida para apuntar con mi cámara a la gente, así que fotografiaba flores, cementerios, paisajes sin personas… Un día una amiga de mi madre, fotógrafa profesional, me invitó a entrar en su cuarto oscuro y me enseñó a revelar y a hacer copias de las fotos. Me maravillé al ver cómo aparecían en el papel las naturalezas muertas de tulipanes y lápidas. Era algo mágico.

Bruce y Phillip.

Yo hacía fotos obsesivamente, y perseveré al salir de la Universidad de Wisconsin-Madison, donde me especialicé en relaciones internacionales. Pero aun así, nunca soñé en hacer carrera en la fotografía. Pensaba que los fotógrafos eran gente rara, chicos ricos sin ambiciones, y yo no quería ser una de esas personas.

Entonces pasé un año en el extranjero, estudiando Economía y Ciencias Políticas en la Universidad de Bolonia. Libre de las exigencias académicas y sociales de Wisconsin, me entregué a la fotografía callejera. Entre clase y clase, captaba los soportales y los antiguos rincones de la ciudad con mi Nikon. Durante las vacaciones enseguida me hice amiga de gente nueva, ese tipo de amistades que se dan en un año universitario en el extranjero, y recorrí Europa con una mochila, fotografiando mejillas rubicundas

en Praga y los baños termales nudistas de Budapest, la costa de España y las atestadas calles de Sicilia. Me empapé de la arquitectura y las obras de arte que había visto en los libros toda mi vida, fui a museos y a exposiciones fotográficas. Cuando fui a una retrospectiva de Robert Mapplethorpe, que abarcaba desde que empezó a utilizar una cámara hasta su muerte, me quedé allí sentada horas y horas, examinando sus composiciones y su uso de la luz. Aquello me inspiraba para fotografiar más aún.

Y cuanto más viajaba, más anhelaba una vida viajera. Podía despertarme una mañana e ir a casi cualquier destino que eligiera; los países de Europa eran todos accesibles en tren, e inaccesibles, debido a mis propias inhibiciones o miedos. Era un lujo muy poco familiar para mí, como norteamericana criada en un continente aislado… Me imaginé una vida entera en el extranjero, como diplomática quizá, o como intérprete.

Pero un día, cuando salía del cuarto oscuro con un montón de copias de fotos, un italiano se me acercó y quiso verlas. Después de ojearlas unos minutos, se ofreció a convertirlas en una colección de postales. Yo estaba tan emocionada que se las entregué alegremente, sin firmar nada. Se vendieron en Rímini, un lugar de vacaciones italiano cerca de Bolonia, pero yo no vi ni un céntimo. Era la primera vez que me daba cuenta de que las fotos se podían publicar y las podían contemplar cientos de personas, o incluso más.

Cuando me gradué en la universidad, me trasladé a Nueva York para pasar el verano y trabajé de camarera por las noches en el restaurante Poppolini, en Greenwich Village. Conseguí un trabajo diurno como ayudante de un fotógrafo de moda que hacía catálogos. Lo odiaba. Era demasiado predecible. De modo que en cuanto conseguí unos cuatro mil dólares como camarera, me trasladé a Buenos Aires para aprender español y viajar por toda Sudamérica, como había hecho en Europa. Hacer fotos se convirtió para mí en una forma de viajar con un propósito.

Alquilé una habitación a un arrogante argentino de veintitantos años que pasaba gran parte del tiempo mirándose al espejo, preparándose para salir de fiesta o durmiendo con resaca. Para mantenerme, enseñaba inglés en Andersen Consulting a dieciocho dólares por hora. Me quedaban las tardes libres, y así podía

vagabundear por las calles de la ciudad, fotografiando a bailarines de tango en calles estrechas, o a ancianos en cafés repletos de humo. A menudo acababa en la plaza de Mayo, donde todos los jueves las Madres de la Plaza de Mayo, madres argentinas, desfilaban como protesta por la desaparición de sus hijos durante la época de la guerra sucia.

Cuando empecé a fotografiarlas, ignoraba qué elementos proporcionan una foto elocuente. Nadie me había enseñado nada sobre la composición, ni de cómo leer la luz. Me percataba de que las expresiones de las madres me hablaban, pero no estaba segura de cómo captar la escena que estaba viviendo. Todos los jueves iba a la plaza, insatisfecha con las imágenes que había conseguido la semana anterior. Percibía que me hallaba demasiado lejos de aquellas mujeres, de modo que me acerqué un poco más, mientras iban circulando por la plaza. Intenté enmarcar su dolor y su tristeza irresolubles en mi visor. A veces sus expresiones se veían enmascaradas por sombras oscuras que les cubrían el rostro, porque no estaban bien situadas con respecto al sol. A veces, sencillamente, yo me mostraba demasiado indecisa e insegura, sin atreverme a acercarme a ellas. A veces me perdía un momento perfecto, porque no me fiaba de mis instintos. No tenía formación, pero me dediqué a aprender yo sola, estudiando fotografía en libros y periódicos para averiguar cómo se pueden lograr unas imágenes expresivas que conviertan una historia vieja y agotada en algo nuevo otra vez. Seguía yendo a la plaza para intentarlo.

Un mes después de llegar yo a Argentina, mi novio, Miguel, un escritor diez años mayor que yo, vino a vivir conmigo a Buenos Aires. Miguel y yo alquilamos una habitación por quinientos dólares al mes, pero como pagábamos poco, también recibíamos poco. El baño estaba fuera, y había que atravesar un patio de cemento para acceder a él. Cuando la fría lluvia caía sobre la ciudad, en invierno, teníamos que salir desde el nido calentito del dormitorio al helado aire nocturno, bajar una escalera húmeda y doblar la esquina para entrar en el diminuto baño. Yo casi dejé de beber agua durante el día.

Cada dos por tres viajaba por toda América Latina para hacer fotos. Iba desde pueblecitos junto al mar, en Uruguay, hasta las casas de Pablo Neruda en la costa chilena, o al Machu Pichu en

Perú; retraté volcanes, montañas, lagos, frondosos céspedes, ciudades aupadas en una colina, ferias de artesanía, mercados de pescado… e hice largos viajes en autobús por carreteras de cerradas curvas en las que había cruces donde alguien había muerto. Y al amanecer y al anochecer buscaba siempre la luz más bella. Mi búsqueda era sencilla: quería viajar y fotografiar tanto como pudiera con lo poco que poseía.

Miguel había acabado recientemente un máster en Periodismo. Ambos éramos muy curiosos y nos preocupaban mucho los acontecimientos que ocurrían en el mundo; era lo que nos unía. Pero él era un hombre muy hermético. En mí reconoció a una chica extrovertida, alguien a quien le gustaba conocer a la gente y hacerles preguntas. Me sugirió que fuera al periódico inglés local, el *Buenos Aires Herald*, para ver si podía trabajar allí en calidad de autónoma como fotoperiodista. Yo no tenía experiencia alguna en la fotografía periodística, pero estaba convencida de que me ofrecerían trabajo solo por mi actitud decidida. La primera vez que abordé a los dos editores del departamento de fotografía (dos hombres de mediana edad que fumaban todo el rato mientras sacaban fotos del teletipo de AP), me dijeron que volviera después de aprender a hablar el idioma. Yo creía que ya lo hablaba con fluidez, de modo que me fui, le di un buen repaso a mi español y fui de nuevo al periódico al cabo de unas pocas semanas.

Molestos por mi insistencia, al final me dieron trabajo: encargos que estaba segura de que se los inventaban con tal de mantenerme alejada. Me escribían la dirección de algún lugar fuera de Buenos Aires, adonde tenía que ir, hacer fotos, regresar y enseñárselas. Ninguna de esas fotos se publicó nunca.

Un día me dijeron que, por la noche, Madonna estaría filmando la película *Evita* en la Casa Rosada, la casa presidencial en la plaza principal de la ciudad. Yo ya estaba enterada, porque había leído en el periódico que se alojaba en una *suite* de hotel que costaba 2500 dólares la noche, y que había hecho montar su propio gimnasio en la habitación. Estuve pensando en ese gimnasio toda la mañana, mientras iba a correr un poco con unas zapatillas deportivas gastadas, esquivando las mierdas de perro.

Los editores me hicieron una propuesta: si podía colarme en el plató de *Evita* y conseguir una foto de Madonna en plena filmación,

me ofrecerían trabajo.

Esa noche rogué y supliqué a los guardias de seguridad en el perímetro de la Casa Rosada que me dieran acceso, explicándoles que toda mi carrera y mi futuro como fotoperiodista dependían de que ellos me permitieran entrar en el plató.

—Algún día seré famosa —les dije—, si me dejan entrar.

Debí de parecer bastante patética, porque el guardia me sonrió y abrió la puerta solo una rendija, lo justo para que pudiera pasar. Fui hasta el estrado de la prensa, que se encontraba a unos trescientos metros del balcón donde tenía que aparecer Madonna, subí la escalera, levanté la diminuta Nikon FG con objetivo de 50 milímetros que me había regalado mi padre años atrás, y atisbé por el visor. El balcón no era más que una manchita microscópica.

Bajé la cámara y me quedé allí, mirando el balcón en la distancia, convencida de que mi carrera había terminado antes siquiera de haberla empezado. Y entonces noté que alguien me daba un toquecito en la espalda.

—¡Eh, niña! Dame el cuerpo de tu cámara.

Yo no sabía de qué me estaba hablando aquel desconocido. Lo miré sin comprender.

—Que quites el objetivo de tu cámara —me indicó—, y me la des.

Hice lo que me indicaba. Él acopló mi minúscula cámara a un macizo objetivo de 500 milímetros (desconocía entonces que todos los cuerpos Nikon se podían usar con toda clase de objetivos de esa marca), y dijo:

—Ahora mira.

Lancé un chillido. Madonna estaba ahí mismo, inmensa, en mi visor. Todos en el estrado se me quedaron mirando e hicieron un gesto de fastidio.

Mi imagen de Madonna en la Casa Rosada salió en la primera plana del periódico a la mañana siguiente, y yo conseguí un trabajo en el que me pagaban diez dólares por foto.

Mientras trabajaba para el *Herald*, fui a ver una exposición de Sebastião Salgado: enormes imágenes de trabajadores pobres de todo el mundo, que se afanaban duramente en condiciones espantosas. Las fotos eran un enigma para mí: ¿cómo había conseguido el autor captar la dignidad de sus protagonistas?

Hasta que vi la exposición de Salgado, no estaba segura de si quería ser fotógrafa callejera o bien de noticias, o si podría ser fotógrafa en realidad. Pero cuando entré en la sala de exposición, me abrumaron tanto sus imágenes (aquella pasión, los detalles, la textura) que decidí dedicarme al fotoperiodismo y a la fotografía documental. Lo que había percibido hasta aquel momento como una sencilla forma de captar escenas bonitas se convertía de pronto en algo totalmente distinto: era una forma de contar una historia. Era el maridaje del viaje y las culturas extranjeras, la curiosidad y la fotografía. Era el fotoperiodismo.

Hasta aquella exposición yo ignoraba lo que aquella profesión era o podía ser. No había pensado nunca en la fotografía como ambas cosas: arte y, a la vez, un tipo de periodismo. No me imaginaba que mi afición podía convertirse en mi vida. Me convencí entonces de que quería contar historias a la gente a través de las fotos; hacer justicia a su humanidad, como había hecho Salgado, y provocar la misma empatía por las personas que yo sentía en aquellos momentos. Dudaba de si sería capaz de captar nunca tanto dolor y tanta belleza en un único fotograma, pero yo era muy apasionada. Recorrí la exposición y lloré.

Nunca sentí la incertidumbre que suele acosar a la gente de veintitantos años. Tuve la fortuna de descubrir algo que me hacía feliz y ambiciosa a una edad en la que no podía concebir el miedo ni el fracaso, y además, tenía muy poco que perder. Pero cuando empecé a trabajar para el *Herald*, Miguel me dio el mejor consejo que, posiblemente, me hayan dado en toda mi carrera.

—Quédate en América Latina, aprende fotografía y comete todos tus errores profesionales en Argentina —dijo—, porque si cometes un error en Nueva York, nadie te dará una segunda oportunidad.

Cuando finalmente volví a Estados Unidos, en 1996, estaba preparada. Llevé mis mediocres recortes de prensa del *Buenos Aires Herald* al *New York Post*, al *New York Daily News* y a la Associated Press (AP), y entré en las oficinas de los editores de fotografía con la confianza, totalmente infundada, de que me contratarían. Tenía veintidós años y era demasiado entusiasta, iba vestida con vaqueros de diseño, camisa abotonada hasta el cuello y zapatos con plataforma de goma negra. (Como mido metro

cincuenta y cinco, detestaba los zapatos planos). Los periódicos me pusieron en la lista de los «eventuales», que consultaban cuando necesitaban llamar a un fotógrafo para hacerle un encargo. Ningún fotógrafo de esa lista se negaba a aceptarlo, aunque tuviera que anular una cena romántica, o levantarse a las cinco de la mañana y estar un buen rato en la calle delante de un juzgado, soportando el frío helador de la mañana neoyorquina, para ver pasar a los imputados, o hacer las típicas fotos de un niño jugando en una boca de incendios un caluroso día de verano. Al principio los encargos fueron penosos, pero yo los acepté todos… feliz y contenta.

La AP empezó a darme trabajo regularmente, casi de inmediato. Durante los años que pasé allí, cubrí protestas, conferencias de prensa, cuestiones del ayuntamiento, accidentes… Fotografié a Monica Lewinsky cuando hizo una de sus primeras apariciones públicas, en el programa *Today*, y a gente que miraba las grandes pantallas de Times Square mientras el índice Dow Jones subía vertiginosamente hasta más de diez mil. También cubrí el desfile triunfal de los Yankees, que parecía una celebración anual, porque ellos siempre ganaban la World Series. Nunca volvía con las manos vacías o sin una imagen convincente. Los servicios de teletipo, como AP o Reuters, suministraban artículos y fotos a los periódicos, revistas y a la televisión. Disponían de fotógrafos autónomos en todos los países del mundo, y no aceptaban excusas.

Mi mentor fue un fotógrafo empleado de AP llamado Bebeto, que trabajaba como editor los fines de semana. Me llamó casi cada sábado por la mañana, durante tres años: «¿Estás preparada?», me decía con su suave acento jamaicano. Bebeto tenía cuarenta y tantos años, y era muchísimo más alto que yo. Se concentraba extraordinariamente en el trabajo, pero cuando lo cogías en un momento de descuido, su risa resonaba como un tambor que redoblase con ligereza. Decidió enseguida que me iba a proteger y a enseñarme lo que era la fotografía. Cuando yo volvía a la quinta planta de las oficinas de AP con los botecitos de película en la mano, él examinaba los rollos de negativos con una enorme lupa a mi lado, fotograma a fotograma, es decir, las múltiples tiras de negativos de treinta y seis imágenes por rollo. Él expresaba en palabras lo que yo había intentado intuir. Me enseñó a leer la luz y el poder que tiene el sol en una toma del cielo, justo después de

amanecer o antes de anochecer, para iluminar el mundo de esa manera dorada y mágica, proyectando alargadas sombras danzantes. Me habló de cómo incidía un rayo de luz en la esquina de una calle, entre los edificios. Me explicó cómo entrar en una habitación y buscar la luz de una ventana, o de una puerta ligeramente entreabierta. Me enseñó composición. Me demostró cómo mi visor debía enmarcar el personaje junto con una información contextual importante: algo que diera a la imagen una sensación de estar ubicada en un lugar.

Más que nada, me adiestró en el arte de la paciencia. Las cámaras provocan tensión, y la gente es consciente del poder que tienen, y eso, instintivamente, da lugar a que los sujetos se muestren incómodos y tensos. Pero Bebeto me enseñó a quedarme en un sitio el tiempo suficiente, sin fotografiar, de modo que la gente se fuera sintiendo cómoda conmigo y con la presencia de la cámara. La foto perfecta es casi imposible; una buena ya resulta bastante difícil de conseguir. A veces la luz es perfectamente adecuada, pero el personaje está incómodo, y su tensión se transparenta. Aprendí lo difícil que es reunir todos los elementos y que estén en su sitio.

Mientras trabajaba, concentraba al máximo mis facultades en la escena que tenía ante mí. Cualquier otra cosa en el mundo, en mi vida o en mi mente, desaparecía. Él también me enseñó a quedarme de pie en la esquina de una calle o en un tejado durante una hora, o dos, o tres, esperando la maravillosa epifanía de un momento, la prodigiosa combinación de personaje, luz y composición. Y algo más: la inexplicable magia que logra que la imagen vaya directa a tu corazón.

Mientras Bebeto revisaba mi trabajo, yo aprendía. Él iba mirando los negativos imagen por imagen, trazando una equis gigantesca y roja encima de los encuadres que le parecía que estaban por debajo de la media. Yo me esforzaba en cumplir sus expectativas.

Siete días a la semana, corría por Nueva York con un busca y un teléfono móvil, y esperaba a que me llamaran del departamento de fotos y me dieran un encargo. En mis períodos de inactividad, trabajaba en Craig Taylor, una empresa de camisería de alto nivel, haciendo recados y llenando sobres. Apenas contaba con setenta y

cinco dólares en el banco si era una semana buena, lo justo para pagar el alquiler, y me veía obligada a gorronear para pagar las facturas del teléfono y del busca, mis posesiones más preciadas, aparte de las cámaras. La fotografía requería una inversión inicial de miles de dólares para reunir el equipo adecuado: dos cuerpos de cámara profesionales, que entonces costaban 1500 dólares cada uno (estábamos en la era predigital), objetivos profesionales rápidos con una apertura de 2,8, que iban desde 300 a 2500 dólares; un *flash* que costaba 200, y un bolso Domke para las cámaras, 100. Necesitaba en total unos 10 000 dólares. Pasé días y días rondando por las tiendas de cámaras B&H y Adorama, soñando con el equipo que me compraría algún día, cuando tuviera dinero.

Cuando cumplí los veinticinco, más o menos, la única de mis tres hermanas que estaba soltera se casó, y entonces tuve una revelación: mi padre y Bruce habían dado quince mil dólares a cada una de ellas, para que los emplearan en los gastos de boda. Miguel y yo habíamos roto ya cuando nos trasladamos a Nueva York, y ya veía que no me casaría antes de los treinta años; de hecho, dudaba de si alguna vez amaría a alguien tanto como a la fotografía. De modo que fui a ver a mi padre y a Bruce y les hice una propuesta: «Si me adelantáis ahora el dinero de la boda, puedo usarlo para mejorar mi carrera, y algún día tendré el dinero suficiente para pagarme yo misma mi propia boda». Estuvieron de acuerdo. Me compré cámaras y objetivos nuevos y metí el dinero restante en el banco.

Pareja cubana en su hogar, viendo por televisión a Fidel Castro, año 1997.

Al cabo de un año escaso de volver a Nueva York, estaba desesperada por viajar y pensé de nuevo en América Latina. El país que más me intrigaba, quizá porque estaba fuera de mi alcance, era Cuba. En 1997, la Cuba comunista estaba sometida a embargo, y los norteamericanos raramente la visitaban. Ser periodista extranjera en ese país también era arriesgado; el Gobierno vigilaba a los extranjeros sospechosos de publicar artículos negativos sobre el renqueante sistema comunista. Yo no conocía a nadie que hubiera estado allí; en aquella época no conocía a ningún corresponsal extranjero, y a muy pocos periodistas en general. Pero estaba llena de curiosidad y tenía el atrevimiento de la juventud. Me fascinaba el auge sistemático del capitalismo en un país tan férreamente comunista.

Aterricé en La Habana en mayo. Cuando iba en el autobús desde el aeropuerto hasta la ciudad, observé el temblor de mis manos que sujetaban una hoja de papel en la que había escritas unas líneas azules desvaídas y la dirección de mi destino, y me di cuenta de lo sola que estaba. Le leí la dirección al conductor en mi oxidado español argentino, y noté un instantáneo apego por aquel individuo.

Deseé pasar el resto de mi viaje en el autobús. A través de la ventanilla veía a una Habana decrépita. Las fachadas de algunos edificios tenían la pintura descascarillada; otras casas eran simplemente un montón de madera medio podrida. A los tejados les faltaban tejas; la ropa colgada para secar pendía bajo la lluvia torrencial; los niños pasaban en bicicleta despreocupadamente por charcos de treinta centímetros… Cuando llegué a mi parada, dos mujeres y un hombre me miraron como si yo llevara un letrero que dijera: «capitalismo norteamericano». Era una extranjera: mis zapatos eran demasiado nuevos y estaban demasiado bien hechos para ser cubanos. Hasta el pasador que llevaba en el pelo podía costar allí un mes de salario.

En una guía de viaje había encontrado una agencia que concertaba estancias en hogares, y me colocaron en casa de una mujer que se llamaba Leo, a quien pagaba veintidós dólares la noche por una pequeña habitación. Me saludó como si yo fuera una vieja amiga. En el tocador me dejó dos pastillas diminutas de jabón robadas de un hotel norteamericano a mediados de los setenta. También me puso unas chocolatinas junto al jabón. Robadas en el mismo hotel.

Tres mecedoras esperaban en la terraza acristalada a una altura de nueve pisos. Leo y su madre, Graciela, ocuparon sus lugares y me hicieron señas para que me sentara. Empezamos a hablar de los asuntos habituales —charla intrascendente, deducciones escuetas— con una entonación que rápidamente se me hizo familiar. Nos balanceamos en las mecedoras, y todo lo que había leído sobre la situación en Cuba (el fracaso del comunismo, la pobreza, las penalidades, las colas para obtener comida, la lucha por los servicios más básicos, la disparidad entre los que pagaban en dólares y los que pagaban en los precarios pesos) me lo confirmaron Leo y Graciela en unas horas. Nuestra conversación se prolongó desde la tarde hasta la noche, y nos quedamos allí sentadas, cómodamente, con las brisas cubanas soplando por las ventanas de la terraza. Yo me había imaginado que Cuba sería una especie de calabozo ominoso y terrorífico, pero la gente era cálida y abierta… igual que en cualquier otro sitio.

Varios días después de llegar, al final fui a Publicitur, la organización que representaba al Centro Internacional de Prensa de

Cuba y proporcionaba guardaespaldas a los periodistas extranjeros. Los guardaespaldas eran guías nombrados por el Gobierno que acompañaban a los periodistas por todas partes, escribían informes detallando cada persona a la que entrevistaban los periodistas y todos los sitios que visitaban, y luego pasaban la información al Gobierno. Me presenté ante la secretaria en el mostrador de la entrada. Me reconocieron como «la periodista norteamericana»; me estaban esperando. La secretaria me condujo hasta una habitación donde estaban sentadas a una mesa dos mujeres jóvenes que se enorgullecían de su inglés de academia y su conocimiento de segunda mano del mundo exterior. Los directores de Publicitur que supervisaban a los guardaespaldas estaban ansiosos por responder a una lista de preguntas que yo había preparado sobre Cuba y sus mecanismos, y también por gestionar mis peticiones de fotografiar determinados lugares. El instinto me dijo que nunca conseguiría la información que quería de ellos. Aseguraban que procurarían que pudiera hacer fotos dentro de edificios gubernamentales y hospitales, pero yo estaba convencida de que, en un país como aquel, no sería así. Era mi primera experiencia en un país que ponía guardaespaldas a los periodistas y restringía descaradamente mis movimientos.

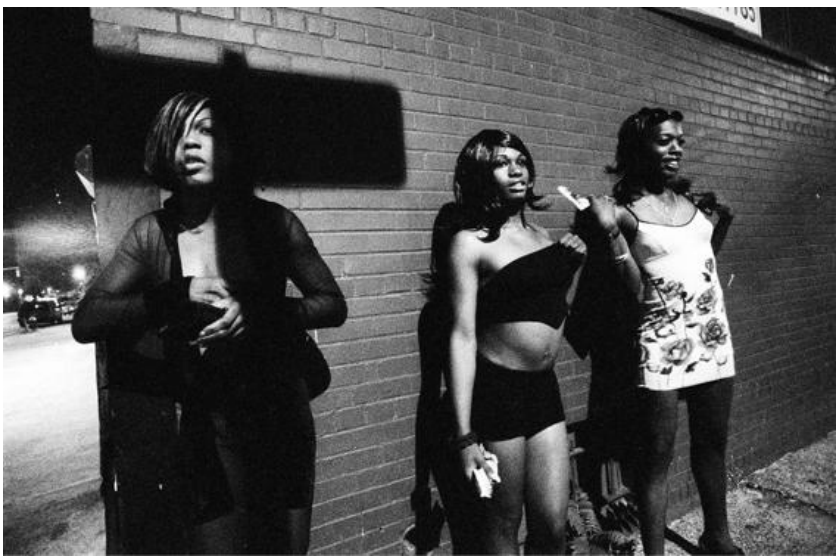
Mientras todos los que trabajaban en Publicitur y en el Centro Internacional de Prensa estaban ansiosos por enseñarme los lugares turísticos de la isla (la playa de Varadero, el Tropicana, la zona recién restaurada de La Habana Vieja…), estaban también igualmente ansiosos por apartarme de los barrios más degradados.

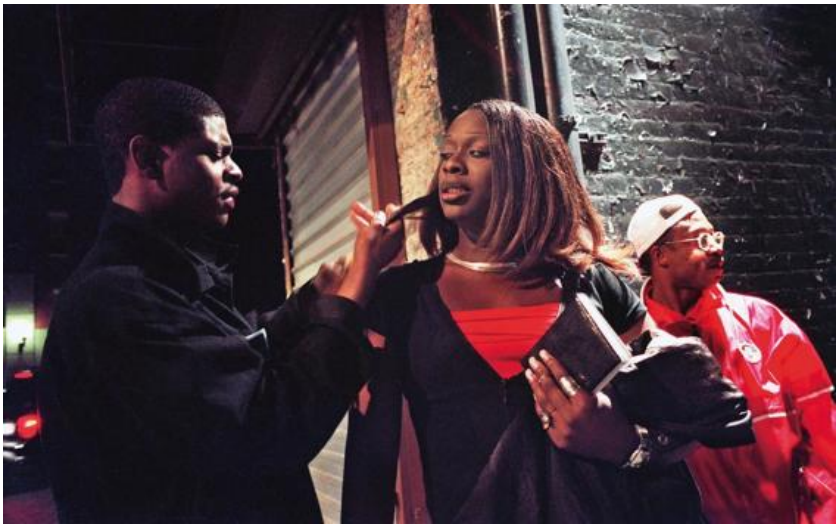
Era la estación de las lluvias, y las calles resultaban difíciles de fotografiar. Recorrí a pie la ciudad de cabo a rabo, durante horas, todos los días, en busca de imágenes, empapada de humedad, exhausta por el calor y agobiada al oír los insinuantes silbidos de los hombres, sorprendidos de ver por allí a una extranjera. Anduve tanto y pasé tanto tiempo buscando la luz adecuada o el ángulo correcto de un antiguo coche norteamericano frente a un edificio decrépito que incluso mis guardaespaldas se aburrieron de mí y decidieron que no valía la pena seguirme. Durante algunos días no hubo agua suficiente para ducharse, y pronto olí mal a causa de las largas caminatas. Pensé que me iba a desmayar del calor. Pero a medida que iba recorriendo yo sola los pueblecitos cubanos, cámara

en mano, me sentía también saciada, en paz. Me sentía en casa.

En cuanto volví a Nueva York, después de un mes en Cuba, solo pensaba en volver a meterme en un avión. No quería perder el impulso del viaje y el descubrimiento, ni hundirme en la trampa de una vida cómoda. Pero tuve que pasar dos años más pagando mis deudas en Nueva York, y visité Cuba de nuevo en 1998 y 1999 para satisfacer mis ansias de conocer mundo.

En 1999, Bebeto me hizo una proposición. El año anterior se habían dado una serie de crímenes en la comunidad de las prostitutas transexuales de Nueva York. En la AP, habían oído decir que en lugar de solicitar una investigación de los crímenes, el alcalde Giuliani había decidido que no valía la pena gastar los recursos de la ciudad en esa comunidad. Un reportero de AP quería explorar la idea de que dichas prostitutas eran desechos de la sociedad. Era mi primer encargo a largo plazo, mi primera oportunidad de realizar un verdadero reportaje fotográfico.





Prostitutas transexuales en el distrito de Meatpacking, en Nueva York, año 1999.

Al principio, el reportero y yo nos aventuramos juntos en el distrito Meatpacking para hacer incursiones en el mundo aparentemente impenetrable de las prostitutas transexuales. Íbamos con una organización local que distribuía condones e información

sobre enfermedades de transmisión sexual las noches de fin de semana, las más ajetreadas en el barrio. Yo no llevaba la cámara. En cuanto hicimos los contactos iniciales como equipo decidí aventurarme yo sola, y durante semanas fui casi todos los jueves, viernes y sábados por la noche (a menudo, sin cámaras), y anduve por el distrito Meatpacking como si fuera una *groupie*, intentando ganarme la confianza de aquellas mujeres. Era la única mujer blanca en una tribu de latinas, negras y asiáticas, y todas se mostraban muy escépticas sobre mis intenciones. Finalmente, una mujer llamada Kima, que recorría las entonces desoladas calles frente a lo que ahora es el moderno restaurante Pastis, me invitó a entrar en su apartamento en unos bloques de viviendas del Bronx. «Pásate por aquí hacia medianoche. Puedes estar con nosotras y luego acompañarnos al centro para trabajar». Le pregunté si podía llevar las cámaras. Ella aceptó.

Aparecí en casa de Kima con galletitas de chocolate y leche. No sé en qué estaba pensando al llevar eso a un apartamento lleno de prostitutas transexuales que vivían a base de drogas, alcohol y comida rápida, pero no quería ir con las manos vacías y no pensé que fuera ético llevar alcohol (más tarde cambié de opinión). Allí había varias mujeres, inyectándose hormonas del mercado negro, bebiendo, bailando y maquillándose. Me dejaron fotografiar lo que quise. Durante cinco meses pasé casi todos los fines de semana con Kima, Lala, Angel y Josie. A medida que me iba ganando su confianza mis fotos eran más íntimas; el tiempo me permitió ver cosas que no había visto hasta entonces, como cuando un tío duro, que parecía salido de un vídeo de Snoop Dogg, peinaba suavemente el pelo de su novia transexual a la escasa luz de una farola de la calle, mientras ella esperaba a sus clientes de primera hora de la mañana.

Una noche acudí a mi primera cita, desde hacía meses, con un músico que tocaba el saxo en un grupo cubano. A la una de la mañana me acompañó a casa por Christopher Street hasta la esquina de West Tenth Street. Mientras hablábamos de cosas intrascendenes, nos mirábamos los pies y dábamos pataditas en círculo con los talones. Al final me besó.

Habían pasado apenas unos minutos cuando noté que nos rodeaba un grupo de personas, muy de cerca. Abrí los ojos y vi unas

sombras que bailaban en torno a nuestros pies.

—¡Es la chica de las fotos!

Eran Kima, Lala, Charisse y Angel, todo un destacamento de transexuales. Chillaban y reían, y se me acercaron mucho y al pobre músico, también.

—¡Eeeeh, adelante, guapa!

El músico estaba confuso.

—¿De qué has dicho que trabajabas?

—Soy fotógrafa.

—¿Y esas son amigas tuyas?

—Sí, supongo que sí.

Ahí acabaron los besos.

Cuando, a principios del año 2000, recibí una invitación para ir a la India con un amigo de la familia, un profesor de negocios que llevaba a sus alumnos al extranjero para un estudio de campo que no tenía absolutamente nada que ver con los temas que a mí me interesaban en fotografía, pensé que era la oportunidad para abandonar Nueva York para siempre. Pregunté a la Associated Press si creían que podría conseguir algún trabajo en el sur de Asia, y ellos me respondieron alentadoramente. Por aquel entonces no tenía ni idea de si me quedaría realmente. Pero en ese momento de mi vida no pensaba con tanta anticipación ni me retorcía las manos llena de dudas ante unas decisiones que podían parecer tremendas. Simplemente, veía una puerta y salía por ella. Ese fue el caso cuando me trasladé a la India. Resultó que no volví a vivir nunca más en Estados Unidos.

Indios bañándose en las calles de Calcuta al amanecer, año 2000.

Capítulo 2
¿Cuántos hijos tienes?

La primera noche que pasé en Nueva Delhi me alojé con dos corresponsales extranjeros: Marion, una reportera del *Boston Globe*, y su novio, John, fotógrafo fijo de la AP. Nada más llegar, tarde por la noche, me di cuenta de que estaban acostumbrados al tráfico constante de huéspedes. John me abrió la puerta medio dormido, sin inmutarse, me enseñó mi habitación y se volvió a la cama. Me tumbé en la oscuridad, abrumada de repente por la soledad.

Pero a la mañana siguiente, mientras me tomaba el café que Marion me había dejado como al descuido en el mostrador, vi la vida con la que soñaba, allí mismo, en su cocina.

—No hemos dejado de trabajar desde hace años —dijo Marion, recalcando las palabras. Era esbelta y atractiva, y poco amiga de gilipolleces—. Desde las pruebas nucleares de la India y Pakistán hasta el secuestro del avión de Indian Airlines que iba a Cachemira… Estamos exhaustos.

Observé que se ponía muy seria, y sentí que se me encogía el estómago de admiración y ansiedad. Marion y John, que eran prácticamente de mi edad y de Estados Unidos, cubrían noticias internacionales importantísimas, trabajaban mucho y afianzaban sus carreras mientras mantenían un hogar muy cómodo en el extranjero. En lugar de preguntarme si había cometido un error al trasladarme a la India, noté como si hubiera estado desperdiciando mi vida en Nueva York.

Todo cuanto convertía a la India en el lugar más crudo de la Tierra hacía al mismo tiempo que fuera maravilloso fotografiarla. Las calles hormigueaban de movimiento continuo, un caos de cierta intensidad donde casi todos los aspectos de la condición humana estaban a la vista del público. La vasta disparidad entre pobres y ricos en la India contribuía a aquella yuxtaposición increíble de gente y de vida callejera. Pocos personajes o escenas quedaban

fuera de tu alcance en ese país, que era un laboratorio ideal para un fotógrafo. La luz de la mañana o de la tarde iluminaba un arcoíris de tonos brillantes e intensos; yo seguía a las mujeres envueltas en ropas de color magenta, amarillo o azul, y las veía desaparecer entre polvorientas multitudes. Pasé diez días recorriendo el río Ganges en Varanasi, donde fotografié la devoción hindú desde las horas previas al amanecer hasta mucho después de anochecer, y estuve ocho días en Calcuta, fotografiando a hombres que se bañaban en la calle y a niños cubiertos de barro seco que mendigaban para comer. Cuando los estímulos resultaban abrumadores, me escondía detrás de mi visor, ajena a mí misma. Había imágenes por cualquier sitio, y mis ojos se cansaban. Pero podía resistirlo todo con la perspectiva de obtener unos bellos negativos. Gasté el dinero que tenía en película.

Encontré una habitación en un apartamento oscuro, ligeramente deprimente, de un hombre muy agradable de treinta y tantos años llamado Ed Lane. Era jefe de redacción de la empresa de noticias financieras Dow Jones, y le encantaba beber *whisky*. La AP me ayudó a conseguir credenciales de prensa y un visado residencial indio. Ed me llevó al Club de Corresponsales Extranjeros, un sitio decrépito donde se reunían los periodistas internacionales todas las semanas a cotillear sobre sus vidas de residentes en el extranjero, como si estuvieran en una novela de Hemingway. Eran gente sofisticada pero muy amistosa, acostumbrada a conocer a personas nuevas y a darles la bienvenida en sus hogares. Escuchar sus historias daba pie a que el mundo pareciese más pequeño y más manejable, como si ir a lugares difíciles o peligrosos fuera solo una cuestión de conocimiento y de logística, parte del trabajo y de la vida.

Cuando no estaba haciendo fotos, veía películas de Bollywood en hindi o me iba a nadar con Marion al American Club, un centro de élite que pertenecía a la embajada norteamericana. La vida era difícil en la India, pero también era barata.

El ámbito personal no existía, pero con un poco de dinero se podían comprar muchos lujos. Yo pagaba el alquiler con un encargo y una criada con otro.

En mi país, mis colegas y amigos del instituto se embarcaron en un año de interminables compromisos y bodas. A menudo ejercía de fotógrafa invitada. La vida de todo el mundo salía adelante, mientras que yo continuaba persiguiendo la buena luz y las mujeres de los pueblos de la India. Concebía una vida de aventuras nómadas para mí, pero a veces me preocupaba estar condenándome a un futuro de soltería: siempre sola, teniendo aventuras con hombres al azar, rodeada de cámaras.

Podría haber sido peor…

Al cabo de unos meses, me había instalado en un ritmo constante de trabajo, emparejada con Marion para el *Boston Globe* y el *Houston Chronicle*, o fotografiando alguna historia ocasional para el *Christian Science Monitor* y para AP. Escribí al departamento de fotografía del *New York Times* varias veces, ofreciéndome como corresponsal a tiempo parcial, pero no me contestaron nunca los correos. Entonces escribí directamente a los corresponsales del *New York Times* con base en la India, y les pregunté si podía filmarles algún trabajo. Me dijeron que ellos mismos hacían las fotos cuando les encargaban un artículo. Pero lo seguí intentando. Tenía la sensación de que si conseguía hacer fotos para el *New York Times* (en mi opinión, el periódico que más influía en la política exterior de Estados Unidos y que empleaba a los mejores periodistas del mundo), llegaría sin duda a la cima de mi carrera.

A mediados de abril del año 2000, Ed volvió de un viaje a Afganistán donde había hecho un reportaje. Llegó a casa con quince alfombras afganas y un consejo:

—Tendrías que ir a Afganistán a fotografiar a las mujeres que viven bajo el régimen talibán.

—¿Qué quieres decir? —En realidad yo no sabía mucho de ese país, aparte de los artículos del *Times* que había leído mientras hacía ejercicio en las máquinas del gimnasio en Nueva York.

—Eres mujer, y te interesa fotografiar los temas femeninos. Actualmente, hay pocas mujeres periodistas que hagan ese tipo de artículos. Deberías ir.

Nunca había estado en un país hostil. Afganistán había quedado destruido por la guerra. Primero, cuando los soviéticos ocuparon el

país en los años ochenta, y, últimamente, debido al enfrentamiento entre facciones por hacerse con el poder. Hacia el año 2000 uno de esos grupos, los talibanes, había tomado casi el 90 por ciento del país, prometiendo terminar con la violencia, el robo y las violaciones. Instauraron la saría, la ley islámica que requiere una obediencia estricta al Corán; obligaron a toda la población femenina a vestir el burka, y prohibieron la televisión, la música, las cometas… cualquier forma de entretenimiento. A los hombres se les cortaban las manos por robar, y se lapidaba a las mujeres que cometían adulterio. Pero todo cuanto yo había leído se había escrito desde la perspectiva de un extranjero, artículos normalmente redactados por occidentales y no por musulmanes. ¿Estarían imponiendo los occidentales sus propios valores a un país musulmán? ¿Llevaban las mujeres afganas una vida de sufrimiento bajo el burka y bajo el control de los talibanes? ¿O simplemente suponíamos que sufrían, porque nuestra vida es muy distinta?

Yo no sabía cómo conseguir hacer un viaje semejante. El único gobierno válido allí era el talibán, y casi todas las embajadas extranjeras y los diplomáticos habían huido. Yo era una mujer soltera norteamericana que quería fotografiar a civiles. En Afganistán no se permitía a las mujeres que salieran de su casa sin ir acompañadas de un guardián masculino. Era ilegal fotografiar a seres vivos. Según el famoso hadiz, el profeta Mahoma había dicho: «Todo aquel que haga imágenes arderá en el infierno, y por cada imagen que haga, se creará un alma para él, que será castigada con el fuego».

Pero aparte de preguntarme por un momento si sería capaz de llevar a cabo mi trabajo, no tenía miedo. Creía que si lo hacía todo por una buena causa, no me ocurriría nada malo. Y Ed no era un periodista temerario. Me parecía que no me recomendaría nunca un viaje que me acarreara la muerte.

Siguiendo sus recomendaciones, inmediatamente envié un montón de correos electrónicos a la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, y a diversas organizaciones no gubernamentales (ONG), presentándome como fotógrafa autónoma interesada en fotografiar la vida de las mujeres en dominios talibanes. Casi enseguida recibí respuestas. Me quedé muy sorprendida: no tenía el respaldo de una publicación

importante (para ellos no era nadie), pero aun así se habían molestado en responder a mis correos y ofrecerme apoyo logístico. Pocos periodistas cubrían el Afganistán de los talibanes, y estaban muy agradecidos por mi interés. Preparé mi viaje para dos semanas después.

La semana anterior al viaje previsto comprobé mi saldo bancario. El dinero de la boda había ido menguando hasta quedar en nada, y la mayoría de los pagos de mis trabajos como autónoma no habían llegado aún. Pero no estaba dispuesta a cancelar aquel viaje por no tener dinero. Normalmente, en las zonas de guerra no aceptaban tarjetas de crédito, y la única divisa aceptada era un buen fajo de dólares. Y yo no los tenía. Ni rupias, ni nada. Mi madre no podía hacerme un préstamo, y me negaba a pedirles a mi padre y a Bruce más dinero, aparte del de la boda, porque ambos habían expresado repetidamente su creencia de que debía arreglármelas sola. Llamé a mi hermana Lisa y a su marido, Joe, y sin dudarlo (y sin preguntarme por qué tenía que viajar a Afganistán o si no sería mala idea), me giraron unos cuantos miles de dólares a mi cuenta bancaria, aquel mismo día.

En mayo del 2000 llegué a Pakistán, en tránsito a Afganistán por primera vez, con mis Nikon, una cámara panorámica, una maleta y cuatro preocupaciones: yo era norteamericana (de un país que había sancionado recientemente a Afganistán por acoger al líder fundamentalista islámico Osama bin Laden); era fotógrafa (y fotografiar a cualquier ser vivo estaba estrictamente prohibido por las leyes de los talibanes); era una mujer soltera (y según ellos, debía permanecer en casa de mi padre o viajar siempre con un *mahram*, un marido o pariente masculino que hiciera las funciones de guardián); y, por último, llegaba en un momento de censura extrema de los talibanes.

Pakistán era el país más cercano a la India que tenía en funcionamiento una embajada afgana, donde podía pedir un visado. Algunos colegas de la Associated Press de Nueva Delhi me recomendaron que contactase con la corresponsal de AP en Pakistán, Kathy Gannon, para que me ayudara a obtener el visado y me informara de cómo actuar como mujer en el Afganistán talibán. Kathy era una de las pocas periodistas del mundo que había vivido

allí más de diez años. Mientras nos tomábamos algo en el club de la ONU en Islamabad, me fue informando del proceso que suponía trabajar bajo el régimen talibán, ofreciéndome un lugar donde alojarme en la casa de AP en Kabul, y me puso en contacto también con Amir Shah, el corresponsal local de AP. Su entusiasmo acalló un poco mi incertidumbre.

A la mañana siguiente, dudé de qué ropa ponerme para ir a la embajada del Emirato Islámico de Afganistán. Me había olvidado de hacerle a Kathy aquella pregunta tan básica. Pero el recato era esencial. Las mujeres afganas llevaban el burka, pero las mujeres occidentales de Pakistán, no. Me puse un *salwar kameez* (los pantalones anchos tradicionales y camisa de manga larga que llevan las mujeres en la región), y un pañuelo amplio para la cabeza, que se puede llamar chador o hiyab, dependiendo de por qué parte del mundo musulmán viaje uno. Opté por un pañuelo en lugar de esa tela grande que lo cubre todo y envuelve tanto la cabeza como el cuerpo. Preparé mi documentación, fotos de pasaporte (unas que me había hecho con el pañuelo puesto), y me dirigí con todo ello a la embajada. Para los periodistas, sean quienes sean, hay pocas experiencias que nos llenen de un terror mayor que el desesperante proceso burocrático, a menudo arbitrario pero necesario, de obtener un visado.

Los consejos de Ed resonaban en mis oídos: «No mires a ningún hombre afgano directamente a los ojos. Mantén la cabeza, el rostro y el cuerpo cubiertos. No te rías ni hagas bromas bajo ninguna circunstancia. Y lo más importante de todo: siéntate todos los días en la oficina de visados y toma el té con el empleado de los visados, Mohamed, para asegurarte de que, de verdad, envíen tu solicitud debidamente cumplimentada».

La embajada afgana era un edificio anodino y rudimentario en el barrio diplomático de la ciudad, y la oficina de visados era una sala pequeña e insustancial que estaba en un lateral y contaba con su propia puerta de entrada desde el exterior. Los otros funcionarios de la embajada podían ver lo que ocurría en esa oficina a través de una ventanita. El ambiente del interior estaba saturado de olor corporal. Un hombre joven, de mejillas hinchadas, barba oscura que le llegaba hasta el pecho y cara prematuramente envejecida (Mohamed), estaba sentado detrás de un escritorio, frente a un

destartalado sofá y unas sillas. Sobre la cabeza aguantaba en equilibrio un turbante blanco. Entraba y salía de la habitación un río continuo de empleados de la ONU y sus chóferes afganos. Todos eran hombres. Cuando entré, Mohamed se dio cuenta de mi sexo con un débil gesto de sorpresa, me dirigió con los ojos al raído sofá y procedió a atender a todos y cada uno de los hombres que estaban en la habitación, ya hubieran llegado antes que yo o después.

Al final me llamó a su escritorio. Hablaba un inglés básico. Le tendí mi pasaporte, dudando de si me expulsaría por ser norteamericana.

—¿Está usted casada?, —preguntó.

—Sí, casada —dije—. Con dos hijos, en Nueva York.

Me cogió los papeles y me dijo que volviera al cabo de tres semanas. Yo asentí. Volví al día siguiente.

Él no pareció fijarse siquiera. Tuve mucho cuidado de no hablarle a menos de que él me hubiera formulado una pregunta primero. Las primeras dos mañanas, de las que acabarían siendo nueve en total, estuvimos sentados en silencio. La tercera mañana decidí romper la norma de Ed.

—¿Está usted casado, Mohamed?

Sin demora, él respondió:

—No. No esposa. Mi madre murió, y no tengo esposa. No encuentro. Mis hermanos están buscando, pero tardan demasiado.

Su lenguaje corporal cambiaba al hablar de sí mismo; alzó el mentón y me miró. Estaba claro que el tema de la esposa le ponía temeroso y triste, pues el estatus de un hombre afgano dependía en parte de tener o no hijos.

—Pero tiene que haber una mujer para usted —dije.

—Demasiado difícil… —explicó, adquiriendo de repente un aspecto vulnerable—. Es imposible encontrar una mujer en Afganistán sin la ayuda de una madre o de las hermanas. Hombres y mujeres no se juntan nunca. Necesito que mi familia me encuentre una esposa.

En aquel momento entró otro empleado de la embajada en el despacho, y él se calló. Yo bajé la vista y esperé.

A la mañana siguiente, Mohamed sonrió cuando entré.

—Su petición de visado ha llegado a Kabul. —Por primera vez me habló delante de un compañero talibán—. Se puede quitar el

hiyab aquí. No tiene por qué llevarlo… no es musulmana.

Yo me alegraba de haber mostrado respeto a Mohamed y a sus colegas yendo a la embajada con un hiyab correcto (que, normalmente, significa ir tapada y llevar ropa discreta y nada reveladora). La idea de enseñar tanto mi pelo como mi rostro a dos hombres desconocidos me incomodaba un poco. También temía que el comentario de Mohamed fuera un requerimiento obsceno de los funcionarios talibanes, que a lo mejor querían aprovecharse de la ingenuidad de una norteamericana.

—No, gracias. Lo seguiré llevando.

Aquel fin de semana fui a la ciudad pakistaní de Peshawar a fotografiar la instalación del campo de refugiados para acomodar a los miles de afganos que habían huido durante las guerras. Cuando volví a la embajada el lunes, Mohamed mostraba una extraña tranquilidad, sonreía y actuaba como si hubiera estado esperando encantado mi visita. Compartimos el té matutino.

—No hay noticias todavía de Kabul sobre su visado. —Estaba muy ocupado y había muchos funcionarios por allí, así que esperé hasta que volvimos a quedarnos solos—. ¿Qué tal el fin de semana?, —me preguntó.

—He ido al campo de refugiados afgano de Peshawar. —No le expliqué mucho más. No sabía si podía ofenderlo.

—¿Dónde se alojó? ¿En un hotel? ¿Dónde se aloja en Islamabad?

Yo eludí las respuestas a sus preguntas de dónde dormía con una sonrisa recatada. No me parecía correcto revelar tal información a un joven talibán.

De repente miró por la ventanita hacia el interior de la embajada principal, para ver si alguien escuchaba. No había nadie.

—¿Puedo hacerle una pregunta?, —susurró.

—Claro, puede preguntarme lo que quiera —dije—, mientras mis respuestas no influyan negativamente para obtener el visado.

Él sonrió, nervioso.

—¿Es verdad…?, —titubeó—. Bueno… He oído decir que los hombres y las mujeres norteamericanos salen en público juntos sin estar casados. —Hizo una pausa, volviendo a mirar por la ventanita hasta que se aseguró de que nadie escuchaba—. Y que hombres y mujeres pueden vivir juntos sin estar casados…

Yo era consciente de que él se arriesgaba mucho con aquellos

comentarios. Los talibanes insisten en que sus miembros renuncien a la curiosidad sexual; la ansiedad de Mohamed inundaba la habitación.

—¿Está seguro de que mis respuestas no afectarán a la obtención de mi visado?, —le pregunté.

—Le prometo que no será así.

—En Norteamérica, los hombres y las mujeres que no están casados pasan mucho tiempo juntos. A veces tienen lo que se llaman «citas», y van a ver películas, al teatro o a restaurantes. A veces incluso conviven antes de casarse y, a diferencia de Afganistán, donde casi todos los matrimonios se arreglan entre parientes, los norteamericanos se casan por amor.

¿Por qué le contaba todo aquello a un talibán en la embajada afgana? Dadas las barreras culturales y lingüísticas entre nosotros, tenía la certeza de que él no había entendido más del 10 por ciento de lo que le explicaba. Pero estaba fascinado.

—¿Y los hombres y las mujeres…? ¿Es cierto que los hombres y las mujeres se tocan? ¿Y que tienen hijos antes de casarse?

—Sí. Hombres y mujeres se tocan antes de casarse.

—Usted está casada, ¿verdad?

Yo sonreí, sintiéndome al fin lo bastante cómoda para contarle la verdad. No sé por qué me ocurría eso, ni por qué quería contarle algo. ¿Quizá porque él también se había sentido lo bastante cómodo conmigo como para hacerme esas preguntas subidas de tono? ¿O por admitir que su mente había escudriñado un lugar prohibido para un hombre soltero debido a la severa interpretación del Corán de los talibanes?

—No, Mohamed. No estoy casada. Viví con un hombre mucho tiempo… como si estuviéramos casados.

Él me interrumpió.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué se fue? ¿Por qué no está casada?

Aquel funcionario ya no era un talibán para mí. Éramos, sencillamente, dos personas de veintitantos años que nos estábamos conociendo.

—En Norteamérica, las mujeres trabajan —dije—. Y ahora, precisamente, estoy viajando y trabajando.

Sonrió y replicó:

—Norteamérica es un buen sitio.

—Pues sí.
Cinco días después recogía mi visado.

Atravesando en coche el paso de Jáiber, a lo largo de una carretera tan rocosa como el terreno, contemplé los escarpados montes de la cordillera Spin Ghar delineados ante el cielo color cobalto. Algunos empleados varones de la agencia de refugiados de la ONU (ACNUR) habían accedido a llevarme desde la frontera de Pakistán hasta Yalalabad, y luego hasta Kabul. Íbamos en silencio en el coche a través de aquel paisaje asombroso, sobrenatural. Con intervalos de pocos kilómetros veíamos un tanque ruso sorprendido por la muerte y repleto de agujeros de bala, crudo testimonio de que la belleza de Afganistán no podía ocultar su historia sombría y turbulenta. Afganistán era uno de los países más pobres del mundo. Los restos de edificios bombardeados se alineaban a lo largo de la árida carretera. Mujeres como fantasmas, envueltas de pies a cabeza con los burkas azules tradicionales, caminaban por el polvo. Unos niños pequeños utilizaban palas para rellenar los baches, y los conductores les echaron unas monedas.

Me alojaba en la casa de huéspedes de la ONU en la decrépita ciudad de arcilla de Yalalabad por cincuenta dólares la noche, una suma que no pasaba por las manos de la mayoría de los afganos ni en un año entero. Una lista plastificada contenía las normas y reglamentos de la ONU: «Toque de queda a las siete de la tarde. Ningún tipo de interacción con la gente del lugar. Deben ir escoltados en todo momento por un conductor de las Naciones Unidas. *Esta es una zona en guerra. En caso de bombardeo, el refugio antiaéreo está situado debajo de la casa, y equipado con botellas de agua, comida y suministros*».

Me quité el chador marrón y la *salwar kameez* en el cuarto de baño. Mi atuendo no me había protegido de las intensas miradas de los afganos, ya que pocas mujeres extranjeras, mujeres sin burka, viajaban por el país. Solo en la ducha me podía relajar. El concepto de libertad, independencia y sexualidad que yo, como mujer norteamericana, llevaba intrínseco en la esencia de mi ser, se contradecía por completo con la forma de vida afgana de los talibanes. Reconocía que tenía que despojarme de mis puntos de vista para trabajar con éxito allí.

Escenas de Afganistán mientras estaba todavía bajo el gobierno de los talibanes, mayo y julio del 2000.

El equipo de ACNUR me puso en contacto con dos hombres que trabajaban en el Programa Integral para Afganos Discapacitados (CDAP, por sus siglas en inglés), una organización que, entre otras cosas, rehabilitaba a los afganos heridos por los miles de minas terrestres que los soviéticos enterraron por todo el país. Los muyahidines (facciones afganas que luchaban contra los ocupantes

soviéticos) también siguieron la táctica de estos, y como resultado, millones de minas continuaban arrancando piernas y manos a los afganos que caminaban por los campos o jugaban inocentemente en ellos. Como periodista, se suponía que yo debía registrarme en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Kabul, pero decidí arriesgarme a pasar primero algunos días en el campo. Si el ministerio se enteraba de mi presencia en el país, podía prohibirme visitar determinadas zonas, o ponerme un guardaespaldas talibán que se convertiría en mi sombra. Mis dos escoltas del CDAP, mi conductor, Mohamed, y mi guía e intérprete, Wahdat, no eran miembros de los talibanes y creían que podíamos viajar pasando desapercibidos. Wahdat, que insistía en que le llamase también Mohamed, me serviría como *mahram* en ausencia de un pariente varón. Para introducir las cámaras en el país, dije que iba a fotografiar la destrucción causada por la guerra, pero los dos Mohamed habían planeado un viaje ambicioso por las provincias de Logar, Wardak y Ghazni, donde me presentarían a civiles afganos: víctimas de las minas terrestres, viudas, médicos y familias.

Afganistán tenía una cultura tribal. Las mujeres estaban enclaustradas en enormes recintos donde solo podían entrar parientes varones u otras mujeres, y yo sabía que sería imposible mantener una entrevista sincera con una mujer en cuanto vieran a Mohamed. Mi guía tenía cuarenta y tantos años, de cabello castaño oscuro veteado de canas y barba larga y negra habitual entre los hombres pastunes. Su tribu es la más numerosa de Afganistán, y está considerada, en general, la más conservadora. Los talibanes eran sobre todo pastunes, aunque también se habían unido a ellos algunos tayikos y hazaras. El ajado rostro de Mohamed era como un mapa que reflejaba una vida entera de guerra, represión y pobreza, y que le ocultaba cualquier posible rastro de juventud. Como era mi *mahram*, tenía que acompañarme adondequiera que fuera, ya que yo era mujer e iba sola. Desde el principio de mi viaje le estuve dando vueltas a cómo evitar la prohibición talibana de fotografiar. Las imágenes me quemaban los ojos y el alma, pero me agobiaban demasiado las posibles consecuencias de robar una foto mientras miraba por la ventanilla del coche y veía desvanecerse posibles encuadres en el terreno que se iba quedando atrás. En aquel país las metralletas estaban más presentes que una Nikon, y ya me habían

advertido de que cada foto que tomase requeriría un intrincado proceso de negociación, tanto con mi *mahram* como con el sujeto en cuestión. Sin hablar persa ni dari, tenía que confiar en mi guía para que fuera mi voz en cualquier situación delicada. Me habían arrebatado la capacidad de montarme yo misma un escenario, o de conseguir acceso a la vida de la gente gracias al ritual de la negociación del cual dependemos los fotógrafos. A lo largo de los últimos años, había aprendido a observar a las personas estableciendo esa relación inicial mediante el contacto visual. Pero en Afganistán apenas podía mirar a nadie y debía recordarme constantemente que estaba prohibido mirar a los hombres a los ojos. Había tantas normas y restricciones, especialmente contra las mujeres fotógrafas…

Pero como los talibanes habían prohibido la televisión, los medios de comunicación extranjeros y los periódicos (en realidad estaba prohibida cualquier publicación excepto los documentos religiosos), la mayor parte de los afganos a los que fotografiaba sabían que las imágenes que yo tomaba nunca aparecerían en su país. No habían de preocuparse por que los afganos vieran a sus mujeres en, digamos, el *Houston Chronicle*. Me sorprendió que muchos afganos, tanto hombres como mujeres, estuvieran dispuestos a dejarse fotografiar.

Viajamos en aquel coche durante horas, siguiendo el simulacro de una carretera, un rompecabezas de piedra, grava y polvo; pasamos junto a rebaños de camellos y llegamos a las provincias. Las plegarias de Mohamed se alzaban entre el rumor del motor mientras iba pasando su *tespih*, unas cuentas de plegaria musulmanas similares a un rosario. Yo no había sacado aún mi cámara. Estaba tan cautivada por los desfiladeros, los ríos y las abruptas colinas verdes que se me deslizó el pañuelo hasta la nuca, y las mangas se me subieron hasta el antebrazo. Cuando me di cuenta, noté la obvia incomodidad de Mohamed al verme la piel de las muñecas.

Nuestra primera parada fue en una casa de la provincia de Logar. Mohamed quería enseñarme la vida de una familia normal en Afganistán. Un niño pequeño estaba entre la maleza, frente a un recinto de arcilla construido para albergar a una familia entera, de unos cuarenta miembros. Mi guía mandó a buscar al hombre que

estaba al frente. Como no había teléfono, nuestra visita no se había anunciado. Mohamed me presentó como una periodista extranjera interesada en el Estado de Afganistán y su pueblo después de veinte años de guerra, y pronto se puso al fuego la tetera.

El hombre de la casa me dio permiso para reunirme con él y los demás hombres de la familia a la hora de comer, y me complació mucho tener la oportunidad de compartir una experiencia que está fuera del alcance de las afganas. Como periodista extranjera, estaba exenta de todas las normas y leyes que se aplicaban allí a las mujeres. Pertenecía a un tercer sexo, andrógino e indefinido. Pasamos los primeros veinte minutos de la comida muy incómodos. Estaba claro que ningún hombre de aquella sala había comido jamás con una extranjera presente, salvo alguna niña de cuatro años o una tía anciana.

Saqué el tema del cual todo el mundo en Afganistán podía hablar libremente: la familia.

—¿Cuántos hijos tienen?, —pregunté.

En general los afganos se enorgullecen de tener muchos hijos, y se les iluminaba el rostro cuando hablaban extasiados de sus once hijos.

—¿Y cuántos hijos tiene usted?, —me preguntaron, quizá suponiendo que a los veintiséis años, ya estaría de camino del doble dígito.

—Ninguno —respondí.

Se hizo el silencio. Me puse a comer discretamente. La cuestión de cuántos hijos tenía yo me perseguiría a lo largo de todo aquel viaje… y de los años venideros. Entonces me cohibí tanto que no me atreví a pedirles que me permitieran tomar una foto.

Después de comer, Mohamed me llevó a una escuela secreta de niñas. Los talibanes habían prohibido las escuelas femeninas, pero algunos afganos estaban tan desesperados por educar a sus hijas que habían montado escuelas improvisadas que aparecían y desaparecían en sótanos privados. El padre de la casa nos saludó en la puerta. Como había mujeres jóvenes dentro, Mohamed tenía prohibida la entrada, pero el padre me acompañó a tres habitaciones (espacios como cavernas) donde jóvenes maestras daban clase a montones de niñas vestidas de todos los colores (verde, morado, naranja), procedentes de los pueblos de alrededor.

Una maestra, que no contaba más de veinticinco años, sostenía un bebé en brazos mientras impartía la clase, provista de una pizarra y algunos carteles escritos a mano. Las niñas estaban sentadas en el suelo de tierra. Solo algunas de ellas tenían libros.

Las niñas se sorprendieron al ver a una extranjera, y me pareció que las maestras se asombraban al ver que una extranjera corría el riesgo que yo estaba corriendo. Pero aún sentía miedo. Conseguí sacar la cámara que llevaba en el bolso, aunque apenas pude hacer ninguna foto decente: la mitad me salieron desenfocadas.

Volvimos a recorrer el campo y pasamos por una estrecha carretera excavada en montañas sembradas de piedras, hasta que llegamos a una pequeña meseta entre dos picos. Había un estanque con un agua extrañamente tranquila, y reinaba un silencio que llamaba a la plegaria. Mohamed y nuestro conductor no habían rezado en toda la mañana, y estaban nerviosos y ansiosos mientras circulábamos. Antes de que Mohamed empezara a rezar, conseguí reunir el valor suficiente para pedirle si podía fotografiarlo. Él accedió. Me alegró mucho verlos al aire libre, llevando a cabo los elegantes movimientos propios de su devoción. Mohamed parecía muy sereno, de pie ante el fondo de escarpadas montañas y un nítido cielo, y se puso a rezar, llevándose los pulgares a las orejas. Estábamos fuera del alcance de los talibanes, allí. A partir de entonces, me percaté de que tenía que buscar momentos como aquel, más íntimos, más privados, en los cuales los afganos estuvieran tan absortos en sus pensamientos que se olvidaran de que pudiera haber algún talibán cerca. Nos subimos al coche de nuevo, y fui contemplando las arenosas montañas de color marrón, que se replegaban, como ropa de cama desaliñada, formando capas de vegetación, y las casas de arcilla que se fundían con la tierra.

Mohamed antes de las plegarias, año 2000.

Al cuarto día llegamos a casa de Mohamed a última hora de la tarde, cuando la luz era de un dorado aterciopelado, y el sol arrojaba largas sombras por la carretera serpenteante. Yo tenía gran curiosidad por ver cómo era su familia. Entramos en su hogar, escasamente amueblado, y nadie me saludó. Las mujeres bajaron la vista, y por respeto, los hombres apenas demostraron que notaban mi presencia, excepto por el saludo cortés habitual que consistía en colocarse la mano derecha en el pecho e inclinar ligeramente la cabeza. Mohamed me invitó a pasar por la puerta exterior del patio y a subir tres escalones hasta mi habitación, y luego desapareció. Habría sido impropio que yo saliera de allí y me paseara por la casa e intentara comunicarme con su familia. Antes había dejado bien claro que no le parecía bien que yo fotografiara a «sus» mujeres. Era como si le diera miedo enseñarme la casa, por si podía hacer alguna foto a escondidas en ella.

Sin embargo, sus sobrinos e hijos, tanto hombres como mujeres, y al final incluso su mujer, se asomaron a la ventana de mi habitación desde el patio y me observaron. Yo les hice señas de que entraran, aunque creía que era un esfuerzo inútil, porque nada podría romper una barrera construida a base de años de humildad y privacidad. Finalmente, una niña de algo más de diez años, de

huesos grandotes y manos sucias, se abrió paso a empujones para venir a saludarme, y me tendió la mano. Sin un lenguaje común, la conversación terminó con el apretón de manos. Me daba la impresión de ser una enferma terminal en cuarentena, confinada en una habitación, a quien la gente miraba a través del cristal y la compadecía.

Habían pasado solo cuatro días desde mi llegada a aquel país, y me habría gustado enterarme de qué estaría haciendo el mundo desde que inicié el viaje. Afganistán se escondía en una cápsula temporal de guerra. Muchos afganos no tenían ni idea de cómo había avanzado tecnológicamente el resto del mundo. Es más, no había periódicos extranjeros ni noticias en la televisión, y tenían muy poca electricidad. Era claustrofóbico. Yo estaba ansiosa. No me había duchado aún ni una sola vez, y el olor a sudor y las capas de suciedad me empapaban la ropa. Echaba de menos mis carreras matinales por Lodhi Gardens, en Nueva Delhi, pasando junto a los orondos indios componiendo posturas de yoga. Echaba de menos la natación en el American Club y una cerveza fría y espumosa, al final de la jornada, en el Club de Corresponsales Extranjeros. Echaba de menos todas aquellas cosas a las que me había aficionado tanto sin darme cuenta, cosas que antes ni siquiera apreciaba. Como mi libertad.

Pero al echarme sobre aquel delgado colchón, consideré también los beneficios de ser una invitada en Afganistán. Siempre tendría una habitación para mí sola. La que ocupaba era un gran espacio vacío cubierto de alfombras, con una enorme ventana-mirador, separada de la zona masculina. No pensaba en mi aspecto, ni en parecer sexy, ni en la atracción entre hombre y mujer. En Norteamérica, gastaba una increíble cantidad de energía en cosas que en Afganistán eran vanas, o incluso inútiles, y resultaba reparador sumergirme en una perspectiva y en una ideología nada familiares, y asimilarlas tanto en mente como en indumentaria.

De hecho, durante los últimos días, mientras paseaba por las calles y entraba en las casas, agradecí la cobertura y el anonimato que me proporcionaba la gruesa tela que me tapaba la cabeza y los hombros. Comprendía la importancia de desear cubrirme en todo momento. Al despertarme a la mañana siguiente y prepararme para pasar el día, me di cuenta de que hasta apreciaba la presencia

constante de mi *mahram*, y la paz inusual que encontraba cuando cedía el control a Mohamed, a nuestro conductor, a un hombre.

La ciudad de Kabul era gris y solitaria en junio del 2000. Sus edificios monolíticos y anodinos, así como su aura de paranoia, traicionaban la intensa influencia soviética en Afganistán. Zonas enteras de la ciudad parecían medio enterradas bajo una gigantesca tormenta de arena: colinas de tierra se fundían con coches oxidados que, a su vez, se fundían con los destrozados edificios de arcilla. Esa disposición contrastaba muchísimo con los pueblecitos del campo, vivaces y bañados por el sol, que habían quedado relativamente libres del control de los talibanes. En Kabul, todo el mundo tenía mucho cuidado de dónde pisaba y con quién hablaba. Los empleados de la ONU, sobre todo afganos, pakistaníes o gente de otros países musulmanes, trabajaban en el recinto de la ONU, pero raramente los veía fuera, en las calles de Kabul. Los nativos evitaban absolutamente la conversación con extranjeros en público.

No tuve más remedio que enfrentarme a los talibanes en el Ministerio de Asuntos Exteriores, donde se requería que se registrasen los periodistas extranjeros en cuanto entraban en el país. Aquel era el Afganistán sobre el que me habían advertido. Todo lo que pretendía hacer debía ser aprobado mediante una carta escrita a mano en dari, sellada por el ministro del gobierno responsable del tema que yo estaba cubriendo, y firmada por un hombre llamado señor Faiz.

En las dependencias del ministerio, unos adolescentes prepúberes, con turbantes muy gruesos en la cabeza, andaban pavonéandose por el edificio de altos techos. Esperé dos horas, bebiendo té azucarado y aumentando mis posibilidades de desarrollar diabetes. Aunque tiempo atrás habría estado nerviosa ante la perspectiva de conocer a un talibán, ahora ya conocía las normas. Cuando me llamó el señor Faiz, mi nerviosismo había desaparecido.

Era un ministro de prensa robusto, que no tendría más de veintiocho años, barbudo y ataviado con el habitual turbante. Me dio la bienvenida a su país. Nuestras palabras resonaban en el techo de unos seis metros de altura. Unos diseños intrincados recubrían la alfombra andrajosa que teníamos bajo los pies. Pensé en las mujeres

y en los hombres que, los viernes, eran fusilados o lapidados hasta la muerte por adulterio o por algún crimen en los estadios de fútbol de todo Afganistán.

—Gracias —dije bajando la vista—. Es un honor tener la oportunidad de venir aquí para ver Afganistán con mis propios ojos. Estoy escribiendo un artículo sobre los efectos de veinte años de guerra en este país.

No mencioné que ya había pasado casi una semana en las provincias de Ghazni, Logar y Wardak, pernoctando en los hogares de cálidos y generosos afganos que reforzaban mi creencia de que Afganistán era mucho más que un estado terrorista gobernado por talibanes indisciplinados y misóginos, como lo retrataban casi todos los medios de comunicación.

—Su país es muy bello, señor Faiz. Estoy muy agradecida de que haya aprobado mi visado.

Por medio de un intérprete, el señor Faiz y yo discutimos lo que me interesaba ver en Kabul. Me hizo montones de preguntas sobre mi procedencia y mis intenciones, y cada una de ellas obtuvo una respuesta decidida por mi parte. Yo pensaba que me lo había ganado.

—Quiero que se traslade del lugar donde se aloja, en la casa de la Associated Press —dijo—, al hotel Intercontinental.

El infame Intercontinental era donde, en general, los corresponsales extranjeros encontraban su temido destino: el aislamiento y el escrutinio por parte de ociosos y vigilantes talibanes que se reunían ante las puertas del edificio. Situado en lo alto de una colina que dominaba la ciudad, era el único hotel que todavía funcionaba en ella, y el Ministerio de Asuntos Exteriores cobraba grandes sumas de dinero a los pocos extranjeros, muchos de ellos periodistas, que pasaban por Kabul o eran enviados a ese establecimiento.

Dentro las luces parpadeaban y el vestíbulo estaba oscuro casi siempre. El ascensor no funcionaba de día. Una placa de esmalte descascarillada anunciaba las direcciones de la piscina y el spa… una broma de mal gusto para aquellos que recordaban una época en la que los visitantes podían llevar traje de baño. En el vestíbulo había tiendas eternamente cerradas, cuyo interior estaba sepultado en el polvo. La mitad del hotel había quedado destruida por los

repetidos ataques con misiles durante la lucha contra facciones muyahidines, dejando un lado parcialmente derrumbado, aunque nadie prestaba atención a los escombros. Únicamente la librería y el restaurante seguían abiertos para servir a los escasos huéspedes. Mientras yo me alojé allí no hubo ni un solo huésped más.

Exploré la librería y encontré un ejemplar destrozado de 1970 de la obra *Islands in the Stream* de Ernest Hemingway, los clásicos Penguin de George Orwell, historias poco precisas de Afganistán y crónicas elogiosas del movimiento talibán. Había unos cuantos libros en alemán, francés, italiano y ruso, abandonados por huéspedes que habían pasado por el hotel, junto con unos pocos manuales de inglés-urdu y «Aprenda dari en un día» para periodistas ambiciosos que creían de verdad que podían acceder a los afganos sin contar con un guía. Más adelante, el librero me cogió confianza y me ofreció una selección entera de libros prohibidos por los talibanes: su alijo secreto.

Volví a mi habitación, descorazonada por la perspectiva de leer como única opción para pasar el tiempo hasta quedarme dormida. Todo estaba en silencio. Me quité la ropa y me quedé desnuda en el balcón de mi solitaria habitación, bajo las estrellas. Una mujer. Desnuda. Fuera. Con los talibanes. Definitivamente, motivo para una ejecución pública en el estadio de fútbol, un viernes. Pero no lo pude resistir. El aire era helado. Hacía horas que había sonado el toque de queda en la ciudad, y la gente estaba en su casa, durmiendo, soñando con el amanecer o temiéndolo.

Me acurruqué en la cama y contemplé mi menguada colección de libros.

A lo largo de la semana siguiente, conseguí visitar un hospital de mujeres y un barrio bombardeado por los soviéticos, en el que las viudas mendigaban por la calle. Fotografié a mujeres a punto de parir, completamente vestidas, arremangándose la ropa en antiguas y oxidadas sillas ginecológicas, y a afganos andando por encima de los escombros como consecuencia de la guerra. Cuando paré el coche en el lugar donde las viudas mendigaban agachadas todo el día, se levantaron y acudieron en masa a la ventanilla, pensando que les iba a dar dinero. La suciedad y la pobreza habían desvaído sus brillantes burkas azules y los habían dejado de un gris apagado

y polvoriento.

Afganas que se cubren el rostro en el hospital de mujeres de Kabul, mayo del 2000.

Uno de los últimos días que pasé allí visité a una sudanesa llamada Anisa, que dirigía la oficina principal de ACNUR en Kabul y había vivido varios años en Afganistán. Me consoló conocerla, sentada tras un gran escritorio en una oficina desguarnecida. Había anhelado la presencia de una mujer con quien compartir al menos algunas referencias culturales.

Ella me llevó a un barrio de clase media, a las afueras de Kabul. Cuatro mujeres nos saludaron en la puerta. Como se habían levantado la parte delantera de los burkas azules, que les caía sobre la cabeza, revelaban unos rasgos angulosos, la piel clara y unos ojos de un azul espectacular. Todas llevaban faldas de flores. Sus zapatos de charol blanco de tacón estaban alineados junto a la puerta. Todavía me sorprendía ver a un ser vivo real debajo de aquel burka semejante a una tumba. Me sonrieron cálidamente y con mucha emoción nos condujeron al interior de su modesta casa de arcilla, donde había cestas de mimbre, sábanas de colores rosa y verde bordadas colgando de las paredes y cortinas de encaje aleteando junto a las ventanas cubiertas de papel encerado.

La ONU había contratado en secreto a aquellas mujeres para que enseñaran habilidades artesanas, como hacer punto, coser o tejer, a las viudas y madres pobres del barrio. Se sentaron en el suelo y, mientras tomábamos el imprescindible té con galletitas, empezaron a hablar. No se parecían en nada a las mujeres del campo; ellas eran educadas y habían trabajado en ministerios del Gobierno antes de que llegaran al poder los talibanes. Estaban muy frustradas por la restricción a su libertad, que, entre otras cosas, les prohibía trabajar fuera de casa.

—Antes nuestra capital estaba destruida —explicó una de las mujeres—. Pero los talibanes la han reconstruido. En cada casa de Afganistán, sin embargo, las mujeres son las más pobres de la familia. En lo único que piensan es en cómo alimentar a sus hijos. Ahora los hombres también se enfrentan a dificultades, igual que las mujeres: los pegan en la calle si su barba no es lo bastante larga, o los meten en prisión por no rezar. No son solo las mujeres las que sufren.

—Llevar el burka no es problema —dijo otra de ellas—. El problema es no poder trabajar.

Todo cuanto decían me sorprendía. Había sido muy ingenuo por mi parte pensar que, dada la absoluta represión a la que se enfrentaban las mujeres en Afganistán (no poder trabajar ni recibir

educación), llevar un burka podía estar en el primer lugar de su lista de quejas. Para ellas, esa vestimenta no era más que una barrera superficial, un medio físico de tapar el cuerpo, pero no la mente.

Las mujeres también dieron su punto de vista sobre la vida de privilegio, oportunidades, independencia y libertad de que yo gozaba. Como norteamericana, estaba muy mimada: podía trabajar, tomar decisiones, ser independiente, tener relaciones con hombres, sentirme sexy, enamorarme, desenamorarme, viajar… Solo contaba veintiséis años, y ya había disfrutado de toda una vida de experiencias nuevas.

El día anterior a mi partida de Kabul, volví al Ministerio de Asuntos Exteriores a recoger mi visado extra de manos del señor Faiz.

—Bienvenida —me dijo él, indicándome que me sentara con un gesto—. ¿Qué tal el viaje? ¿Qué impresiones tiene de nuestro país?

Pensé en Mohamed, de la oficina de visados, en las mujeres trabajadoras de la ciudad, encerradas en casa, en las viudas de los pueblos, en el hospital de maternidad y sus espantosas condiciones. El señor Faiz, con su estupenda oficina en el ministerio, representaba todo aquello por lo que habían luchado millones de mujeres de todo el mundo. En Afganistán, los talibanes me daban licencia para ver y hacer cosas que ninguna afgana tenía permiso para hacer desde que ellos tomaron el control: comer o conversar con hombres que no fueran de su familia, salir sin burka, trabajar… Pero quizá había muchas mujeres en Afganistán felices con su forma de vivir, que pasaban los días amasando pan en el campo y cuidando a la familia en aquella atmósfera fresca y limpia. Las elecciones que yo había hecho en la vida debían de ser igual de incomprensibles para personas como el señor Faiz.

—Señor Faiz —le contesté—, me encanta su país. Pero me gustaría que las normas de los talibanes permitieran que los extranjeros como yo pudieran hablar libremente con las personas autóctonas. Para mí y para todos los periodistas resulta muy difícil visitar este país y tener algo positivo que decir, si restringen tanto nuestras relaciones con los afganos. —El señor Faiz, por supuesto, ignoraba que yo había roto las normas reuniéndome con algunos afganos por mi cuenta y riesgo—. Esta es una cultura conocida por

su hospitalidad y su calidez.

—Lo entiendo.

Contemplé el último sorbo de té verde que quedaba en mi taza de porcelana, a temperatura ambiente, y me sentí algo incómoda. No deseaba que terminase aquel momento.

—Todavía no es el momento. Cuando estemos dispuestos a permitir que se reúnan con nuestras mujeres y nuestra gente, desde luego, los invitaremos.

Yo sonreí, y cuando nuestras miradas se encontraron, el señor Faiz no apartó la vista. Me acabé el té, y al salir, me apreté bien el chador en torno a la cabeza y el cuello, para asegurarme de que no se me deslizaba hacia atrás debido al viento.

Volví dos veces a Afganistán el año siguiente. Entre viaje y viaje, encontré una agencia de fotos dispuesta a distribuir mi trabajo. Pero durante mucho tiempo, ningún periódico ni revista los compró. En el año 2000, nadie en Nueva York estaba interesado en Afganistán.

Capítulo 3
Estamos en guerra

Regresé a Nueva Delhi y seguí haciendo fotos, viajando por toda la India, Afganistán, Pakistán y Nepal, y concentrándome en derechos humanos y en temas femeninos. Marion y yo nos animábamos la una a la otra aportando ideas para distintas historias, y nos motivábamos mutuamente cuando estábamos cansadas, frustradas o agobiadas por la rutina. También era más fácil que nos dieran trabajo siendo un equipo, así que cuando Marion decidió trasladarse a vivir a México en el 2001, porque siempre había querido vivir en América Latina y porque ella y John habían roto, yo también me fui. Ya me había metido de cabeza en la aventura siguiente.

Nunca pensé en volver a vivir en Nueva York y ni siquiera pasé por casa para ver a mi familia. Cuando acabé la universidad, mis hermanas ya vivían repartidas por todo el continente: Lauren se había ido a Nuevo México, para dedicarse a pintar, cuando yo todavía estaba en el instituto; Lesley se había marchado a Los Angeles a trabajar para Walt Disney cuando yo iba a la universidad, y Lisa, unos años más tarde, la siguió para escribir guiones de películas con su pareja. La Navidad se convirtió en la época en que nos reuníamos como familia, una reunión que todas esperábamos siempre con ilusión.

A pesar de la distancia geográfica seguíamos muy unidas, pero la vida en el extranjero tiene sus costes. Mientras yo estaba en la India, diagnosticaron un cáncer de pulmón al primer marido de mi hermana Lauren, y a los treinta días murió. No pude despedirme de él, ni consolarla a ella. Aquel mismo año, mi madre sufrió un accidente de coche que la dejó inconsciente tres días; mi familia prefirió no decírmelo, porque yo estaba muy lejos y no podía hacer nada. A menudo vivía con un vacío doloroso en mi interior. Aprendí enseguida que vivir al otro lado del mundo significaba tener que esforzarme mucho más para mantenerme unida a las personas que amaba.

México D. F, estaba a punto de vaciarse del todo de cara al fin de semana. El Distrito Federal, o D. F., como llaman los mexicanos a la capital, era una extensión inacabable de bloques de cemento, estatuas de bronce de diseño intrincado y edificios de la época colonial, algunos de ellos despojados de carácter, mientras que otros eran encantadoras haciendas latinoamericanas. Un espeso nubarrón de contaminación formaba una perpetua sombrilla lechosa sobre la ciudad; los coches, especialmente los taxis escarabajo Volkswagen de un amarillo lima, atestaban las amplias avenidas. La extensión enorme y el caos de D. F, resultaban intimidatorios y poco atractivos.

Marion ya tenía un nuevo novio, ciclista de montaña profesional, que dirigía recorridos por el campo para semiprofesionales de ese tipo de ciclismo. El fin de semana de Pascua un grupo iba a ir al cercano estado de Veracruz, y sugerí que Marion y yo fuéramos con ellos. De niña yo era bastante chicazo, y me parecía que no sería tan difícil montar en bicicleta, al fin y al cabo. Una docena de personas salimos de la ciudad de Papantla de Olarte, y atravesamos la campiña salpicada de flores amarillas de la vainilla. La primera vez que apreté el freno delantero a toda velocidad, salí volando por encima del manillar.

Decidí pasar el fin de semana restante montada en la camioneta de apoyo. Un joven mexicano, que tenía una espesa mata de pelo castaño y se llamaba Uxval, era uno de los guías; hablaba español, inglés, italiano y lo suficiente de cualquier otro idioma para seducir a todas las mujeres del mundo. Estaba comprometido y se iba a casar, pero, inmediatamente, se estableció una incómoda química entre él y yo. Como suele pasar con los niños mimados por su madre, estaba estratégicamente en contacto con su lado femenino. Todo en su personalidad era deliberado. Cuando nos dijimos adiós, le deseé que le fuera bien su matrimonio.

Dos días más tarde me llamó y me preguntó si podía venir al apartamento que yo compartía con dos norteamericanos. Le di la dirección y llegó al cabo de unas horas. Al entrar, me atrajo hacia él y me besó. Nos quedamos abrazados lo que me parecieron horas, y cuando nos separamos, se dio la vuelta para irse.

—Tenía que hacer esto antes de seguir adelante —dijo, y se fue.

Uxval rompió las relaciones con su prometida aquella misma

noche. Me daba mucha aprensión enredarme con alguien que rompía un compromiso por una atracción visceral hacia una desconocida, pero también me atraía su decisión. Hacía pocos años, mi abuela Nina me había hecho sentar a la mesa de su cocina en Hamden, Connecticut, para hablarme del amor. Yo acababa de romper con Miguel, que era reservado y pasivo, y estaba en esa tierna edad en la que las decisiones sobre el amor y la vida se entremezclaban de alguna manera, y en la cual las preguntas de cómo amar y qué profesión elegir parecían, esencialmente, una misma pregunta: ¿cómo quieres vivir? «Te contaré un secreto», me dijo mi abuela con timidez, como si fuera a explicarme que ella y mi abuelo se habían dado un beso en la boca antes de casarse. Lo que me contó lo he recordado toda la vida.

—Yo salía con un chico, que se llamaba Sal —me dijo—. Hace muchos años, él me recogía del trabajo y me acompañaba andando hasta la puerta de mi casa. Nos sentábamos en los escalones de cemento horas y horas, en la avenida Sherman. Íbamos andando desde Sherman hasta la calle Chapel para pasar el rato y ver películas, la Paramount, ya sabes. Era un chico divertido y espontáneo, y entonces no se podía hacer otra cosa que pasear e ir al cine por veinticinco céntimos. Me hacía reír y me abrazaba y me besaba todo el rato. Pero no tenía donde caerse muerto. No tenía dinero. Trabajaba muchísimo. Trabajaba muchas muchas horas y ayudaba a su madre a cuidar a sus hermanos. Pero nunca disponía de dinero, ni de futuro.

»Cada cual se fue por su lado, pero mi amiga Eleanor no tardó en enamorarse de él. Estaba loca por él, y a Sal también le gustaba ella. Él la trataba muy bien, y Eleanor lo quería con locura. Cocinaba para él siempre y lo atendía en todas sus necesidades. Sal trabajaba mucho, siempre pendiente de que a ella no le faltara nada. Yo ya estaba con Ernie entonces.

Nina y Poppy tomando café en casa, mayo del 2005.

»No me interpretes mal, tu abuelo me mantenía de sobra. Se ganaba bien la vida y confiaba en mí para todo. Nunca tuve que enseñarle los recibos de la tienda de comestibles. Mis hermanas sí que habían de hacerlo con sus maridos. Tu abuelo me daba libertad, pues me dejaba ir a jugar a las cartas en la avenida Quinnipiac y nunca me decía que volviera a una hora determinada. Cuando sus hermanos venían a casa, Ernie se sentaba a la mesa y nos veía jugar. A él no le gustaba el juego, pero se sentaba a mirar y a hablar con nosotros.

»A Eleanor y a Sal les fue bien. Siguieron casados hasta el final. Yo no me arrepiento de nada. Tu abuelo puede ser un poco distante, pero es un buen hombre. Me enteré de que Eleanor tiene Alzheimer, y que cada vez está peor. Un día le dije a tu abuelo: "¿Sabes, Ernie?, creo que voy a llamar a Sal para decirle que siento lo de su mujer… y lo voy a invitar a tomar café". "Claro", me contestó sin escucharme. Así que un día, mientras tu abuelo estaba en el trabajo, sonó el timbre de la puerta. Era Sal. Eleanor estaba en una residencia; él entró. Charlamos, recordando cuando teníamos dieciséis años y bajábamos andando por el bulevar principal de Hamden. Le dije que sentía lo de su mujer, y nos acabamos el café. Él se iba al hospital. Lo acompañé hasta la puerta principal, y en el

vestíbulo, antes de llegar a la puerta, me abrazó. Me abrazó y me besó como no me habían besado desde aquellos días dorados, cuando él me acompañaba andando a casa desde el trabajo, por la calle principal. «Llevo cincuenta años esperando hacer esto, Antoinette», me dijo. «Ya lo sé», le repliqué. Y lo invité a salir.

»Su mujer murió tres días después, pero no lo llamé. Me sentía rara. Antes del beso podía soportarlo sin la menor tensión. Pero todo acabó con aquel beso. Hasta una llamada telefónica era demasiado.

—¿Sabes?, —me dijo Nina—, había olvidado la pasión de un beso como ese. Había olvidado cuando un hombre te abraza y te besa como si le fuera la vida en ello. Es muy bonito. Repito que no me malinterpretes, tu abuelo es un buen trabajador y siempre me ha mantenido muy bien, pero aquello fue bonito. ¿Cómo habría sido? ¿Todos esos años con pasión? Yo cocino, y Ernie come. Le digo: «Ern, vamos a tomar un café», y él se lo bebe, pero nunca me lo pide. Volvemos a casa en coche después de ir al médico, y le digo: «Ern, paremos aquí y tomemos una taza de café en Dunkin Donuts». Y él me responde que nos lo podemos tomar en casa.

Nunca olvidé aquella historia. Y nunca quise tener que echar de menos los besos que me había perdido.

Había ligereza, espontaneidad y romanticismo en mi relación con Uxval, algo que nunca había sentido antes. Cuando yo no estaba trabajando fuera de México D. F., dormíamos hasta tarde, hasta que ya no aguantábamos más en la cama, o íbamos a dar largos paseos, o cargábamos nuestras bicicletas de montaña en su coche y pedaleábamos por la empinada y traicionera colina hasta La Virgen, una estatua gigante de la virgen de Guadalupe. Yo lo amaba con desesperación y hacía cualquier cosa por complacerlo, aunque fuese aprender a montar en una bicicleta de montaña y subir veinticinco kilómetros cuesta arriba dos veces a la semana.

Lo único que no podía darle era mi fotografía. Yo publicaba fotos en las primeras planas de los periódicos, pero quería hacer muchas cosas más: sumergirme en encargos más largos, trabajar para revistas, hacer fotos regularmente para el *New York Times*. Deseaba que la gente reconociera mis fotografías y que mi trabajo le impactara, igual que yo me había impresionado al ver la obra de

Salgado en Argentina. Era solo el principio. ¡Ni siquiera había puesto los pies en África todavía! Cuanto más trabajaba, cuantas más cosas conseguía, más anhelaba.

La fotografía me apartó de Uxval como si fuera un amante, y constituyó siempre una fuente de tensión y resentimiento entre nosotros. Cada vez que sonaba el teléfono, él se alejaba de mí, protegiéndose de mi inevitable partida. Sabía que no podía pedirme que olvidase mi trabajo. Y no había forma de que pudiera ejercerlo sin viajar, sin apartarme físicamente de casa. Nunca decía que no a ningún encargo… ni una sola vez.

Una mañana de septiembre, mientras él y yo remoloneábamos en la cama, mi compañero de piso Michael llamó a la puerta de mi habitación. Estaba segura de que pasaba algo malo: ninguno de nosotros despertaba a los otros deliberadamente por la mañana, y en muy raras ocasiones había algún asunto en México D. F, que requiriera urgencia. No disponíamos de televisión por cable, de modo que subimos corriendo la escalera hasta el apartamento de Marion. Me senté frente al televisor y vi arder las Torres Gemelas. Medio dormida, no me di cuenta de que los aviones se habían estrellado contra ellas a propósito.

La gente saltaba. Yo me acordé al momento de las mujeres vestidas de novia que fotografié una vez en la terraza del World Trade Center, preparadas para los maratones anuales de bodas en el Día de San Valentín, donde jóvenes parejas, radiantes de amor, se armaban de valor y se enfrentaban (las novias agarradas a sus velos) al túnel de viento de la cima del mundo. Me eché a llorar.

Michael rompió el silencio:

—¿Sabes qué significa esto?

No lo sabía.

—Que estamos en guerra.

Pasamos el día entero pegados al televisor de Marion. Las palabras «Afganistán», «campos de entrenamiento», «terroristas» y «talibanes» surgieron por todas partes en boca de los presentadores de telenoticias, analistas y políticos. Yo notaba el familiar nudo de excitación y temor en el estómago: tendría que ir de nuevo al sur de Asia; tendría que dejar a Uxval. La noticia estaba relacionada con Afganistán y el vecino Pakistán, y eran países que yo conocía.

Michael era periodista también, y comprendía lo que significaba

para mí el 11 de septiembre.

—Bueno, ¿cuándo vuelas a Pakistán?, —me preguntó.

Yo debía llamar a la SABA, mi agencia de fotos, y ofrecerme para ir a Pakistán. Había contemplado el acontecimiento más histórico de toda mi vida en un televisor ajeno en México D. F., y no me iba a perder la segunda parte de la historia.

—He de irme —dijo Uxval, inexpresivo, y dándome un beso leve en la mejilla, poco propio de él, salió del apartamento de Marion y me dejó sentada frente al televisor, me dejó paralizada, como estaba desde primeras horas de la mañana.

Lamentaba estar tan obsesionada con el trabajo. Quería suplicarle que no se fuera, pero necesitaba concentrarme. Tenía que hacer llamadas. Todos los vuelos a Nueva York estaban cancelados, y debía ingeniármelas para ir a mi país y luego a Pakistán. Aunque era joven y terriblemente inexperta, pocos fotógrafos habían trabajado en el Afganistán de los talibanes como yo. No se me había ocurrido que ir allí en realidad sería ir a la guerra, y, en cambio, me preocupaba lo que les ocurriría a los civiles, a las mujeres que había fotografiado, secuestradas en sus casas de Kabul, Ghazni y Logar.

Era la primera vez que estaba obligada a decidir entre mi vida personal y la profesional. Creía, o quería creer, que el amor de verdad debía complementar mi trabajo, pero apartarme de él, no.

SEGUNDA PARTE
Los años del
11-S

PAKISTÁN
AFGANISTÁN
IRAK

Mujeres y niñas estudian y recitan el Corán en Peshawar, Pakistán, año 2001.

Capítulo 4
Tú, norteamericana, ya no eres bienvenida aquí

Aterricé en Nueva York el 14 de septiembre y fui directamente a la Zona Cero. No quedaba nada de las torres más que acero retorcido y cenizas, y filas de personas muy serias, llevándose las manos a la boca y respirando entrecortadamente, horrorizadas, e incontables carteles informativos para buscar a los desaparecidos. Yo estaba destrozada; Nueva York era mi hogar. Me remordía la conciencia por no haber estado allí para cubrir uno de los momentos más decisivos de mi vida. La geopolítica de mi generación cambió con el 11 de septiembre; en los medios de comunicación, Latinoamérica quedaba olvidada.

Subí corriendo desde Union Square a SABA, mi agencia de fotografía. Marcel, mi agente, se ofreció a pagar a medias conmigo el coste del vuelo a Pakistán, y reservamos el billete a Islamabad. Entonces me tendió una gigantesca cámara digital Canon, la primera que veía, junto con el manual.

—Tú usas Nikon, ¿verdad?, —me peguntó Marcel.

—Sí. Siempre.

—Estupendo. Bueno, Canon tiene la mejor cámara digital del mercado, y tendrás que usar una de estas para enviar los archivos a periódicos y revistas desde Pakistán. Aquí está el manual y un objetivo gran angular para la Canon. Aprende a usarla durante el vuelo.

Noté un brote de adrenalina. Uxval, México, las bicicletas de montaña, los besos, los prolongados almuerzos de los fines de semana… todo ello quedaba guardado y arrinconado en el archivador de mi mente, que estaba adquiriendo ya un tamaño gigantesco.

Cuando llegué a la ciudad hostil de Peshawar, en Pakistán,

docenas de periodistas se habían registrado ya en los escasos hoteles. Era el 21 de septiembre. Peshawar era una ciudad fronteriza polvorienta y ominosa, atestada de hombres barbudos y sospechosos, agentes de la CIA y de la inteligencia pakistaní, a cincuenta y cinco kilómetros de la frontera con Afganistán. Era muy evidente la ausencia de mujeres en todos los lugares públicos; solo algún burka ocasional, blanco, negro o azul celeste, se deslizaba de modo fantasmal por los estrechos callejones. Era de esos sitios donde todo el mundo mira constantemente hacia atrás. Todos estábamos convencidos de que Estados Unidos iba a tomar represalias por los atentados al World Trade Center y al Pentágono, y queríamos situarnos lo bastante cerca de Afganistán para que cuando las fronteras se saturaran, como ocurriría inevitablemente en medio del caos de una invasión, pudiéramos informar de inmediato sobre el terreno. Los preparativos de guerra en Afganistán eran un misterio para mí, pero constituían una cuestión familiar para mis colegas más expertos. ¿Estaríamos a punto de sufrir otro Vietnam, produciéndose una contienda terrestre y quedándose atrapadas en las trincheras las tropas norteamericanas? ¿O bien sería todo cuestión de cazas que bombardearían desde lo alto? No tenía ni idea, pero quería estar bien cerca del centro de los acontecimientos.

Compartía una habitación en el hotel Green, de tamaño medio y semidestrozado, con Alyssa Banta, una fotógrafa filipino-mexicano-norteamericana de treinta y tantos años de Fort Worth, Texas. Los periodistas de mayor edad, con gastos más generosos en la cuenta, se alojaban en el hotel Pearl Continental, mucho más pijo. Personajes cuyo rostro solo había visto en televisión se desplazaban con rapidez por el vestíbulo, atravesando el patio, seguidos por su numeroso equipo de producción. Periodistas famosos pasaban el rato con sus portátiles en una improvisada sala de prensa. Alyssa y yo éramos sin duda las fotógrafas de «guerra» menos expertas allí, pero había muchas oportunidades de trabajar. Norteamérica se había obsesionado con el islam, de la noche a la mañana. Cualquier novedad que arrojase alguna luz sobre la religión que, presuntamente, había alimentado los atentados contra mi país ocupaba las primeras planas. Los editores, de repente, consideraban valiosas las noticias sobre los talibanes, sobre la difícil situación de

las mujeres pakistaníes, sobre los refugiados afganos que vivían en Pakistán… todas ellas historias que yo había cubierto ya mientras vivía en la India.

Manifestación antinorteamericana en Peshawar, octubre

del 2001.

En Peshawar, precisamente, fue donde conseguí una gran oportunidad: trabajar como autónoma, o entrar en la rotación de personal, para el *New York Times* con una noticia muy importante.

Fue mi proximidad al lugar de la acción lo que me proporcionó el trabajo. Cuando aparecía una gran noticia, el *Times* enviaba al momento a sus mejores corresponsales y fotógrafos para que informasen, pero los fotógrafos a menudo trabajaban como autónomos. Y si no había ya un fotógrafo del personal en el campo de operaciones, el editor de fotografía había de buscarse la vida, y por eso, esas horas iniciales de una noticia reciente eran cruciales para un fotógrafo autónomo. Tenías que estar en el lugar adecuado, y disponible por teléfono o por correo electrónico en aquel preciso momento. Tenías que decir que sí.

Disponía de la oportunidad de demostrar al *Times* que habían hecho bien en elegirme para cubrir la situación en Pakistán justo antes de la guerra. No solo debía enviar imágenes muy impactantes, sino también coordinarlas con los reporteros de plantilla del periódico. Los periodistas del *New York Times* siempre trabajaban con plazos límite, siempre sobrepasados, siempre estresados. Por mucho que fingieran que no les importaba colocar o no una noticia en primera plana, todos los corresponsales del *Times* luchaban a brazo partido para obtener la «primera». Competían con los periodistas de otros medios, y mucho más despiadadamente aún entre sí. Y a casi ninguno de ellos le quedaba tiempo para ocuparse de un fotógrafo. Por el contrario, a menudo yo tenía que intuir la noticia del día por mi cuenta y riesgo. Me levantaba antes de amanecer y me iba a la cama a medianoche. Trabajaba a todas horas para poder estar en el lugar adecuado en el momento adecuado.

También procuraba usar todas las ventajas de las que disponía. Debido al tiempo que había pasado en Afganistán, mi situación era única. Me aproveché también de mi condición femenina para introducirme en el interior de las madrazas (escuelas religiosas) de mujeres, y entrevistar y fotografiar a las pakistaníes más devotas. Antes de obtener una sola imagen, hablaba con ellas mucho rato sobre sus creencias políticas y religiosas. Era la primera vez que me

hallaba en presencia de un odio abierto hacia Estados Unidos, hacia mi Gobierno y sus políticas para manejar los asuntos internacionales. Aquellas mujeres estaban orgullosas de los atentados del 11 de septiembre y no expresaban remordimiento alguno por la pérdida de vidas inocentes. Simpatizaban con los talibanes y sus creencias. También basaban casi toda su animosidad en el conflicto israelí-palestino; para ellas, los atentados del 11 de septiembre se justificaban por los años de apoyo norteamericano a Israel y a sus políticas discriminatorias contra los palestinos. A través de aquellas mujeres empecé a comprender la profundidad del odio que fomentaba ese sesgo en todo el mundo musulmán, y quise explicárselo a los lectores que todavía intentaban encontrar un sentido al
11-S.

También quise dar a los lectores una visión de la vida de las pakistaníes, aparte de la del aspecto religioso. Si las únicas imágenes que veía la gente en las publicaciones norteamericanas eran las de mujeres con velo y largas túnicas negras leyendo el Corán, sería mucho más fácil despreciar sus creencias como algo completamente ajeno y extravagante, y específicamente «islámico». Pero si comprendían de alguna manera cómo eran en realidad esas mujeres, si podían verlas en el hogar, con sus hijos, o mientras cocinaban, tendrían un concepto mucho más completo de ellas.

Me fascinó la idea de disipar estereotipos o malentendidos mediante las fotografías, o presentar una realidad contraria a la lógica. En Pakistán, aprendí con rapidez a guardarme mis propias creencias políticas mientras trabajaba, y a actuar solo como mensajera y transmisora de ideas para las personas a las que fotografiaba. Esto resultó muy instructivo para el futuro: esas mujeres fueron las primeras que expresaron abiertamente su odio a mi país, pero desde luego, no fueron las últimas.

Estaba consiguiendo un material fotográfico y una accesibilidad que no veía en otras publicaciones, y decidí enviar mi primer artículo al *New York Times Magazine*, que era completamente independiente del periódico y que contaba con un equipo de editores distinto. Aceptaron. Fue otro hito para mí: mi primera publicación en una revista, y además, en una de las más renombradas por sus impactantes páginas documentales.

«Mujeres de la yihad», una serie para el New York Times Magazine, *noviembre del 2001*.

El periodo que siguió al 11-S proporcionó a los jóvenes fotógrafos que se estaban abriendo camino, y que estaban dispuestos a ir a lugares como Pakistán y Afganistán, e incluso Irak, una oportunidad sin parangón de hacerse un nombre. Esas semanas de septiembre lanzaron a una generación entera de periodistas que se harían mayores durante la Guerra contra el Terror.

Nos acercábamos cada vez más a la invasión. Los pakistaníes corrientes, leales a sus hermanos musulmanes del otro lado de la frontera, empezaron a meterse con nosotros, los periodistas infieles, y a manifestarse y a protestar por las calles. Los hombres empapaban de queroseno fotos del presidente Bush y las quemaban con sus encendedores, chillando: «¡Abajo Norteamérica!». Me vi atrapada en medio de aquellas protestas, envuelta en mi chador, que parecía una tienda de campaña; era una de las pocas mujeres entre los hombres.

Un día fui a una de esas manifestaciones con un puñado de colegas varones. Aunque iba vestida como una musulmana (con

respeto, sin que me asomara ni un cabello), los pakistaníes en seguida se dieron cuenta de que yo era extranjera simplemente porque llevaba una cámara, trabajaba e invadía un mundo masculino. Eso les bastaba para intentar un rápido toqueteo de cualquier parte de mi cuerpo. Tenían una idea de las mujeres extranjeras basada en lo que habían visto en las películas, a menudo pornográficas: fáciles y disponibles para el sexo. Intenté no hacer una escena frente a mis colegas. No quería que mi condición femenina determinase qué noticias podía o no podía cubrir, así que seguí fotografiando, ignorando las manos que me tocaban el culo o me agarraban de vez en cuando.

El presidente Bush acabó de arder y mis colegas habían desaparecido. Intenté concentrarme en fotografiar, pero aquella vez no eran unas pocas manos las que me tocaban el culo, sino muchísimas. Y no se trataba de un toqueteo sutil, sino de un magreo agresivo, con toda la mano, por arriba y por abajo, por delante y por detrás. Yo seguía haciendo fotos. Una mujer occidental combativa podía suscitar una ira terrible en aquellos hombres. Intenté sujetar la cámara con una mano y apartarlos con la otra. No sirvió de nada. Intenté darme la vuelta, mirar a los ojos a los agresores y decirles: *haram!*, que significa «prohibido, pecaminoso, vergonzoso», para demostrarles que sabía perfectamente que sus actos eran inaceptables en el islam.

Pero tampoco sirvió de nada. La adrenalina fluía a mi alrededor, la adrenalina de centenares de hombres solteros y sexualmente frustrados que no tenían trabajo y carecían de educación. Odiaban a Occidente por las políticas norteamericanas en su región, y más aún por la guerra que estaba a punto de estallar. Se quemaban muchas fotos donde yo estaba. Las masas chillaban: «¡Abajo Norteamérica!». Había ya al menos quince manos tocándome el culo. Interrumpí el trabajo, bajé la cámara con su monstruoso objetivo, de unos dos kilos de peso y treinta centímetros de longitud, y esperé a la siguiente mano.

En cuanto noté algo, devolví una patada de kárate, que había aprendido en el instituto.

Me volví en redondo.

—*Haram!* ¿No tenéis hermanas? ¿No tenéis madres? ¿No sois musulmanes vosotros, los hombres pakistaníes? ¿Permitiríais que

otro hombre tratara a vuestra hermana o a vuestra madre de esta manera?

Y golpeé al individuo que tenía justo delante en la cabeza con el objetivo. Se le desorbitaron los ojos y se tambaleó.

Los hombres de alrededor de repente se detuvieron y se me quedaron mirando.

No esperé a averiguar qué ocurría a continuación, sino que salí corriendo de vuelta al coche, donde encontré a mis colegas varones descansando, todos ellos entusiasmados con el trabajo que habían hecho aquella tarde; comprobaban sus cámaras digitales para ver las fotografías que iban a ganar tal o cual premio, sin darse cuenta de lo que yo había tenido que pasar para hacer una simple foto.

El Gobierno pakistaní se dedicó a supervisar de cerca nuestros movimientos. En el hotel Green, los periodistas nos sentábamos en corro, discutiendo la posibilidad de ser atacados por fundamentalistas o simpatizantes de los talibanes en plena noche. Era terrorífico y emocionante. Algunos de nosotros recorrimos todo el hotel en busca de rutas de escape: puertas traseras, el tejado, las ventanas de nuestras habitaciones… Yo me preguntaba por el joven y curioso Mohamed, el de la embajada. ¿Habría vuelto a Afganistán? ¿Estaría luchando?

Alyssa estaba aterrorizada y frenética, convencida de que los talibanes llegarían en cualquier momento. Eligió como ruta de escape el alféizar exterior de nuestra ventana; si venían, decía, podíamos salir a gatas por el estrecho alféizar y saltar al edificio más próximo, que estaba a poca distancia.

Pero no bastaba con eso; pensamos que necesitábamos también un disfraz. Requerimos la ayuda de nuestra intérprete pakistaní y fuimos al mercado a comprarnos unos burkas azules y los zapatos dorados de goma que llevaban las refugiadas afganas en los campos. Nuestra intérprete nos explicó que caminar con el burka era todo un arte; no podíamos confiar simplemente en el gigantesco envoltorio azul para disfrazarnos. Así pues, nos dio una lección de caminar con esa indumentaria. En la pequeña habitación de nuestro hotel nos pusimos los burkas, cuya tensa rejilla nos tapaba los ojos, y caminamos de un lado para otro, de pared a pared.

—No andéis tan confiadas —nos aleccionaba ella—. Agachad los hombros. Concentrad la vista en el suelo. Vosotras, las

norteamericanas, tenéis demasiada confianza en vosotras mismas. Humildes. Sed humildes.

Intentó despojarnos de la confianza que habíamos pasado años forjando. Ensayamos la subida a la parte trasera de un camión trepando a la cama, con los burkas enredados en torno a los tobillos, tropezándonos y cayéndonos al suelo y siendo presa de ataques de risa ansiosa.

El 6 de octubre, la noche antes de que EE. UU, bombardease Afganistán, recibí un correo electrónico de Uxval: «Quiero una novia de carne y hueso —decía—, no una novia por Internet».

Mi subidón profesional bajó de repente. Lo llamé de inmediato.

—Por favor, Uxval —le rogué, en mi mediocre español, que me fallaba cuando estaba angustiada—. Te amo. Solo tengo que estar aquí unas semanas más. La guerra está a punto de empezar, y pronto volveré a casa.

—No. *No quiero esperar más*. [1]

Había esperado tres semanas. Su voz sonaba fría.

La línea telefónica crepitaba. Como Alyssa dormía, me metí en el diminuto baño, cuyo lavabo estaba lleno de manchas, y le rogué que me esperase un poco más.

—Por favor, amor mío. ¡Estoy trabajando para el *New York Times*! Es muy importante para mi carrera que me quede aquí. Unas cuantas semanas no es nada. Dame un poco más de tiempo, por favor.

Él estaba decidido.

—Yo quiero una novia que esté aquí conmigo todos los días. No por correo electrónico, ni por teléfono. —Y colgó.

Yo lloré mucho y desperté a Alyssa con mis sollozos.

—¿Qué ha pasado?, —me preguntó—. ¿Qué te ocurre, cariño?

—Uxval acaba de romper conmigo. —Me sentía estúpida pronunciando aquellas palabras cuando estábamos a punto de entrar en una guerra.

—¡Ay, cariño, cuánto lo siento! Pero no te preocupes por él… —decía, medio amodorrada—. Habrá otros. Si no puede entender cómo es tu vida ahora, la cosa no habría hecho más que empeorar.

Estados Unidos inició su campaña de bombardeos en Afganistán. Ninguno de los periodistas de Peshawar intentó entrar en

Afganistán en aquel momento; por las noticias que teníamos, los talibanes controlaban todavía el país. Habría sido suicida intentar ir antes de que hubieran sucumbido. Pero su caída era inminente.

A la mañana siguiente de que empezara la campaña, volví a la mezquita donde había visitado y fotografiado habitualmente a las mujeres fundamentalistas pakistaníes. En cuanto entré, me sentí incómoda. Ya que era periodista, supuse que me verían como una observadora neutral, y no como una propagadora de las acciones estadounidenses en el extranjero. Pero ya en la puerta de la mezquita, una de las mujeres a las que había fotografiado me dijo:

—Por favor. Han comenzado los bombardeos. Los norteamericanos están matando a nuestros hermanos musulmanes. Tú, norteamericana, ya no eres bienvenida aquí.

Abandoné pronto la misión para el *New York Times* que tanto había esperado, asegurándoles que necesitaba un descanso, y casi de inmediato volé a México D. F., recorriendo los casi quince mil kilómetros que me separaban de allí. Mi compañero de piso, Michael, me saludó en la puerta de nuestro apartamento con una mirada confusa.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No están a punto de caer los talibanes?

—Uxval me dejó la semana pasada.

—¿Y qué? ¿Has regresado por eso?

Quise embarcar en el siguiente vuelo a Pakistán. Me sentí como una estúpida.

—Sí. Tengo que verle cara a cara.

Dejé la bolsa con mis cámaras y mi equipaje en la habitación, me puse la ropa de deporte, fui andando a mi deprimente y diminuto gimnasio, y me subí a la máquina de escaleras, sencilla y barata. Estaba muy confusa por lo que acababa de hacer. Ya no tenía el corazón roto, ya no lloraba. Las primeras veinticuatro horas que pasé después de llegar a México ni siquiera llamé a Uxval.

Él supo por amigos comunes que había vuelto, y apareció en mi puerta como si no hubiera ocurrido nada, y me llevó directamente al dormitorio.

Uxval no tenía ni idea de lo que yo había sacrificado profesionalmente para regresar y recuperarlo. Su vida era exactamente igual que cuando yo me fui: trabajar de día, ir en

bicicleta por la tarde y beber cerveza fría por la noche. Quise odiarlo, pero estaba muy enamorada de él. Menos de un mes después, el día en que yo cumplía veintiocho años, vimos la caída de Kabul por televisión en México D. F., y me imaginé que todos los periodistas que había conocido en Peshawar correrían a cruzar la frontera para escribir sus artículos. Yo no podía estar más lejos de la acción. No estaba segura de si había tomado la decisión correcta al volver a México, si prefería que fuera mi vida personal o mi carrera la que dictase las decisiones que tomaba, dónde residiría y cómo iba a vivir. Pero me sentí inquieta al ver caer Kabul en el pequeño aparato de televisión que había comprado después de los atentados del 11 de septiembre. Me encontraba en el sitio equivocado.

El único resto del bastión de los talibanes en Afganistán era la parte sur del país, en Kandahar. Como habían hecho en Peshawar, los periodistas acampaban ahora en Quetta, la ciudad pakistaní más cercana a Kandahar, para poder entrar corriendo cuando atacasen los norteamericanos. Llamé a Marcel, que estaba en Nueva York, y le dije que quería volver a trabajar. El *New York Times Magazine* me puso otra vez en nómina. Prometí a Uxval que no tardaría mucho.

En Quetta, un grupo de unos cien periodistas estaba atrapado en el hotel Serena, de cinco estrellas e incongruentemente lujoso, uno de los diversos hoteles del sur de Asia construido por el Aga Khan, el multimillonario líder de una secta islámica. Nos regalábamos con largos desayunos, visitábamos los horribles campos de refugiados afganos y esperábamos a que se abriera la frontera.

Quetta era más siniestro aún que Peshawar; allí no había tiendas ni lugares por los que pasear, y los dos cines que exhibían películas norteamericanas sufrieron atentados después de empezar los bombardeos. El alcohol estaba prohibido, de modo que bebíamos mucho té, y, ocasionalmente, probábamos algo de whisky pasado de contrabando en botellas de agua. Los fotoperiodistas más renombrados del mundo (desde Gilles Peress hasta Alexandra Boulat o Jerome Delay) se alojaban en habitaciones muy cercanas a la mía. Yo andaba por allí deslumbrada, aturdida.

Una mañana estaba desayunando cuando sonó el teléfono. Era Uxval. Se me iluminaron los ojos y me aparté de la mesa para

murmurar mis cotidianos «te quiero», antes de dirigirme al trabajo. Cuando volví a sentarme a la mesa, Gilles Peress, que había cubierto Irán y Bosnia, entre otros muchos conflictos bélicos, me miró inexpresivo y me preguntó:

—¿Era tu novio?

—Sí.

—¿Le quieres mucho?

—Sí.

—Te engañará algún día —dijo, y se alejó.

Yo no le creí. Entonces todavía era bastante ingenua. Algún día comprendería lo que quería decirme Gilles: que en esta profesión, las relaciones acaban o bien en infidelidad, o bien en alejamiento. La doble vida es insostenible.

Todo periodista del Serena quería ser el primero en obtener la noticia de la caída final de los talibanes en Kandahar. La competencia nos presionaba de una forma extraordinaria a todos para que asumiéramos riesgos, pero era importante ser precavido, para evitar caer en manos de unos luchadores fuertemente armados mientras huían, y para no acabar despedazados por los bombardeos norteamericanos, que podían confundirnos con talibanes.

Nuestros intérpretes y conductores, que tenían fuentes de información en Kandahar, nos mantenían al día de los progresos del combate; algunos periodistas recibían noticias desde Washington. La camaradería en el Serena desapareció. Fotógrafos que antes compartían el itinerario que iban a emprender al día siguiente, de repente se volvieron reservados y discretos. Todo el mundo pensaba que tenía algún detalle exclusivo que le facilitaría llegar el primero a Kandahar.

Una noche el Gobierno pakistaní cerró las puertas delanteras del hotel para evitar que los periodistas se fueran a Afganistán. Para asegurarnos de no quedarnos encerrados allí dentro, unos cuantos de los del *New York Times* conseguimos salir saltando la verja y nos metimos en los coches que nos esperaban fuera; nos dirigimos a una casa que pertenecía a uno de nuestros conseguidores en Pakistán, que estaba muy cerca de la frontera afgana. Después de unas cincuenta llamadas telefónicas a las oficinas del *Times* de Nueva York y Washington y al Pentágono, tomamos la decisión de

adentrarnos en Afganistán.

Nuestro miniconvoy de coches pasó por la misma extensión inacabable de tierra plana y marrón que conocía de mis viajes anteriores. Yo compartía el coche con otra fotógrafa, Ruth Fremson, y con dos corresponsales varones, pero la mayor parte del viaje la hicimos en silencio, debido a la ansiedad ante lo desconocido. No vimos a ningún afgano ni a militares norteamericanos. Ninguno de nosotros sabía si los talibanes habían huido o seguían en la ciudad. Esperábamos llegar a una ciudad liberada, pero era difícil enterarse de lo que había tenido lugar: Afganistán parecía bombardeada aunque no hubiera caído ninguna bomba.

En Kandahar reinaba la anarquía. Chicos adolescentes andaban por las calles sin pavimentar con lanzacohetes y Kalashnikov colgados del cuello como si fueran de juguete. Los hombres, antitalibanes o antiguos talibanes que se habían cambiado de bando, llevaban turbantes con muchas vueltas y se habían pintado los ojos con kohl oscuro; también portaban fusiles Kalashnikov y cananas de munición colgadas en torno al cuello y a la espalda. Todo el mundo se pavoneaba por allí sin objetivo, arremolinados en torno a edificios de fachada cuadrada y baja, cuyos sucios toldos aleteaban por delante. Yo ya estaba familiarizada con Afganistán —bíblica y al mismo tiempo sin vida—, pero de alguna manera aquella destrucción y tantos hombres armados me parecían muy ominosos.

El personal del *New York Times* encontró un montón de habitaciones en un sombrío hotel encima de una panadería que amasaba diligentemente pan varias veces al día. En las zonas de guerra, los periodistas solían vivir como nómadas en un campus universitario: compartíamos habitaciones, comidas, teléfonos por satélite, instalaciones por cable… cualquier cosa, todo lo que teníamos, y a menudo nos trasladábamos si encontrábamos un alojamiento mejor en otro sitio. Yo compartía habitación con Ruth, que también realizaba un encargo del *Times*, y estaba muy agradecida de tenerla como modelo: era sensata, pero no condescendiente, empezaba a trabajar antes de que amaneciera y acababa mucho después de anochecer. Todas las noches me ayudaba a enviar mis fotos a Nueva York mediante el teléfono por satélite que ella tenía en nuestra habitación. Aparte de otra

periodista que se alojaba en el mismo hotel que nosotras, no recuerdo que hubiera ninguna otra mujer en Kandahar.

El corresponsal del *Times Magazine*, con el que me habían emparejado, decidió hacer el perfil de Gul Agha Shirzai, un señor de la guerra antitalibán que ayudaba a los norteamericanos y que se había nombrado a sí mismo nuevo gobernador de Kandahar. Pero él también había matado anteriormente a un montón de gente. Supuse que el periodista y yo trabajaríamos en equipo, y que él me ayudaría a conseguir el acceso a ese sujeto, porque los periodistas suelen querer que su reportaje vaya acompañado de buenas fotos.

Afganos sentados junto a la mansión de Gul Agha, que se autonombró gobernador.
(Caída de los talibanes en Kandahar, diciembre del 2001).

Gul Agha después de la comida iftar con sus partidarios. (Caída de los talibanes en Kandahar, diciembre del 2001).

Jóvenes afganos escuchan música en un lugar público por primera vez desde la caída de los talibanes. (Caída de los talibanes en Kandahar, diciembre del 2001).

La primera mañana que teníamos que salir juntos, me presenté

ante él con una amplia sonrisa.

—¡Hola!

—Creo que, como eres mujer, nos vas a fastidiar las posibilidades de acceder —dijo él—, así que, probablemente, será mejor que hagamos este artículo por separado. —Y se alejó. Me quedé estupefacta.

Mi instinto de supervivencia me espoleó. Pedí a uno de los intérpretes del equipo del *Times* que colaborara para introducirme en la mansión de Gul Agha. Él sonrió; conocía bien al nuevo gobernador.

Pronto estuve sentada junto al corpulento Gul Agha, compartiendo el *iftar* (la comida de la noche, que rompe el ayuno del día durante el Ramadán) con un puñado de hombres del pueblo que nunca jamás habían comido con ninguna mujer aparte de las de su propia familia. Toda la mansión estaba alfombrada, pero carecía de muebles. Filas y filas de hombres de las zonas circundantes habían acudido a romper el ayuno con su nuevo líder. Parecía que procedían directamente del siglo X, envueltos en turbantes y capas, y mientras comían, mantuvieron los ojos pintados con kohl fijos en mí. Yo permanecí al lado de Gul Agha, sin saber muy bien cuáles eran mis límites. Él me animó a tomar fotos. Insegura al principio, alcé la cámara y fotografié la mesa puesta en la desgastada alfombra, mientras los hombres se daban un banquete.

Cuando entró el periodista, yo todavía estaba sentada junto al gobernador. Él me hizo una vaga seña de asentimiento, y entonces me sentí triunfante. Su presencia también me envalentonó y me desplacé por la sala, para fotografiar a Gul Agha rodeado de gente del pueblo en diversos estados de reposo después de comer. Las fotografías eran íntimas, una nueva visión de los triunfantes señores de la guerra, que se habían puesto a sí mismos al cargo de la situación y a quienes los norteamericanos finalmente acabarían apoyando. Mi editor quedó muy complacido por la frescura de aquellas imágenes, sabiendo que yo trabajaba en condiciones muy difíciles.

Varios días después, mientras la ciudad estaba entregada a las celebraciones, docenas de hombres y chicos se congregaban en torno a los altavoces que emitían melodías de Bollywood que habían estado prohibidas por los talibanes. Era Navidad, y les dije a

mis editores que no podía quedarme. Ya era hora de volver con Uxval, a mi otra vida.

Uxval planeó pasar nuestras vacaciones de Navidad en un pueblecito de la playa, en la costa de Oaxaca. A las setenta y dos horas de abandonar Afganistán, donde iba completamente envuelta en velos y no podía mirar a los hombres a los ojos, estaba en bikini besando a Uxval en la playa. Después de tres semanas rodeada de miles de refugiados viviendo en la miseria en Pakistán y Afganistán, intentaba aclimatarme al mundo superficial de los mexicanos y norteamericanos de vacaciones, que fumaban marihuana y bebían cerveza día y noche. Mi pareja se había apuntado a unas clases de surf. Yo estaba exhausta y muy debilitada a causa de la giardiasis, una desagradable afección estomacal causada por consumir alimentos poco limpios y agua probablemente contaminada con heces, que causa diarrea constante, eructos sulfurosos, pérdida de peso y escasez de sueño. Pero tenía que ponerme a tono y ser una novia de verdad, una novia atrayente, atenta, normal, para compensar las semanas que había estado ausente.

No pude hacerlo. Era incapaz de desconectar el cerebro. Admiraba a las mujeres esbeltas y sonrientes que hacían surf sin esfuerzo alguno. Parecían muy felices. Por la noche bebía unas copas de vino y a las once me iba a casa a dormir. Uxval se quedaba de fiesta hasta el amanecer. Yo no tenía las fuerzas ni el deseo de salir con gente con quien tenía muy poco en común. Porque en aquel tiempo la mayoría de mis amigos eran fotógrafos y periodistas que compartían mi obsesión por la política internacional, los acontecimientos mundiales y las noticias candentes.

Empezamos a discutir. Yo estaba celosa de las mujeres que flirteaban con él. Él estaba celoso de mi trabajo. Establecimos una pauta de puntos álgidos increíblemente románticos y puntos bajos que nos atormentaban mucho, en los cuales aparecía mi aspecto de inseguridad que no sabía siquiera que existía. Me daba cuenta de que nunca podría ser la mujer que él necesitaba, y temí que me ocurriera lo mismo con todos los hombres. Mi trabajo siempre estaría por delante de cualquier otra cosa, porque esa era, precisamente, la naturaleza del trabajo: cuando aparecía la noticia yo tenía que irme, y además, quería hacerlo. Era evidente que si no estaba en el lugar preciso cuando surgía la noticia, iría otro

fotógrafo.

A veces mis familiares y amigos me preguntaban por qué los fotógrafos no se limitaban a trabajar menos para conservar sus matrimonios o sus relaciones, o por qué no se dedicaban a otra cosa: sencillamente, a hacer fotos en un estudio soleado junto a su casa. La verdad es que la diferencia entre un fotógrafo de estudio y un fotoperiodista es la misma que hay entre un caricaturista político y un pintor abstracto: lo único que los dos tienen en común es la página en blanco. Ambos trabajos suponen talentos y deseos distintos. Partir en el último momento, coger un avión, experimentar la responsabilidad de cubrir guerras y hambrunas y crisis de derechos humanos era mi trabajo. Si yo no hacía esas cosas, era como si un cirujano se ausentara en medio de una operación urgente, o una camarera se negara a llevar los platos a un cliente a su mesa. Pero yo no tenía un jefe que me echara la bronca por mis incompetencias, que me despidiera si el paciente moría o el cliente se quejaba. Actuar con negligencia en cualquier aspecto de mi trabajo era como despedirme a mí misma.

Aun así, siempre volvía a casa corriendo después de los viajes a Afganistán posteriores al
11-S,
para hacer feliz a Uxval. Pasaba de estar en un hospital mental de Kabul, donde vi a mujeres desnudas vagando por el jardín, y a otras mujeres encadenadas a una pared, a realizar excursiones en bicicleta de montaña de treinta kilómetros, en México, durante las cuales nos refrescábamos en chispeantes arroyos. Intenté mantener el ritmo, amar lo que él amaba, ser una mujer completa.

Una noche estaba previsto que hubiera una lluvia de meteoritos, y Uxval sugirió que subiéramos al Iztaccíhuatl, una montaña junto a México D. F., para ver caer las estrellas del cielo. Lo último que quería yo en el mundo cuando no estaba en Afganistán, donde me veía obligada a ascender a las montañas por motivos profesionales, era subir a una montaña por diversión, pero, por supuesto, accedí. Él, muy emocionado, cogió la tienda de campaña, todo el equipo y un fogón, y todo estuvo preparado al cabo de una hora. Salimos hacia mediodía, y subimos a tres mil seiscientos metros. Yo apenas podía mover las piernas. Me dolían las sienes. Tenía mal de altura.

Nos detuvimos y plantamos la tienda. Imágenes de Peshawar,

Quetta y Kandahar aparecían en mi mente. Lo único que deseaba era volver al sur de Asia con un encargo del *Times*. Hacia la una de la madrugada, Uxval me despertó de un profundo sueño y me hizo salir de la tienda; era una noche de un frío intenso. Me abrazó mientras las estrellas caían a raudales del lloroso cielo. Viví con intensidad aquel momento tan hermoso, no queriendo estar en ningún otro sitio. Pero al cabo de unos minutos, sentí frío. Cuando nos dormíamos, volví de nuevo mentalmente a las montañas de Afganistán.

En el otoño del 2002, dos meses antes de cumplir los veintinueve años, un sábado por la mañana en México D. F., me senté ante el ordenador. En la pantalla aparecía mi programa de correo. Había docenas de mensajes de una mujer llamada Cecilia con un tema similar desde la parte superior hasta la inferior de la pantalla: *te quiero, te quiero, te quiero* y, ocasionalmente, *te extraño* [2]. Me quedé mirando la pantalla sin poder creer lo que veía. Aquellas declaraciones de amor no eran para mí. Sin darse cuenta, Uxval había dejado su correo abierto en mi ordenador. Los mensajes se los había enviado otra mujer. Me estaba engañando.

Mi conmoción se convirtió en tristeza y al cabo de una hora, en ira. Arrojé todas las pertenencias de Uxval en bolsas de basura y las puse fuera junto a la puerta con una nota: «Sé lo de Cecilia. Te has dejado el correo abierto en mi ordenador. Coge tus cosas y vete de este apartamento antes de que vuelva el lunes. Y no me llames».

No pude comer durante semanas. Con gran esfuerzo bebía agua y zumo. Los días desembocaban en noches sin dormir. La depresión era un tema que no se tocaba en mi familia, a menos que nos refiriésemos a amigos o a parientes lejanos. Ahora no podía levantarme de la cama.

Una noche de insomnio recordé lo maravilloso que había resultado el último año para mi carrera: viajar al sur de Asia una y otra vez para el *Times* —mi mayor sueño—, trabajar continuamente con el jefe de la oficina del periódico en México, y hacer fotos para reportajes del *Boston Globe* y el *Houston Chronicle* con Marion. Había sido muy feliz.

«Tienes tu trabajo», me dije. Incluso pronuncié las palabras en voz alta, para darme ánimos.

A la mañana siguiente, llamé al editor de fotografía para el extranjero del *New York Times*, y le pregunté si había alguna región donde necesitase más fotógrafos autónomos. Le expliqué que debía irme de México.

—Vale, déjame pensarlo —dijo—. Dame unos días.

Mientras tanto yo había cenado con el mejor amigo de Uxval. Él me contó que este llevaba meses engañándome con aquella Cecilia de los mensajes.

—Pero ¿quién es?, —le pregunté.

—Es una secretaria de Telmex, la compañía telefónica del Gobierno.

—¿Lleva el bolso a juego con los zapatos?

Era una mujer predecible y estaba presente. Nunca podría competir con una secretaria que fichaba de nueve a cinco, de lunes a viernes, y que tenía libre todo el fin de semana.

Unos días más tarde, me llamó mi editor del *Times*.

—Tengo una idea —dijo—: el periódico traslada a Dexter Filkins a Estambul, para que esté cerca de Irak y se encuentre bien situado cuando empiece la guerra. Es uno de los corresponsales más importantes del periódico, y supongo que necesitaremos a algún fotógrafo allí.

—¿Quieres decir que necesitas a alguien en Estambul?

—Sí, en Estambul.

Yo no sabía nada de Turquía. Pero Dexter y yo nos habíamos hecho amigos en la India, y al cabo de unos meses ya había empaquetado cuanto tenía en México y me trasladaba a aquel país con el que no guardaba vínculo alguno, y cuya lengua no hablaba. No me importaba. Estaría allí a la espera de la siguiente guerra.

Caída de los talibanes en Kandahar, diciembre del 2001.

Capítulo 5
No me preocupan las balas

Me trasladé a Estambul la primera semana de enero del 2003, llevando dos bolsas de ropa, mis cámaras y mi ordenador, y me sentí muy sola desde el momento en que llegué. En Estambul hacía mucho frío en enero, y caía una llovizna grisácea y constante. Yo me había imaginado una ciudad bíblica de Oriente Medio, más exótica que occidental, de estrechos callejones y muros de piedra como un laberinto. La arquitectura de Estambul, por el contrario, era moderna e industrial, casi fría.

Yo no sabía decir ni «hola», ni «gracias», ni «por favor» o «adiós». Comía *simit*, unas rosquillas de pan cubiertas de sésamo, para desayunar y para comer, porque se vendían en todas las esquinas de las calles, y estaba demasiado cohibida para pedir cualquier otra cosa en turco. El televisor de mi habitación solo ofrecía canales en los que se hablaba ese idioma, y yo zapeaba todo el rato, como si esperara que, de repente, entendería los culebrones y los informativos.

Me limitaba a aguardar el momento oportuno antes del inicio de la guerra. A principios de febrero, Colin Powell pronunció un discurso ante las Naciones Unidas, asegurando que Estados Unidos tenía pruebas de que Sadam Husein poseía armas de destrucción masiva, y nosotros, los periodistas, esperábamos la fecha de la invasión. Aunque la guerra de Estados Unidos en Afganistán parecía una respuesta justificada a los atentados del 11 de septiembre, muchos periodistas creían que la Administración Bush estaba falseando los motivos para declarar la guerra a Irak. Pero estábamos sumergidos en aquella oleada de belicismo que definió la primera década del siglo XXI, empapados de las mismas motivaciones que dominaban, me imagino, a los corresponsales que cubrían la guerra de Vietnam: un deseo de estar con nuestros compatriotas, mientras se veían arrastrados a una discutible invasión norteamericana.

El *New York Times Magazine* me asignó un trabajo con Elizabeth Rubin en el norte de Irak, la región kurda opuesta a Sadam y que apoyaba la intervención estadounidense. Había de reunirme con ella en Irán, un país no particularmente amistoso con los norteamericanos en aquel momento, pero que permitía a los periodistas cruzar la frontera hacia Irak. Llegaríamos unas semanas antes de la invasión y nos quedaríamos para documentar los resultados. En el 2003, los presupuestos editoriales eran generosos. Los editores no se lo pensaban dos veces a la hora de enviarme a hacer un trabajo durante un mes o dos, cobrando una tarifa de cuatrocientos dólares al día, con tal de asegurarse de que estaba disponible y bien situada a medida que evolucionaba una noticia. Esos días terminaron ya.

En la guerra de Irak, fue la primera vez en mi carrera en que los militares de Estados Unidos ofrecían a los periodistas la posibilidad de acompañarlos al frente, es decir, que nos «acopláramos» a las tropas. De modo que tenía tres opciones: acoplarme a las tropas estadounidenses a medida que avanzaban por el desierto hacia Bagdad y fotografiar los combates; alquilar un coche y viajar sin la protección de los militares a través de los vastos desiertos iraquíes, cosa que parecía una locura; o informar desde el norte de Irak (más conocido como el Kurdistán y hogar de millones de kurdos oprimidos por Sadam), y dirigirme a Bagdad solamente tras la caída de Sadam. Elegí esta última opción, porque yo, como muchos otros, suponía que, de ese modo, me expondría a la menor cantidad posible de combates. Y me pareció también la mejor manera de cubrir el desastre humano que podía seguir a la invasión: un montón de refugiados iraquíes huyendo del sur de Irak hacia el norte. Además, no estaba segura de si sería capaz de mantener físicamente el ritmo de los soldados, ya que en realidad nunca había estado en combate; así pues, decidí mantenerme al margen.

Varias semanas antes del inicio de la guerra de Irak, cumplía una misión en Corea del Sur para el *Times Magazine*, fotografiando a refugiados de Corea del Norte que habían escapado al sur. En medio de aquel trabajo, recibí un correo de Scott Braut, uno de los editores de mi nueva agencia de fotografía, Corbis. Uno de sus propósitos, a medida que se aproximaba la invasión, era asegurarse

de que todos los fotógrafos de Corbis que planeaban ir a Irak estuvieran bien equipados con lo necesario para cubrir la guerra, incluyendo los riesgos de combates y posibles ataques químicos. Le respondí en un estado de pánico y perplejidad:

De: lynsey addario
Enviado: martes, 11 de febrero del 2003,
11.25 h
A: Scott Braut Tema: Re: chaleco antibalas

Scott: Intento comprarme un chaleco antibalas para mi próxima partida hacia Irak, y ya me está entrando urticaria. Llamé a AKE War Outfitters como me sugeriste, y me tuvieron a la espera tres minutos al darse cuenta de que llamaba desde Corea. Colgué. Luego probé en las páginas webs que me recomendaste, pero la verdad es que todo me suena a coreano. Es que no entiendo lo que leo: balístico, seis puntos de ajuste, blindaje táctico, etc. Debes comprender que este lenguaje no me resulta familiar: me crie en Connecticut y fui educada por unos peluqueros. Por favor, te ruego que llames a Second Chance en Estados Unidos y les expliques que soy fotógrafa, que voy a Bagdad con las tropas de Estados Unidos o al norte de Irak (Dios sabe qué terroristas y líderes tribales habrá), que no me preocupan tanto las balas como la metralla, que no quiero llevar nada demasiado pesado (supongo que eso significará utilizar placas de cerámica), que no quiero gastarme un millón de dólares (aunque mi vida puede valer una fracción de esa cantidad, algún día), y que estas son mis medidas (lo siento si es demasiada información para ti, pero llevo trece horas haciendo fotos, es la 1.30 de la mañana y lo único que quiero es acabar con todo esto…): Mido
1,55 m,
no tengo ni idea de cuál es la circunferencia de mi cabeza para determinar el tamaño del casco, y ciertamente, nunca he medido la distancia entre mis pezones. Puedo bajar al vestíbulo y pedirle a alguien

del hotel una cinta métrica, pero no creo que los recepcionistas me la consigan para medirme la cabeza a la 1.30 de la madrugada, porque les llevaría unas tres horas, manejando el diccionario coreano-inglés, para averiguar qué demonios les estoy pidiendo, y prefiero tirarme por la ventana antes que iniciar ese doloroso proceso ahora. Por tanto, digamos que tengo una cabeza de tamaño medio. En cuanto al chaleco, mido
73 cm
de cintura, 86 de pecho y tengo las tetas grandes. El *NYT Magazine* dice también que la oficina del *NYT* en Turquía quizá tenga una máscara de gas y un traje de protección química que a lo mejor puedo usar. Lo más probable es que esté pensado para un hombre corpulento y robusto (como tienden a ser los corresponsales de guerra), pero en este momento no creo que sea capaz de embutir mi cuerpo en ese traje en los trece segundos de margen que se supone que dispongo antes de que llegue el gas, de modo que me valdrá. En cuanto al equipo para la cámara, te estaré en deuda eternamente si puedes conseguirme una batería extra Nikon D1x, y para los pies, un par de esos calcetines calentitos que mencionaste. Muchísimas gracias. Llámame si tienes más preguntas que hacerme, y por favor, ya me dirás el coste del chaleco antes de comprarlo.

LYNS

De alguna manera, entre las sesiones de planificación del chaleco antibalas y la ansiosa escucha de las noticias, conseguí obtener un remedo de vida personal. Al final me rendí a las protestas de amor y arrepentimiento de Uxval, y lo invité a vivir conmigo en Estambul. Yo tenía un pie en la puerta, pero estaba muy sola y lo amaba, él se mostraba insistente, y aquella vez veía posibilidades a nuestra vida en común. Él era hijo de dos famosos pintores mexicanos y, comparándose con ellos, parecía carecer de objetivos tras abandonar su antiguo trabajo, y decía tener una vocación artística que nunca se había decidido a cumplir. Cuando nos conocimos,

empezó a practicar la fotografía y aprendió a hacer vídeos con la suficiente habilidad para permitirnos trabajar juntos en Estambul. Lo recibí en el aeropuerto, lo llevé a mi nuevo hogar y le entregué un juego de llaves. A la mañana siguiente, me fui a Irán y luego a Irak, donde pasaría tres meses.

En Teherán conocí a Elizabeth, y me sorprendió de inmediato lo atractiva que era y cómo conseguía seguir siendo femenina en una profesión que confiere un carácter andrógino a toda feminidad. Al principio de mi carrera iba siempre vestida como un hombre: vaqueros o pantalones del ejército, gruesas botas de excursionismo, una camiseta recatada… Raramente llevaba otro color que no fuera negro, marrón o gris, e intentaba vestir de la manera más asexual y aburrida posible. Cuando regresaba, compensaba los meses pasados con ese atuendo poniéndome minifaldas y tacones altos. Elizabeth, que llevaba mucho más tiempo que yo en aquel asunto, había comprendido que mantener una chispa de feminidad era crucial para sentirse ella misma, o quizá para conservar una sensación de normalidad. Yo no me había dado cuenta aún de lo importante que llegaría a ser esa sensación de normalidad.

Aquella semana cruzamos la frontera hacia el norte de Irak por carretera. Docenas de periodistas extranjeros habían hecho aquel mismo viaje antes que nosotras, y pasamos tranquilamente por los controles fronterizos de ambos países. La facilidad de trato de Elizabeth con todo el mundo (funcionarios iraníes, guardias de la frontera…) era consecuencia de haber pasado diez años en zonas de conflicto: Bosnia, Kosovo, Sierra Leona, Uganda, Chechenia… Nunca se tomaba a sí misma demasiado en serio y se reía mucho con las personas a las que fotografiaba. Por todas partes adonde íbamos ella y yo, ese amistoso equipo formado por dos morenas de pelo largo, la gente nos abría las puertas. Me preguntaba si nos subestimarían porque éramos mujeres en una parte del mundo dominada por los hombres. Fuera cual fuese el motivo, encontré una gran ventaja en ello; Elizabeth es una de las periodistas más listas que he conocido jamás.

Un centenar de reporteros extranjeros viajábamos entre las ciudades kurdas de Erbil y Solimania, y acabamos estableciéndonos en esta última. Solimania era una ciudad progresista: una amplia avenida, que atravesaba el centro, estaba bordeada por edificios

bajos de cemento, alternados con modernas torres de cristal. Reservamos una habitación en el hotel Ashti, un alojamiento sencillo, con un vestíbulo oscuro y muebles de los setenta, atestado de periodistas. Lo único que mejora una bonita habitación de hotel es una bonita habitación del hotel donde están instalados todos los demás periodistas: es una forma de mantenerte al tanto de los últimos acontecimientos y conjurar el aburrimiento de las veladas.

En las zonas de guerra las amistades se forjan con rapidez. Por la noche nos reuníamos en alguna habitación del hotel más lujoso, el Palace. Ya conocía a Ivan Watson, corresponsal de la NPR, y a Quil Lawrence, reportero de la BBC World Radio, de mi estancia en Estambul y Afganistán. Comprábamos botellas de vino en el Ashti, en cuyas etiquetas se leía sospechosamente: EMBOTELLADO EN EUROPA. A veces Quil ponía música de salsa, y bailábamos en la habitación durante horas. Pero la invasión se avecinaba, de modo que no nos descontrolábamos. Cualquiera que tuviera una misión en el norte de Irak representaba una fuente de noticias importante, y la presión de obtener artículos buenos cada día era enorme.

Pronto vi que Elizabeth trabajaba desde la mañana hasta mucho más tarde de medianoche, hasta que nuestro intérprete o nuestro conductor suplicaban misericordia. Ella opinaba que nuestros colaboradores eran como una prolongación de nosotras mismas, una parte fundamental del equipo. El primer mes que pasamos en el Kurdistán tuvimos casi una docena de intérpretes y conductores: un intérprete era bueno, pero llegaba siempre tarde a trabajar; un conductor era bueno, pero su coche no era nada fiable; otro intérprete era bueno también, pero no se llevaba bien con el conductor… Una tarde estábamos trabajando en un pueblo remoto y pinchamos un neumático en el camino de vuelta a la ciudad. Nuestro conductor no sabía cambiar una rueda. De manera que nos quedamos sentadas en medio de la oscuridad total, a un lado de la carretera, semanas antes de los primeros ataques norteamericanos a Irak, esperando a que nuestro conductor aprendiera a cambiar un neumático. Tuvimos que despedirlo.

Por fin dimos con Dashti y Salim. Dashti, nuestro intérprete, hablaba árabe, kurdo, persa e inglés. Incluso había aprendido un poco de español en unas semanas en Internet, porque me oyó hablar con Uxval por teléfono y se quedó frustrado al no entender el

idioma. Salim era un chico kurdo muy gracioso, siempre con una sonrisa traviesa en los labios y hablando incesantemente de encontrar el amor. Elizabeth comentaba el artículo con Dashti mientras yo daba consejos amorosos a Salim; ellos hicieron posible nuestro trabajo. Forjé una relación con aquellos dos muchachos que duraría años.

Kurdos «peshmerga» disparan cohetes en el territorio de Ansar al-Islam, cercano a Halabja, al norte de Irak, 30 de marzo del 2003.

De día buscábamos señales de la presencia militar norteamericana en el norte de Irak, y manteníamos los ojos abiertos para detectar a posibles miembros de las Fuerzas Especiales que podían llevar barba e ir vestidos con las ropas propias de los habitantes del país, intentando confundirse con el entorno. Hice fotos del entrenamiento de los «peshmerga», combatientes kurdos dispuestos a aliarse con los norteamericanos. Y también fuimos en busca del grupo fundamentalista suní Ansar al-Islam, que se escondía en varios pueblos del otro lado de las montañas. La Administración Bush afirmaba que el grupo estaba relacionado tanto con Sadam Husein como con Al-Qaeda, reafirmando así las causas de la guerra.

La invasión empezó el 19 de marzo. Las tropas norteamericanas de Operaciones Especiales cayeron en paracaídas en el norte de Irak en plena oscuridad nocturna. Los militares no buscaban armas de destrucción masiva ni a Sadam, sino a terroristas, concretamente, pertenecientes a Ansar al-Islam. Los norteamericanos arrojaron misiles de crucero en muchos pueblos y enclaves militares situados a lo largo de toda la región, y provocaron que miles de familias kurdas abandonasen la zona. Nosotras viajábamos casi cada día a la zona en torno a Halabja, donde se escondía la gente de Ansar al-Islam.

Yo no conocía el lenguaje de la guerra. Tampoco sabía nada de misiles de crucero (que se pueden disparar contra un blanco preciso desde un barco de la Armada posicionado a su alcance), ni de morteros (bombas disparadas por unos tubos apoyados en el suelo), ni de granadas lanzadas por cohete (pequeños cohetes explosivos que se podían disparar apuntalándolos en el hombro). Si el sonido era de una granada disparada por cohete, significaba que el blanco éramos nosotros, los periodistas; si caía un misil de crucero, era mucho más probable que proviniera de los estadounidenses. Necesitaba enterarme de todas esas cosas. Necesitaba enterarme de quién tenía cada arma, cómo se disparaban y dónde iban a caer los disparos.

Una mañana un grupo de ocho periodistas madrugamos para ir a investigar las bajas civiles y los daños colaterales del ataque llevado a cabo por los norteamericanos la noche anterior. Nuestros enormes Land Cruisers blancos, representando al *New York Times*, el *New York Times Magazine*, el *Washington Post*, el *Los Angeles Times* y varias cadenas de televisión y radio, serpenteaban por la carretera que nos llevaba por las laderas, de un verde exuberante, de unas montañas cuyas cimas estaban cubiertas de nieve, hacia la zona hostil. Nuestros vehículos estaban marcados claramente con las iniciales T. V., de «televisión». La zona no era pronorteamericana. La carretera que discurría ante nosotros, hacia Jurmal, una ciudad islámica conservadora donde se había infiltrado la organización Ansar al-Islam, era demasiado peligrosa para que los occidentales la atravesaran: los terroristas podían avistar fácilmente a los reporteros desde su posición privilegiada en las montañas o en las carreteras. Docenas de civiles huían en camiones de plataforma,

coches cargadísimos o cualquier cosa que tuviera ruedas, llevando todas sus pertenencias atadas precariamente en el techo y pegando la cara a las ventanillas mientras nos adelantaban por un lado de la carretera. Pensé en la premiada foto de Lucian Perkins del año 1995 en Chechenia, que se quedó muy grabada en mi mente: las manos de un joven refugiado apoyadas contra la ventanilla trasera de un camión, mientras las familias huían de la zona de combate.

Aparcamos nuestros coches a lo largo de la carretera, junto a un control, e intentamos obtener información en Jurmal sobre la situación de los civiles y fotografiar su temor. La gente del pueblo nos gritó que abandonáramos aquella zona y que lleváramos siempre puestos los chalecos antibalas. Pero en torno a aquel caos reinaba la calma: el fuego cruzado de balas y de mortero entre los kurdos «peshmerga», aliados de los occidentales, y Ansar al-Islam había cesado. Sin embargo, decidimos seguir el consejo de la gente del lugar y nos marchamos de allí. Cuando ya regresábamos a nuestro coche, me detuve de pronto. «¿Tengo todo lo que quería?». Volví corriendo a tomar unas últimas imágenes.

Civiles y kurdos «peshmerga» se llevan el cuerpo de un soldado gravemente herido, minutos después de que la organización terrorista Ansar al-Islam hiciera explotar un

coche bomba en un control junto a Halabja, al norte de Irak, 22 de marzo del 2003.

Un camión lleno de kurdos «peshmerga», posando con sus armas, se dirigía hacia mí. Los fotografié mientras me hallaba de pie junto a un cámara de televisión alto y delgado que apoyaba firmemente su gigantesca cámara en el hombro. De repente noté que me ardía el estómago y una sensación de que tenía que huir urgentemente. Fui corriendo a nuestro vehículo, donde me esperaba Elizabeth, ya sentada, y abrí la portezuela. La cerré y, de repente, ¡bum!

Una enorme explosión detrás de nosotros hizo saltar hacia delante nuestro coche. El humo y los desechos cubrieron las ventanillas. ¿Había sido un disparo de mortero? Nuestro conductor puso de inmediato el motor en marcha, y salimos a toda velocidad de allí. Detrás de nosotros, lo único que se veía era humo negro, una tormenta de color carbón que se nos aproximaba.

—¡Corre, corre, corre! ¡Salgamos de aquí! ¡Corre, corre, corre!, —chillaba Elizabeth.

«¡Sí, sí, sí, corre, corre, corre!». No se me ocurrió quedarme en el lugar de los hechos ni continuar plasmando imágenes. Un fotógrafo de conflictos bélicos experto habría decidido quedarse, fotografiar todo aquel desastre, a los heridos y a los muertos, pero yo era muy joven. Era mi primera bomba.

Algunos kilómetros más adelante aparcamos en la carretera, mientras los coches circulaban a toda velocidad junto a nosotros. Pasó disparado el chasis de un camión escorado, pues se desplazaba sobre tres ruedas hechas polvo, que transportaba en su parte trasera un cuerpo desmembrado. Seguimos al camión hasta una plaza, donde trasladaron de un vehículo a otro al inerte individuo, milagrosamente vivo aún; los sesos se le escapaban por una brecha en la cabeza. El hombre era uno de los combatientes «peshmerga» que había fotografiado antes de salir huyendo. Era mi primera baja en Irak.

En el hospital, transeúntes, enfermeros y parientes descargaban los cuerpos y los metían en una habitación con alfombrillas de gimnasia sobre el pavimento. La sangre cubría los suelos y salpicaba las paredes. Los suministros eran mínimos. Los heridos seguían llegando. Oíamos decir a la gente que la explosión se debía a un

coche bomba; yo estaba equivocada: no había sido un mortero. Todavía no conocía bien la diferencia. El coche bomba, es decir, un vehículo cargado de explosivos, enviado para detonar junto a un blanco específico, podía haber estado destinado a nuestra fila de Land Cruiser, en los que estaban cuidadosamente rotuladas las letras T. V.

Estaba mareada. Sujetaba la cámara firmemente contra mi rostro como un escudo, y seguía disparando. Un intérprete que había trabajado anteriormente con mi amigo Ivan llegó con la chaqueta de cuero fundida sobre los brazos y la espalda, y la cara y el pecho salpicados de sangre. Me quedé aterrorizada, pensando que le podía haber ocurrido algo a Ivan.

—¿Dónde está Ivan?, —le pregunté.

—No estaba con él —dijo, apenas sin poder hablar.

Salí por la puerta principal del hospital para buscar a Elizabeth. Ella estaba con Eric, un reportero de la televisión australiana, que tenía la cara y las gafas embadurnadas de sangre. Él también estaba conmocionado.

—¿Alguien dispone de un teléfono por satélite?, —preguntaba con voz monocorde, a la nada, como si no esperara respuesta.

—¿Qué ha pasado? ¿Están bien los que iban contigo?, —le preguntamos, insistiendo, mientras él se debatía entre desvanecimientos y la recuperación de la conciencia, intentando reponerse. Levantó los brazos y gesticuló con las manos como cuando ayudas a un conductor, moviéndolas lentamente adelante y atrás, para hacernos callar.

—Un minuto… —dijo—. Un minuto… —Todavía tenía las manos levantadas—. Mi cámara está muerto. Paul ha muerto.

Paul era el cámara que estaba a mi lado cuando salí corriendo. Él había continuado filmando y había muerto.

Eric cogió el teléfono de Elizabeth y, mirándonos, nos dijo:

—¿Podéis marcarme unos números, por favor?

Yo retrocedí un poco, temiendo que Eric pudiese notar mi debilidad. Su conmoción actuaba todavía como una especie de parachoques; y yo no quería que mi expresión alterara su tranquilidad y lo sumiera en el dolor de la pérdida.

Un taxista kurdo aparcó junto a la entrada del hospital y se bajó de un salto.

—¿Hay algún periodista por aquí?

Yo necesitaba una excusa para alejarme de Eric y de la llamada que estaba a punto de hacer.

—¿Hay algún periodista por aquí?, —repitió el conductor—. Llevo el cuerpo de un periodista en el maletero de mi coche, y no sé qué hacer con él.

Decididamente, no podía ocuparme de aquello. Volví con Eric y Elizabeth. Él recitó un número de teléfono, y Elizabeth marcó y le tendió el auricular. Era el número de la mujer de su colega muerto; salió el contestador. Colgó. Eric murmuró otro número, y alguien lo cogió esta vez. Era su oficina en Australia.

—Hola. Soy Eric. Paul ha muerto.

Solo eso.

Eché a correr hacia la parte de atrás, dando la vuelta al hospital, y me tapé la cara con las manos.

Aquella llamada telefónica podía haber sido para comunicar mi muerte, la de Ivan, o la de Elizabeth… Ni siquiera tenía el número de teléfono de la familia de Elizabeth. Habíamos estado en el lugar de la explosión unos minutos antes de que estallara el coche bomba. Y ahora un taxista cualquiera tenía el cuerpo de un colega abatido y deshecho en su portaequipajes, y preguntaba qué hacer con él. ¿Cómo sacaríamos el cuerpo de un amigo de un país en el que todos nos habíamos introducido ilegalmente, cuando no había embajadas que funcionaran, ni policía, ni diplomáticos, y cuando la única frontera abierta accesible desde el norte de Irak era la de Irán? Parecía muy obvio, pero yo no sabía que guerra significaba muerte… que los periodistas también podían morir en ella. Me escondí detrás del hospital, avergonzada de mi debilidad, de mis lágrimas y mi miedo, cuestionándome si tendría la fuerza suficiente para ese trabajo, y lloré inconsolablemente.

La guerra había empezado.

Un día de principios de abril estaba echada en la cama, con los ojos cerrados, en un raro momento de descanso. De repente resonaron bocinas de coche y gritos que se colaron por las ventanas del hotel. Imaginé que sería una boda y me acurruqué bajo las sábanas. La conmoción iba en aumento. Salí al pasillo y fui a la habitación de mi colega; desde su balcón contemplamos la calle. Toda la ciudad de Solimania se había reunido en torno a la avenida

principal, a los pies de nuestro hotel.

Pusimos la CNN. Se desplegó un enorme titular en la parte inferior de la pantalla: Bagdad había caído; Sadam Husein había huido. Me puse la ropa de trabajo, cogí las cámaras y las bolsas de objetivos, y corrí escaleras abajo.

Fuera, banderas norteamericanas ondeaban movidas por la brisa, kurdos iraquíes besaban fotos del presidente Bush y los niños bailaban bajo enormes réplicas de cartón de los bombarderos B-52
pintados con los colores de la bandera de mi país.

—¡Viva Norteamérica! ¡Viva George Bush!

Yo me había opuesto a la invasión, pero por unos momentos me sentí orgullosa de ser norteamericana. Parecía imposible que la guerra pudiera estar llegando a su fase final con tanta rapidez. Me pregunté cuánto tiempo me quedaría en Irak.

Como consecuencia de todo ello, nos dirigimos rápidamente a Mosul, Kirkuk y Tikrit, las tres ciudades más importantes entre el norte de Irak y Bagdad. El paisaje iba cambiando de verde y montañoso a quemado por el sol y de color arena. A menudo los mejores artículos se consiguen esos días indecisos después de caer un gobierno, cuando el país se abre a los medios de comunicación. Nos apresuramos a trabajar, por tanto, antes de que las restricciones a los medios nos impidieran el paso. Íbamos andando desde las cárceles hasta las oficinas de información, de las fábricas abandonadas a los palacios de Sadam, buscando documentos clasificados, rastros de armas, señales de guerra química o cualquier información de los secretos del régimen. Todos queríamos ser aquel que desenterrase una prueba mágica. Todos queríamos encontrar las armas de destrucción masiva, aunque no hubiéramos creído nunca que existieran.

En Kirkuk, los kurdos se habían pintado la cara de rojo, blanco y azul. Tropas estadounidenses recorrían la ciudad, encaramados a los Humvee descubiertos, bañándose en pétalos de rosa y besos. La oficina municipal de Kirkuk se convirtió en refugio temporal para el Ejército de Estados Unidos. Los soldados se sentaban en la zona principal de recepción, junto a un retrato gigante de Sadam, ya sin cara. Cuando yo llegué, solo le habían rascado los ojos; por la noche, los kurdos le habían arrancado las mejillas y los dientes. A la

mañana siguiente, la cara había desaparecido.

Los iraquíes se abatieron sobre los edificios como hormigas, despojándolos de todas sus posesiones. Los hombres circulaban por las calles trasladando enormes aparatos de aire acondicionado en sus bicicletas (con Sadam, solo podían permitírselos los más adinerados). La gente llevaba los muebles sobre la cabeza. Sillas, butacas, camas y mesas parecían andar solas por las calles. Los jóvenes se bañaban en los lagos artificiales que rodeaban los enormes palacios de mármol de Sadam, y las familias merendaban en los jardines de estos y recorrían sus majestuosos porches.

Soldados kurdos «peshmerga» destrozan un cartel del exlíder iraquí Sadam Husein en el edificio de la Gobernación de Kirkuk, horas después de que cayese bajo el control del gobierno central iraquí, 10 de abril del 2003.

Nos dirigimos a Mosul, para reunirnos con el general David Petraeus, el jefe estadounidense de la 101.ª División Aerotransportada, que había establecido una base importante en uno de los palacios de Sadam. La seguridad era laxa. Muchos iraquíes adoraban entonces a los norteamericanos, y estos también querían a los iraquíes. Añoraba tanto las conversaciones genuinas, sin necesidad de la traducción de un intérprete, que pasé la tarde

flirteando con robustos y sucios soldados de dieciocho años, con los que experimenté una regresión a mi vocabulario y conducta del instituto; también hojeé ejemplares muy leídos de la revista *Maxim*. En la rosaleda se había instalado una cafetería que preparaba comida caliente. Docenas de oficiales de alto rango estaban sentados ante pantallas de ordenador o ante imágenes por satélite alimentadas por un generador. Era un despliegue increíble de tecnología en un país que tenía poca agua corriente y una electricidad muy poco fiable desde la invasión. Era también un símbolo de victoria: cientos de soldados de Estados Unidos trabajando desde una de las casas de Sadam.

Me adjudicaron un camastro junto a unos treinta soldados en una sala gigante. Esta se abría a una enorme terraza que daba a la ciudad. Salí para trabajar bajo las estrellas y disfrutar de la fresca brisa. Tenía un día de buenas fotos a mis espaldas y me esperaba otro semejante. Sonreí, allí sola en la terraza, y percibí que esa sensación me sostendría siempre.

A diferencia del cuerpo de prensa restante que fue a Bagdad, y aparte de mi misión con Elizabeth, la revista *Time* me había pedido que me quedase en el norte y trabajase allí las semanas inmediatamente posteriores a la caída de Sadam. Salim, que se había quedado como intérprete mío, se vio obligado a vivir sus experiencias indirectamente a través de los sensuales y atractivos partes de su mejor amigo, Dashti, que había viajado a Bagdad para continuar haciendo de intérprete a Elizabeth. Para muchos jóvenes kurdos, Bagdad era la oportunidad de experimentar la vida de una gran ciudad, a pesar de que muchas tiendas estaban cerradas, la electricidad todavía seguía cortada, y de que árabes y kurdos no siempre se han estimado mucho entre sí. Las prostitutas de Bagdad eran una tentación irresistible para Dashti y Salim, cuyas experiencias sexuales se limitaban a pasajeros momentos de porno blando en la televisión por satélite.

—¿Podemos ir ya a Bagdad, por favor?, —me suplicaba Salim día tras día—. ¡Dashti está allí, y dice que hay muchas mujeres guapas!

—Salim, tengo trabajo aquí, quieren que esté en Mosul. En cuanto acabe este encargo, nos iremos. —Yo no estaba dispuesta a

comprometer mi trabajo solo para que mi intérprete pudiera perder la virginidad. Pero me daba cuenta de que esa experiencia con los intérpretes era bastante típica: vivíamos con ellos todos los días y se convertían en amigos íntimos, a menudo como si fueran de la familia. Con pocas personas en mi vida había pasado tan largos periodos, día y noche, ni me había preocupado por sus deseos, sus penalidades y sus necesidades tanto como él por los míos.

Dashti telefoneaba varias veces al día:

—Un amigo me ha encontrado cuatro hermanas en un burdel… He estado con todas… Me aseguraré de que estén listas para ti…

Pronto me enviaron a Bagdad para fotografiar otro artículo de Elizabeth. Salim se preparaba ya, agitándose sin parar en el asiento del pasajero, muy emocionado. Mientras recorríamos interminables trechos de desierta carretera yerma, mi teléfono por satélite sonaba sin cesar, y Dashti, siempre al aparato, decía:

—¡Las hermanas están esperando a Salim!

Dashti, el mejor de los conseguidores, había hecho el trabajo necesario sobre el terreno para el desfloramiento de su amigo, como si estuviera preparando otra entrevista más.

Yo me sentía responsable de alguna manera. Había pasado los últimos dos meses consumida por cosas que no tenían nada que ver con la vida normal: contratar conductores, preparar vehículos con neumáticos de recambio y depósitos extra de gasolina, buscar habitaciones de hotel con ventanas que dieran al sur para poder recibir bien el satélite, intentar levantarme temprano, habiendo dormido solo tres horas, para aprovechar la luz suave de la mañana y sus alargadas sombras… A medida que nos aproximábamos a Bagdad, mis pensamientos y mis responsabilidades recayeron en Salim y en la pérdida de su virginidad.

Nniños nadando en un lago artificial que rodea el palacio del exlíder iraquí Sadam Husein en Mosul, 29 de abril del 2003.

Unos Marines de Estados Unidos se toman un descanso para afeitarse frente a uno de los palacios presidenciales de Sadam, el día en que Tikrit dejó de estar bajo el control de la

Guardia Republicana en Irak, 14 de abril del 2003.

¿Cómo empieza una a explicarle todo el rollo de los pájaros y las abejas a un chico kurdo-iraquí de veintitrés años que nunca ha besado a una mujer? Le hablé de los condones y del sida.

—Pero no hay sida en Irak —me dijo él.

—Bueno, vale, pero ¿sabes lo que debes hacer? —Me callé. No podía contarle lo que eran los juegos previos a un musulmán, cuando yo no estaba casada y se suponía que era virgen. Así que lo dejé correr. Esperé que Salim estuviera preparado para volver al trabajo al día siguiente, a primera hora de la mañana.

Llevaba ya muchos meses esperando ir a Bagdad, pero cuando llegué al hotel Hamra, donde se alojaban muchos de los periodistas extranjeros, apenas tenía la energía necesaria para familiarizarme con una nueva ciudad. Bagdad era relativamente próspera en el 2003. Con Sadam, tenía una infraestructura adecuada, disponiendo de carreteras, electricidad y agua, espacios verdes y clubes privados, y restaurantes que servían pescado de río a lo largo del Tigris. Comparada con Afganistán, la población de Irak estaba bien educada. Muchos árabes atravesaban Oriente Medio para asistir a la Universidad de Bagdad. Las primeras semanas, la vida siguió de una forma sorprendentemente rutinaria. La ciudad no parecía en especial peligrosa. La gente iba por la calle, las tiendas estaban abiertas y circulaban los coches. La electricidad y el agua funcionaban en algunos barrios escogidos.

Elizabeth y yo alquilamos un apartamento frente al Hamra, en un barrio residencial llamado Al-Jadriya. Al principio la vida social de los periodistas giraba en torno a la piscina del Hamra, donde se bebía cerveza y vino y se contemplaba al musculoso corresponsal del *Christian Science Monitor*, Scott Peterson, que hacía estiramientos colgado de la escalera de incendios con un bañador negro diminuto. Unas cuantas veces al mes, una nativa de California rubia y vivaracha, llamada Marla Ruzicka, fundadora de una organización que realizaba el recuento de víctimas civiles en Afganistán e Irak, organizaba fiestas con música de salsa para todos los periodistas y trabajadores humanitarios que no tenían restricciones de seguridad. Quil, el corresponsal de la BBC radio, y yo bailábamos horas sin fin, hasta que era el momento de volver a

nuestras respectivas habitaciones.

Durante una de las primeras fiestas de verano, un corresponsal preguntó: «¿Quién se ha separado desde el principio de la guerra?». Y casi todos los que estaban en aquel momento en la habitación levantaron la mano. Hubo muchos divorcios después de la caída de los talibanes, y muchos más después de la de Sadam Husein. Nuestras parejas se cansaban de esperar, con razón. Nos acusaban de engañarlos, pero a menudo los engañábamos con nuestro trabajo, nada más. Ningún otro periodo de nuestras carreras podría compararse nunca con la importancia de esos años que siguieron al 11-S.

Pero algunas personas también se aprovechaban de la doble vida que llevaban como periodistas, de modo que Bagdad, en especial, se convirtió en laboratorio de romances imprudentes. En casa se vivía una especie de existencia paralela: nuestra vida real omnipresente contra aquella emocionante y temporal.

Cuando volvía a mi habitación, siempre llamaba a Uxval. Le contaba las escenas del día e intentaba mantenerlo implicado en mi vida desde la distancia. Pero aunque mi corazón lo echaba de menos, mi pasión se centraba en Bagdad. Estaba demasiado ocupada, demasiado absorbida por las noticias, que evolucionaban con mucha rapidez, demasiado embelesada con Irak para dedicar mucho tiempo a alguien o a algo que estuviera lejos de mi alcance inmediato.

De hecho, la parte más ardua de esos primeros días era decidir qué cubrir primero. Se habían expuesto en las calles de Bagdad todos los secretos del dictador. Necesitábamos documentar la verdad.

En una fosa común llamada Al-Mahawil, a menos de cien kilómetros al sur de Bagdad, hombres y mujeres iban y venían sin rumbo en torno a unas zanjas abiertas donde se habían desenterrado docenas de cuerpos. Colocadas pulcramente en filas, había bolsas de plástico que contenían los restos de cada cuerpo, sus ropas hechas jirones, mechones de pelo… Algunos cadáveres tenían documentos de identidad, otros, no. Mujeres con *abayas* negras, largas hasta el suelo, con velos como cortinas que llevan las mujeres conservadoras de todo Oriente Medio, iban pasando de tumba en tumba llorando, chillando y levantando los brazos al aire.

Eran las viudas o madres de los hombres desaparecidos que los leales a Sadam ejecutaron durante el levantamiento chií de 1991.

Soldados de la Cuarta División de Infantería, Tercera Brigada del Primer Batallón del 68.º Regimiento Acorazado, detienen y registran a unos iraquíes en una patrulla nocturna en Bagdad, junto a la base aérea de Balad, 27 de junio del 2003. Minutos después, un civil iraquí pisó lo que, posiblemente, era un dispositivo explosivo detonado a distancia que se había enterrado en la carretera destinado a las tropas de EE. UU. El hombre quedó gravemente herido.

Soldados de EE. UU, detienen a un iraquí al que encontraron en un recinto cerca de Balad, en la madrugada del 29 de junio del 2003. El servicio secreto norteamericano indicó que el hombre pertenecía al partido baazista, cuyos miembros apoyaban al exlíder iraquí Sadam Husein. Las tropas estadounidenses de la Cuarta División de Infantería tomaron parte en una numerosa serie de patrullas y ataques nocturnos, como forma de mostrar su fuerza y represaliar una avalancha de ataques iraquíes. Las incursiones tenían como objetivo la zona norte de Bagdad y hasta Tikrit, a lo largo del Tigris, donde se presumía que existían fortalezas baazistas y un apoyo muy arraigado a Sadam.

Un iraquí se apoya en una pared al pasar entre filas de los restos de cadáveres hallados en una fosa común al sur de Bagdad, 29 de mayo del 2003. Después de la caída de Sadam, se sacaron miles de cuerpos de fosas comunes situadas en todo Irak, prueba del régimen brutal y sanguinario del exdictador.

No pude fotografiarlo. No sabía por dónde empezar. Intenté imaginar qué sentían aquellas gentes. Las mujeres gimientes resultaban dramáticas, pero también era una actitud tópica que se había visto mucho en fosas comunes; unas imágenes estáticas nunca podrían transmitir la profundidad de lo que estaba presenciando. ¿Se podía transmitir en una sola instantánea la angustia de volver a ver a un ser querido, después de más de una década, consumido en una bolsa de plástico, sin nada que lo identificase salvo algunos jirones de tela? Las palabras de mi mentor, Bebeto, resonaban en mis oídos: «Observa, ten paciencia». Las cámaras que me colgaban del cuello me golpeaban el estómago mientras andaba torpemente entre el polvo, esperando el momento adecuado para captar el dolor de aquellas mujeres. Llevaba casi noventa jornadas fotografiando sin descanso. Aquel día valió la pena. Todas las dudas que tenía sobre la guerra quedaron acalladas temporalmente. Sospechaba que el Gobierno de EE. UU, nos estaba mintiendo, pero aquel día en particular no me importaba.

A lo largo de los meses posteriores al derrocamiento de Sadam, Irak se hizo pedazos. Una población que llevaba varias décadas silenciada pudo expresarse de repente como quería. Multitudes de iraquíes hacían cola muchas horas ante los bancos para retirar su dinero, chillando de frustración y peleándose para entrar en el recinto. Los soldados norteamericanos disparaban sus armas al aire, y a veces golpeaban a los mismos hombres a los que habían venido a «liberar». Sonaban disparos cuando los saqueadores merodeaban por las calles pirateando electricidad. Empezaron a instalarse controles por toda la ciudad.

Todo era muy confuso. Las tropas de Estados Unidos permitieron que se saqueara el Museo Nacional, pero protegieron a los leones enjaulados que estaban en casa del hijo de Sadam, Uday. Las tropas exhibieron orgullosamente ante los medios de comunicación los antros sexuales de los hermanos de Husein, amueblados con confidentes en forma de corazón y repletos de pornografía, mientras que servicios básicos como el agua, el gas o la electricidad no conseguían materializarse. La superpotencia no podía proporcionar una calidad de vida básica. Entonces el jefe de la Autoridad Provisional de la Coalición, L. Paul Bremer, disolvió el ejército iraquí por completo, hecho que dejó a miles de soldados adiestrados furiosos, sin empleo y sin poder alimentar a sus familias.

Una mañana me encontré con multitud de iraquíes inquietos bajo el sol abrasador, esperando que les llenasen los tanques de propano para poder cocinar. Llevaban horas haciendo cola y estaban perdiendo la paciencia. Las tropas norteamericanas los gaseaban con un gas extraño, de un color verde intenso. Fotografié todo aquel tumulto: a las mujeres con *abayas* negras, empujándose unas a otras y aporreando los tanques, lo que producía un ruido resonante; a los hombres haciendo cola, exasperados, detrás del alambre de espinos, y a los soldados estadounidenses chillando a la multitud hasta que les sobresalían las venas del cuello.

De repente uno de los hombres iraquíes se salió de la cola. Un grupo de soldados norteamericanos lo cogieron y lo tiraron al suelo. Uno le puso la rodilla en el pecho, otro le dio puñetazos en la cara. Los iraquíes chillaron como protesta.

Me arrodillé a unos dos metros y medio de aquella escena y la fotografié, conmocionada por lo que estaba presenciando. ¿Qué había sido de la intención de «liberar a los iraquíes»? Yo esperaba a que uno de los soldados interviniera y detuviera semejante locura, pero, de pronto, detecté a una mujer de edad, vestida con *abaya*, en una esquina de mi encuadre. Tendría unos sesenta años. Levantó un tanque de propano por encima de la cabeza de un soldado agachado y se lo estampó en el cuello. Yo seguí fotografiando. Nadie me vio.

Los norteamericanos no comprendían el valor del honor y el

respeto en la cultura árabe. Los jóvenes soldados de Estados Unidos, muchos de los cuales nunca habían viajado al extranjero, y mucho menos a un país musulmán, no se daban cuenta de que una familiaridad básica con la cultura árabe podría haber ayudado mucho a su causa. Durante las patrullas nocturnas, aquellos soldados de rostro infantil, de unos veinte años, obligaban a parar a coches repletos de familias iraquíes (hombres, mujeres y niños), enfocaban con las linternas a los vehículos, y chillaban: «¡Salid cagando leches del coche!». Armados hasta los dientes, irrumpían en casas particulares a altas horas de la noche, tiraban a los hombres al suelo, les chillaban en la cara en inglés y les sujetaban las muñecas con esposas de plástico mientras los interrogaban… a menudo con intérprete, y mientras tanto los niños, aterrorizados, los miraban desde la puerta. También alumbraban con las linternas a mujeres en camisón, sin velo, pisoteaban con las sucias botas las casas de la gente, manchaban sus alfombras y su dignidad. Para un hombre árabe, el hecho de que unos extranjeros vean a su esposa descubierta es un motivo de vergüenza y deshonor para la familia, y clama venganza.

En mayo ya me había acostumbrado al frente, y era el mundo exterior, precisamente, lo que me parecía poco familiar. Recibí un correo electrónico de Vineta, mi compañera de habitación de la facultad. Aún seguía viviendo en Nueva York, como muchos de mis viejos amigos. Su correo comenzaba así: «Hoy estaba sentada en el estanque de los botes de Central Park, leyendo el periódico…».

Me quedé asombrada. La gente realmente pasaba los días relajándose en un parque, leyendo el periódico. Yo no recordaba la última vez que había disfrutado de una mañana semejante, en la que no tuviera que levantarme e ir corriendo al tejado para buscar el humo de las bombas de aquella mañana, o en la que no estuviera siguiendo a alguna mujer triste y desesperada buscando entre unas destrozadas bolsas de plástico los restos de su hijo. No recordaba la última vez que había tenido en las manos, o visto incluso, un periódico.

Pocos días después me fui de Irak. Necesitaba un descanso y ver a Uxval, que llevaba ya cierto tiempo sin hacer nada en Turquía, esperando a que yo volviera. Atravesé el país en coche, a través de Solimania y hacia el este de Turquía. Irme a casa en aquel momento

era también como irme de casa.

En Estambul las mañanas eran lánguidas. Dormía todo lo que podía. No me preocupaba por la luz de la mañana, ni las sombras, ni los relojes despertadores, ni por los coches bomba o por si mi conductor aparecería a tiempo o no. Me hacía yo misma el café. Escuchaba a Billie Holiday y a Nina Simone sin pensar si a la persona con la que compartía la habitación o la casa le gustaría aquella música.

Uxval y yo hacíamos el amor por la tarde, pero con un ritmo distinto. Él era el mismo, pero yo era más complicada. Él iba retozando por ahí bajo el sol de Estambul, pero yo, en cambio, era un animal enjaulado, y no podía creer que la vida siguiera como siempre, fuera de Irak. Me maravillaba que las mujeres que me rodeaban, tanto turcas como extranjeras, fueran vestidas con ropas de colores que dejaban al descubierto los brazos, las piernas y el escote.

Solo pasaron unos días antes de que encontrara en un cajón las fotos de una mujer rubia con gafas de montura dorada, mirando seductoramente a la cámara, bañada por la suave luz del sol. Estaba sentada en el tranvía rojo que subía y bajaba la calle a la que daba la ventana de nuestro apartamento. Era una pose íntima, que yo conocía demasiado bien.

—¿Quién es?, —pregunté a Uxval.

—Ah, es Claudia —dijo, indiferente—. Asistía a mi clase de turco… —Yo había supuesto que era turca, pero en realidad era mexicana. Uxval era el único que se las arreglaba para conquistar a una mujer mexicana en Turquía en tres meses.

«Unas clases de turco que te pagué yo», pensé. Y, probablemente, habrían estado en mi apartamento y en mi cama, y revolcándose en mis sábanas. Todo pagado con mi dinero. Uxval se había trasladado a Estambul para que él y yo estuviéramos juntos, y ambos sabíamos que sus posibilidades de ganarse la vida de verdad eran limitadas, en el mejor de los casos. Como quería asegurarme de que todo funcionara bien mientras estaba fuera, pagaba el alquiler y las facturas, y le dejaba dinero de bolsillo cada vez que me iba a Irak. A cambio, él tenía que estar allí cuando yo regresara. Ese era nuestro trato que, aparentemente, generaba una serie de responsabilidades.

Dejé la foto y lo miré. No tenía fuerzas para volver a pasar por todo aquello.

—Es muy atractiva —dije. Él sabía que yo lo sabía. Y ambos también sabíamos que a mí ya no me importaba. Para nosotros el arreglo funcionaba. Empecé a darme cuenta de que mi nuevo ritmo de mi vida en Bagdad y en la carretera era algo permanente, y al mismo tiempo acepté también mi relación con Uxval tal como era. Yo lo amaba y no deseaba volver, después de pasar un largo tiempo fuera, y encontrarme en un apartamento vacío. Aunque era evidente que salía con otras mujeres mientras yo estaba ausente varios meses seguidos, asumí esas aventuras amorosas como uno de los inconvenientes del trabajo y el estilo de vida que había elegido. A la mañana siguiente, nos fuimos a pasar un fin de semana romántico en la costa turca, y tres semanas más tarde estaba de nuevo en Irak, trabajando con Elizabeth, feliz de regresar al mundo que comprendía tan bien. En Irak no tenía que preocuparme por encontrar fotos de mujeres desconocidas en mis cajones, ni preguntarme por qué a nadie le importaba que estuviera teniendo lugar una guerra.

Ya en Irak, me percaté de que la guerra había cambiado. A medida que los norteamericanos se habían ido volviendo más agresivos, los iraquíes contraatacaban con más artefactos explosivos improvisados, o IED (por sus siglas en inglés). La primera vez que presencié un ataque de IED contra los estadounidenses, iba en el coche con mi conductor iraquí «patrullando», un término acuñado por mi colega, el fotógrafo João Silva. Patrullar significaba ir en coche sin objetivo concreto, en busca de fotos callejeras, cuando las noticias no llegaban. Aquel día vi un Humvee en llamas bajo un puente, y le dije al conductor que parase.

—¡*New York Times*… Fotógrafa… soy norteamericana… periodista!, —chillé a mis compatriotas desde el otro lado de la calle. No intenté tomar fotos hasta que supieron perfectamente quién era. Habíamos aprendido, tras la muerte de un fotógrafo de la Reuters en el balcón del hotel Palestina, que un objetivo largo se puede confundir con un lanzacohetes para granadas.

Atravesé la calle a la carrera, dirigiéndome hacia los soldados, y dije:

—Siento mucho vuestra pérdida. ¿Puedo hablar con el oficial al mando? ¿Con quién estáis, chicos?

Miré la insignia que llevaban cosida en el uniforme y comprobé que formaban parte de la 82.ª División Aerotransportada. Estaba enterada de que nadie podía autorizar nada aparte del oficial al mando, y no quería perder tiempo. Enseñé mi credencial de prensa. Al fin había conseguido el pase de prensa de Estados Unidos emitido por los militares, que estos exigían para acceder a lugares en los que estuviera implicado el Ejército. Era un pase de prensa normal, con la foto correspondiente, expedido por el Centro de Información de Prensa de la Coalición, y que aseguraba que el periodista en cuestión había pasado los controles del gobierno provisional norteamericano en Irak.

El joven repitió el nombre de mi entidad con cierto desdén:

—Ah, *The New York Times*. —Pensaban que éramos izquierdistas opuestos a la guerra. Cuando el oficial al mando llegó, me autorizó a tomar fotos. Tres soldados me acompañaron mientras atravesaba la calle, de nuevo corriendo, para poder fotografiar a distancia.

Levanté la cámara para disparar y enmarqué el tanque humeante y a los soldados que estaban de guardia, incluyendo a los tres hombres que me habían llevado hasta su oficial al mando y escoltado luego al otro lado de la calle. De repente me miraron como si no me hubieran visto nunca. Alzaron las armas y enfocaron la mira. ¿Me estaban apuntando a mí? Yo mantuve el visor pegado al ojo, temblando de pies a cabeza. ¿Se atreverían realmente a matarme mis propios compatriotas? ¿Me matarían porque estaba fotografiando un lugar donde uno de sus hombres había resultado herido por un ataque de un IED, uno de «nuestros» hombres? Mantuve la vista firme y me quedé muy quieta. ¿Estaban jugando a ver quién se acobardaba antes? Apreté el disparador tres veces.

—¡Eh, tú, hija de puta!, —me chilló un soldado, agitando los brazos frenéticamente, con el arma colgando de un brazo.

—¡Lárgate de aquí, hija de puta!, —dijo otra vez. Llevaba un rifle M16 automático, y ahora lo agitaba al aire. Los demás soldados todavía me apuntaban con sus armas. Podían haberme disparado en aquel preciso momento e inventar alguna excusa (que no sabían que era periodista, por ejemplo). Y yo era consciente. Así que volví al

coche. Los norteamericanos querían traer la democracia a Irak, pero una forma de democracia conveniente, que les permitiera censurar los medios. Los insurgentes iraquíes habían empezado a atacar a los estadounidenses. Y los periodistas (que tenían todo el derecho del mundo a tomar fotos de esas escenas públicas) se enfrentaban ya a la censura. Únicamente se nos permitía cubrir lo que la gente armada quería que viéramos.

Me quedé en Irak gran parte del verano del 2003, mientras la inestable paz que siguió a la caída de Sadam seguía deshaciéndose. Las bombas eran cada vez más habituales, y me fui acostumbrando a la violencia. Aquel noviembre, a la mañana siguiente de celebrar mi trigésimo cumpleaños, me fui a Estambul y me dormí bastante resacosa en brazos de Uxval. El sonido familiar de una bomba me despertó de golpe. Era un sonido al que me había acostumbrado en Irak. Pero allí me pareció que no podía ser cierto.

Uxval me zarandeó y exclamó:

—¡Ha sido una bomba!

—¿Estás loco? —Yo estaba molesta. «Qué sabrá él el ruido que hace una bomba»—. Estamos en Estambul. —Me había acabado la última copa de vino hacia unas pocas horas.

Él saltó de la cama, corrió a la habitación delantera y asomó la cabeza en busca de humo.

—Hay restos en el aire. Ha sido una bomba. Coge tus cámaras.

Al cabo de unos minutos estábamos en la puerta. Nunca había llegado tan rápido al lugar de la explosión de una bomba, porque lo cierto es que estaba a muy pocas calles de la mía. La diminuta calle normalmente estaba oscura, ensombrecida por los enormes edificios del siglo XIX de la ciudad antigua, pero aquel día estaba bañada por rayos de luz polvorienta. La explosión había arrancado la fachada de los edificios. Cuerpos ensangrentados e inmóviles yacían contorsionados y medio desnudos entre los escombros; las tuberías rotas escupían agua en todas direcciones; el hollín y las cenizas manchaban de negro la calzada y los demás edificios; postes de metal y trozos de madera sembraban las aceras… Una multitud de turcos se reunió a mirar. Yo hacía fotos.

Un bulto yacía en la acera. Al principio no me di cuenta de que era un cuerpo humano, porque le faltaba la cabeza. Otro cuerpo, el de un hombre, parecía que había salido volando por la puerta de

una tienda: llevaba la camisa puesta, intacta, e iba calzado, pero los pantalones habían desaparecido; usaba unos calzoncillos *boxer* de color azul pálido.

Yo trabajaba rápido, antes de que la policía turca llegase y nos echara a todos de aquel lugar. Unos hombres pasaron corriendo por mi lado llevando a un compañero en una camilla improvisada. Este apenas estaba consciente, tenía la cara pálida y verdosa y perdía sangre a borbotones por un agujero en la pierna. Llegó la policía y vinieron directos hacia mí, la mujer. En Oriente Medio, siempre era la primera a la que echaban del grupo de mis colegas varones. Fui volando a casa a guardar los archivos.

Al-Qaeda reivindicó la bomba. El objetivo, cerca de nuestro hogar, era una sinagoga.

Pocos días más tarde, pusieron otra bomba en el cuartel general de HSBC, el banco británico, en un barrio que estaba a unos veinte minutos de distancia del mío. Uxval y yo cogimos nuestras cámaras de nuevo, que esta vez ya teníamos preparadas, y fuimos corriendo a una parada de taxis que estaba en nuestra misma calle. Mientras íbamos hacia allí, oímos una enorme explosión a unos cientos de metros a nuestra derecha, y nos dispusimos a hacer fotos. Una columna de humo y escombros se alzó y cubrió el cielo, de un azul prístino.

Peatones traumatizados, que acababan de escapar por los pelos de la muerte, huían desde el lugar de los hechos hacia nosotros, muchos de ellos con la cara ensangrentada. Uxval decía que la explosión había sido en el consulado británico.

Algunas personas se habían quedado en la misma postura en la que estaban cuando estalló la bomba. Un hombre vestido con traje seguía de pie en el alféizar del segundo piso de un edificio ahora sin fachada. Cuerpos desmembrados yacían por todas partes, bajo capas y capas de ladrillos, trozos de acera rota, polvo y cenizas; los supervivientes les buscaban el pulso. El muro exterior del consulado británico había caído encima de un coche, y docenas de hombres intentaban frenéticamente sacarlo de debajo de los escombros.

Intenté esquivar a la policía, mientras iba documentando el suceso. Me apartaron otra vez. Probé a aproximarme desde otro sitio. Tenía que hacer todas las fotos que pudiera: se trataba de terrorismo a escala global. De nuevo me apartaron, ya que era una

mujer. En cambio, vi a un grupito de fotógrafos turcos varones hacer fotos libremente en el interior del edificio. Uxval también estaba dentro.

Y, de repente, sentí la urgencia desesperada de llamar a mi madre. Busqué mi móvil en la bolsa de la cámara. No estaba. Alguien me lo había robado en medio de toda aquella muerte y aquel horror, mientras los cuerpos yacían ensangrentados en el suelo de cemento. La simple idea de que hubiera ocurrido algo semejante me destrozó. Sentí náuseas. Fui hasta una cabina telefónica y me encerré dentro. No podía parar de llorar. Estambul, mi refugio, ya no lo era. La muralla que había levantado a regañadientes entre mi trabajo y mi hogar se había derrumbado por fin.

Panorama frente al consulado británico minutos después de que explotara una bomba, que mató al menos a treinta personas, incluido el cónsul general Roger Short, 20 de noviembre del 2003.

Chang Lee del *New York Times* me retrató fotografiando a un padre y a su hijo herido, después de ser atendidos en un centro médico, mientras se dirigían a la base militar de los norteamericanos, en Kirkuk, poco después de la caída del líder iraquí Sadam Husein, abril del 2003.

Capítulo 6
Por favor, dile a la mujer que no le haremos daño

En el año 2004, las calles de Bagdad me eran mucho más familiares que las de Estambul. Llegué a pensar que aquella ciudad era mi hogar. El edificio de que disponía allí el *New York Times* era de dos pisos; constaba de cuatro dormitorios en el piso de arriba, dos en el de abajo y dos más en el sótano. En los dormitorios del piso superior entraba una luz muy bonita, y dos de ellos estaban conectados por un balcón exterior. El edificio era lo bastante grande como para albergar a cinco corresponsales extranjeros, incluyendo a un director de la agencia, que decidía qué corresponsal cubriría cada historia, tres o cuatro fotógrafos, y el personal compuesto por intérpretes y chóferes. A diferencia de los empleados de Estados Unidos, que vivían detrás de los controles y las barreras antiexplosiones de la tristemente célebre Zona Verde, los periodistas vivían en la ciudad, en la Zona Roja, entre la población civil, y dependían de los iraquíes para todo. En el piso de abajo había un comedor y una oficina donde el personal iraquí y los corresponsales extranjeros telefoneaban y trabajaban sin parar en los ordenadores. La cocina la llevaban un cocinero iraquí gay y regordete y una señora de la limpieza, igualmente regordeta, que después supimos que tenía una aventura con uno de los conductores.

Yo no aparecía por allí más que para hacerme un café y coger un plátano antes de salir, por la mañana. Nuestras comidas restantes se servían en el comedor, donde, normalmente, cenábamos juntos todas las noches.

El terrado gozaba de vida propia. Cuando las bombas eran frecuentes, todos subíamos corriendo los tres tramos de escalera hasta el terrado para ver en qué barrio se alzaba el humo; si la explosión parecía considerable, inmediatamente atrapábamos a un conductor y salíamos disparados en el coche que hubiera

disponible. Los reporteros y fotógrafos debían acudir al lugar del acontecimiento con la mayor rapidez posible, antes de que las autoridades acordonaran la zona de las víctimas, y antes de que un periódico rival obtuviera alguna información vital. Una situación normal en el periodismo de noticias. Lo que no era normal era la frecuencia con la que nos obligaban a responder a las asiduas explosiones. La vida parecía una máquina del millón, por tantas explosiones arrojándonos continuamente de un lado para otro. Cuando nos dimos cuenta de que la guerra no iba a acabar pronto (y mucho menos, ciertamente, después de que el presidente Bush anunciara que «las principales operaciones de combate en Irak han concluido»), instalamos un gimnasio improvisado con una máquina elíptica barata, un banco y algunas pesas, todo en el terrado. Casi nunca llovía en Bagdad.

Con el tiempo, el edificio del *Times* se convirtió en una fortaleza, pues disponía de muros antiexplosiones de cemento de cuatro metros y medio de altura, rodeando el inmueble, y de un personal de quince guardias iraquíes armados que vigilaban las veinticuatro horas del día. Importamos dos cintas de correr de Jordania, que resultaron caras. Cada vez nuestra vida estuvo más protegida y más distante de la ciudad que habíamos llegado a amar. A diferencia de aquellos primeros días de fiestas en la piscina y baile de salsa en el Hamra, ahora nos quedábamos siempre en casa, cuando no viajábamos para trabajar. Estos viajes eran cada vez menos frecuentes. Bagdad se había vuelto demasiado peligrosa incluso para que pudiéramos hacer nuestro trabajo. Cada vez que queríamos informar de alguna noticia, teníamos que preparar un segundo coche con otro conductor y dos guardias armados que nos siguieran, por si uno de los vehículos se estropeaba o nos encontrábamos con algún problema a lo largo del camino. Eso significaba que pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo libre con otros corresponsales del *Times*.

Un colega dijo una vez que los periodistas poseemos un pase libre romántico en zonas de guerra, un pase de «salga libre de la cárcel»: un error, algo de lo que nos arrepentimos, una relación con alguien que nos avergonzamos de reconocer. Había mucho sexo en Bagdad: mucho engaño, mucho amor, mucha soledad confundida con amor también. Fui culpable de ese error de cálculo, de

confundir la intensidad de la guerra con los sentimientos genuinos. La realidad era que casi todos los corresponsales masculinos de guerra tenían mujeres o novias fieles que los esperaban en casa durante interminables meses, mientras que las corresponsales y fotógrafas, en general, seguíamos solteras, acumulando asuntos amorosos en el campo de operaciones y en casa, siempre en busca de alguien que no se sintiera amenazado por nuestro compromiso con el trabajo o desanimado por los incesantes planes de viaje.

Yo nunca había salido con un norteamericano. Antes de la guerra de Irak, no recuerdo siquiera haber salido con nadie que hablara inglés como primera lengua. Pero en algún momento entre las bombas, el café y el plátano del desayuno en la oficina, y los largos días en el asiento trasero del coche que nos conducía por Bagdad, mientras informábamos de historias, bodas, funerales y visitas furtivas al parque de atracciones del distrito de Al-Mansour para subir en la noria que dominaba todo Bagdad, me enamoré de un colega.

Matthew había venido de Atlanta para trabajar en Irak. Parecía el norteamericano típico: sonrisa blanca y perfecta, pelo de un castaño claro, mandíbula cuadrada y la peculiar barba de varios días del corresponsal extranjero. Llevaba gafas sin montura, llenas de huellas de dedos. Siempre sonreía, como si mostrándose amistoso consiguiera enmascarar su ambición.

Formábamos un buen equipo fotógrafa-reportero. Casi todo lo que hacíamos salía en primera plana. Durante varios meses fuimos inseparables, colaborando en artículos, intercambiando ideas, inspirándonos el uno al otro. Semana tras semana nos quedábamos despiertos hasta altas horas de la noche, repasando la introducción de los artículos que habíamos de entregar porque se aproximaba la fecha límite, pasando de habitación en habitación por el balcón exterior. Compartíamos las mismas referencias culturales, el mismo sentido del humor, el mismo entusiasmo por nuestro trabajo. No había que esforzarse, a diferencia de mi deteriorada relación con Uxval. Matthew y yo manteníamos vagos compromisos con otras personas, pero nunca se me ocurrió que pudieran resistir, dada la profundidad de los sentimientos que experimentábamos mutuamente.

Cuando Uxval llegó a Bagdad para visitarme, hice todo lo que

estaba en mi mano. Habría sido muy romántico: su heroica llegada a Bagdad en medio de mi largo e intenso periodo de trabajo como fotógrafa. Pero yo ya no sentía nada. Le dije que regresara a Estambul, que dejara nuestra casa y que se fuera a México D. F. Le di todo el dinero que llevaba encima, unos dos mil quinientos dólares, para ayudarlo a sufragar el viaje. Y tras recibir ese pequeño estipendio, desapareció. Era la primera vez desde hacía años que me sentía libre.

Estallaban dos o tres bombas todos los días. Nos acostumbramos a ello. Mi forma de juzgar el peligro se volvió cada vez más distorsionada. Perdí la sensación de miedo. Ya no corría para apartarme de las explosiones, sino que iba directamente hacia ellas. Quería captar las últimas e indelebles imágenes de la guerra para que quedaran plasmadas en las primeras planas de los periódicos, de modo que nuestros políticos pudieran ver los frutos de su decisión de invadir Irak. Quería eso a toda costa.

Los coches bomba y los ataques en carretera contra tropas norteamericanas se habían vuelto tan frecuentes que los soldados estaban aterrorizados y disparaban casi preventivamente, a ciegas. Así pues, establecían improvisados controles a lo largo de las carreteras y colocaban señales de *stop* en inglés, una lengua y una escritura que no todos los iraquíes comprendían. Los coches que no se detenían en el control, eran tiroteados. Presencié la muerte de dos familias enteras en el mismo control, con veinte minutos de diferencia entre una y otra.

Los insurgentes iraquíes se organizaron mejor y desataron una nuevo tipo de ira contra sus invasores: a finales de marzo, unos contratistas estadounidenses de seguridad de Blackwater fueron asesinados, quemados y colgados con cables eléctricos de un puente en la ciudad occidental de Faluya. Parecía que no había vuelta atrás en la guerra. Porque hacer saltar por los aires soldados y huir era una cosa, pero masacrar a civiles y exhibirlos para que el mundo los viera, era otra muy distinta.

Una mañana me puse la *abaya*, me envolví el pelo con un pañuelo negro de cabeza y me subí al asiento posterior de un coche con Matthew. A menudo determinaba si me iba a vestir de una forma conservadora o si me tapaba mucho o poco según el riesgo de

peligro. Íbamos a viajar por una ruta conocida por estar llena de contrabandistas. Así pues, opté por el hiyab más protector que pude encontrar y que solo me dejaba al descubierto la cara. Habíamos decidido perseguir una noticia, basándonos en el rumor de que un helicóptero norteamericano había caído junto a Ramadi. Examinamos el mapa con nuestros conductores y con el personal de seguridad y telefoneamos a otros periodistas y conductores para que nos aconsejaran. Queríamos viajar por carreteras secundarias, porque los Marines habían cerrado todas las rutas principales, pues se estaban preparando para el asedio a Faluya, y esta ciudad estaba de camino hacia Ramadi.

Era un soleado día de primavera en abril del 2004, ni muy cálido ni muy frío. Yo había pasado las primeras horas de la madrugada fotografiando el funeral de un hombre chií que, supuestamente, había sido asesinado por los norteamericanos en Sadr City. Volví a la oficina y, de inmediato, salimos de nuevo. Waleed, nuestro conductor, medía metro noventa y cinco, iba un poco encorvado y tenía la cabeza grandota. Su familia suní era de una zona junto a Ramadi, cosa que nos ayudaría para informar de aquella noticia. En Irak, las relaciones tribales y familiares lo son todo. Jalid, un suní oriundo de Palestina, era nuestro intérprete aquel día; apenas tenía veinte años, era gordo y, orgullosamente, se presentaba a todo el mundo en un inglés sin acento como el «Gordo Jalid», o «Jalid el Macizo». Siempre estaba de buen humor, mientras no interrumpiésemos las películas norteamericanas que veía en su portátil o sus incesantes chats por Internet con mujeres de Dios sabe dónde.

Salimos a las once de la mañana y nos dirigimos hacia el oeste en torno a la prisión de Abu Guraib, en las afueras de Bagdad; pasamos por pequeños pueblos, que se destacaban por puestecitos de refrescos y poca cosa más, verdes campos de cultivo un poco hundidos y zonas de hierbas muy crecidas rodeadas de palmeras. Aunque la carretera no estaba terminada y había muchos baches, fui feliz recorriendo esa carretera pequeña y tranquila que salía de Bagdad, entre aquellas granjas tan verdes. Matthew y yo nos acurrucábamos juntos en el asiento de atrás. Él comentó lo serenos que parecían los pueblecitos que veíamos; yo bromeé diciendo que no debíamos hablar de seguridad hasta que llegásemos a nuestro

destino. El cielo, casi al mediodía, era luminoso, sin resultar demasiado intenso. Estábamos en una zona rural, de modo que las granjas constituían, prácticamente, el pueblo. No había centro urbano. Waleed y Jalid hablaban tal como solían hacer siempre cuando intentaban protegernos de su preocupación por algo.

Y después se quedaron callados. Noté que algunos iraquíes, portando
AK-47,
estaban de pie a los lados de la carretera. Por aquel entonces, los controles norteamericanos vigilaban tantas carreteras y zonas de Irak, que la presencia de hombres de negro con
AK-47
solo podía significar una cosa: anarquía. No había tropas estadounidenses en aquella zona.

—Estamos en la ruta de los traficantes —dijo Jalid.

Lo que intentaba decir sin parecer asustado era que debíamos dar media vuelta. Repasamos de nuevo nuestras coartadas: que no importaba lo que ocurriese, que yo era italiana y Matthew, griego. Bajo ninguna circunstancia éramos norteamericanos. Aparecieron más hombres con armas. Ya era demasiado tarde.

Doblamos una esquina y un hombre larguirucho y desaliñado se acercó a mi ventanilla, con el arma en la mano, como un cazador tras la presa. Contempló nuestro coche: dos extranjeros en la fortaleza suní. El enemigo occidental viajando por el corazón de la insurgencia. Miré a Matthew, me percaté de lo norteamericano que parecía y le eché por la cabeza un chal que llevaba en el regazo. Un monovolumen de color azul cielo apareció a toda velocidad frente a nosotros e interceptó la carretera. Docenas de hombres armados se arremolinaron en torno a nuestro vehículo, frenéticos y tensos con su nuevo hallazgo.

—Vamos a morir —dije.

Pensé en los cuatro periodistas que habían sufrido una emboscada en la carretera entre Kabul y Yalalabad, después del 11 de septiembre. Los mataron. Ahora nos tocaba a nosotros, rodeados por hombres armados en un pueblo llamado Garma, a unos cuarenta minutos de Bagdad.

Ya no veía los campos verdes. Los hombres abrieron las portezuelas de Jalid y Waleed, los sacaron del vehículo y los

apartaron de nuestra vista. Nuestras puertas estaban cerradas, y las ventanillas bloqueadas por hombres que se tapaban el rostro con la kufiya, de dibujos rojos y blancos o negros y blancos, y que chillaban y soltaban cargadores enteros de balas disparando al aire. Nuestro coche iba blindado, con unas ventanillas tan gruesas como enciclopedias, pero vulnerables al arsenal de armas de aquel pueblo.

Un chico que no tendría más de veinte años, llevando un lanzacohetes atado a la espalda, se mostraba muy activo aunque inseguro, como si él mismo fuera a explotar.

—Vamos a morir —repetí—. Vamos a morir. —No se me ocurría qué más decir. Estábamos completamente indefensos.

Algunos hombres dieron golpecitos en la puerta de Matthew con sus
AK-47.

—Por favor, no abras la puerta —le pedí—. No abras la puerta.

Jalid se acercó a la ventanilla, jadeando y sudando como consecuencia de sus ciento treinta kilos de peso, y dijo:

—Matthew, sal del coche.

Querían al hombre. Mi colega abrió la portezuela, y ellos lo sacaron, apoyándole las armas en el pecho. Me dejaron sola en el asiento trasero. Dos hombres se quedaron junto a mi puerta, apuntándome con las armas, pero era evidente que estaban confusos y no sabían cómo proceder. Aunque era norteamericana, tenía el aspecto de una mujer mediterránea e iba vestida con un atuendo totalmente árabe-iraquí. ¿Sería iraquí? ¿Sería musulmana? ¿Hablaría árabe? Mi piel olivácea y los ojos almendrados me conferían cierto anonimato en muchos países, y los secuestradores no sabían si era o no era una de ellos.

Observé que se llevaban a Matthew hacia el monovolumen azul: un norteamericano secuestrado solo en el Triángulo Suní. Lo torturarían, quizá lo matarían. Comprendí entonces cuál era la única forma de demostrar que éramos un equipo. Estábamos en el mundo musulmán, donde se otorga el mayor respeto a las mujeres y a los niños. Salté del coche y me aproximé a escasos tres metros del lugar donde sujetaban a Matthew, en medio de la calle. Los hombres armados se sobresaltaron un poco al verme. Yo uní mis dos dedos índices, simbolizando la unión entre un hombre y una mujer

en mi improvisada versión de la lengua de signos, intentando transmitir desesperadamente que era mi compañero, y dije en inglés:

—Es mi marido, y no pienso abandonarlo.

Ellos no entendían mi idioma, pero sí entendieron que no podían disuadirme. Medio me llevaron y medio me siguieron hacia el monovolumen, junto a mi «marido».

Waleed y Jalid estaban todavía atrapados en una frenética actividad junto al coche. Yo me senté junto a Matthew, ambos ahora en el interior de la furgoneta, aún aparcada en diagonal en la carretera y manteniendo la puerta corredera abierta por el lado del pasajero. En el asiento delantero, dos hombres enmascarados estaban frente a nosotros, apuntándonos. Yo me frotaba las sienes con dos dedos, repitiendo: «Dios mío, Dios mío» una y otra vez en voz baja, intentando hipnotizarme para no ponerme histérica. Matthew estaba tranquilo. Me di cuenta de que había dejado en el coche todas mis pertenencias: las cámaras, la riñonera, el ordenador, mis dos pasaportes, mi documento de identidad, el teléfono por satélite, todo. Levanté la vista hacia nuestro vehículo, esperando tener una oportunidad de recuperar al menos los pasaportes y esconderlos antes de que los descubrieran, y vi que un insurgente, cuyo rostro iba envuelto en rojo y blanco, se llevaba nuestro coche por la calle principal del pueblo.

«¿Podré volver a usar alguna vez mis cámaras? ¿Cuáles fueron las últimas imágenes que fotografié? ¿Eran buenas? ¿Las verá alguien? ¿Estaré viva mañana? Mi pasaporte. ¡Ay, Dios mío, mi pasaporte! ¿Cómo he podido ser tan idiota?».

—Dios mío, Dios mío, Dios mío —susurraba yo frotándome la frente. Intentaba mantener la vista baja—. Nuestros pasaportes. ¡Ay Dios mío…!

El monovolumen enfiló la calle principal del pueblo y aparcó en la parte posterior de una casa. Docenas de hombres enmascarados pulularon alrededor del vehículo y amartillaron las armas. Nuestra puerta corredera se deslizó y se subió el jefe, de aspecto sereno; llevaba unas gafas de sol baratas AmberVision. No parecía que quisiera matarnos.

Se presentó, en un inglés lento y vacilante, como el jefe del pueblo y pidió a Jalid que tradujese. Matthew respondió a todas las

preguntas, firme y sincero. Yo no hacía más que pensar en nuestros pasaportes.

—¿De dónde son?

—Grecia e Italia.

—¿Son norteamericanos? ¿Están con la coalición?

—Somos griego e italiana, y no estamos con la coalición.

—Denme sus pasaportes.

—Los dejamos en Bagdad —mintió Matthew—. No los tenemos.

Yo estaba segura de que los encontrarían y nos matarían.

—¿Por qué están aquí?

—Somos periodistas y estamos aquí para contar la versión de la historia que dan ustedes. Los norteamericanos han cerrado las carreteras hacia Faluya y alrededores, y queremos contar su versión. Estamos aquí por ustedes. Queremos escribir sobre la muerte de civiles, lo que están haciendo los norteamericanos a los iraquíes.

La verdad siempre sonaba convincente. Yo mantenía la cabeza gacha, frotándome las sienes sin parar. Parecía que eso me tranquilizaba y me concentraba en mantenerme con vida.

—¿Dónde están sus pases de prensa? ¿Para quién trabajan?

—Los pases están en nuestras bolsas, en el coche. Trabajamos para el *Times* (no dijo lo de «Nueva York»).

Yo pregunté:

—¿Nos devolverán el coche?

—¿Dónde viven?

—Vivimos en una casa de la agencia, en Bagdad.

—¿Dónde está, y cuál es el número de teléfono?

Cogió el teléfono por satélite Thuraya de Matthew. Grupos rebeldes y periodistas de todo el mundo llevaban esos pequeños teléfonos por satélite que podían hacer llamadas a cualquier sitio al este de Londres o al norte de un satélite que flotaba en el cielo sobre Madagascar. Los Thuraya permitían a los periodistas operar en zonas remotas, aunque estas no estuvieran conectadas a la red de móviles. El jefe marcó el número de la casa, pero, de repente, decidieron que ya no confiaban en Jalid, nuestro intérprete palestino-iraquí; el pobre estaba tan asustado que sudaba y tartamudeaba. El jefe seguía preguntándole si mentía, porque apenas era capaz de articular dos palabras seguidas. Trajeron entonces a Gareib, su propio intérprete, un palestino-británico que

afirmaba que trabajaba como periodista, pero que estaba claro que formaba parte de la insurgencia. Tenía el pelo muy tupido y los ojos saltones. Le dijeron a Jalid que saliera del coche, y el jefe y Gareib continuaron.

—¿Cuál es el número de teléfono de la casa del *Times*? ¿Y dónde está exactamente?

Suponíamos que intentaban confirmar si mentíamos o no al decir que no formábamos parte de la coalición dirigida por los norteamericanos, si vivíamos o no realmente fuera de la Zona Verde. Matthew describió dónde se encontraba nuestra casa, a lo largo del río Tigris, junto al hotel Palestina, y les dio el número de teléfono de la oficina. Marcaron, pero no llamaron.

Gareib preguntó de nuevo.

—¿De dónde son?

Nos atuvimos a nuestra coartada.

—Si mienten sobre su nacionalidad, díganlo. Dígannos la verdad.

Yo rompí a sudar. Estaba convencida de que nos acabaría descubriendo, pero, finalmente, levanté la barbilla y miré a los ojos tanto al jefe como al traductor sospechoso.

—No mentimos —dije con firmeza.

Gareib se ablandó. Nos contó que él también era periodista, que trabajaba con otro reportero británico preparando un artículo sobre la insurgencia. Yo estaba segura de que no era periodista en absoluto.

El jefe preguntó si había hecho alguna foto desde que llegué a Garma.

Le dije que no.

Matthew tenía una cámara de esas de apuntar y disparar, con fotos de los meses previos en Irak, y se la tendió al jefe para demostrar que habíamos estado en el país en compañía de iraquíes, y no de norteamericanos. Él miró la tarjeta de memoria: aparecían Shaima y Alí, una pareja iraquí a la que seguimos mientras se acercaba el día de su boda, para redactar un artículo; Matthew sonreía a un lado de la carretera en Bagdad, fotos del día en que mataron a los contratistas en Faluya. Recuerdos.

En aquel momento reapareció nuestro coche, y el jefe me hizo señas de que saliera y recogiera nuestras cosas. Notaba las piernas

como si fueran de goma. Recogí entre los brazos todo nuestro equipo: mi riñonera con los pases y uno de mis pasaportes, mis cámaras, una mochila con el ordenador, el teléfono por satélite y un pasaporte norteamericano de dos años de caducidad que a veces llevaba cuando tenía que pedir visados mientras estábamos de campaña. Lo había metido sin pensar en un bolsillo interior de mi mochila, que estaba entre las pertenencias de Matthew. Los hombres enmascarados me perforaron con los ojos y me observaron mientras lo llevaba todo desde un coche hasta el otro, todavía confusos por mi presencia.

El jefe les gritó que me ayudaran.

Coloqué nuestras bolsas en el monovolumen, a nuestro lado, y me volví a sentar junto a Matthew. El jefe se alejó un segundo, igual que los hombres que nos apuntaban con las armas. Matthew me pasó furtivamente su pasaporte, y lo metí junto al mío en la ropa interior, debajo de la *abaya*. Pensé en aquella vez que llevé siete mil dólares viajando por todo Irak metidos en la ropa interior, cuando a Elizabeth y a mí nos cogieron a punta de pistola. Era un sitio donde, sencillamente, no mirarían.

El jefe volvió con los guardias, y miró por encima mis cámaras apiladas, complacido al comprobar que, realmente, era una fotógrafa profesional. Me pidió ver el contenido de las tarjetas digitales de mis dos cuerpos de cámara. Yo me había despertado a las seis y había pasado la mañana en Sadr City, fotografiando al ejército de Al-Mahdi junto a las dependencias de Moktada
al-Sadr,
mientras los otros insurgentes bailaban, tapándose los rostros y levantando las armas al aire.

—¿Dónde es esto? ¿Cuándo fue esto? —El interés del jefe se había despertado.

Le expliqué que el día anterior los norteamericanos habían matado a varias personas en Sadr City, y que yo había ido a fotografiar los funerales y las protestas aquella mañana al amanecer, en Sadr City, en Bagdad.

—¿Y dónde están vuestras identificaciones de prensa?

Era más importante para nosotros mostrar pruebas de que éramos periodistas que preocuparnos por las empresas a las que representábamos. Busqué en mi bolsa y saqué mis identificaciones

de prensa de Turquía y México. Matthew, que se había escondido el carnet en el calcetín cuando lo llevaron al monovolumen, se quitó el zapato, sacó la identificación del *New York Times* del calcetín y se la tendió al jefe. Este examinó los documentos. Después de ver todo aquello, no insistieron en preguntarnos por nuestra nacionalidad.

La situación parecía ir normalizándose, y al final levanté la vista. Miré en torno al coche. Los hombres armados todavía estaban encaramados en el asiento delantero, y nos observaban manteniendo las armas ante ellos, pero noté que el de la derecha se relajaba. Me tomé la libertad de mirarlo unos segundos, luego le dirigí una débil sonrisa y volví a llevarme los dedos a las sienes para frotármelas.

Matthew murmuró:

—Deja de frotarte las sienes. Tranquilízate.

—Calla —le dije yo—. Estoy nerviosa, y es mejor que sepan que están poniendo nerviosa a una mujer.

Jalid había vuelto al coche, y me alivió ver de nuevo su rechoncho cuerpo. Uno de los hombres dijo algo en voz alta, y Jalid tradujo:

—Por favor, dígale a la mujer que no le haremos ningún daño.

«¿Lo ves?, —pensé—. Lo de frotarse las sienes ha funcionado».

Salió un hombre de la casa y se nos aproximó; llevaba un cuenco plateado y abollado, algo mayor que un puño, y se lo tendió al jefe.

Este nos ofreció el cuenco goteante a Matthew y a mí.

—Bebed.

En Irak, ofrecer agua es señal de hospitalidad, un momento decisivo, cuando uno pasa de ser enemigo a invitado. Yo bebí un sorbo y, volviéndome hacia Matthew, le aconsejé:

—Bebe todo lo que puedas.

Sabía que viviríamos.

El jefe, complacido con sus nuevos amigos, dijo entonces:

—Queremos ofreceros una Pepsi como señal de hospitalidad iraquí.

Nosotros sonreímos.

Antes de que la Pepsi saliera de la casa, los hombres que rodeaban el coche fueron desapareciendo por el terreno en torno al cuartel general.

—Estamos a punto de atacar la base de Marines cercana —dijo el jefe, orgullosamente—. Mirad, les lanzaremos cohetes.

Apenas pronunció esas palabras, unas explosiones atronadoras desgarraron el aire y perforaron el silencio. El jefe nos dio instrucciones para salir del pueblo de inmediato.

Gareib nos escoltó para salir de la ciudad. Nos llevaron en el monovolumen de vuelta a la carretera principal, en medio de toda aquella locura. Los insurgentes estaban reunidos en torno a un lanzacohetes, disparando sin parar. Otros descargaban las balas de los Kalashnikov al aire. Ya no les interesábamos.

Waleed se hallaba de nuevo en el asiento del conductor de nuestro coche blindado, junto a la carretera, esperando a que nos trasladaran allí desde el monovolumen.

Cogimos nuestras cosas y atravesamos la calle.

Yo me di la vuelta en redondo.

—¡Jefe!, —grité al hombre de las gafas de sol AmberVision que acababa de autorizar nuestra liberación—. ¿Puedo hacer fotos?

Él se me quedó mirando.

—¡No! Fuera. ¡Ahora mismo!

—Pero soy periodista —dije—. Y ustedes están atacando a los norteamericanos.

Yo misma me quedé conmocionada por mi petición, pero las palabras salieron de mi boca antes de tener tiempo de pensarlas siquiera. El hecho es que estábamos intentando dar nuestra versión de la historia, de verdad, y nos encontrábamos en el mismísimo centro de una guarida de insurgentes en medio de una batalla muy fotogénica. No tenía demasiadas esperanzas de obtener el permiso, pero me habría sentido decepcionada de mí misma si no lo hubiera preguntado.

El hombre sonrió. Y luego negó otra vez.

Volví corriendo al coche.

Gareib nos guio fuera de la ciudad en otro vehículo, tal como le había indicado el jefe. Su coche circulaba sospechosamente despacio. Después de recorrer unos doscientos metros por la carretera, el conductor de Gareib paró el coche, salió e hizo señas a Waleed y Jalid. Matthew y yo nos quedamos en el asiento de atrás, demasiado asustados para hablar.

—No podéis iros esta tarde —anunció Gareib—. Debéis pasar la

noche en algún lugar del pueblo, y por la mañana os podréis marchar.

—Ni hablar —protestó Matthew. Estaba inquieto, nervioso, casi enfadado—. Nos vamos. El jefe nos ha dicho que podíamos irnos. Nos han soltado. ¡Dejadnos marchar!

Gareib explicó que los insurgentes acababan de atacar a los norteamericanos, y que si estos contraatacaban y disparaban hacia la zona de donde habían procedido los disparos, todos en el pueblo supondrían que nosotros les habíamos indicado a los invasores dónde debían bombardear.

Matthew se estaba enfureciendo.

—Eso es ridículo. Nos vamos. No pasaremos aquí la noche. No. Ni hablar.

Yo le susurré bajito:

—Creo que no tenemos elección. Estamos secuestrados, ¿recuerdas?

Gareib me hizo salir del coche. Se me acercó y me dijo:

—Será mejor que le digas a tu amigo que se relaje y que cierre la boca.

Yo me disculpé y le contesté que estábamos asustados.

—Simplemente, dile que se calle. Me está cabreando.

Dirigiéndome a Jalid y Waleed, les expuse:

—Este es vuestro país y vuestra cultura. Comprendéis la situación mucho mejor que nosotros. ¿Qué creéis que debemos hacer?

—Nos vamos —insistió Matthew.

—Matthew, cállate un momento. Jalid y Waleed nos dirán qué debemos hacer… Ellos hablan árabe, conocen a estos tipos, nos dirán qué debemos hacer. Realmente, no tenemos elección.

—Si pasamos aquí la noche, por la mañana nos matarán —dijo él. Estaba desvariando—. Les dará tiempo para pensar y planear cosas. Nos matarán.

Probablemente tenía razón.

—Creo que deberíamos hacer lo que nos piden —aconsejó Jalid —. Saben dónde vivimos en Bagdad, y Gareib está diciendo que si los norteamericanos contraatacan, la gente del pueblo podría bombardear la oficina del *New York Times*.

Cerramos las portezuelas, Gareib regresó a su coche y

continuamos por las estrechas calles, internándonos cada vez más en la zona residencial de Garma. Aparcamos junto a una casa, donde se abrieron las puertas casi de inmediato, y nos hicieron pasar directamente por la puerta del salón. Ningún vecino presenció nuestra llegada.

El propietario de la casa, un hombre bajo y robusto, de barba muy bien recortada y ojos de un castaño oscuro, que denotaban la fatiga de la guerra, nos saludó en la entrada. Gareib nos entregó a nuestro nuevo captor y desapareció.

La sala era el típico salón iraquí: el suelo forrado de alfombras y unos cojines alargados y muy abultados apoyados en la pared. Llevaba en Irak el tiempo suficiente para saber que intentarían separarme de los hombres y meterme en una habitación llena de mujeres que no hablarían inglés, y cuyas preguntas girarían en torno a saber si estaba casada y si tenía hijos. No podía soportar la idea de una conversación tan banal cuando nuestras vidas estaban en peligro. Cuando llegó la inevitable oferta, yo la rechacé educadamente, explicando que quería quedarme con mi marido, y que me sentaría con los hombres. Queríamos estar juntos. El hijo del propietario, que no tendría más de ocho años, nos trajo té y galletas, irónica muestra de hospitalidad mientras nos retenían prisioneros en Irak.

Matthew y yo invertimos nuestros papeles. Yo estaba tranquila, mientras que él se iba sumiendo en un pánico similar a un trance, convencido de que nos matarían. Ya eran las cinco de la tarde, más o menos, y nos quedaban pocas horas de luz diurna antes de que resultara imposible regresar por las oscuras carreteras desde Garma hasta Bagdad. Nuestro destino dependía de Gareib. Matthew dejó de hablar casi por completo. Yo le pregunté a nuestro captor (el propietario de la casa) por su familia. Nos sentamos. Bebimos té. Fue oscureciendo. Waleed, que parecía increíblemente enorme en aquella claustrofóbica habitación, charlaba de cosas intrascendentes con nuestro nuevo captor. Yo quería que volviera el jefe de las AmberVision.

Una hora más tarde llegó Gareib con un reportero inglés a quien yo no conocía. Lo único que pudimos deducir era que Gareib, básicamente, había conseguido incorporar al periodista británico para que fuera con los insurgentes, pero como nosotros habíamos

dado con ellos sin haber sido invitados ni investigados, nos secuestraron, mientras que a él se le permitió trabajar. Pero el tipo británico no tenía ni idea de que estábamos retenidos, y nos habló como si estuviéramos compartiendo una cerveza en un bar. Oíamos a distancia los disparos de morteros, cohetes y armas pequeñas, y aquellos dos estaban a punto de informar sobre la batalla desde la perspectiva de los insurgentes. Matthew y yo le preguntamos a Gareib si podíamos acompañarlo. Se negó.

El reportero británico, que o bien no se daba cuenta de nada, o bien era idiota, intentó entablar una conversación intrascendente con nosotros.

—Bueno, ¿de qué parte de Estados Unidos sois, chicos?

Yo le lancé una mirada asesina.

—No somos norteamericanos. Yo soy italiana.

Afortunadamente, Gareib estaba hablando con Waleed y Jalid. Le murmuré al reportero que dejase de mencionar las palabras «Norteamérica» o «Estados Unidos». Quería estrangularlo.

Me preguntaba qué posibilidad había de que nos acertaran los ataques aéreos de la base de Marines que estaba cerca.

Gareib y el periodista británico se fueron por fin, y nosotros les rogamos que regresaran antes de que oscureciera.

El tiempo pasaba despacio, y nuestro captor se volvió más locuaz. Nos preguntó por el tiempo que llevábamos en Irak, y le complació mucho oír que Matthew y yo habíamos viajado extensamente por todo el país, que yo había estado en Irak mucho antes de la guerra, que simpatizaba mucho con sus habitantes y que estaba en contra de la ocupación. En un determinado momento el hombre nos lanzó un discurso sobre las diferencias fundamentales entre los Alí Babá, el nombre coloquial de los bandidos, y los insurgentes, que luchaban contra la ocupación de su país. El momento ideal para una discusión filosófica. Le preocupaba que los Alí Babá dieran mala fama a los insurgentes. Le conté que me habían apuntado con un arma, cerca de Garma, y que los hombres que me retenían eran muy distintos, desde luego, de los hombres de aquel pueblo. Él dijo que los insurgentes no eran mala gente, pero que la hostilidad y la violencia norteamericanas los habían provocado y humillado… hasta un punto en el que no había vuelta atrás.

—¿Acaso no combatiríais a un hombre que se introdujera en vuestra casa en plena noche, tocase a vuestras mujeres o robase vuestras pertenencias?, —preguntó—. ¿Que os humillase en vuestro propio país? ¿No lucharíais contra él?

Todos estuvimos de acuerdo en que sí lo haríamos.

Matthew estaba tan agobiado que se echó a mi lado y, extrañamente, se puso a dormitar. Yo tuve una idea y le susurré:

—Siempre podemos decirles que yo estoy embarazada y que no me encuentro bien. Quizá nos liberen si piensan que vamos a tener un bebé, ¿no? —Él cerró los ojos.

No ignoraba que se podría interpretar como una actitud sexual, o no adecuada, que yo me tumbara delante de hombres desconocidos, de modo que me quedé sentada y erguida, envidiando el sueño de Matthew. Quería acurrucarme a su lado y despertarme con el sonido familiar de los pájaros junto a nuestra ventana de Bagdad.

El secuestrador me preguntó si me gustaría conocer a su mujer, y me condujo a través de una habitación oscura hasta la cocina, donde su esposa estaba sentada en un taburete, vigilando a los niños que jugaban delante de la casa. Ella se levantó, muy contenta al tener a alguien con quien hablar, y el hombre se alejó, dejándonos solas para que nos conociéramos.

Yo había pasado por aquel mismo proceso infinitas veces, y aunque mi árabe era muy básico, en el mejor de los casos, estaba claro que las mujeres necesitamos pocas palabras en común para comunicarnos.

—¿Estás casada?

—Sí. —Y señalé hacia la otra habitación, donde Matthew dormía.

—Niños.

Yo me sujeté el estómago, haciendo un gesto como si estuviera embarazada. Pensé que no había mejor momento para iniciar ese rumor que hacerlo con la esposa.

Ella me dio una ojeada, como suelen hacer muchas mujeres de los pueblos que no han visto a muchos extranjeros, y decidió que quería echar un vistazo a mi ropa y a mi cuerpo bajo la *abaya*. Abrí mi capa negra y vio mis vaqueros apretados y una camiseta muy ajustada. Sonrió, me dio palmaditas en los muslos y me pasó las

manos por el estómago, riendo.

Sus dos hijos entraron en la cocina, entre risas. Se plantaron frente al espejo que había a mi derecha, y se envolvieron los rostros repetidamente con una kufiya como los hombres del pueblo. Jugaban a disfrazarse.

Ya estaba casi oscuro, y volvió Gareib, que entró en la sala sin aliento, después de haber comprobado el proceso de los ataques a los norteamericanos. Llamó al robusto propietario de la casa y, retrocediendo hacia la puerta de entrada, salieron al exterior. Matthew se incorporó, medio adormilado y dispuesto para el fin.

La puerta de la habitación donde nos encontrábamos estaba entornada, de modo que, en parte por la rendija y en parte por una ventana pequeña, podíamos ver a nuestro captor negociando con un hombre nuevo, vestido de negro de pies a cabeza, que llevaba un Kalashnikov colgado a la espalda. Obviamente, estaban discutiendo nuestro destino y le daban vueltas y vueltas, sin ponerse de acuerdo. Matthew estaba convencido de nuevo de que íbamos a morir.

Pero Gareib regresó y nos dijo que éramos libres de irnos. Solo querían usar nuestros teléfonos Thuraya para llamar a nuestra oficina en Bagdad y confirmar que realmente éramos quienes asegurábamos ser.

Salimos fuera y nos quedamos de pie junto a nuestro coche, esperando lo desconocido. Se abrió la puerta de entrada, y Gareib preguntó por el Thuraya de Matthew una vez más, y por el número de la oficina. Había una tensión palpable entre el captor y su intérprete. Parecía que no estaban de acuerdo en lo que se debía hacer con nosotros.

El hombre de negro se acercó y nos examinó.

—Yo quiero casarme con una mujer extranjera —dijo mirándome directamente a los ojos. Al sonreír, se le veían los dientes sucios y torcidos. Jalid me traducía.

—Gracias —me llevé la mano al pecho—, pero yo ya estoy casada. Pero tengo tres hermanas… Quizá pueda presentarte a alguna de ellas, la próxima vez que venga…

Nuestro captor decidió de repente que ya se había hartado de Gareib y del hombre de negro. Se giró hacia nosotros y nos hizo entrar en nuestro coche.

—¡Todo el mundo al coche!

Me ordenó que me echara en el suelo del asiento trasero, donde no se me viera, y al gordo Jalid y a Matthew les dijo que se instalaran en el asiento de atrás y a Waleed, en el del pasajero. Él se envolvió la cara con la kufiya y ocupó el asiento del conductor. Noté que retrocedíamos por el camino de entrada de la casa, que el cielo se oscurecía a cada segundo que pasaba y que, lentamente, atravesábamos el pueblo hacia la carretera principal que conducía a Bagdad. Levanté la cabeza justo lo suficiente para ver que cada tres metros, más o menos, había un insurgente apostado con su arma, a lo largo de un lado de la carretera. Estaban construyendo trincheras con dispositivos explosivos para cuando llegasen las tropas estadounidenses al pueblo, nos explicó orgullosamente nuestro captor.

Habíamos llegado ya a la carretera principal. El hombre le dio un toque a Waleed en el hombro, indicándole que ocupara su puesto una vez más detrás del volante, y sin más, se bajó del coche y atravesó la calle corriendo, de vuelta al pueblo. Nuestro secuestrador nos había salvado la vida.

Volvíamos a casa.

Me incorporé en el asiento para ver cómo se ponía el sol sobre los oscuros campos. Circulamos en medio de un silencio supersticioso. Nadie quería hablar de nuestro destino hasta que estuviéramos en casa. Nuestros teléfonos móviles todavía no tenían cobertura, pero no nos atrevíamos a detenernos en la carretera para hacer una llamada por satélite con nuestro Thuraya. Matthew y yo nos cogíamos de la mano, sin avergonzarnos de mostrar nuestros sentimientos ante Waleed y Jalid. Pasaron cuarenta minutos en un suspiro, hasta que llegamos a la periferia de Bagdad; entonces el teléfono de Waleed sonó. Le oí pronunciar típicas expresiones árabes de amor y afecto, *ayooni* (mis ojos), *habibti* (cariño), *galbi* (corazón mío)…

Yo solo pensaba en mis padres, y confié en que no les hubieran dicho nada.

Cuando llegamos al edificio del *New York Times*, el director de nuestra oficina, Basim, salió a recibirnos a la puerta de entrada, donde se habían reunido unos veinte miembros del personal. Las

formalidades entre hombres y mujeres propias del mundo árabe desaparecieron, y nos abrazamos todos, uno a uno. Estaba oscuro, pero vi al orgulloso Basim llorando como un niño. Ante tal reacción, no me quedó otro remedio que derramar torrentes de lágrimas, a medida que la gravedad de la situación de las últimas horas se iba adueñando de mi ánimo.

—La oficina de Nueva York ha telefoneado a vuestros padres —nos dijo un colega—. Deberíais llamarlos.

Me fui derecha al terrado, uno de los pocos lugares donde encontraba solaz, allí en Irak, en busca de las estrellas y del cielo abierto. Me temblaban demasiado las manos para marcar el número, y notaba la garganta seca y apergaminada. No me acordaba de los números de teléfono que tenía incrustados en la memoria desde la niñez. Busqué en el móvil «mamá» y la llamé a ella antes que a nadie. Salió el buzón de voz, y me eché a llorar al escuchar su voz.

Entonces pasé a «papá». Él nunca respondía al teléfono. ¿Qué día era? Miércoles. Estaría trabajando. Llamé a su salón; ya recuperaba la memoria. La voz chillona de la recepcionista del salón de peluquería respondió en el otro extremo de la línea, pero yo no podía articular una palabra.

—¿Está ahí mi padre? —«Sabrán quién es mi padre, ¿verdad?»—. ¿Está Phillip?

—Sí, si, cariño, claro que sí. —La voz sonaba apremiante, y entonces me percaté de que estaba enterada de todo. Inmediatamente me afloró la culpabilidad, por el dolor que podía haber causado a mis padres.

Mi padre se puso al teléfono; no podía hablar. Yo lo oía gemir, intentando, como yo, formar una frase. Fue una de las primeras veces en mi vida en que me transmitió cierta emoción; sentí el amor que me tenía en su ausencia de palabras.

—¿Papá? ¿Papá? No ha pasado nada. Estoy bien —lloraba tanto que apenas era capaz de pronunciar las palabras, pero quería parecer fuerte al hablar con él.

—¡Ay, cariño! Por favor, vuelve a casa. Por favor, vuelve.

Yo levanté la mirada hacia el negro cielo, sollozando.

—Vale. Regresaré pronto.

Prometí que volvería, pero cuando el periódico me preguntó si

quería que me sacaran de Irak, dije que no. No ignoraba que los traumas acompañan siempre el trabajo de un fotógrafo de conflictos bélicos (todos habíamos oído hablar de los riesgos de alcoholismo, drogas y suicidios de la generación anterior de corresponsales de guerra), y quería controlar mis respuestas. Conocía bien mis sentimientos y comprendía perfectamente lo que significaban: no estaba dispuesta a que mi respuesta a un secuestro fuese la huida. Matthew y yo discutimos las opciones y decidimos que nos quedaríamos una semana o dos más; luego nos iríamos. Yo estaba alterada, pero nada me disuadía de lo que tenía claro que se había convertido en mi misión en la vida. Aceptaba el miedo como una consecuencia inevitable del camino que había elegido.

Sin embargo, hice testamento. En el secuestro en Irak pensé por primera vez de verdad que podía morir, y aunque no poseía otra cosa que mis fotos, tuve que enfrentarme a mi propia mortalidad. Después del secuestro, de vuelta en Estados Unidos, pedí hora a un abogado que conocía a través de un amigo común en Nueva York, y declaré que legaba mi dinero a mi madre, y los ingresos generados por la venta de mi archivo a los hijos de mis hermanas. Todo quedó bien dispuesto, pero necesitaba firmar los documentos finales. Por ello, acordé con dos de mis editores de Corbis que me hicieran de testigos.

Aquel día Corbis acababa de recibir un nuevo envío de chalecos antibalas para sus fotógrafos en Irak. Yo me estaba probando uno de esos y un casco. Me pareció muy adecuado firmar mi testamento llevando el equipo protector… «Un buen presagio», me dije a mí misma.

De modo que firmé mi primer testamento con un chaleco antibalas puesto, mientras aguantaba el casco con la mano izquierda.

Matthew y yo habíamos superado muchas cosas juntos, pero los interrogantes sobre nosotros y nuestro futuro como equipo, fuera de Irak, eran grandes. Yo había mantenido relaciones en mi país y en campaña, pero nunca había intentado combinar esos dos mundos tan distintos en realidad. Ignoraba si él o yo seríamos capaces de recuperar a nuestros antiguos amantes, después de todo lo que nos había sucedido.

Pasamos un último fin de semana en el hotel Four Seasons, en

Jordania, donde muchos periodistas convivían en las lujosas habitaciones y se revolcaban en sábanas de algodón de primerísima calidad, y luego dejaban atrás sus aventuras ilícitas para retornar a su vida real. La sala del *brunch* era el quién es quién de la infidelidad. Matthew volvió a Estados Unidos y yo me fui a Tailandia a relajarme, a nadar en aquel mar azul y tranquilo.

Todas las mañanas, en una minúscula isla de la costa de Ko Samui, mi delgaducho barquero, Seoul, de mejillas hundidas y piel como el cuero y que vestía un sarong de un colorido estampado, se reunía conmigo en la costa, frente a mi choza de la playa, y me llevaba a una isla desierta cercana, donde un trecho de arena blanca e inmaculada estaba rodeado por unas aguas claras y sosegadas de color turquesa. Seoul no hablaba mucho inglés, y yo estaba encantada de no tener que charlar de tonterías con él todos los días. Me iba despojando poco a poco del cúmulo de ansiedad, estrés y experiencias cercanas a la muerte, y notaba un vacío absoluto. La adrenalina que llevaba meses corriendo por mis venas desapareció de repente, y percibía que no tenía objetivo alguno, como un perro callejero; leía libro tras libro para intentar llenar mi mente con experiencias de otras personas que reemplazaran a las mías. Me dolía el corazón. El barquero me recogía cada mañana, me soltaba en el diminuto trecho de playa donde leía y nadaba todos los días, y volvía hacia las tres para conducirme de vuelta a mi choza. Le pagaba el equivalente a unos cinco dólares por ese servicio especializado.

Una mañana, a los cinco días de estar en Tailandia y sumida en un caos mental, preguntándome si Matthew volvería conmigo o se quedaría en su país y mantendría una cómoda relación amorosa, Seoul me dirigió la palabra:

—*Madam*…

—Dime, Seoul —le respondí, mirándolo brevemente y clavando otra vez la vista en el horizonte.

—¿Por qué no marido?, —me preguntó.

Lo miré de nuevo y, sonriéndole, le contesté:

—Estoy muy ocupada, Seoul. No tengo tiempo para un marido.

Un año más tarde, después de meses de vacilar entre las dos perspectivas, Matthew se casó con su primer amor. Prefirió la familiaridad, la seguridad y la vida con la mujer a la que adoraba.

La realidad era que yo podía ofrecerle muy poco a un hombre, aparte de aventuras apasionadas y unos pocos días al mes entre trabajo y trabajo. Las pasiones románticas en zona de guerra se sobredimensionaban debido a la intensidad cotidiana; un mes junto a una pareja, en Irak, equivalía a seis meses en el mundo normal. Nuestro amor nunca habría podido florecer en ningún otro lugar, solo en Irak.

Antes de abandonar Irak definitivamente, intenté ampliar el alcance de mi cobertura. Estaba en Estambul cuando la revista *Life* me encargó que fotografiara a soldados americanos heridos. El padre y el abuelo del reportero, Johnny Dwyer, eran médicos militares. Pasaríamos cinco días en el hospital de campaña de la base aérea de Balad, donde iban a parar centenares de soldados inmediatamente después del combate, en ruta hacia el hospital de Estados Unidos en la base aérea de Ramstein, en Alemania. Según recordaba, los militares nunca habían dado a los periodistas la oportunidad de fotografiar a soldados heridos. Los costes humanos de la guerra se habían ocultado cuidadosamente.

Las normas militares estipulaban que no podíamos intentar fotografiar ni entrevistar a nadie que no accediera de antemano. Tenía que obtener un permiso escrito de cada soldado al que fotografiase, y si uno de ellos estaba inconsciente, se me permitía hacer la foto, pero no podía publicarla hasta que recuperase la conciencia y firmase el permiso. Casi todos los soldados a los que retraté firmaron ese permiso. De hecho, estaban tan ilusionados con la idea de que su contribución a la defensa de Norteamérica quedase registrada en la revista *Life*, que eran ellos los que me rogaban que tomara las fotos. La censura venía de arriba, no de los propios soldados.

Por fin estaba fotografiando a los norteamericanos heridos, cosa que se me había impedido hacer. Estaba segura de que aquella serie de imágenes abriría los ojos a los estadounidenses ante la realidad de la guerra de Irak. Verían las imágenes y protestarían por nuestra presencia allí. Era algo que nunca habían visto.

El artículo estaba programado para que apareciera a mediados de noviembre, pero la revista *Life* lo retuvo varias semanas, e incluso meses, hasta después del discurso inaugural de Bush en

enero. En febrero del 2005, recibí un correo electrónico de mi editora de *Life*. Me explicaba que sintiéndolo mucho, la revista no publicaría el artículo de los soldados heridos que partían de Faluya, porque las imágenes eran demasiado «reales» para el público estadounidense.

Como yo era fotógrafa autónoma, me movía en esa línea sutil

entre defender con firmeza mi trabajo y no resultar tan costosa que ningún editor quisiera volver a trabajar conmigo nunca más. Pero en el caso de un artículo como aquel, dado que, según mis noticias, ningún otro fotógrafo había tenido acceso a los soldados heridos en Balad, me quedé desolada al pensar que aquellas imágenes no se publicarían. Y más aún teniendo en cuenta que los propios soldados estaban deseosos de que se contara su historia.

Casi cinco meses después de hacer las fotos, por fin se publicaron en el *New York Times Magazine*, pero algo en mí había cambiado después de estar aquellos meses en Irak. Me había convertido en una fotoperiodista dispuesta a morir por artículos que pudieran educar a la gente. Quería hacer pensar a la gente, abrirles la mente, ofrecerles un retrato completo de lo que estaba ocurriendo en Irak, para que ellos mismos pudieran decidir si apoyaban nuestra presencia allí o no. Cuando arriesgaba mi vida y era censurada por alguien sentado en un cómodo despacho en Nueva York, que decidía en nombre del norteamericano medio si una cosa era o no era demasiado dura para sus ojos, privándoles de su derecho a ver por qué luchaban sus propios hijos, me ponía furiosa. Cada vez que fotografiaba un tema como el de los soldados heridos que partían de Faluya, acababa deshecha en llanto y debilitada emocionalmente. Pero cada vez que regresaba a mi país, sentía con más fuerza la necesidad de seguir yendo a Irak.

TERCERA PARTE
Cierto equilibrio

SUDÁN
EL CONGO
ESTAMBUL
AFGANISTÁN
PAKISTÁN
FRANCIA
LIBIA

Capítulo 7
Las mujeres son víctimas de su lugar de nacimiento

A los treinta años, antes incluso de la experiencia con la revista *Life*, había empezado a apartarme de la guerra antiterrorista de Estados Unidos. Aquel verano del 2004 había cubierto la transferencia de poder a manos iraquíes, pero estaba convencida de que ya era hora de dedicarme a otro tipo de temas. Necesitaba diversificarme, dejando aparte las exigencias diarias de la fotografía de rabiosa actualidad. Había aprendido a trabajar muy deprisa y con eficacia, pero siempre sería difícil experimentar y crecer como fotógrafa si trabajaba bajo las condiciones violentas y restrictivas de Irak. Quería ver si podía hacer otras cosas, y para eso necesitaba encaminarme a una región diferente. Era hora de trasladarme y dejar atrás Irak y los destructivos asuntos amorosos de mi juventud. Estaba soltera por primera vez en muchos años, y dispuesta a seguir estándolo.

Dirigí mi atención hacia África. Durante años había imaginado que era un continente donde podía perderme entre la gente, las historias, la luz y los colores, el calor, el olor, el polvo, la suciedad… y mis fotos. Pero estuve tan implicada en las guerras posteriores al
11-S
en Irak y Afganistán que todo eso quedó como un sueño distante, hasta que la corresponsal del *New York Times*, Somini Sengupta, me envió una idea por correo electrónico: Darfur. La guerra en Darfur empezó en el 2003, cuando las milicias rebeldes formadas por africanos de raza negra atacaron al Gobierno sudanés, compuesto principalmente por árabes, para protestar contra el racismo institucional y las injusticias contra sus tribus. El Gobierno tomó represalias sin misericordia: bombardearon y atacaron a sus propios ciudadanos en todo Darfur con ataques aéreos llevados a

cabo con anticuados aviones rusos, llamados Antonov, y enviaron milicias armadas a caballo, conocidas como los yanyauid, para que violaran y mataran a los habitantes de los pueblos y saquearan sus hogares. El conflicto era étnico, pero también se debía al problema del acceso a la tierra y al agua. Las guerras a menudo tienen tanto que ver con los recursos como con odios tribales, religiosos o nacionales. Los darfurianos de las tribus Fur, Masalit y Zaghawa se organizaron en dos milicias rebeldes principales: el Ejército Sudanés de Liberación (SLA, por sus siglas en inglés) y el movimiento Justicia e Igualdad (JEM, por sus siglas en inglés), para combatir los ataques del Gobierno árabe. En el año 2004, los rebeldes estaban completamente empeñados en luchar contra el Gobierno sudanés, e intentaban ayudar a los civiles a huir al país vecino, el Chad, y trabajaban estratégicamente con los periodistas que pasaban ilegalmente a través de la frontera de la región sudanesa de Darfur, para que pudieran documentar aquellos campos carbonizados y sembrados de cadáveres.

Era una oportunidad perfecta para empezar a trabajar en África, y centrarme en una historia de aspecto profundamente humanitario. Ya tenía trabajo fijo con el *New York Times* y la revista *Time*, y había conseguido ahorrar un poco de dinero durante mis largas estancias en Irak, época en que el periódico me pagaba todos los gastos. Como era la primera vez en mi vida adulta que no me consumía la ansiedad por el siguiente encargo y por el dinero que iba a cobrar, podía permitirme el lujo de correr un riesgo.

Desconocía lo importante que sería Sudán para mí. Iría a ese país cinco años consecutivos y establecería una intensa conexión con el país y su gente. Mi trabajo en África cambiaría mi carrera y mi vida.

Somini y yo nos conocimos en Yamena, la capital del Chad, y volamos a Abéché, una ciudad de ese país cercana a la frontera sudanesa. Nuestro avión militar francés lo tripulaban dos pilotos galos guapísimos, que nos invitaron a sentarnos en la cabina y a contemplar la extensión de desierto que se abarcaba por el parabrisas. Nunca había visto unas tierras vírgenes y despobladas tan inmensas. Los pilotos se exhibieron un poco para impresionarnos, inclinando el avión a izquierda y derecha, y acabé

vomitando en una bolsa desde la mitad del vuelo hasta el final. Y yo que, como soltera y fotógrafa veterana, intentaba quedar bien ante los guapos soldados…

En Abéché pasamos la noche en un alojamiento de la ONU, y luego seguimos viajando en un todoterreno hasta el remoto pueblo de Bahai, adonde llegaban refugiados a montones desde el otro lado de la frontera, en Darfur. A finales del 2004 la infraestructura de los campos de refugiados era escasa: la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y los grupos de ayuda internacional estaban tan desbordados por el súbito flujo de decenas de miles de desplazados, que la mayoría de estos no recibían cobijo ni comida, y solo tenían acceso al agua a través de cisternas establecidas en el desierto por las ONG.

Mientras viajábamos a Bahai, me di cuenta del viaje tan terrible que debía de suponer para los refugiados, sin otra cosa que arena en el horizonte. Vi tiendas improvisadas, ocupadas por civiles malnutridos con el terror todavía pintado en los ojos. Pueblerinos esqueléticos que acababan de llegar hacía unos segundos se refugiaban bajo unos larguiruchos árboles, de cuyas ramas colgaban telas hechas jirones como única protección para el sol. Estaban hambrientos, sedientos y demasiado agotados para pedir o para caminar. Al instante acudí a los recovecos de mi memoria en busca de imágenes similares: las de Nachtwey sobre la hambruna en Somalia, las de Tom Stoddart del sur de Sudán, los trabajadores de Sebastião Salgado en todo el mundo, las imágenes de Don McCullin sobre la hambruna de Biafra. Lo de Darfur no era una hambruna, pero se trataba de la primera vez que veía a personas que, sencillamente, no tenían comida, y estaban tan debilitadas por su huida que apenas podían andar.

Me desplacé por el campo de refugiados del desierto con timidez, como mujer blanca y bien alimentada, lidiando con aquella miseria. La gente entendía que yo era una periodista internacional, pero aun así, intentaba imaginar cómo sacarles fotos sin poner en peligro su dignidad. Aunque me resultara inevitable intentar comparar aquella desgracia con lo que había visto en Irak, era imposible. Irak y Darfur formaban parte de dos mundos diferentes, pero mi papel era siempre el mismo: andar con pies de plomo, ser respetuosa, meterme en la historia con toda la profundidad que pudiera, pero evitando que los sujetos se sintieran incómodos o cosificados. Siempre me acercaba a ellos con mucha cautela, sonriendo, usando sus saludos tradicionales. Los sudaneses hablan árabe, además de sus lenguas locales, de modo que aquello era familiar para mí. *Salaam aleikum*, les decía, y luego: *Kef halic? Ana sahafiya* (¿Qué tal está? Soy periodista). *Sura mashi? Mish mushkila?* (¿Puedo hacer fotos? ¿No tienen inconveniente?).

Y ellos asentían o me sonreían. Nunca se negaban.

La crisis de Darfur era una situación que se desarrollaba con rapidez, y la comunidad internacional usó la palabra «genocidio». Pocos fotógrafos habían retratado a los refugiados hasta ese momento. Ya entonces había comprobado que nuestras devastadoras fotos sobre Irak habían obligado a los políticos y a los

ciudadanos a ser conscientes de los fallos de la invasión. Esperaba que unas imágenes estremecedoras del Sudán (especialmente en la primera plana del *New York Times*) motivasen a las Naciones Unidas y a las ONG para que respondieran con mayor urgencia a esa crisis. Aunque el Gobierno sudanés seguía negando cualquier error en Darfur, los fotoperiodistas podían crear un verdadero documento histórico.

El Gobierno sudanés no emitía visados para que los periodistas fueran a Darfur, de modo que la única forma de que un reportero cubriera la situación, en aquellos momentos, era introducirse ilegalmente desde el Chad. El SLA casi no disponía de apoyo financiero y su logística era mínima, pero los periodistas cruzaban a veces la frontera con ellos. Los líderes del SLA eran lo bastante inteligentes para comprender que la cobertura de los medios ayudaba a su causa; por ello, usaban todos sus recursos para organizar los viajes a Darfur.

Como casi todos los rebeldes, el SLA usaba fusiles Kalashnikov destrozados. A menudo, una docena de combatientes compartían un único camión destartalado. Para mi visita a Darfur, el SLA agrupó a cuatro periodistas extranjeros: Somini, el fotógrafo autónomo Jehad Nga y Jahi Chikwendiu del *Washington Post*, y a mí misma, sin tener en cuenta la competencia entre equipos de periodistas que rivalizaban por obtener historias en exclusiva. Era un grupo bastante variopinto. Jahi era un fotógrafo afroamericano muy carismático y talentoso, que había viajado por toda África y llamaba «hermanos» a los rebeldes, sonriendo mucho. Jehad medía casi dos metros de alto y pesaba lo mismo que yo, y apenas decía una palabra.

El plan era ir en coche hasta la frontera del Chad, luego caminar tres o cuatro kilómetros a través de la tierra de nadie entre el Chad y Sudán y, finalmente, encontrarnos con los rebeldes en Darfur. Sabíamos que tendríamos que llevarlo todo a cuestas, mientras estuviéramos en Darfur, así que procuramos reducir nuestro equipo, dejando objetivos, baterías, ropa, zapatos y varias botellas de agua (esto último fue una decisión poco inteligente). Emprendimos nuestra jornada de cinco días a través del Sahel, el límite más meridional del Sahara.

El calor era brutal. Hasta la pequeña carga que llevábamos cada uno parecía ser mucho más gravosa bajo el sol del desierto. Casi nada más salir, nos encontramos con algunos nómadas, conduciendo una reata de camellos, que nos ofrecieron amablemente para que sujetáramos los recipientes de agua, las tiendas y cuanto fuéramos capaces de atar a las grupas de los camellos, y así aligerar el peso. Formamos una pequeña caravana de hombres y animales, y avanzamos penosamente por la arena. Ni un solo nómada bebió un sorbo de agua durante la caminata de tres horas. Yo me terminé casi un par de las botellas que transportábamos. Tendríamos que habernos provisto de más agua.

El Sahel estaba surcado por *ued*, ramblas o cauces que se llenaban durante la estación lluviosa y después de ella con frescas corrientes de agua fangosa. Fluían como arterias por aquel paisaje desierto. Estuvimos tentados de beber de los *ued*, pero el agua era de color marrón y viscosa, y, seguramente, nos habría producido diarrea de inmediato. Cuando llegamos al borde del pequeño riachuelo, fangoso y que nos llegaba hasta el pecho, nuestros guías improvisados formaron una cadena humana y se fueron pasando nuestras cosas unos a otros. Me descalcé y metí los pies en aquel barro del color de la arcilla, y seguí adelante, sujetando el pasaporte y las cámaras en alto.

En cuanto llegamos a la otra orilla, a pocos kilómetros del territorio rebelde sudanés, nos encontramos con los rebeldes del SLA, un grupo de jóvenes ágiles y vigorosos que, en general, se ataviaban con turbantes de vivos colores y viejos jerseys o camisetas norteamericanas de baloncesto que podían haber comprado perfectamente en una tienda de segunda mano de Minnesota. El «vehículo» que nos habían prometido en el Chad resultó ser una camioneta desprovista de casi todo, excepto del chasis y las ruedas, y combada por el peso de diecisiete combatientes rebeldes. Las ropas de vestir y de cama de esa gente, ollas y sartenes, bidones gigantescos de agua, gasolina y fusiles Kalashnikov formaban una especie de montaña de metro y medio de altura sobre la caja de la camioneta, y todo ello se mantenía unido mediante unas cuerdas entrecruzadas que se habían atado a los lados del vehículo. Nos hicieron señas de que subiéramos. ¿Cuánto tiempo podríamos soportar el viaje, agarrándonos con toda nuestra alma a aquellas cuerdas de mala calidad mientras surcábamos la arena hacia la nada?

Usé el poco árabe que había aprendido en Irak para hablar con los rebeldes sudaneses, y Somini probó a charlar con ellos en francés, pero sobre todo nos comunicábamos mediante torpes intentos con el lenguaje de los signos. Por la noche dormíamos

donde dormían los rebeldes, esperando encontrar refugio bajo un bellísimo y fornido árbol africano, poco frecuente en aquel paisaje que estábamos atravesando. Somini fue tan generosa que me dejó compartir su tienda; en el Chad, los insectos parecían escupirme ácido en la piel y me provocaban unas ampollas grandes y acuosas en los brazos por las mañanas. Jahi disponía de una tienda de una plaza, y dormía a nuestro lado. El pobre Jehad dormía en el asiento del pasajero de la camioneta, y los mosquitos lo devoraban.

Al segundo día ya escaseaba el agua, y no había ningún pozo a la vista. Habíamos supuesto que habría algún sitio donde comprar agua embotellada en Darfur. Éramos idiotas. No había tiendas propiamente dichas en los pueblos por los que pasábamos, y el aire era ardiente y seco como si nos soplaran con un secador en la cara y en la garganta. Somini, Jehad, Jahi y yo compartíamos una «bolsa de comida», en la cual habíamos puesto en común todo lo que llevábamos desde el Chad: pasta, latas de atún, barritas de proteínas, galletas y unos preparados azucarados para bebidas con sabor a piña y a naranja. La comida no era suficiente, y siempre padecíamos hambre y sed. Estaba convencida de que nos deshidrataríamos y moriríamos en medio del desierto, intentando averiguar si en Darfur se había producido un genocidio o una guerra civil.

Cada par de kilómetros, el camión se hundía en la arena y las ruedas giraban inútilmente, incrustándose cada vez más en ella. O bien la camioneta se estropeaba, porque era muy vieja y se la forzaba a trabajar demasiado. Entonces nos quedábamos sentados horas y horas mientras uno o dos de los chicos toqueteaban el motor con un destornillador o una herramienta de 1965; los demás se despatarraban en la arena, felices. Los rebeldes comían de cuencos comunitarios llenos de *asida*, un plato a base de cereal que parecía una bola de avena sin ningún aditamento. Algunos de ellos cazaban gacelas (un banquete de *gourmet*) mientras los otros echaban la siesta. Milagrosamente, la camioneta siempre funcionaba de nuevo, pero nos costó tres días recorrer treinta kilómetros hacia el noroeste de Darfur.

En cada lugar en que encontrábamos agua, los rebeldes se detenían y llenaban sus botellas de aquel barro marrón mezclado con agua, pero nosotros sabíamos que un *khawaja*, un extranjero blanco, se pondría muy enfermo si lo bebía. Racionábamos la poca agua que habíamos llevado, pero ¿qué haríamos cuando nos atacaran los síntomas de deshidratación (cansancio, letargia, dolor de cabeza…)? Me obsesioné con encontrar agua. Nunca había vivido en una situación en la que no hubiera grifos, ni pozos, ni

arroyos claros, ni fuentes de ningún tipo. El sol quemaba nuestra piel blanca, y el líquido se evaporaba de nuestros cuerpos tan rápido que no nos daba tiempo ni a sudar. Los rebeldes estaban tan atareados bebiendo barro de los arroyos que no se dieron cuenta de nuestra desesperación por obtener algo que se pareciera remotamente al agua. Simplemente, seguían robando las botellas que nosotros vaciábamos, a medida que las consumíamos, pues, en Darfur, el plástico era como el oro, y el dinero apenas tenía valor.

Al tercer día, llegamos a la base rebelde de Shigekaro, un pueblecito con más arena y desolación, interrumpido por unas pocas chozas de techo de paja y una tiendecita que vendía preparado para bebidas de sabores, sal y azúcar, pasta y poco más. Un *uadi* seco bordeaba el pueblo, cuyos árboles proporcionaban la mínima cobertura para lo que se había convertido en una letrina natural. No había agua.

El SLA contaba con un diminuto campo de entrenamiento en Shigekaro. Acampamos allí y fotografiamos a los soldados en formación haciendo la instrucción al amanecer y al anochecer. Nuestros combatientes se reagruparon y descansaron. Yo recorrí el pueblo en busca de agua, como el vampiro busca la sangre; habría sido capaz de dar una bofetada a una niña para quitarle el agua, si la hubiera llevado. Entonces vi un rótulo que nunca pensé que me alegraría tanto de encontrarlo en Darfur: SAVE THE CHILDREN.

¡Era un pozo! No podía creer lo que veían mis ojos. Me incliné sobre el brocal para ver si, efectivamente, había agua en el pozo, y sí, el agua estancada de color óxido parecía muchísimo más limpia que la fangosa de los arroyos. Save the Children, una organización asistencial que tiene su sede en mi ciudad natal, Westport, Connecticut, nos salvaría de la deshidratación.

Nos llevó toda la tarde inventar un dispositivo de purificación del agua: Jahi y Jehad encontraron a una habitante del pueblo que tenía un cubo, y a otra mujer que utilizaba un cazo para cocinar (en realidad solo había un cazo en todo el pueblo). Pasábamos cinco horas al día, con la ayuda de la gente del lugar, sacando agua, hirviéndola y metiéndola en las botellas de plástico que seguían desapareciendo misteriosamente de nuestro equipaje, y reaparecían entre la pila de pertenencias de los rebeldes atadas a la caja de la camioneta.

La mayor parte de los rebeldes no habían recibido educación oficial alguna después de la escuela primaria, pero escuchaban la BBC con radios de onda corta y eran capaces de recitar de un tirón los nombres de todas las figuras internacionales implicadas en el conflicto de Darfur, desde las de la ONU y los funcionarios del Gobierno de Estados Unidos hasta los actores secundarios sudaneses. Estaban ansiosos por enseñarnos los estragos de la guerra, incluyendo escenas de devastación que no habían sido accesibles a muchos periodistas internacionales: pueblos quemados, abandonados y saqueados. En uno de estos, un cazo calcinado sobresalía entre los restos carbonizados del pueblo, y me imaginé las escenas de pánico y terror mientras los yanyauid expulsaban de sus hogares a los habitantes del lugar y violaban a las mujeres que

intentaban huir. En el suelo se encontraban esparcidos muchos esqueletos, algunos de ellos todavía cubiertos de piel curtida, en diferentes estados de putrefacción y adherida a los huesos; algunos cadáveres iban vestidos, otros no, pero los zapatos de muchos muertos habían desaparecido, robados. Los buenos zapatos siempre tienen valor en una guerra.

De vez en cuando veíamos a algunos civiles en ruta hacia la seguridad de los campos del Chad. Como era un camino largo y difícil bajo el intenso sol veraniego, la gente pasaba la parte más calurosa del día encogida bajo los esqueléticos árboles. Todo el mundo estaba aterrorizado por los yanyauid. Pero los árboles los protegían de ellos, al menos psicológicamente.

Un día nos detuvimos en un pueblo, y cuando bajé de la camioneta a hacer unas fotos, una niñita de unos tres años me miró y se puso a chillar, aterrorizada. Salió corriendo hacia el horizonte. Me quedé algo confusa.

—¿Qué ha pasado?, —le pregunté a Mohamed, el intérprete que nos acompañaba.

Las parientes femeninas de la pequeña se reían, cosa que todavía me sorprendía más.

—¿Se ha asustado de la cámara?, —pregunté.

—No —me explicó Mohamed—. Tu piel es oscura para ser una *khawaja*. Ella cree que eres árabe.

Mi piel olivácea, como italo-norteamericana que era, nunca había representado un lastre hasta entonces. Contemplé a la niñita que seguía huyendo con horror, preguntándome qué atrocidades habría presenciado a manos de las milicias árabes.

Durante los siguientes cinco años volví a Darfur un mes al año, más o menos, para el *New York Times*, el *New York Times Magazine*, y más tarde con una beca de Getty Images. A medida que la situación del Sudán empeoraba, el Gobierno sudanés fue restringiedo cada vez más los visados para periodistas. Los visados no eran el único obstáculo para cubrir el conflicto de Darfur, sino que la burocracia de permisos, documentos inútiles, sellos y fotocopias era casi irresoluble. Pero yo era muy insistente y paciente con mis peticiones de documentos, y me convertí en una de las poquísimas fotógrafas que cubrió sistemáticamente el conflicto desde el 2004 hasta el 2009.

En Darfur llegué a comprender el conflicto íntimamente, pues entendí cómo operaban los diversos actores y cómo maniobrar dentro del sistema para conseguir hacer mi trabajo. A lo largo de los años fotografié el suplicio de los refugiados, los pueblos incendiados, los hogares saqueados y a las víctimas de violaciones. A medida que mis imágenes aparecían en el *Times* y en el *Times Magazine*, la combinación de fotografías y artículos bellamente escritos por mis colegas suscitó significativas reacciones de los lectores, de la ONU y los cooperantes, y de los políticos. Es una de las pocas veces en que, realmente, he visto la correlación entre una cobertura fotoperiodística persistente y la respuesta a dicha cobertura por parte de la comunidad internacional.

Darfur (a diferencia de Irak y Afganistán, que fueron guerras instigadas por una fuerza militar extranjera invasora) me puso en contacto con un tipo de guerra en el cual la gente mataba a sus compatriotas en su propio país. Era una contienda que quizá empezó siendo un genocidio, pero que se convirtió en una guerra civil, en la que todos los bandos eran responsables de asesinatos, violaciones y pillaje, y todos eran igualmente culpables.

Kahindo, de veinte años, está en su casa con sus dos hijos, fruto de la violación en el pueblo de Kanyabayonga, Kivu del Norte, al este del Congo, 12 de abril del 2008. Esta joven fue secuestrada y retenida casi tres años en la selva por seis Interhamwe, que asegura que eran soldados ruandeses. Todos ellos la violaron repetidamente. Tuvo un hijo en la selva y estaba embarazada del segundo cuando consiguió escapar.

A lo largo de los años me esforcé por tratar de cubrir las situaciones, que se repetían una y otra vez, de una manera creativa. Empecé fotografiando campos de refugiados dispersos, a veces de una manera más abstracta, para intentar llegar a un público que no fuera el típico lector del *New York Times*, es decir, un público más conectado con las artes visuales. Aunque el conflicto era muy feo, los protagonistas eran hermosos, llevaban telas de colores vivos y, a pesar de las penalidades que sufrían, sonreían mucho. Los sudaneses son un pueblo encantador, amistoso y resiliente, y yo quería demostrar todo eso en mis obras. Me parecía paradójico intentar crear bellas imágenes partiendo de un conflicto, pero comprobé que mis fotografías más abstractas de Darfur provocaban una respuesta inusual de los lectores. De repente vendía por miles de dólares reproducciones fotográficas artísticas de rebeldes en medio de una

tormenta de arena, o de borrosos refugiados caminando por el desierto.

Me provocaba cierto reparo ganar dinero gracias a imágenes de personas que estaban tan desesperadas, pero pensé en todos los años que había luchado para llegar a fin de mes trabajando como fotógrafa, y me dije que todo el dinero que obtuviera con esas fotos lo reinvertiría en mi trabajo. Intentar transmitir belleza en medio de una guerra es una técnica que se usa para impedir que el lector aparte la vista o pase la página, como respuesta a algo demasiado horrible. Yo quería que se sintieran atraídos, que hicieran preguntas.

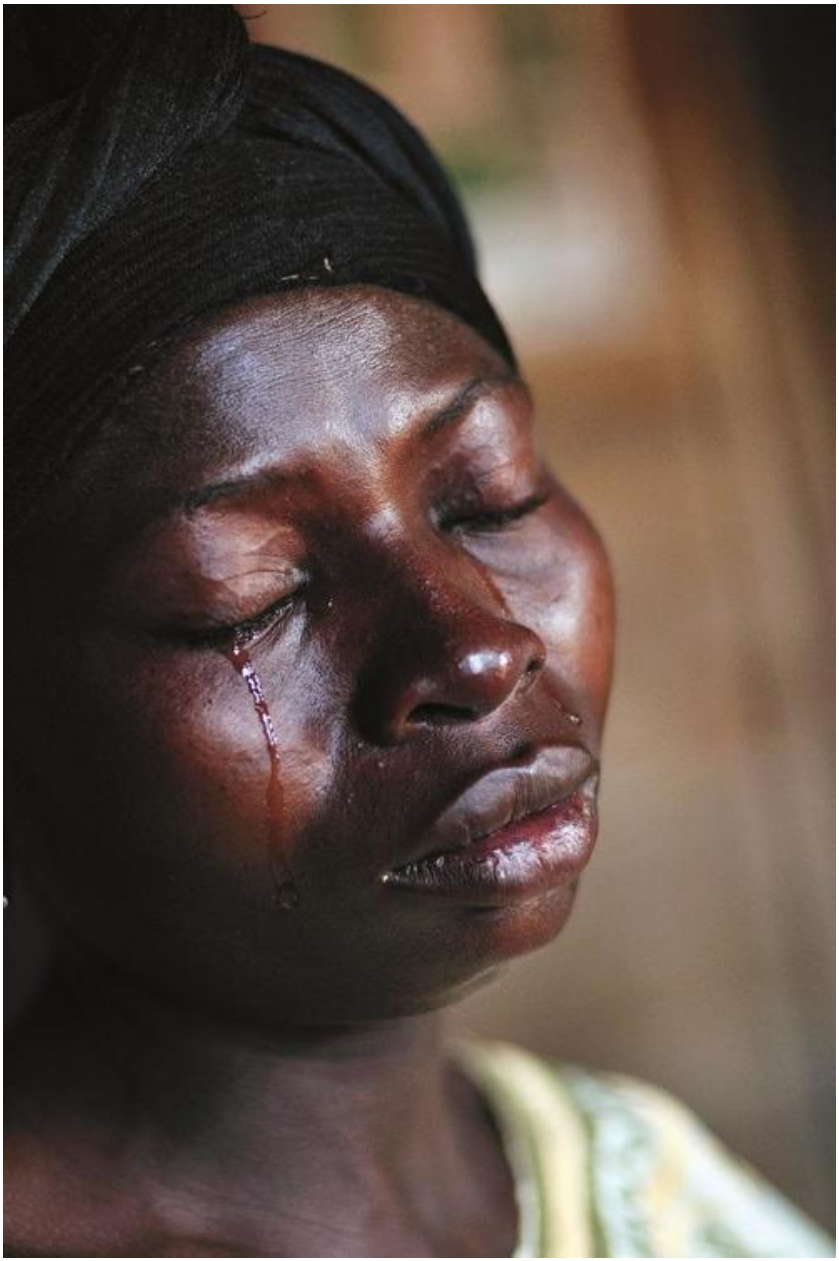
Entre visita y visita a Darfur, que comenzaron en el 2006, hice frecuentes viajes a la parte más oriental de la República Democrática del Congo, donde se sostenía otra guerra civil. Cientos de miles de civiles se habían desplazado desde sus pueblos del este, y vivían en campos de refugiados superpoblados en las provincias de Kivu del Norte y Kivu del Sur. Los ataques tanto del Gobierno como de los soldados rebeldes habían dejado miles de muertos e incontables mujeres congoleñas violadas. Los soldados forzaban sexualmente a las mujeres para marcar su territorio, para destruir los lazos familiares (las víctimas de violación a menudo eran expulsadas de sus propias familias), y para intimidar a los civiles como forma de establecer el poder. Obligaban a las familias de las víctimas a contemplar las violaciones. Abusaban en grupo de las mujeres, y a menudo las agredían con las armas, causándoles fístulas o desgarraduras entre la vagina y el ano a través de las cuales se filtraban las heces y la orina. Las historias eran insoportables. Como fotoperiodista, reconocí que podía hacer muy poco por las mujeres de la RDC, aparte de explicar su historia. Confiaba en que el conocimiento de su sufrimiento pudiera salvarlas de alguna manera. Volví al año siguiente.

En el año 2008 recibí una beca del Instituto Ellen Stone Belic de la Universidad de Columbia, en Chicago, para el estudio de las mujeres y la condición femenina en las artes y en los medios informativos, para documentar la violencia basada en el sexo y la violación como arma de guerra. La exposición itinerante «Congo/ Women» consistía en obras sobre la RDC de los fotógrafos James Nachtwey, Ron Haviv, Marcus Bleasdale y mías, que viajó más de

quince veces a través de Estados Unidos y Europa, y recaudó fondos para ayudar a las mujeres de la RDC a reparar las fístulas mediante cirugía. Fue mi primera beca (la beca Getty para Darfur me llegó unos meses más tarde), y la primera vez que era capaz de ir a un sitio y concentrarme únicamente en un proyecto, sin la responsabilidad de cumplir plazos de entrega ni cubrir noticias candentes.

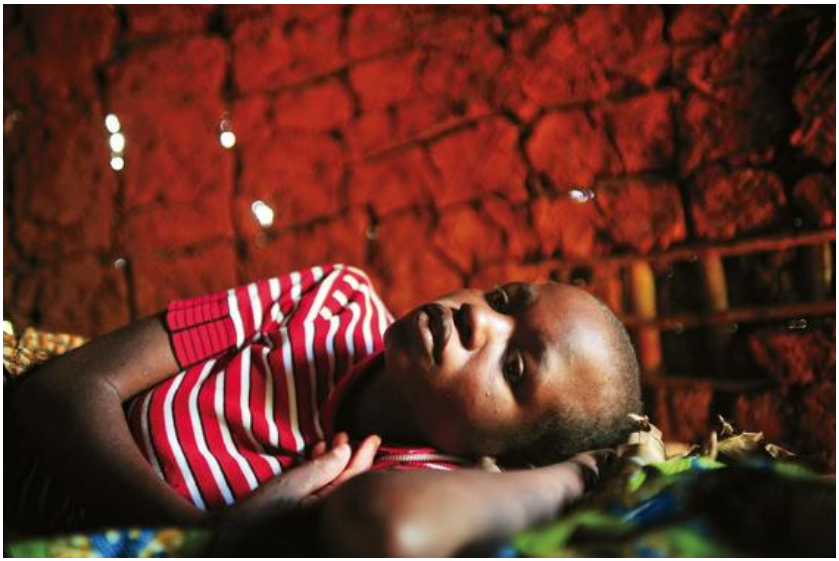
Pasé dos semanas atravesando Kivu del Norte y Kivu del Sur, entrevistando y fotografiando a mujeres que habían sido víctimas de abusos sexuales, y me sorprendió ver cuántas de ellas accedían a hablar abiertamente de sus experiencias. Algunas decían que les habían contagiado el sida, o que sus maridos las habían abandonado cuando se enteraron de que las habían violado; otras explicaban que las habían secuestrado y mantenido como esclavas sexuales varios años, obligándolas a criar a los hijos de sus violadores. Me llamaba mucho la atención que todas esas mujeres tuvieran la madurez y la fuerza suficientes para amar a aquellos niños, sin tener en cuenta las circunstancias de las cuales habían nacido.

Muchas mujeres eran víctimas de su lugar de nacimiento. No poseían nada al nacer y seguían sin poseer nada cuando morían: sobrevivían de la tierra y por la dedicación a sus familias y a sus hijos. Entrevisté a docenas y docenas de africanas que habían soportado más penalidades y traumas que los que han podido leer los occidentales, y sin embargo, iban saliendo adelante. Yo solía llorar abiertamente durante las entrevistas, incapaz de asumir la violencia y el odio contra las mujeres que estaba presenciando.



Bibiane, veintiocho años, Kivu del Sur.

Vumila, treinta y ocho años, Kaniola.



Mapendo, veintidós años, Burhale.

BIBIANE

Parió tres hijos, aunque solo le quedaban dos cuando la conocí.

Uno acababa de morir, probablemente de desnutrición. Me contó su lucha para ganar dinero. Una mujer a la que conocía le ofreció pagarle para que llevase harina de mandioca atravesando el bosque, y allí fue donde se encontró con los tres hombres. No pudo huir. La retuvieron tres días y la violaron repetidamente. Su marido volvió de un viaje y cuando se enteró de que la habían secuestrado y violado, la abandonó. Entonces ella averiguó que había contraído el sida y que estaba embarazada. Si daba a luz al día siguiente (estaba embarazada de ocho meses y delgada como un bambú), no podría pagar el parto. Ni siquiera tenía azúcar. Lo único que tenía era la enfermedad que le habían contagiado aquellos hombres. Le pregunté si tomaba la medicación para el sida, y ella abrió una cartera de colegial de color ciruela y me enseñó algunas pastillas y una patata… su almuerzo. Ahora era una mujer de la calle, me dijo, y por eso lloraba.

VUMILA

Estaba durmiendo cuando oyó un golpe en la puerta. Nueve hombres que hablaban kinyaruanda, el idioma que se habla en Ruanda, abrieron la puerta a patadas, entraron y usaron tiras de ropa y cuerdas para atarles las manos a ella y a sus hijos para robarles. Su marido no estaba en casa. En cuanto reunieron las cosas, desataron a Vumila, la obligaron a llevar sus propias pertenencias a la espalda, y se internaron en el bosque. Cuando cayó al suelo, exhausta de caminar sin parar subiendo y bajando colinas y por el bosque, después de una semana entera, la patearon.

Llegaron al primer control rebelde y los hombres, algunos de uniforme, otros con chándal, le desataron las manos. Al menos nueve hombres las violaron, a ella y a otras mujeres, en una sala grande y abierta al público, mientras los otros hombres miraban. El jefe del campamento eligió a Vumila para que fuera su «mujer», y ella se vio obligada a permanecer en su casa día y noche. Fue violada una y otra vez durante ocho meses. Cuando tenía que hacer sus necesidades, la ataban con una cuerda como si fuera un

animal, y la seguían hasta el río. Las mujeres que intentaron escapar murieron a cuchilladas, y sus cuerpos fueron exhibidos ante las demás prisioneras. Al final, enviaron al pueblo a uno de los hombres a los que habían detenido con ella para que buscara tres vacas para intercambiarlas por la liberación de cada persona. Solo encontró dos vacas por persona. Vumila y las demás recibieron golpes, azotes, patadas, les quitaron la ropa y, por último, les dijeron que salieran corriendo. Volvieron a su pueblo desnudas, exhaustas y heridas. Por aquel entonces, el marido de Vumila había vuelto al pueblo, pero ella estaba embarazada del jefe de los rebeldes. Su marido se enfadó mucho con ella por gestar al hijo de un miliciano hutu de Ruanda, y le dijo que tenía que volver con su familia. Vumila solo deseaba una cosa: «Lo único que quiero es que acepten a mis hijos en la escuela. Antes teníamos ganado que nos ayudaba a pagarla, pero ahora no podemos, y el Gobierno ha dicho que iba a ayudar a todo el mundo y les iba a dar educación gratuita, pero ahora envían a los niños a casa sin educación alguna. ¿Qué tipo de país será el Congo, si los niños no reciben educación?».

MAPENDO

Al parecer se estaba muriendo por complicaciones relacionadas con el sida. Oí decir que la habían violado en grupo y que después estuvo enferma, pero no tenía dinero ni medio de transporte para llegar al hospital. Llegamos sin avisar y la encontramos sentada con su madre y sus hermanas junto a su choza. Temblaba bajo el sol, cubierta de eczema. Su piel, que había sido negra, brillante y hermosa, había adquirido un tono apagado y le habían aparecido muchas manchas. Se la veía muy delgada y débil, y apenas me pudo estrechar la mano. Habían pasado cinco meses desde que Mapendo escapó y regresó a su choza, después de ser secuestrada por cinco soldados que también hablaban kinyaruanda. Nunca había ido lejos de su pueblo antes de que la cogieran, y no tenía ni idea de dónde venían aquellos hombres. Lo único que sabía era que cada uno de ellos la había violado muchas veces, y que le

habían contagiado una enfermedad que le causaba dolorosas úlceras en todo el cuerpo. Se tumbó de espaldas en la tabla de madera que usaba como colchón. Estaba muy cansada.

En este último caso no quise que consumiera su energía con mis preguntas, pero de todos modos no podía marcharme sin más. Mantuvimos una breve entrevista y tomé unas pocas fotografías de ella echada en la tabla. El hospital más cercano se encontraba a dos horas de distancia, y mi coche estaba lleno de cooperantes congoleños, personal de la ONU y otras personas que se habían ido apuntando con la esperanza de sacar alguna propina por su ayuda. Informé a la gente con la que viajaba que llevaría a Mapendo al hospital, y me asombró mucho que protestaran. Se llamaban cooperantes y le negaban ayuda a una mujer moribunda. Les dije que podían compartir los asientos del coche con Mapendo y con su fístula supurante, o si no sentarse en el techo, pero que ella venía con nosotros. Ayudé a la madre de la muchacha a introducir su cuerpo destrozado en el interior de nuestro todoterreno gigante y la llevamos a Bukavu, donde la ingresaron en el hospital.

Capítulo 8
Haz tu trabajo y vuelve cuando hayas acabado

A cada nuevo encargo que me hacían (ya fuera en el Congo, Darfur, Afganistán o en cualquier otro sitio) me consideraba más afortunada por ser una mujer independiente y educada. Tenía treinta y un años, y valoraba muchísimo mi derecho a elegir el amor y el trabajo. Gozaba del privilegio de viajar y poder alejarme de las penalidades cuando se volvían excesivas para poder soportarlas. En general la gente no disponía de una puerta de escape para alejarse de sus propias vidas.

Las pruebas a las que me enfrentaba ahora parecían fáciles de remontar porque, sencillamente, conocía a gente que había sufrido penalidades mucho mayores que las mías. De repente mi niñez en Connecticut, que consideraba como la más normal del mundo, me parecía lujosa y llena de oportunidades. Mi madre siempre me había dicho que yo no tenía paciencia para nada: ni para esperar en una cola, ni para soportar el tráfico, ni para que despegara mi carrera. Quizá mis años de trabajo en el mundo subdesarrollado, donde las frustraciones y los retrasos diarios formaban parte integrante de la vida, me proporcionaron la paciencia y la perspectiva que de jovencita no tenía. La tristeza y la injusticia que había descubierto trabajando como periodista podía o bien hundirme en una depresión, o bien abrir la puerta a una nueva visión de mi propia vida. Y elegí esto último.

Y cuanto más mundo veía, más profundo era mi compromiso con mi familia. Debido a los viajes y a la distancia, me resultaba difícil verlos regularmente, pero Navidad seguía siendo una época sagrada. Ocurriera lo que ocurriese, seguro que cogería un avión para pasar diez días con la gente que más amaba. Era el único momento del año en que dejaba de cubrir las noticias más importantes, como el terremoto de Bam en Irán, en el 2003, o el

tsunami del 2004 en Indonesia. Necesitaba ese tiempo para recuperar energía. Viajaba más que nunca, pero el concepto de hogar se volvió fundamental, esencial para mi sentido del equilibrio emocional.

En el 2005, llevaba viviendo en Estambul casi tres años, la temporada más larga que había pasado en ningún sitio en mi vida adulta, y la ciudad se había convertido en mi hogar. Había alquilado un apartamento en el barrio de moda de Cihangir, y por primera vez compré algunos muebles: un escritorio, una silla, un sofá, e incluso algunos accesorios, como cubertería, tazas de café y alfombras. Mis problemas financieros habían quedado atrás; abrí una cuenta de ahorros. Entre trabajo y trabajo, de alguna manera, había conseguido disfrutar de una vida propia.

Mis relaciones sociales en Estambul me parecían tan familiares e íntimas como si se tratara de amigos que hubieran ido conmigo al instituto o a la universidad. Entre ellos estaban Behzad, profesor marxista iraní de la Universidad de Ramapo, de Nueva Jersey, que pasaba su año sabático en Estambul escribiendo libros y saliendo con bellas mujeres que contaban con la mitad de años que él; Ansel y Maddy, una pareja norteamericana joven e inteligente que llevaban unos cinco años viviendo en esa ciudad turca; Ivan, el corresponsal de la NPR al que había conocido en el norte de Irak, con quien podía pasar fácilmente de trabajar con él en Bagdad a ver cómo simulaba tocar una guitarra imaginaria en ropa interior, allí en Estambul, y Karl, el jefe de la oficina del *Washington Post*, que los fines de semana nos invitaba a todos a dormir en su casa junto al Bósforo. También conocía a Paxton, cineasta y escritor americano de Connecticut, que se había trasladado a Turquía hacía unos quince años para filmar un documental sobre la Ruta de la Seda; y Jason, mi compañero de los fines de semana, que estaba inexplicablemente bien de dinero. (Nos preguntábamos si sería de la CIA).

Al cabo de cierto tiempo, apareció una periodista norteamericana llamada Suzy, que procedía de Nueva York, con la que podía pasar horas y horas hablando tranquilamente (y que me recordaba lo mucho que echaba de menos tener amigas con las mismas referencias neoyorquinas). Luego llegaron Dahlia (sudanesa) y Angry Ali (norteamericano y francés, pero de

Palestina), académicos de carrera que se habían trasladado a Turquía con su guapísima hijita recién nacida. Así era como pasábamos los fines de semana en Estambul: despatarrados en el suelo de mi salón, con un narguile y varias botellas de vino, riendo, discutiendo y haciéndonos confidencias los unos a los otros, toda la noche.

De modo que cuando Opheera, una amiga reportera con base en Sudán, me pidió que me ocupara de Paul, el nuevo director de la oficina de Reuters en Turquía, fui muy feliz al poder introducirlo en nuestra cerrada pandilla de amigos.

Paul voló de Ankara a Estambul e hicimos planes para reunirnos en

Leb-i

Derya, mi restaurante favorito, situado en una empinada colina y cuyos ventanales daban al Bósforo. Yo me iba a Teherán a la mañana siguiente, y estaba preocupada por los preparativos del viaje. En aquel momento salía con un actor iraní, llamado Mehdi, y me impacientaba por volver a verlo; era tan guapo que algunas mañanas me quedaba mirándolo mientras dormía, y me preguntaba cómo era posible que me hubiese liado con un bombón semejante. No estaba enamorada de él y continuaba absorbida por mi trabajo, como siempre. Pero también disfrutaba de aquellas apasionadas aventuras amorosas que estaba claro de antemano que no durarían.

Paul y yo nos conocimos en la calle, y me vino una palabra a la mente: europeo. Era guapo, demasiado atildado y bien vestido para mi gusto quizá, y llevaba un reloj muy llamativo. Se notaba su marcado acento inglés (de hecho, su madre era sueca y su padre británico). Llevaba muy bien cortado el pelo, de un castaño oscuro; un mechón le caía por la frente. Aposté a que se había arreglado la barba cuidadosamente con el número cuatro de una afeitadora eléctrica. Se mostraba muy seguro de sí mismo, incluso bordeando la arrogancia, pero la cena fue agradable y me dio la sensación de que él también estaba obsesionado con su trabajo.

—Tengo buenos contactos en todo Oriente Medio y el norte de África —alardeaba—. Antes de venir a Turquía, reabrí la oficina de Reuters en Argelia; hacía casi diez años que estaba cerrada a causa de la guerra civil y la muerte de los últimos periodistas de la agencia afincados allí. Yo era el responsable de Argelia y de todo el

norte de África. Pero, previamente, estuve en Suecia y en Ciudad de Panamá, y también pasé algún tiempo en Perú, cubriendo la crisis de los rehenes japoneses en Lima.

—¿Por qué tienes tu base en Ankara?, —le pregunté. Casi todos los corresponsales extranjeros se afincaban en Estambul, una ciudad mucho más grande y más bonita.

—Porque la oficina principal de Reuters está allí, cerca de los políticos —me dijo—. Ankara es la capital política del país, y he de trabajar allí con mis contactos.

Se mostró inquisitivo, como suelen ser los periodistas, pero, en el fondo, solo le interesaba hablar de sí mismo. De vez en cuando los dos comprobábamos las BlackBerry cuando había un hueco en la conversación. Le di algunos consejos sobre Turquía, le pasé los contactos de un puñado de amigos, y a la mañana siguiente, me fui a Teherán.

Cuando volví a Estambul, al cabo de un mes, Paul ya formaba parte de nuestro grupo regular de amigos. Todo el mundo lo adoraba. Era divertido, listo y un periodista muy entregado y con mucho talento. A lo largo de los meses siguientes, él y yo (ambos con relaciones a larga distancia) acabamos pasando muchos fines de semana juntos. Salíamos a cenar o preparábamos alitas de pollo con salsa picante en casa de Jason, y nos quedábamos hasta tarde hablando y bebiendo demasiado. Todos mis viejos amigos habían soportado interminables conversaciones conmigo sobre mi futuro poco esperanzador con Mehdi, y ya estaban completamente aburridos de mi vida sentimental. Paul cogió entonces el relevo para aliviar la carga de jugar a terapeuta amoroso.

En febrero del 2006, Mehdi y yo habíamos roto y Paul y su novia, también. Ocurrió cuatro meses después de que él y yo cenáramos juntos por primera vez. A causa de mis sucesivas relaciones fracasadas, junto con las exigencias cada vez más acuciantes de mi trabajo, estaba segura de que pasaría el resto de mi vida sola. Era lo único que me producía una sensación de frustración.

—Salías con un iraní, te dejó plantada y no consigues un visado para entrar en Irán e intentar conquistarlo de nuevo —me dijo Paul con firmeza—. Creo que ya es hora de que te espabiles.

En mayo, Paul y yo hablábamos por teléfono casi todas las

noches, poniéndonos al día de los acontecimientos cotidianos, las noticias y nuestras vidas personales respectivas. Él había empezado a salir con una turca. Yo salía con todo el mundo, desde Nueva York hasta Estambul. Debí de recorrer más de ciento cincuenta mil kilómetros en pocos meses: de mayo a junio del 2006, fui de Estambul a Pekín, de Chicago a Florida, de México D. F, a Estambul, y luego a Damasco, fotografiando todo tipo de cosas, desde banqueros de inversiones en Hong Kong hasta el antiguo cácher de béisbol Joe Girardi, en Chicago, o las elecciones presidenciales en México. Y casi todas las noches mi teléfono sonaba, estuviera donde estuviese, y al otro lado de la línea estaba Paul.

Empecé a ansiar sus llamadas. Me ponía un poco nerviosa cuando el teléfono sonaba, por la tarde, porque él calculaba con mucho cuidado mi zona horaria y cuándo resultaba conveniente telefonearme entre mi trabajo y mis horarios de sueño. Nunca había salido con nadie que comprendiera lo estrechamente ligados que se encontraban mi trabajo y mi vida personal.

Entonces las palabras «guapa» y «beso» aparecieron en mi, anteriormente, platónica BlackBerry, y me sentí confusa. No estaba segura siquiera de si me atraía o no.

—Cásate con tu mejor amigo —solía decirme mi madre—. No debes casarte por pasión, porque la pasión se desvanece. Cásate con alguien que te haga reír, con quien puedas compartir el tiempo. La belleza pasa. La pasión pasa.

La verdad es que ni mi madre ni yo habíamos tenido demasiada suerte en lo que respecta a los asuntos amorosos, pero a veces me daba buenos consejos. Y estaba claro que la ruta apasionada que me había aconsejado mi abuela Nina no me había dado buenos resultados hasta el momento.

Un día Paul vino a Estambul por trabajo y salimos a cenar, como de costumbre. Pero algo había cambiado entre nosotros. Jason no nos acompañó, yo me arreglé, y Paul reservó una mesa en un restaurante caro, especializado en *sushi*. Cuando me acompañó a la puerta de mi casa por la noche para despedirnos, nos quedamos debajo de la farola de la calle más rato de lo normal, como si en realidad fuéramos a besarnos.

Justo en ese momento apareció Ivan. Nos miró, se detuvo, cruzó los brazos y se quedó en la esquina de la calle, enfrente de nosotros.

—¡No os podéis besar!, —chilló—. Porque si os liais, es inevitable que Lynsey acabe cortando contigo, y entonces no podremos ser amigos de Paul nunca más. Lynsey solo sale con gilipollas, y tú eres demasiado agradable y normal para ella. Y nos gustas mucho, Paul. Así que no me voy de esta esquina hasta que él se vaya de aquí y se meta en un taxi.

Esa era la fe que tenían mis amigos en mí, en lo relativo a los hombres. Aquellos años, anteponiendo el trabajo a todo lo demás o liándome con personas manifiestamente poco fiables, habían causado su efecto. Ivan se quedó allí diez minutos hasta que, finalmente, Paul se fue.

Pocas semanas después, Karl nos invitó a pasar el fin de semana en su casa del Bósforo. Nos reunimos allí el sábado; nadamos e hicimos una barbacoa, y de vez en cuando Paul, que estaba en la boda de un amigo, en Roma, me enviaba mensajes. Yo no los respondía todos. El domingo me llamó desde el aeropuerto de Estambul y acudió directamente a casa de Karl.

Estábamos en la cocina, preparando la cena. Yo lavaba una lechuga cuando él se me acercó por detrás y apretó la frente contra mi espalda, me puso las manos en la cintura y me susurró al oído:

—Te llevo a casa esta noche.

Una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo. A lo largo de los meses que llevábamos siendo amigos, con esas conversaciones alcohólicas que duraban toda la noche, Paul nunca me había tocado. El sencillo acto de notar sus manos en mis caderas, apretando su cuerpo contra el mío, cambió la dinámica.

—No, no lo harás.

—Sí, sí que lo haré. Y no vas a discutir conmigo.

Su confianza en el hecho de que seríamos adecuados el uno para el otro eliminó los interrogantes que se formaban en mi mente.

Y al final de aquella velada (fue la noche en que el futbolista francés Zidane dio un cabezazo al jugador italiano Materazzi, llevando a Italia a la Copa del Mundo del 2006), Paul y yo nos metimos en un taxi y nos fuimos a mi apartamento. A la mañana siguiente, tomando café en mi pequeña terraza que daba a la gran mezquita de Cihangir, me dije que, probablemente, pasaríamos juntos el resto de nuestra vida.

Paul y yo en la costa turca, julio del 2007.

Nunca había salido con nadie con quien pensara en casarme. Paul, como yo, estaba completamente entregado a su carrera. Se enfrentaba constantemente a fechas límite y se hacía cargo de mis largos horarios laborales. Él había trabajado como corresponsal extranjero en lugares como Argelia, y comprendía el desafío y el atractivo que suponía cubrir noticias importantes, a menudo peligrosas. Nunca tuve que explicarle por qué estaba fuera varias semanas al mes, ni por qué debía quedarme ante el ordenador, editando y archivando, hasta altas horas de la noche. A cada encargo que me llevaba a Darfur, al Congo o a Afganistán, él simplemente decía: «Te quiero. Estoy aquí. Haz tu trabajo y vuelve cuando hayas acabado. Estaré esperándote».

No solo aceptaba mi trabajo, sino que me apoyaba entusiásticamente, emocionado al ayudarme a planear mis informes, fascinado por la perspectiva del reportaje siguiente y visiblemente orgulloso de mis logros. Pocos hombres se implicaban tanto en la carrera de sus novias. No podía evitar mostrarme suspicaz.

Pocos meses antes de llevarlo a casa de mi loca familia por

Navidad, quería asegurarme de que se encontraría a gusto entre hombres gay y escandalosos italoamericanos. Socialmente, Paul era un hombre amable y relajado, pero también algo refinado, a su manera europea, cortés y educada. Le expliqué que todo el mundo le haría millones de preguntas. Le dije, en broma, que si tenía algún secreto sería mejor que me lo contara, porque mi familia era capaz de sonsacarle cualquier cosa a cualquiera. Se puso un poco nervioso.

—Bueno, hay algo que… probablemente debería decirte —confesó. Llevaba su jersey de escote en pico de color verde bosque —. Tengo título nobiliario. Soy conde.

—¿Que eres qué?

—Soy conde.

Me explicó que su bisabuelo era hijo adoptivo de un barón judío austro-húngaro, Maurice von Hirsch, un rico banquero que prestó dinero al rey Eduardo VII e hizo una fortuna construyendo el primer ferrocarril que conectaba Turquía con Europa. Hirsch era también un filántropo que donaba dinero a programas destinados a procurar el asentamiento de los judíos perseguidos y empobrecidos que vivían en Rusia y en Europa del Este. El bisabuelo de Paul, barón de Forest, llegó a ser parlamentario británico, fue amigo íntimo de Winston Churchill y, posteriormente, adquirió la ciudadanía del Principado de Liechtenstein, donde el príncipe le otorgó el título de conde. En 1944, estableció una fundación caritativa para la protección del medio ambiente, que el padre de Paul dirige hasta el día de hoy. Paul pasó su niñez en un castillo, en Roquebrune-Cap-Martin, en la Riviera francesa, junto a la villa del presidente de Zaire, Mobutu Sese Seko. Su padre rescató por vía aérea a un centenar de lemures en peligro, en Madagascar, se los llevó a casa y estableció un zoo privado que se extendía hasta el mar, poblado por esos diminutos monos que aterrorizaban a Paul de niño.

Me quedé mirándolo. ¿Qué le iba a contar yo a Nina, mi abuela italiana, que llegó en barco desde la ciudad de Bari hasta la isla de Ellis, y luchó toda la vida para sacar adelante a su familia? A Nina no le gustaba nada la gente que tiene el éxito a su disposición en una bandeja de plata. ¿Y qué le parecería a Paul mi familia de clase media? No estaba segura de lo que significaba un título de conde, hoy en día. ¿Tendría que hacerle reverencias la gente? ¿Llevaría

kilt? ¿Vivía su familia en castillos de verdad? Antes de poder reaccionar, las palabras ya habían salido de mi boca.

—No se lo cuentes a mi familia —le dije.

No debería haberme preocupado; Paul encajó perfectamente en mi familia. Al principio fui yo la que tuve problemas para encajar en la suya. Cuando llevábamos unos meses de relación, yo planeaba un viaje al campo de refugiados de Darfur, al este del Chad, volando vía París. Paul, casualmente, había de estar en la capital francesa para asistir a la fiesta del trigésimo cumpleaños de su mejor amigo, Oscar. Hice la maleta con las cámaras y una parabólica, y preparé otra bolsa del tamaño del equipaje de mano, por si teníamos que coger un vuelo fletado por la ONU hasta la frontera, ya que siempre restringían el peso del equipaje. Metí en la maleta unas cuantas túnicas de lino, unos vaqueros, pantalones de camuflaje, pañuelos de cabeza, una mosquitera, una linterna, toallitas húmedas, antibióticos, zapatillas deportivas y un conjunto de ropa de gimnasia, por si había un gimnasio por casualidad en el hotel de Yamena, la capital del Chad. Paul me dijo que el fin de semana sería informal, de modo que puse también algunas prendas más de vestir en la bolsa. En Nueva York, una fiesta de cumpleaños normalmente requería unos vaqueros ajustados, un top un poco más estiloso y zapatos de tacón, y alguna joya de plata. Pero nunca me había relacionado con suecos.

Cuando llegué al restaurante para reunirme con Paul, con Oscar y unos cuarenta amigos suyos, comprendí que estaba en un apuro. Todos eran como estatuas, rubios y de una elegancia perfecta. Las mujeres llevaban vestidos casi de gala, de telas muy finas que les moldeaban con gracia los esbeltos cuerpos. Parecía que profesionales peluqueros acababan de arreglar y rizar sus rubios cabellos. Todas llevaban bolsos de Chanel, Prada, Gucci o Louis Vuitton. De los lóbulos de las orejas colgaban diamantes. Los hombres calzaban mocasines Gucci, trajes de Prada, relojes Audemars Piguet, marcas que yo no conocía.

Y ahí estaba yo con mi top de Zara, mis vaqueros
Levi's
y mis tacones Nine West, de camino a Darfur.

Cuando Paul me los presentó, todos me miraron por igual de

arriba abajo, y luego me volvieron la espalda y se alejaron. A nadie le importó quién era yo, a qué me dedicaba, ni el hecho de que iba a Darfur a documentar una guerra para que la gente como ellos pudiera tener alguna pista de qué ocurría en el mundo fuera de Estocolmo o París. Me hundí en una inseguridad que no tenía ni idea de que existiera. Al día siguiente fui corriendo a Zara, intentando encontrar alguna prenda lo bastante elegante que ponerme.

—Pero eres una mujer fuerte, de mucho éxito… una fotógrafa de guerra que ha viajado por todo el mundo —me dijo Paul—. ¿Realmente te importa lo que piensen esas mujeres?

A la noche siguiente estaba programada otra cena, y ya temía las miradas desaprobadoras de aquellas féminas que no habían trabajado ni un solo día en su vida. Pero yo seguía siendo una mujer y me importaba mi aspecto; por muchas cosas que hubiese conseguido en mi carrera, nada elimina esas inseguridades acuciantes que desarrollas de niña o de adolescente. Y para bien o para mal, aquella gente aparecería de vez en cuando en la vida de Paul. Había de enfrentarme de nuevo a ellos, cosa que me impulsaba a cuestionarme también el buen juicio de Paul: ¿cómo era posible que le gustaran esas amistades? ¿Quería yo formar parte de aquel mundo?

Quizá me preocupaba porque en realidad quería que aquella relación funcionase. Había algo en el excéntrico entorno de Paul que, de alguna manera, hacía eco en el mío: lo ayudaba a que fuese comprensivo con mi profesión, que tanto tiempo consumía, y capaz de adaptarse a mi rara vida. Habíamos hallado un terreno común en la jungla de nuestra anormalidad familiar: el amor por nuestro trabajo. Él respetaba mi laboriosidad y mi empuje. El amor entre nosotros era incondicional por naturaleza, permitiéndonos ser nosotros mismos, sin limitaciones. Me recordaba el amor que me profesaba mi familia. De repente, asistiendo a aquella estúpida fiesta sueca, me di cuenta de que Paul era distinto de cualquier otro hombre que había conocido jamás.

Aquella misma noche, me senté sola a una mesa mientras todo el mundo tonteaba alrededor, y entonces uno de los suecos se me acercó por primera vez y me preguntó si se podía sentar.

—Claro —dije, sorprendida.

—Me llamo Carl. Creo que eres la única persona aquí que trabaja.

Me eché a reír. A la mañana siguiente salí corriendo hacia Darfur, donde me sentía totalmente cómoda.

Capítulo 9
El lugar más peligroso del mundo

En el año 2007, la guerra de Afganistán iba prolongándose, y la perspectiva de paz disminuía a cada año que pasaba. La insurgencia talibán se extendía por todo el país, y Norteamérica, distraída con Irak, pagaba el precio por descuidar a un país demasiado familiarizado con una ocupación. Todas las semanas había explosiones de coches bomba y atentados suicidas; las tropas de la OTAN tomaban represalias, matando a gran número de civiles en el proceso. Mi relación con Afganistán se remontaba a siete años atrás, y a medida que se perdían cada vez más vidas en ambos bandos, se me hizo patente la necesidad de documentar lo que se había hecho mal.

En agosto, Elizabeth Rubin (mi antigua compañera de Irak, que había llegado a hacerse íntima amiga mía) y yo íbamos buscando una posible incorporación a las tropas norteamericanas, que nos permitiera cubrir algún combate y que explicara por qué morían tantos civiles afganos, cuando se suponía que el armamento estadounidense era tan avanzado y preciso. Hablábamos casi todas las noches, sopesando las opciones.

Elizabeth sugirió que fuéramos al abominable frente del valle de Korengal, cerca de la frontera de Pakistán, que era uno de los lugares más peligrosos del país. Los korengalis eran conocidos por su dureza, y toda aquella zona era conocida como «la cuna de la yihad», porque estuvieron entre los primeros en rebelarse contra los soviéticos en los años ochenta.

—Quiero saber cuántos civiles mueren ahí —me dijo—. ¿Sabías que el setenta por ciento de las bombas que asolan Afganistán caen en Korengal?

Estaba ansiosa por sumergirme en una buena historia con Elizabeth, y me había familiarizado lo suficiente con su trabajo como para saber que todo cuanto enviase ella desde el lugar de los hechos sería excelente y causaría un impacto periodístico. Hacia el

2007, yo había hecho más de una docena de salidas con militares; me encontraba cómoda viajando con el Ejército y preparada para las condiciones de los combates. Queríamos acordar una incorporación que durase más de una semana o dos, a diferencia de mis anteriores estancias con los militares, para tomarle el pulso a la guerra.

El permiso para nuestra incorporación lo autorizaron a mediados de agosto. Yo me adelanté yendo a la base aérea de Kandahar, una base norteamericana y de la OTAN, para empezar a fotografiar a las tropas con los equipos de evacuación médica; allí esperé a que llegase Elizabeth. Nosotras hablábamos regularmente mientras yo estaba en Afganistán y ella seguía todavía en Nueva York.

—¿Cuándo llegas?, —le pregunté, esperando en silencio que mi insistencia consiguiera apresurar la fecha de su llegada. Ya se había demorado, y temí que algún otro retraso pudiera estropear mi programa de trabajo tan cuidadosamente diseñado.

—Estoy enferma —me dijo—. A lo mejor tardaré una semana más.

—¿Que estás enferma? ¿Qué tienes?

—La gripe. Y además estoy embarazada de tres meses.

—¿Qué? ¿Embarazada? ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Sí, no me pasará nada. Necesito quedarme aquí un poco más, y me encontraré bien.

El embarazo era desde siempre una idea terrorífica para mí. En nuestro trabajo, pocas mujeres se casaban y mucho menos parían hijos. Solo las amigas de la universidad, gente con trabajos «normales», se habían quedado embarazadas. Yo no tenía ni idea de cómo criar bebés, ni de las fases del embarazo, ni de cómo se sentían las mujeres o qué aspecto ofrecían.

—¿Y se te nota?, —le pregunté—. ¿Cómo lo vas a esconder?

Que yo supiera, no había ninguna norma por la cual una periodista embarazada no pudiera incorporarse al Ejército, pero lo más probable es que los militares nunca hubiesen afrontado una situación semejante. Ella me tranquilizó y me aseguró que era demasiado pronto para que se le detectara el embarazo, que asumía los riesgos y que, físicamente, se encontraba bien. Supuse que los militares no permitirían nunca que aquella incorporación nuestra durase más de un mes, y que abandonaríamos Afganistán antes de

que la gestación de Elizabeth fuera muy evidente. Mi filosofía siempre ha sido que la gente debe tomar sus propias decisiones, y no pensaba juzgar lo que mi amiga estaba haciendo con su vida y con su cuerpo. Ella era una de las periodistas más profesionales con las que había trabajado jamás. Aunque las presiones, los viajes interminables y los riesgos de nuestro trabajo hacían casi imposible criar a un hijo, Elizabeth se estaba haciendo mayor, y quizá se hubiese planteado si no se estaría perdiendo la oportunidad de ser madre. Me hizo jurar que lo mantendría en secreto.

Mi amiga parecía la misma de siempre cuando se reunió conmigo en Afganistán, a principios de septiembre. Nos dirigimos a una base que había en la ciudad de Yalalabad, desde la que se enviaba a los periodistas a las bases militares a través del este de Afganistán. Nos reunimos con el oficial de Relaciones Públicas en una oficina de prensa situada en una caravana, colocada entre las tiendas y la cantina. Todo el mundo nos dirigía aquella mirada familiar que los soldados varones intentan ocultar sin éxito y que significa: ¡Uf, chicas!

Estaba claro que el oficial de Relaciones Públicas no quería que fuéramos al valle de Korengal, porque, según argumentó tímidamente, los dormitorios y baños no estaban acondicionados para mujeres. Elizabeth le dijo que podríamos adaptarnos a lo mismo que los hombres. Parecía indeciso, pero unos días más tarde nos dieron permiso para dirigirnos a nuestro destino.

Nuestra primera parada fue Camp Blessing, una pequeña base en el asombroso valle del río Pech, donde algunos edificios de piedra se encaramaban a montañas muy frondosas en una posición increíblemente empinada. Blessing era el cuartel general del batallón de la 173.ª División Aerotransportada. Allí había edificios donde alojarse, en lugar de las tiendas (un lujo inusual en una base remota), así como un pequeño gimnasio, lavabos y duchas para hombres y mujeres por separado, una cantina, que me recordaba vagamente a un refugio de Vermont, y una zona para que el equipo de morteros los disparase al otro lado del valle. Las bases más accesibles contaban con una especie de «ave» o helicóptero que llegaba desde Kabul o Yalalabad todos los días; Blessing era una base remota, y solo se veía el «ave» cada tres días, con suerte.

Soldados de la 173.ª División Aerotransportada, Compañía de Combate, reaccionan al recibir disparos de mortero junto al refugio del puesto de avanzada de Korengal.

Estábamos en el meollo de la guerra de Afganistán, e, inmediatamente, nos pusimos a trabajar. Los oficiales nos permitieron entrar en el Centro de Mando de Operaciones Tácticas (TOC, por sus siglas en inglés), donde había una pared entera cubierta de pantallas, que proporcionaba información en directo de actividades hostiles en la zona operativa del batallón. En unas pantallas de infrarrojos alimentadas por drones, los jefes podían distinguir entre seres vivos y objetos inertes, basándose en el calor que emitían. El TOC también estaba equipado para recibir datos de los cañoneros
AC-130
(aviones de ataque que sobrevolaban el combate), así como de los helicópteros Apache, que maniobraban mejor que los aviones. Había mapas clasificados pegados o clavados con tachuelas en casi toda la pared que quedaba disponible. Manojos de cables de Ethernet, cargadores de portátiles, discos duros y cables telefónicos sujetos con cinta adhesiva a los escritorios y colgados de las paredes, formando columnas que iban desde el suelo hasta el techo. Junto a los mapas, también se veían listados impresos en papel

blanco de números de teléfono, extensiones y códigos. Una hoja enorme repleta de acrónimos y siglas, descifrables solo para algunas personas, cubría toda la pared del fondo de la habitación. Un grupo de soldados de rango superior estaban reunidos en el TOC, observando las tropas en acción en el campo de operaciones a través de conexiones de vídeo, mientras que otros soldados interceptaban llamadas telefónicas de bases remotas, así como de los Controladores de Ataque Final Conjunto (JTAC, por sus siglas en inglés), es decir, soldados de las fuerzas aéreas que servían en unidades del Ejército actuando de enlace entre las tropas de tierra y las fuerzas aéreas. (Cuando los combates se intensifican demasiado, a menudo el Ejército necesita el apoyo aéreo que haga saltar por los aires todo cuanto haya en la zona. Los JTAC son los que efectúan la llamada de auxilio).

Parecía imposible que no ganásemos la guerra contra los talibanes, un enemigo que tenía poca tecnología (ni electricidad) y que correteaba por las montañas en chancletas, con fusiles Kalashnikov oxidados y tubos de mortero improvisados. Pero eran unos combatientes formidables, y su conocimiento del terreno era insuperable. Casi en cualquier momento del otoño del 2007 se desarrollaba un combate en algún lugar del valle, iluminando las pantallas del TOC como si fuera el Centro Rockefeller en Navidad.

Como norma, fotografiar pantallas, mapas o documentos con información clasificada era siempre un asunto delicado, porque las imágenes podían acabar en manos del «enemigo», ese término nebuloso con el que los militares solían referirse a los talibanes y a los militantes anticoalición que querían expulsar a los occidentales de su país. Expliqué a los oficiales que podía fotografiar aquella sala sin revelar lo que se veía en las pantallas, alterando el foco, emborronando la imagen o evitando por completo las pantallas. Quería captar la intensidad de aquel recinto. Me dieron permiso con la condición de que la G2, la inteligencia militar, pudiera supervisar mis imágenes desde el TOC para asegurarse de que no transmitía información altamente delicada. Era algo casi sin precedentes que los militares quisieran examinar mis imágenes, pero accedí en esta ocasión porque me daban acceso a la escenografía que deseaba: un panorama maravillosamente deslumbrante de la sofisticada tecnología occidental que todavía no había visto impresa.

Cuando acabé de fotografiar, el oficial del G2 y yo nos sentamos en una habitación contigua, y mientras examinábamos todas las fotos del TOC (soldados con pantalones cortos de gimnasia observando las pantallas, recibiendo llamadas telefónicas y tomando decisiones al instante sobre si permitían o no que arrojaran bombas de doscientos kilos), él me soltó la pregunta, como quien no quiere la cosa:

—Bueno… ¿de cuántos meses está embarazada su amiga?

Me quedé helada. ¿Cómo se habría dado cuenta? Ambas habíamos telefoneado la noche anterior desde nuestros teléfonos Thuraya por satélite, y quizá Elizabeth había hecho alguna referencia a su embarazo, mientras ellos supervisaban subrepticiamente nuestras llamadas.

—No está embarazada. —Mantuve la vista clavada en la pantalla del ordenador. Nunca he sido buena mentirosa, pero siempre me he tenido por una amiga leal. Elizabeth me recordaba varias veces al día que no debía decir ni una sola palabra acerca de su gestación, y la obedecí.

El oficial no insistió, pero yo me quedé muy preocupada pensando que los otros podían averiguarlo.

No nos quedamos mucho tiempo en Camp Blessing. La noche anterior a volar al puesto de Korengal, nos reunimos en el TOC para contemplar a las tropas de Estados Unidos inmovilizadas mientras los talibanes les disparaban los morteros desde un tejado. Los mandos militares consideraban la opción de bombardear desde los aviones, y discutían los posibles «daños colaterales» (bajas civiles) que podían causar las bombas de doscientos cincuenta kilos. El combate se alargaba. Las tropas continuaban inmovilizadas. Y al final, el teniente coronel Bill Ostlund, jefe del batallón establecido en el TOC, pidió ayuda a un bombardero que arrojó una de esas bombas de casi doscientos cincuenta kilos en la zona. Los combatientes talibanes se desintegraron en las pantallas delante de nosotros. El combate no era distinto de los que yo había cubierto en el pasado, pero esta vez veía cómo se desarrollaba en una pantalla, cosa que, extrañamente, me parecía mucho más siniestro que estar sobre el terreno. Y noté algo más: en Irak y en otras partes de Afganistán había largos periodos de calma entre combate y combate. En cambio, en Korengal la frecuencia era constante, día y

noche.

En el valle de Korengal, los norteamericanos habían establecido varias bases pequeñas, conocidas como bases adelantadas de operaciones (FOB, por sus siglas en inglés) y puestos de combate más pequeños (COP, también por sus siglas en inglés). Estaban ubicados en el territorio más hostil de Afganistán, en el núcleo de la insurgencia, así como en el corazón del comercio de madera del país, que era, precisamente, lo que ayudaba a financiar la insurgencia. El puesto de Korengal, o KOP (por sus siglas en inglés), estaba solo a nueve kilómetros al sur de Camp Blessing, junto a una estrecha carretera de montaña sembrada de IED. Esa carretera era un blanco fácil para los combatientes afganos situados en las alturas de las montañas que había en torno. Decidimos volar en un Chinook, un avión muy lento que se convertía en un blanco más grande y menos ágil que, digamos, un Black Hawk. Siempre temía que nos derribaran.

En cuanto tocamos tierra, nos escoltaron directamente a la tienda médica. Nos saludó el jefe del KOP, el capitán Dan Kearney, pero nuestra atención se trasladó de inmediato a los acontecimientos que se desarrollaban en el interior. Habían llevado a la base a unos niños afganos conmocionados, con heridas superficiales en cara y cuerpo. Sus familiares habían dicho a los médicos del Ejército que esas heridas eran de metralla, de la noche anterior, presumiblemente proveniente de las bombas que habíamos visto explotar en las pantallas del TOC. Acabábamos de aterrizar en el mismísimo escenario que queríamos documentar: los efectos de la guerra entre los civiles.

Pasé mucho tiempo fotografiando a un niño llamado Jalid, que tenía los ojos inyectados en sangre y vidriosos, y la pálida piel llena de rozaduras y barro. La suciedad se había acumulado en las comisuras de sus rojos labios; apenas parpadeaba. Formando parte de la campaña de contrainsurgencia y para congraciarse con la gente, los médicos del Ejército atendían a menudo a los afganos heridos. Pero siempre lo hacían con escepticismo cuando estos les decían que habían resultado heridos por bombas norteamericanas.

Aquella noche dormimos sobre catres de búnkeres tenebrosos excavados en el suelo; unas tristes bombillas pendían sobre nosotros colgadas de precarios hilos. Había pulgas. El torso de Elizabeth

parecía un rompecabezas de bultos y manchas; no le habían respetado ni una sola parte del vientre. Las pulgas (quizá detectando las hormonas del embarazo) se daban un festín con ella. (Yo en cambio no parecía interesarles en absoluto). Mi amiga fue varias veces al médico para que le recetara algo que acabara con su sufrimiento, y cada vez él la despachaba recetándole ibuprofeno y repelente de pulgas, pero la verdad es que ella podía tomar pocas cosas que le resultaran inocuas para el embarazo. Se pasó toda la noche removiéndose en el catre, incómoda.

El capitán Dan Kearney tenía solo veintiséis años, era guapo y muy fornido. A veces se comportaba como un caballero y otras veces era muy duro de pelar, déspota y exigente con sus tropas. Siempre fue muy amable y servicial con nosotras, ordenando a sus soldados que nos cedieran sus catres, o proporcionándonos mantas extra cuando el tiempo de finales del verano se volvió invernal. A la tropa no le hacía demasiada ilusión cumplir las órdenes de Kearney.

Sospecho que los soldados casi nunca nos tomaron en serio, y que no entendían por qué dos mujeres querían someterse voluntariamente a las penalidades y a los peligros del valle de Korengal. Yo intentaba desmentir sus prevenciones hacia nosotras, las chicas, y su idea de que podíamos entorpecerlos en sus maniobras, preparándome con minuciosidad, tanto física como mentalmente. Planificaba muy bien cada salida, me aseguraba de llevar todos los objetos que necesitaba en mi equipo, intentaba ser lo más autosuficiente posible y no demostrar el miedo que tenía. Como en cualquier otra misión, quería integrarme y hacerme notar lo menos posible. A algunos soldados les resultaba difícil el rigor de las patrullas diarias de seis horas, sobre todo porque llevaban encima bastantes kilos de munición, y yo estaba segura de que muchos dudaban de que nosotras pudiéramos aguantar su ritmo.

Sabía, por experiencias anteriores, que los soldados salían casi todos los días en esas patrullas para buscar al «enemigo» y para establecer su presencia en la zona; a veces iban preparados para un tiroteo. Varias veces a la semana se adentraban en lugares potencialmente hostiles, como los pueblos de Aliabad y Donga, que consistían en una serie de casas, construidas con finas losas de piedra amontonadas unas encima de otras, esparcidas desde el fondo del valle hasta lo más alto de la montaña. En ocasiones las

patrullas duraban siete horas. El terreno era prácticamente vertical.

Durante las primeras semanas, Elizabeth no parecía molesta por el embarazo, aparte de que tenía que detenerse para orinar varias veces en el curso de cada patrulla. Tras años de intentar que los soldados no tuvieran en cuenta nuestro sexo cuando nos incorporábamos al Ejército, yo apretaba los dientes cada vez que habíamos de pedirle al jefe del pelotón, el teniente Matt Piosa, que detuviera a un grupo entero de soldados en medio de pueblos hostiles mientras Elizabeth se iba corriendo a una casa abandonada o detrás de un árbol a vaciar la vejiga. Ambas éramos bastante débiles, además, y no estábamos acostumbradas a trepar colinas muy empinadas, especialmente respirando el aire enrarecido de la montaña. En mi país, yo corría casi diez kilómetros todos los días, y aun así me costaba muchísimo trepar por aquellas cuestas. No podía ni imaginarme lo que debía de ser hacerlo llevando a un bebé en mi seno.

Un día fuimos a la base Vimoto, otro puesto de avanzada del Ejército que servía como punto de observación estratégico. Le habían puesto el nombre de un soldado que murió a consecuencia de los disparos que recibió en una de sus primeras patrullas. Salimos por la mañana y caminamos colina arriba hasta llegar a la base, consistente en poco más que unas pocas posiciones de tiro y una zanja para dormir, rodeada de sacos de arena. Parecía un lugar mísero para pasar algunos meses. En el camino de vuelta, la luz del día se desvaneció y llegó la oscuridad. Nosotras, a diferencia de los soldados, no llevábamos gafas de visión nocturna. A menos de cincuenta metros de la base, Elizabeth soltó un grito y oí el crujido de los arbustos bajo sus pies. Cayó rodando por la montaña.

A mí me entró el pánico. No entendía de embarazos, pero supuse que un impacto en el abdomen podía ser peligroso.

—¿Estás bien? ¿Te has dado algún golpe en el vientre?, —le pregunté entrecortadamente, temiendo la respuesta.

Ella apenas respondió. Estábamos nerviosas por el simple hecho de intentar regresar a casa vivas. Que, además, Elizabeth estuviera embarazada resultaba tan raro que ni siquiera sabíamos cómo reaccionar.

Pero ella se lo tomaba todo con calma. A veces se quejaba de que las placas de hierro del chaleco antibalas le presionaban

demasiado el pecho y el vientre, de modo que intercambié mis placas de cerámica, más ligeras, con las suyas, metálicas y pasadas de moda. Y continuamos saliendo de patrulla como de costumbre: ella cargada con el peso del bebé que iba creciendo, y yo con mis cámaras y mis baratas placas de acero.

Al cabo de unas semanas, me fui de permiso para pasar unos días con Paul. Elizabeth se quedó en el puesto de Korengal y siguió informando. En mi ausencia, ella enviaba despachos regulares de lo que ocurría allí, con mucho cuidado de no revelar ninguna información táctica. Yo experimentaba un constante e insistente remordimiento por haberla dejado sola con los soldados, mientras me relajaba y me distraía con mi novio. Una noche Elizabeth me llamó para contarme que había salido con una patrulla nocturna, pero que se deshidrató tanto que, a la vuelta, necesitó suero intravenoso. Comprendí que era el momento de regresar. Llené una bolsa con artículos de invierno para las dos, muchas barritas de proteínas y unos vaqueros de embarazada para mi amiga.

Cuando volví, viajamos a la base Vegas, más remota aún, que «gozaba» de un vulnerable asentamiento en un repecho de la montaña, frente a un amplio y maravilloso valle. Vegas era el humilde hogar de la Primera Sección. Había una iglesia de contrachapado sin techo, unos cuantos sacos de arena, una mesa de madera y un excusado exterior, donde, junto al agujero que había en el suelo y que servía de letrina, habían colocado estratégicamente un ejemplar muy mugriento de la revista *Maxim*. Unos meses antes de que llegásemos nosotras, el sargento de la sección recibió un tiro en la cabeza y cayó muerto en el espacio entre el servicio y los alojamientos. Cada viaje a la letrina era una carrera peligrosa. No había nada que hacer en la base Vegas salvo comer suministros militares en sobre (MRE, por sus siglas en inglés de «listo para comer»), cotillear, jugar a las cartas, dormir y patrullar.

Un día hablamos con los soldados de su vida personal, de por qué se habían alistado y qué hacían antes de acabar allí en medio de la nada, en el valle de Korengal.

—Este es mi sexto viaje entre Irak y Afganistán desde el 11 de septiembre del 2001 —nos dijo el sargento primero Larry Rougle, o

Wildcat. Rougle era uno de mis favoritos. Tenía el pelo de un castaño oscuro, cortado en forma de tazón y que le crecía cada vez más en torno a sus enormes ojos castaños a medida que el tiempo pasaba en la remota base Vegas, el pecho abombado, aspecto fornido y los brazos tatuados desde la muñeca hasta el hombro. Era muy reflexivo y se expresaba muy bien, pero hablaba con una nostalgia ominosa, como si temiera que su sexto viaje fuese una tentación excesiva para el destino. Había formado parte de una banda, en el sur de Jersey. Le pegó un tiro a alguien y lo internaron en un reformatorio, donde pasaba el tiempo aprendiendo ruso y leyendo. Cuando salió, se alistó en el Ejército. Tenía novia y quería casarse. Siempre hablaba de su madre.

Algunos de los chicos practicaban algún juego y escribían correos electrónicos en sus portátiles. Muchos de ellos leían revistas antiguas y libros reciclados. No tardé demasiado en terminar de leer todo el material que me había llevado, y en aquellos tiempos preKindle, acabé leyendo un ejemplar en miniatura del Nuevo Testamento que encontré rodando por la base.

Y todas las mañanas, día tras día, cuando amanecía, salíamos de patrulla. Primero nos reuníamos todos para recibir instrucciones del jefe de la sección, el teniente Brad Winn, de voz suave y fastidiosamente tímido. Luego cargábamos en nuestro equipaje del día agua, barras de proteínas, tentempiés MRE y nuestros focos, y yo comprobaba mi cámara para estar segura de tener baterías de repuesto y todas las tarjetas de memoria que poseía, por si nos quedábamos atrapados en medio de una actividad hostil por la noche.

Caminábamos en fila india por un camino de cabras entre los altos cedros, yendo de pueblo hostil en pueblo hostil. El jefe de la sección, por lo general, nos ponía a Elizabeth y a mí juntas, entre dos soldados, y mientras avanzábamos por aquellos estrechos senderos, yo incordiaba a mi colega constantemente preguntándole si había bebido el agua suficiente. La orden que habíamos recibido era permanecer a unos seis metros de distancia de la persona que teníamos delante, ya que dejando espacio entre los soldados disminuía el número de bajas en una emboscada o por si explotaban minas terrestres. Si nos atacaban, debíamos hacer lo que nos dijera el soldado que nos habían «asignado». Casi siempre la orden era:

«¡agáchense!» o «¡corran!». Interiormente, esperaba que se produjera alguna breve batalla utilizando las armas, porque ya había hecho suficientes fotos de tropas montando guardia con las armas, o hablando con la gente del pueblo. Pero cuando las balas empezaban a silbar, rezaba para que acabase el combate enseguida.

Durante las semanas que estuvimos recorriendo los valles a pie, cargadas con chalecos antibalas, cascos, agua y comida, Elizabeth y yo nos volvimos más fuertes y decididas. Nuestro equipo pesaba casi veinte kilos en total (el mío más incluso, debido al conjunto de cámaras), pero seguíamos el ritmo de las patrullas de seis horas en las exigentes montañas del valle de Korengal. Nos fuimos acostumbrando al silbido y al estrépito de los proyectiles de mortero que se acercaban, dirigidos a la base, y que a menudo aterrizaban lejos del objetivo, en medio de la nada. Corríamos para ponernos a cubierto en un refugio de bloques de cemento o detrás de enormes barreras de gavión rellenas de arena, sin hacer aspavientos. De forma habitual, nos alcanzaban proyectiles de fusiles Kalashnikov o de unas ametralladoras rusas llamadas Dushka. Al principio, al oír las balas, notábamos que se nos alborotaba el corazón, pero se fue convirtiendo en algo tan normal como el canto del gallo al amanecer en cualquier sitio del mundo.

El vientre de Elizabeth iba creciendo a medida que pasaban los meses, pero al descender la temperatura, aumentaban las capas de ropa que llevaba y escondían la presencia del bebé. A cada calambre o dolor de cabeza que sufría, yo cogía mi teléfono Thuraya por satélite y llamaba a mi hermana Lisa, que vivía en Los Angeles, teniendo mucho cuidado de que ninguno de los soldados nos oyera.

—Lee, ¿qué significa que Elizabeth tenga calambres?, —le preguntaba—. ¿No importa que camine varias horas al día? ¿El peso de un chaleco antibalas no le causará ningún problema al niño?

Mi hermana, acostumbrada desde hacía años a tener a su hermana pequeña en el frente, y de alguna manera resignada a no imponernos su opinión ni a mí ni a mis colegas, no respondía con un sermón sobre los peligros de estar embarazada en una zona de guerra, yendo de patrulla militar. Como madre de dos hijos, era muy pragmática y nos aseguraba repetidamente que los bebés resistían muchísimo.

—Dile solo que beba muchísima agua —decía—. Lo peor que le puede pasar es que se deshidrate.

Aquel otoño en el valle de Korengal, la Compañía de Combate se había estado preparando para la Operación Avalancha de Rocas, otra misión de todo un batallón para erradicar a los combatientes talibanes de mayor rango. A mediados de octubre los preparativos se hallaban en su apogeo. Nos habían advertido de que la Operación Avalancha de Rocas iba a ser peligrosa. Los soldados confiaban en sacar a los talibanes de sus refugios para luchar.

Aquella vez otros dos periodistas, los fotógrafos Tim Hetherington y Balazs Gardi, habían venido también para cubrir la operación. El capitán Kearney nos dio a elegir a los cuatro a qué pelotón queríamos acompañar en la misión. Él se quedaba al margen del combate, en lo que se llamaba el equipo de supervisión, pero el primero y el segundo pelotón iban a estar en primera línea de fuego. Entrarían en los pueblos, registrarían los hogares e iniciarían la ofensiva, si los atacaban. El primer destino, el pueblo de Yaka China, estaba construido casi en vertical. Si queríamos acompañarlos, tendríamos que entrar de noche en el pueblecito, con todo nuestro equipo, pasar directamente por unos campos de regadío, que formaban un ángulo de setenta grados. También deberíamos ocuparnos de llevar nuestra propia comida, agua, artículos para dormir, equipo de trabajo, ropa… en fin, todo lo necesario para una semana de patrulla, acampada y caminata por las montañas, mientras perseguíamos a los talibanes y ellos nos perseguían a nosotros.

Elizabeth sugirió que nos quedásemos con el capitán Kearney y con la unidad de apoyo, y él nos animó a hacer eso mismo: quedarnos atrás. Yo quería ir con el segundo pelotón, al frente, pero no estaba segura de poder mantener el ritmo. Elizabeth decidió concluir el debate acudiendo a Balazs y diciéndole lo que necesitaba para su artículo y también que estaba embarazada. Pareció que él se desconcertaba un poco, pero su respuesta fue firme: decididamente, debíamos quedarnos con el capitán y con la unidad de apoyo, que se colocarían detrás de los pelotones que combatían para supervisar la operación y dirigirla. Determinamos, pues, quedarnos con el capitán Kearney.

Pensé en Paul y agradecí mucho que no supiera lo que estaba a

punto de hacer. Aunque hablábamos por teléfono por satélite casi todos los días, las reglas de la incorporación me prohibían mencionar cualquier información táctica o estratégica por si había algún insurgente escuchando. Nuestras conversaciones se limitaban sobre todo a qué tipo de barritas de proteínas y MRE había comido aquel día, y qué ocurría en Estambul respecto a su trabajo y a nuestros amigos.

La noche del 19 de octubre nos metimos en un Black Hawk con rumbo a las montañas que se cernían sobre Yaka China. Yo estaba aterrorizada. Las tropas extranjeras no habían intentado entrar en la zona desde hacía años. El Black Hawk se mantenía en el aire sobre las escarpadas laderas, y nos indujeron a saltar en plena oscuridad, a cierta distancia del agreste terreno. Salté del helicóptero, intentando evitar que mis cámaras chocaran contra el suelo, y aterricé en medio de una masa convulsa de soldados. Nos quedamos allí echados un instante, un montón confuso de humanos y equipamiento, mientras el Black Hawk se marchaba volando en la oscuridad y nos arrojaba una ducha de hierbas y tierra. Esperaba que no se me hubieran roto las cámaras al saltar, y me pregunté si Elizabeth y su pequeño estarían bien.

Ignoraba qué se suponía que debía hacer a continuación. Como el capitán Kearney nos había prestado unas gafas de visión nocturna, me esforcé en colocármelas, sujetándolas al casco. Al cabo de unos minutos, la TOC de Camp Blessing informó a Kearney de que un pequeño grupo de hombres armados se dirigía hacia nosotros. El Black Hawk les había revelado nuestra ubicación. El capitán habló con los JTAC, que a su vez se comunicaron con las fuerzas aéreas para enviar un
AC-130.
No tardamos en oír muy cerca el sonido de los aviones y el estruendo de las municiones, y supimos que los insurgentes habían acabado reducidos a polvo.

En el lado de la montaña que daba a Yaka China, la unidad de apoyo descargó unas voluminosas máquinas que parecían reliquias recuperadas de Vietnam. La descarga de adrenalina que solía notar en momentos como aquellos se hallaba misteriosamente ausente. Estábamos a miles de metros de altura, en octubre, y el frío se me

había metido en los huesos. No había tiendas, ni paredes, ni techo que nos cobijara, sino solamente algunos arbustos, árboles de raíces nudosas y parcelas de tierra en la ladera de una montaña donde tendríamos que dormir bajo las estrellas. Abrí mi saco de dormir mientras Kearney y los JTAC se comunicaban con el mando aéreo, y me quedé dormida en medio de otra batalla: mis fieles Nikon colocadas al lado de mi cabeza.

Un poco más tarde, Kearney me despertó, muy emocionado:

—¡Addario! ¡Mire el brillo!

Gracias a mis gafas de visión nocturna, vi a un soldado de los JTAC de pie, silueteado con un resplandor verde, mientras enfocaba un rayo láser gigantesco, mediante un dispositivo semejante a una linterna, hacia el pueblo que teníamos debajo. Un
AC-130
volaba en círculo por encima de nosotros. Los JTAC ayudaban a guiar el ataque aéreo contra el blanco haciendo «brillar» el objetivo, y para ello utilizaba un sable de luz de casi dos kilómetros de largo, como los de *La guerra de las galaxias*. Se oía el runrún constante de los mensajes entre Kearney, los JTAC, el equipo de apoyo y los hombres del centro de mando de Camp Blessing, así como las interceptaciones de los talibanes.

Cogí mi cámara, me puse las gafas de visión nocturna y disparé desde mi posición horizontal, intentando desesperadamente no volver a quedarme dormida. Iba despertando y durmiéndome con las gafas puestas y la cámara en la mano. A la mañana siguiente, cuando me desperté en medio de la neblina, todo continuaba estando en el mismo sitio donde estaba por la noche mientras trabajaba. Me hubiera gustado saber si alguien más habría dormido. En los momentos más tranquilos me empapaba de sol cuanto podía, intentando calentar mi cuerpo tembloroso, mientras los talibanes continuaban interceptando los mensajes al hablar entre sí.

—Ya tenemos la Dushka preparada. —Un intérprete traducía la conversación de los talibanes—. Los vemos al otro lado del valle.

Hablaban de nosotros —el equipo de apoyo—, teniendo a punto la enorme ametralladora rusa, con proyectiles del calibre 50, dispuesta para dispararnos. Miré alrededor buscando un sitio donde ocultarme, por si rociaban nuestra posición de balas que, sin esfuerzo alguno, atravesarían un muro de ladrillo. No había nada

más que arbustos, y ni siquiera alguna zanja lo suficientemente profunda para ocultarnos. Estábamos al descubierto.

A medida que oscurecía, Kearney centró su atención en las entradas y salidas en una casa del valle. El equipo de apoyo la veía con las gafas de visión nocturna; también recibían información por medio de drones. Los aviones de combate (Apaches y
AC-140
que nos sobrevolaban) esperaban órdenes para disparar al blanco. La radio emitía sin cesar parloteos de los insurgentes. El jefe de Kearney en el TOC, el teniente coronel Ostlund, le dio por radio la orden de atacar. Minutos más tarde, el cielo retumbaba por la potencia de las armas.

Pero la charla hostil y la actividad continuaban en la casa del valle, que era una especie de colmena. Antes de amanecer, un bombardero
B-1
bajó en picado y dejó caer dos bombas de mil kilos en Yaka China. Yo me había echado de espaldas y oía los sonidos sordos del combate, las bombas, los estruendos y crujidos, el rugido del motor de un reactor… Estaba tan frustrada por no poder trabajar, por no poder fotografiar en plena oscuridad, que decidí dormirme de nuevo.

Al romper el día, el teniente Piosa, a cargo del Segundo Pelotón, comunicó por radio desde el pueblo que había bajas civiles. Y allí estaba yo, encasquetada en el equipo de apoyo, rodeada por todas partes por un valle impracticable e incapaz de documentar el coste humano de la guerra. Había ido allí para dar testimonio, pero no estaba presenciando nada en absoluto. Me imaginaba a mis colegas Tim y Balazs documentando los cuerpos de los civiles, la destrucción de las casas y a las mujeres y a los niños aterrorizados, mientras yo permanecía sentada en la ladera de una montaña con el culo helado, fotografiando al equipo de apoyo y su material anticuado, de color verde bosque.

Rogué a Kearney que me llevara al otro lado del valle. «¿No podríamos ir en patrulla hasta allí?», le pregunté. Me sentía físicamente fuerte después de las semanas pasadas llevando quince, veinte o treinta kilos a la espalda, subiendo y bajando montañas varias horas al día, de modo que estaba segura de poder soportar

cualquier cosa, excepto la perspectiva de perderme «la» foto. Pero Kearney se negó: nos hallábamos en un territorio completamente hostil, y había un descenso a pico por el que no podíamos bajar. Yo me retorcía de ansiedad. El día avanzaba poco a poco, y las interceptaciones de los talibanes continuaban: nos vigilaban, se acercaban a nuestras posiciones y nos rociarían con fuego de ametralladora desde el valle.

Kearney, que acababa de ser padre, estaba destrozado por la noticia de las muertes de civiles, y no sabía qué hacer a continuación. En su zona de operaciones habitual se reunía regularmente con los ancianos de los pueblos y se esforzaba mucho para conseguir su confianza y explicarles su misión. Yaka China era un pueblo abiertamente hostil en el que los hombres del capitán no habían entrado nunca, pero ahora él debía asimilar el hecho de haber matado y herido a mujeres y niños la noche anterior. No me imaginaba siquiera cómo, a la tierna edad de veintiséis años, era capaz de soportar el peso de esas decisiones, cómo podía ser responsable tanto de la vida de sus tropas como de la de los civiles afganos. Consciente de que Elizabeth acumulaba años de experiencia en Afganistán y comprendía muy bien aquella cultura, le pidió consejo. Ella revisó las opciones con Dan y recomendó que volaran hasta el pueblo que habían bombardeado la noche anterior y explicaran a los ancianos del pueblo por qué habían atacado. El capitán Kearney y el teniente coronel Ostlund decidieron seguir el consejo de Elizabeth. El plan era explicar a los afganos por qué habían atacado, y disculparse por las bajas. Querían seguir trabajando en ese aspecto de la guerra que consistía en ganarse la voluntad de la gente del país.

Nuestro helicóptero aterrizó en el tejado endurecido con estiércol de una casa de Yaka China, y desparramó el heno, el forraje y el grano de los habitantes del pueblo como si fuera un tornado. Todo el mundo —hombres afganos de rostros curtidos, el teniente Piosa y sus hombres de la Segunda Sección— se reunieron en el patio de una vivienda rodeado de muros de arcilla hechos a mano. Yo charlé con Tim y Balazs, que parecía que hubieran pasado por el infierno y hubieran vuelto de él, pero contentos por el trabajo realizado.

—¿Qué tal fue ayer?, —les pregunté.

—Pues bastante mal a pesar de todo —dijo Balazs, que era hombre de pocas palabras.

Tim me explicó que habían retirado todos los cadáveres de los hombres antes de que ellos llegasen, pero les permitieron ver a las mujeres y a los niños heridos.

Me sentí una fracasada y me percaté de las limitaciones de mi sexo. Captar las bajas de civiles en una guerra era un aspecto fundamental del relato que yo no había sido capaz de ilustrar. Un buen reportaje fotográfico, es decir, un trabajo de documentación verdaderamente perdurable, debía contener imágenes de lo ocurrido en el valle de Korengal, abarcando desde los soldados norteamericanos hasta los habitantes de los pueblos de Afganistán. Los muertos afganos eran una parte muy importante de la realidad, y yo, sencillamente, no había podido verlos. Estaba convencida de que si hubiera sido más fuerte (si no hubiera sido una mujer con unas limitaciones físicas y si no hubiera tenido como compañera a una embarazada de casi seis meses), habría podido optar por acompañar al Segundo Pelotón e intentar escalar el terreno casi vertical, acarreando mi equipo, junto con mis colegas varones. Un reportero y yo funcionábamos como un equipo, y cuando trabajaba con un compañero que me animaba a desafiarme a mí misma, superando mis capacidades naturales, me dejaba llevar y confiaba en él para que, ocasionalmente, me apoyara. Pero cuando me emparejaba con alguien cuya condición física me preocupaba, no me sentía con suficientes fuerzas para adoptar ese desafío, aunque Elizabeth nunca me habría pedido que pusiera en peligro mi trabajo a causa de ella. Ambas nos habíamos incorporado formando un equipo, y yo tenía la sensación de que debíamos mantenernos juntas, pese a que eso significase que no podría captar las impactantes imágenes que habían conseguido Tim y Balazs.

Estos se cuidaban mucho de no restregármelo por la cara. A diferencia de otros fotógrafos varones que cubrían conflictos bélicos, eran considerados y sensibles, en vez de ser arrogantes o chulescos. Balazs y yo nos habíamos visto ya en Afganistán, pero conocí a Tim en el valle de Korengal. Varias veces a lo largo de mi incorporación de casi dos meses de duración, entre salidas en patrulla y fotos en la base, nos encontramos enfrascados en alguna conversación filosófica sobre la eficacia del fotoperiodismo, o los

deseos similares de ampliar nuestro trabajo sin limitarnos a la fotografía fija. Como fotógrafos, cubríamos las mismas escenas una y otra vez, y era un desafío seducir repetidamente al espectador. Balazs plasmaba unas imágenes elocuentes, muy pictóricas, en general en blanco y negro, y Tim había sido innovador con los materiales y los temas, experimentando a menudo con cámaras de formatos más lentos y engorrosos en zonas de guerra, o combinando imágenes fijas con sonido, o trabajando en un medio totalmente distinto, como el vídeo. Yo había visto recientemente una serie de sencillos y conmovedores retratos que había hecho en Liberia, y admiraba su habilidad para apartarse del caos y encontrar belleza en las cosas más elementales. A diferencia de los fotógrafos de noticias de última hora, que solamente reaccionan ante lo que pasa delante de sus narices, era capaz de captar historias íntimas y originales cuando no ocurría nada en absoluto. En cada conversación fuimos viendo lo mucho que teníamos en común, especialmente en lo que se refería a nuestro deseo de ser fotógrafos pensantes, en lugar de ser reactivos sin más. Mi impulso inicial de considerar a Tim como otro fotógrafo de guerra más, que solo perseguía las emociones fuertes, resultó erróneo.

Aquella noche nos llevaron en avión a la cadena montañosa Abas Ghar, otro trozo de tierra frío, solitario y lleno de pinos. Subimos colina arriba en busca de un lugar para que se establecieran Kearney y el equipo de apoyo. En los pocos meses que llevábamos con la Compañía de Combate nos habíamos acostumbrado a ver el mundo a través de las gafas de visión nocturna y nos orientábamos bien entre la extraña profundidad de campo y las rocas recortadas y los arbustos vistos entre la neblina verdosa de las gafas. El camino montaña arriba parecía interminable, pero resistíamos mejor y éramos más ágiles que cuando llegamos. En aquel momento, sin embargo, todos estábamos tan cansados, faltos de sueño y estresados que cada soldado se preocupaba sobre todo de sí mismo.

Elizabeth también se había fortalecido mucho, y además, yo la ayudaba a llevar parte del equipo cuando me dejaba y el orgullo se lo permitía. Nadie pronunciaba una sola palabra mientras avanzábamos: siempre suponíamos que el enemigo podía estar cerca acechándonos. El silencio se rompió por los sollozos y

gimoteos de un soldado de primera clase. Cuando llegó, se le veía débil, pálido y regordete, y los compañeros que llevaban más tiempo soportando las duras condiciones y los rigurosos patrullajes en el valle de Korengal no paraban de burlarse de él y de gastarle novatadas. El soldado debía de llevar a cuestas un peso de, al menos, cincuenta kilos de munición. Algo se quebró en su interior. A través de la neblina de mis gafas vi su silueta negra apartarse de la fila de la patrulla y caer de rodillas. Se puso a sollozar en voz alta.

—No puedo seguir. No puedo andar más. Me rindo.

Lo compadecí, pero en la oscuridad, me sentí secretamente aliviada de no ser una de nosotras (las «chicas») la que se quebrara primero.

Los soldados rodearon a su compañero y lo patearon, chillándole por su debilidad. Lo arrastraron y lo pusieron de pie. Me pareció que era una estupidez poner en peligro nuestra seguridad al sollozar tan alto, pues los talibanes podían oírlo, pero luego los soldados se dedicaron a reñirlo, comprometiendo aún más nuestra seguridad. Él no cesó de lloriquear, repitiendo que no podía andar más, y los demás siguieron empujándolo para que continuara caminando. Los talibanes se habrían reído mucho de semejante escena.

El terreno parecía más llevadero que en Yaka China, y el tiempo que tardaríamos en recorrer la distancia entre el punto en que nos hallábamos y el Segundo Pelotón sería de unos treinta minutos. Un día fresco y soleado, el capitán Kearney nos envió a patrullar para reunirnos con unos soldados de primera línea, y nos tranquilizamos al encontrarnos con ellos. El pelotón estaba desplegado, relajado después de varios días extenuantes, intercambiando Skittles y M&M's.

En los dispositivos de comunicación ronroneaban las voces de los talibanes, incluyendo a uno de los insurgentes, apodado «el susurrador», que repetía con voz queda que «se va acercando», y «veo pelo», cosa que suponíamos que se refería a Elizabeth o a mí. Era cuestión de tiempo que nos atacasen.

La cresta montañosa donde los soldados se habían reunido corría a lo largo de una ladera muy empinada, que formaba un ángulo de apenas setenta y cinco grados. Esta posición casi impedía encontrar un lugar donde orinar, necesidad que yo llevaba toda la mañana

posponiendo. Me quité el casco, dejé mis cámaras junto a Elizabeth y subí por la montaña a cuatro patas. A unos doce o trece metros de altura, había caído un árbol monstruoso entre los vigorosos pinos y creado el lugar perfecto para usarlo como letrina. Salté el tronco, y antes de desabrocharme los pantalones siquiera, oí el chasquido familiar de los proyectiles de
AK-47,
el arma preferida de los talibanes.

Me tiré al suelo y me tumbé detrás del tronco. Estaba justo encima de las tropas situadas a lo largo de la cresta, fuera de su vista, y sola. Intenté hundirme cuanto pude en el suelo, para conseguir cubrirme al máximo por todos lados. Las balas pasaban silbando por encima del árbol, desde distintas direcciones. En medio de una emboscada, me era casi imposible averiguar de qué dirección venían las balas, o qué deducciones de las que era capaz de hacer en aquel momento se debían a la razón y cuáles al miedo. Las balas me pasaban silbando alrededor de la cabeza, y ese sonido desagradable hendía el aire: ¡zum, zum, zum! Habría jurado que los talibanes disparaban desde muy cerca.

Noté que el pánico me subía desde la boca del estómago hasta el pecho. ¿Y si «el susurrador» aparecía en la cima de la montaña y caía encima de mí? ¿Me cogería prisionera? Yo estaba sola y suponía que ninguno de nuestros soldados tenía ni idea de que había subido hasta allí para orinar. Recité el Ave María, intentando redimirme como buena católica, y rogué a Dios que me mantuviera sana y salva, haciendo toda clase de promesas que sabía perfectamente que jamás cumpliría.

¿Y si mis compañeros me disparaban y todo acababa como un incidente a causa del fuego amigo? Podían disparar en mi dirección sin más, si los talibanes se encontraban detrás de mí. Seguí rezando. Tenía que bajar hasta la cresta donde Elizabeth, Tim, Balazs y el Segundo Pelotón se habían puesto a cubierto.

—¡Teniente Piosa!, —chillé. Las normas de una patrulla son que los periodistas obedecen al oficial al mando o a quienquiera que tenga asignado nuestro seguimiento; pero si la cosa se complica, sin embargo, no somos responsabilidad de nadie—. ¡Elizabeth!, —grité sin demasiado efecto entre el estruendo de las balas, porque ni siquiera oía mi propia voz. Me introduje en el espacio que quedaba

debajo del tronco, sabiendo que debía reunir todo mi valor para volver con los demás. Pasaron unos minutos interminables hasta que hubo un breve paréntesis de calma en los disparos. Salté de nuevo el tronco y me quedé echada en el suelo, cubriéndome la cabeza con los brazos como si fuera un saltador olímpico, y rodé todo el rato montaña abajo hasta el lugar donde estaban los demás. Al primero que alcancé fue al sargento Tanner Stichter, que estaba de pie junto a otro soldado.

—¡Póngase a cubierto!, —chilló Stitcher, mientras las balas silbaban alrededor—. ¡Busque un árbol!

—¡Necesito mis cámaras! Y mi casco…

Vi a Elizabeth, agachada detrás de varios soldados, en el bosque que estaba más abajo, escondida tras unos jóvenes pinos, cuyo tronco no medía más de quince o veinte centímetros de diámetro. Los talibanes, siempre combatientes profesionales y conociendo bien su terreno, nos habían tendido una emboscada desde tres lados. Me agazapé detrás de mi compañera, olvidando sacar fotos una vez más, y miré alrededor para orientarme. A mi derecha y a poca distancia, Tim estaba filmando la escena, apoyado contra un esbelto pino y sujetando con firmeza su cámara de vídeo: la viva imagen de la calma en medio del pánico.

Entonces se oyó una voz aterrorizada en la radio:

—¡Hombre abatido! ¡Han dado a
2-4!

Todo el mundo tenía un indicativo, y el sargento Kevin Rice era el
2-4.

Piosa daba firmes órdenes por radio, intentando comprender la situación que se estaba desarrollando.

La voz llena de pánico volvió a oírse de nuevo por la radio:

—¡Le han dado a Wildcat!

Piosa avanzó. Elizabeth, Balazs, Tim y yo, los sanitarios y algunos soldados lo seguimos. El fuego sostenido había cesado.

Llegamos junto al especialista Carl Vandenberge, a quien habían herido en un brazo. Tenía el pecho y los muslos ensangrentados. Mientras permanecía echado entre la maleza y semiinconsciente, el sargento Stichter, de pie inclinándose sobre él, le vertía una bolsa de líquido en la boca, intentándole calentar al mismo tiempo el cuerpo con una esterilla de calor químico instantáneo para evitar que se conmocionara. Yo me detuve. Me senté junto a ellos, rodeada por una cortina de vastos bosques y altos pinos. Los demás continuaron avanzando.

Operación Avalancha de Rocas. Valle de Korengal, de octubre del 2007
18-23

.

—Eh… lo siento… —dije con voz queda, por si los talibanes seguían cerca. Stichter me echó un vistazo y continuó atendiendo a Vandenberge, que estaba de espaldas en el suelo.

—¿Le puedo hacer una foto?

—Sí, claro —respondió Stichter por los dos. Estaba tranquilo y concentrado, como si no acabara de tener lugar un ataque—. Te pondrás bien —le decía a Vandenberge, que había perdido muchísima sangre por la arteria del brazo—. Háblame del coche que te vas a comprar cuando vuelvas a casa. ¿De qué color es?

—¿Sobreviviré?, —le preguntó Vandenberge—. ¿Voy a vivir?

Stichter continuaba estando a horcajadas sobre Vandenberge, vaciando las últimas gotas de la bolsa de suero intravenoso en la boca de su compañero.

—¿De qué color es el coche por dentro?, —le preguntó Stichter.

Me cuestioné si los últimos pensamientos de Vandenberge serían acerca del color del interior del coche nuevo que se iba a comprar cuando volviera a Estados Unidos. Me senté con él en silencio, haciendo fotos, aliviada por abrigar la ilusión de estar en un lugar

seguro, lejos de toda histeria. No quería levantarme.

En cuanto Vandenberge se rehidrató y recuperó la energía suficiente para caminar, Stichter y él se levantaron y fueron andando hasta el helicóptero de evacuación médica que ya estaba aterrizando. Una vez más me dirigí hacia el frente, donde habían resultado heridos el sargento Rice y el sargento primero Rougle. Mientras caminaba vi al sargento Rice, al que habían disparado en el vientre. Cojeaba, pero sujetaba su bolsa de suero intravenoso, mientras dos soldados lo acompañaban hacia la zona de evacuación médica. A Rice lo habían herido antes, aunque parecía menos traumatizado que los soldados que lo acompañaban.

—¡Eh, Rice!, —le dije, y me acerqué con la cámara ligeramente levantada delante del pecho, como pidiéndole permiso sin palabras: «¿Te parece bien que te saque una foto?», «¿estás de acuerdo?».

—Sí —asintió mientras caminaba hacia mí.

Yo anduve con él un rato, fotografiándolo, y de pronto, se detuvo.

—Oye —me dijo—, ¿crees que podrías enviarme por correo electrónico alguna de estas fotos?

Yo me eché a reír.

—Pues claro, Rice. Claro que puedo enviarte algunas de estas fotos por correo. Es lo mínimo que puedo hacer. ¿Cuál es tu dirección?, —le pregunté, porque la experiencia me decía que es mucho más difícil intentar conseguir esas cosas más tarde. Él me dio su dirección electrónica, mientras avanzábamos torpemente hacia Vandenberge.

Al acercarnos a la zona de evacuación médica, vi que el capitán Kearney bajaba corriendo a toda velocidad por la montaña hacia nosotros, desde su posición de apoyo. Llevaba el arma colgando del hombro, y las lágrimas le caían a raudales por el rostro.

—¡Rice! —Kearney lo abrazó estrechamente, y ambos se quedaron allí quietos llorando, intentando asimilar la increíble emboscada.

Hice una foto de Rice y Vandenberge caminando por aquel terreno inhóspito, cubiertos de sangre, codo con codo con sus camaradas. Era la primera vez que me sentía como si formara parte de la historia, al tiempo que daba testimonio cubriendo una guerra. Pero estaba tan consumida por la adrenalina que ni siquiera era

capaz de asimilar mis emociones. Rice y Vandenberge subieron al Black Hawk y los vi alejarse entre el polvo que levantaban las hélices.

Unos segundos más tarde oí decir:

—Tenemos que ir a recoger al MEC.

«¿El MEC?», me dije. MEC. Muerto En Combate. Mierda. Habían herido a *Wildcat* Rougle, y seguía desaparecido. Rougle, era el que acababa de decirnos a Elizabeth y a mí que iba a declararse a su novia cuando volviera a casa de permiso, y el que había sobrevivido a casi seis servicios desde el 11 de septiembre del 2001.

Otros miembros del equipo de exploración, el sargento John Clinard y el especialista Franklin Eckrode, aparecieron cargando el cuerpo de Rougle en una bolsa. No podía creer que Rougle, tan dinámico y vivo hacía tan solo una hora, ahora estuviera muerto, metido en una gruesa bolsa negra, y lo estuvieran llevando hacia la primera de las muchas escalas que haría de regreso al país, hasta su lugar de descanso final. Clinard y Eckrode lloraban abiertamente mientras se me aproximaban, acarreando el flácido cuerpo que colgaba entre ambos. Un puñado de jóvenes norteamericanos que habrían tenido que estar por ahí bebiendo cervezas en los bares, de nuevo en casa y viviendo a tope sus veinte años, transportaban, por el contrario, el cuerpo sin vida de su amigo más querido por las solitarias montañas de Afganistán, un lugar que a nadie importaría en absoluto al cabo de veinte años. Me pregunté qué estábamos haciendo allí, cuando tantos otros habían fracasado a la hora de ocupar Afganistán en el pasado. ¿Intentábamos influir y hacer cambios en una cultura que tenía cientos de años de antigüedad? Nos hallábamos en lo que parecía el lugar más desolado de la tierra, sin nadie alrededor, ni afganos ni norteamericanos, y yo insistía en cuestionarme por qué nos encontrábamos allí, luchando en un bosque en nombre de la democracia. Estábamos entregando nuestra vida por unas políticas que no funcionaban… algo completamente intangible.

Alcé la cámara, haciendo un gesto para pedir permiso para tomar la foto. Me sentí fatal al hacerlo, pero llevábamos dos meses con ellos, y era importante documentar la muerte de Rougle. Todos dijeron que sí, se arrodillaron un momento y se tomaron un descanso. ¿Qué se debía de sentir al transportar a tu mejor amigo

en una bolsa? ¿Se cuestionarían la guerra de la misma manera que lo hacía yo? Los cuatro miembros del equipo de exploración que cargaban con el cuerpo de Rougle agacharon la cabeza y se echaron a llorar. Yo los fotografié entre mis propias lágrimas, sentada allí cerca. El zumbido del segundo helicóptero de evacuación médica se aproximó para recoger a Wildcat.

En el momento en que el cuerpo de Rougle se alejaba volando de las crestas del Abas Ghar, me di cuenta de que tenía que salir de allí. Estaba aterrorizada, convencida de que íbamos a sufrir otra emboscada, y no confiaba en sobrevivir. Cada vez que me acercaba al equipo que traducía las interceptaciones de los talibanes por la radio, notaba mayor sensación de urgencia. Kearney y los jefes de la 173.ª División Aerotransportada, allá en Camp Blessing, tomarían represalias por la muerte de Rougle, atacando con bombas de mil kilos sobre los pueblos que rodeaban nuestra posición. Todo el mundo estaba deseando matar para vengar la muerte de Rougle y las heridas de Rice y Vandenberge. La cosa se iba a poner mucho más sanguinaria aún.

—Oiga Kearney, ¿hay alguna manera de sacarme de aquí?, —le pregunté, avergonzada. Era una chica asustada que suplicaba que la sacaran de unos promontorios hostiles, donde cada Black Hawk que los sobrevolase se arriesgaba a ser abatido por algún insurgente de las montañas.

—Veré lo que puedo hacer, Addario —dijo él—. No hay mucho transporte aéreo dispuesto a venir aquí. Es un sitio caliente.

Aquella noche me quedé echada y despierta, latiéndome el corazón con fuerza y manteniendo los ojos muy abiertos toda la noche, por si atisbaba cualquier posible sonido de emboscada. Elizabeth, mientras tanto, seguía sin inmutarse. Estaba decidida a quedarse hasta el final de la misión para acabar el artículo y ver a los soldados volver sanos y salvos al KOP. No le interesaba irse conmigo en helicóptero.

Como fotógrafa en zona de guerra, yo no iba armada. Necesitaba acercarme lo máximo posible a donde se desarrollaba la acción para sacar las fotos, pero también necesitaba seguir viva. Y lo único que me había mantenido viva en Irak, Afganistán, el Líbano, el Congo y Darfur era una voz interior que me decía cuándo había alcanzado mi límite de miedo personal. Ese miedo me decía cuándo tenía que

salir de un sitio para mantener la cordura, y, posiblemente, la vida. Elizabeth y yo, como equipo, a menudo estábamos dispuestas a correr los mismos riesgos, y esa relación simbiótica es parte fundamental de una asociación exitosa en las zonas de guerra. Pero yo era la más conservadora, eso estaba claro, quizá debido a los muchos años de experiencia que tenía ella o quizá porque era más valiente que yo. Su intrepidez, su compromiso con el artículo que estaba escribiendo y su energía sin límites para tomar notas cada segundo que pasaba despierta eran solo algunas de las cosas que la convertían en una periodista increíble. Yo no soportaba escuchar al «susurrador» diciendo que iban a atacar de nuevo.

Rougle y, al día siguiente, yo misma sobrevolamos el reseco paisaje hacia Camp Blessing.

Cuando llegué a mi destino fui al TOC, el puesto de mando donde Elizabeth y yo habíamos empezado nuestro viaje hacia el valle de Korengal, hacía casi dos meses, sintiendo el peso y la tristeza de la guerra. Durante seis días no me había quitado los vaqueros, ni me había peinado el pelo, largo y enmarañado, ni me había lavado la cara o mirado en un espejo, ni dormido en otro lugar que no fuera la ladera de una montaña. Saludé a los aseados y bien peinados hombres que consultaban los mapas, las pantallas y transmisiones de los drones en la sala de control, y todos ellos interrumpieron sus quehaceres y se me quedaron mirando cuando entré. Quizá fue al verme la cara, ennegrecida por el polvo y veteada por las lágrimas, o quizá porque se conmocionaron ligeramente al ver que Elizabeth y yo habíamos sido capaces de salir adelante en una misión tan intensa, pero el caso es que tuve la sensación de que, al final, me había ganado su respeto con nuestra experiencia en la Operación Avalancha de Rocas.

Dejé mi petate en una habitación individual, aislada y ordenada, y me fui directa a ducharme. El agua caliente cayó un buen rato sobre mi cuerpo desnudo, rompiendo todas las normas de limitación del uso del agua en la base, y vi cómo la suciedad formaba pequeños remolinos en torno a mis pies y se iba por el desagüe. Volví a la habitación, que parecía el paraíso comparada con las crestas de Abas Ghar, e inicié el largo proceso de descargar mis fotos. Tenía horas de trabajo por delante, horas de descargar y editar cientos de imágenes, y de peinar todas mis notas para

redactar los pies de foto. Me costaría varios días preparar las imágenes del valle de Korengal, pero no estaba en la disposición mental adecuada para dedicarles algo más que una mirada somera aquella noche, antes de caer dormida.

Por fin regresé a Yalalabad, al aeródromo de Bagram, y luego a Kabul, donde esperé en el aeropuerto mi vuelo a Turquía. Estaba físicamente destrozada, emocionalmente frágil y completamente eufórica por haber sobrevivido al tiempo pasado en el valle de Korengal. Estar tan cerca de la muerte y alcanzar mis propios límites físicos y mentales me ayudó a apreciar la belleza de la vida diaria. Cuando tenía casi veinte años, me había hecho la promesa de que me obligaría todos los días a hacer algo que no quería hacer. Estaba convencida de que eso me convertiría en mejor persona. Esa filosofía se aplicaba también al trabajo: solamente me permitía disfrutar de la vida si trabajaba con ahínco, si probaba mis propios límites, si creaba un quehacer que fuese duradero.

Me pregunté si Elizabeth estaría aún en el valle de Korengal al abordar mi vuelo de la Ariana Afghan Airlines, la destartalada compañía aérea en la que solo volaba cuando estaba absolutamente desesperada. Me senté junto a la salida de emergencia, y al estirar las piernas, complacida por no tener a nadie a mi lado, vino un auxiliar de vuelo afgano y me sacó de mi soledad:

—Señora, no puede sentarse aquí. Es la salida de emergencia.

—¿Y?

—Las mujeres no se pueden sentar junto a la salida de emergencia. Si hay un problema en el vuelo, una mujer a lo mejor no es capaz de abrir la puerta.

Me levanté, y cuando me trasladé a mi nuevo asiento, vi que el auxiliar acompañaba a un frágil anciano, de barba blanca y encorvado por la osteoporosis, y le permitía sentarse junto a la salida de emergencia.

Cuando llegué a Estambul, el que había sido mentor de Paul a lo largo de toda su vida, Peter, estaba de visita en la ciudad con su esposa. Por lo general, cuando yo regresaba después de una misión, podía pasar al instante, sin ningún inconveniente, de beber agua filtrada electrolíticamente en un campo de refugiados a tomar *pinot noir* en nuestro apartamento con vistas al Bósforo. Ellos vinieron

antes de cenar. Yo estaba muy emocionada por conocer a alguien que había influido tanto en la vida de Paul, pero me sorprendió que me costara tanto hablar.

Tenía la mente todavía en las crestas de Abas Ghar, en el puesto de avanzada del valle de Korengal, en los pueblos de Aliabad y Donga, en la base Vegas, en la risa de Rougle, en Rougle metido en una bolsa.

—¡Lynsey es una fotógrafa de guerra muy famosa!, —exclamó Paul, orgulloso. Al oírlo describirme así, me dio un poco de vergüenza. No estaba segura de ser en realidad fotógrafa de guerra.

—Calla, cariño —bromeé—. No soy famosa, ni tampoco soy fotógrafa de guerra.

—Bueno, pues háblame de tu último trabajo —me pinchó Peter.

—He estado en el valle de Korengal con la 173.ª División Aerotransportada, viviendo en una de sus bases más remotas, y saliendo de patrulla con ellos unos cuantos meses.

—¿Ah, sí? ¿Y era peligroso? ¿Alguna vez has estado a punto de morir?

Era una pregunta que me hacían a menudo, desde que empecé a cubrir las guerras. Todo el mundo pretendía reducir mi carrera entera a los momentos, uno o dos, en que quizá podía haber perdido la vida.

—Pues sí… supongo. Ha sido muy intenso. Nos disparaban casi todos los días, y además, hubo una misión importante en la que los talibanes nos tendieron una emboscada.

Y, de repente, percibí como si las palabras fueran totalmente inadecuadas para describir lo que había soportado. ¿Cómo describir la desconexión entre la misión de los soldados en Afganistán y el deseo de los afganos de que los dejaran en paz? ¿Cómo describir el terror que sentí cuando estaba agachada detrás de aquel tronco caído, mientras las balas me rozaban el pelo, o la tristeza de ver el cuerpo de Rougle en una bolsa, o la de contemplar a aquellos robustos chicos norteamericanos de veinte años reducidos a las lágrimas y al horror después de haber sido sobrepasados por un enemigo al que nunca se enfrentaron cara a cara? ¿Cómo describir la sensación de libertad y de euforia que experimentaba cuando vivía en medio de la mugre, en un lugar como la base Vegas, donde las necesidades principales de la vida, como agua, comida, sueño y

permanecer vivo, eran lo único que importaba? ¿Cómo describir lo mucho que temblaba yo a causa del trauma de la emboscada, y que aun así lamentaba haber abandonado a Elizabeth y me reprochaba amargamente por ser una periodista inadecuada? ¿Cómo describir lo importante que me sentía allí, con las tropas de Afganistán y en Irak, documentando la Guerra contra el Terror de mi generación, sin parecer altiva y engreída?

—¡Fue estupendo!, —dije yo—. Sí, vivíamos en la ladera de una montaña y, al final, nos tendieron una emboscada.

Notaba que me estaba poniendo tensa y que me acaloraba. Era una sensación poco familiar la de sentirme vencida por la emoción mientras tomaba copas con unos amigos.

—Por favor, perdonadme un segundo —dije—. Tengo que ir al baño.

Me fui a nuestro dormitorio, que estaba al fondo del apartamento, entré, cerré la puerta y me eché a llorar desesperadamente. Saqué el móvil del bolsillo y marqué el número de Elizabeth.

—¿Elizabeth?, —dije con voz vacilante.

—No puedo parar de llorar —me dijo ella.

—Yo tampoco. ¡Ay, Dios mío! Y Paul tiene a gente en casa. Estoy encerrada en el baño y no puedo parar de llorar.

—Se te pasará. Se te pasará.

Seguimos hablando por teléfono hasta que dejé de llorar, y por fin, me reuní con mis invitados, me acabé la copa de vino y salimos a cenar junto al Bósforo.

Tres meses más tarde, mientras estaba en Jartum, Sudán, preparándome para ir a Darfur, Kathy Ryan, directora de fotografía del *New York Times Magazine*, me mandó un correo electrónico diciéndome que Elizabeth acababa de mandar su artículo sobre el valle de Korengal. El trabajo se concluiría en las dos semanas siguientes. Elizabeth estaba embarazada de nueve meses. Los editores estaban puliendo el artículo, y los verificadores de información comprobaban los datos. Se les había ocurrido usar como portada mi retrato de Jalid, el chico con las heridas de metralla en la cara. Era una imagen dura y potente que hablaba de la ambigüedad de la guerra y de las inevitables bajas civiles.

Cinco días antes de que el artículo se enviara a la imprenta, recibí una llamada frenética de un ayudante del editor de fotografía de la revista, pidiéndome que buscara en mis notas del valle de Korengal y le proporcionara todo tipo de referencias personales que pudiera sobre Jalid.

En Nueva York se cuestionaba sobre la forma en que Jalid había sido herido. Mis fotos de Jalid no coincidían con lo que el capitán Kearney, Elizabeth y yo misma creíamos que era la verdad: que el chico, probablemente, fue herido por bombas de la OTAN la noche anterior a que volásemos al valle de Korengal. Pero hacía casi cinco meses, cuando estaba descargando mis fotos en un búnker del KOP, yo, inocentemente, había introducido en la información del fichero

de la imagen digital un duro resumen de uno de los sanitarios: «… sanitarios de la 173.ª División Aerotransportada tratan a afganos locales que aseguran que fueron heridos por bombas norteamericanas, aunque esta aseveración NO coincide con el momento de nuestros ataques a pueblos que están cerca de sus hogares…». Yo quería, posteriormente, dar cuerpo a la información con un relato más objetivo de los acontecimientos. Me parecía que las observaciones del sanitario eran un intento obvio de proteger a los militares norteamericanos del escrutinio de una periodista en busca de bajas civiles a causa de los bombardeos estadounidenses, pero que, como reportera, debía incluir la opinión de dicho sanitario. Cuando archivé las imágenes de septiembre y octubre en el valle de Korengal, en que habíamos pasado unas semanas de experiencias muy intensas, incluyendo la Operación Avalancha de Rocas, envié erróneamente las fotografías sin actualizar los pies de foto, introduciendo la duda en la mente del director de la revista. Los editores procedieron a la comprobación del asunto con uno de los oficiales de la 173.ª División Aerotransportada que, como era de suponer, dijo que los militares no podían verificar al cien por cien que Jalid hubiera resultado herido en un bombardeo de la OTAN. La revista dudaba incluso de si publicar la foto o no.

Después de meses en el valle de Korengal, la imagen de Jalid era uno de los pocos casos de herido civil causado por el bombardeo de la OTAN que yo había presenciado con mis propios ojos. Sin duda, ese tipo de heridas se producían a nuestro alrededor, pero no podíamos acceder a los pueblos ni a las víctimas por motivos de seguridad o de sincronización. Me perdí la oportunidad aquel día en la ladera de la montaña que dominaba Yaka China, y tenía la sensación de que la imagen del inocente rostro de Jalid, manchado de sangre, sería tanto estética como narrativamente crucial para nuestro artículo.

Pero después de todo lo que habíamos soportado en Korengal, nuestro testimonio no parecía importar. Elizabeth y yo habíamos visto desarrollarse los acontecimientos en las pantallas del Centro de Mando de Operaciones Tácticas, habíamos presenciado cómo los insurgentes disparaban morteros a tropas en tierra, habíamos visto cómo el Ejército de Estados Unidos dejaba caer bombas de doscientos cincuenta kilos en los barracones, y estábamos presentes

cuando, a la mañana siguiente, el chico y su familia llegaron al puesto de avanzada de Korengal para recibir tratamiento médico. Casi todos los que estábamos en la tienda médica y en la base aquella mañana supusimos que Jalid había sido herido en el bombardeo de la noche anterior. El capitán Kearney incluso se lo dijo al director de la revista, en nuestro nombre, y el debate siguió días y días. Pero a causa de mi pie de foto provisional, el editor se atuvo a la versión del oficial de Relaciones Públicas del Ejército estadounidense, cuya principal responsabilidad era limpiar la imagen de los militares norteamericanos ante el gran público… en lugar de escucharnos a nosotros.

Para empeorar las cosas, desde el momento en que partimos para documentar la historia del valle de Korengal hasta las dos últimas semanas anteriores al cierre del trabajo, la perspectiva del artículo de Elizabeth cambió y pasó de la idea original de hablar acerca de las bajas civiles de la guerra a tratar sobre la Operación Avalancha de Rocas, y luego, a realizar un perfil del capitán Kearney. A ojos del director, la imagen de Jalid como ilustración de las bajas civiles ya no resultaba relevante. Y estaba tan convencido de que la foto sería controvertida sin disponer de pruebas tangibles del origen de las heridas del chico que decidió eliminar la imagen del artículo. Después dijo que se negaba a añadir una presentación de diapositivas para acompañar el artículo en línea. En una época en que el espacio concedido a las fotos en las revistas iba disminuyendo poco a poco, unas imágenes tipo diapositivas eran el premio de consolación; imágenes que no encajaban en la edición escrita, pero que, al menos, la gente podía verlas en línea. Yo estaba desesperada. Me había pasado casi dos meses recorriendo las montañas de uno de los lugares más peligrosos del mundo, y cuando el artículo aparecía en la prensa, mi colaboración se cuestionaba, algunas de mis imágenes más impactantes se eliminaban del diseño general, y el director decidía, cosa inusitada, que no tenía intención de publicar mis fotos en forma de diapositivas. Desde mi punto de vista, parecía que estaba harto de nuestro artículo. Quizá el motivo radicaba en el excesivo tiempo que le había costado a Elizabeth escribirlo, o que *Vanity Fair* había publicado recientemente un extensísimo reportaje centrado en el valle de Korengal, o sencillamente, que nos estábamos enfrentando

a su criterio editorial, y al mismo tiempo, lo llenaban de dudas en la oficina de Relaciones Públicas del Ejército.

Elizabeth colaboró en defender mis motivos. Intentó convencerlos de que, como mínimo, permitieran que una presentación de diapositivas con mis imágenes acompañara su artículo. Casi hasta que dio a luz estuvo ayudándome a enviar mensajes por correo electrónico, rogando al editor que respetara nuestro trabajo.

El departamento de fotografía apoyó mi reportaje, pero al final el director era quien tenía la última palabra. Yo estaba en mi lúgubre habitación del hotel Acropole, en Jartum, preparándome para acudir a otra guerra más, sintiéndome completamente derrotada. Kathy, la directora de fotografía y una de las mujeres más importantes de mi profesión, se había convertido por aquel entonces en amiga íntima y mentora. En el 2008, había trabajado con ella quizá en cinco reportajes de portada y en varios artículos más breves, y habíamos desarrollado una profunda confianza profesional mutua. Existe un vínculo entre algunos fotógrafos y sus editores, debido a que su relación es muy beneficiosa. Los fotógrafos dependen de los editores para que estos patrocinen y publiquen sus imágenes, y los editores, a su vez, dependen de esas imágenes para crear artículos de gran potencia visual. Nuestro éxito depende de ambos. Raramente, me he encontrado asuntos de censura o dudas sobre la autenticidad de mis fotos, pero cuando han surgido esas dificultades, siempre he confiado en que mi editor de fotografía se arriesgara por mí. Contando con el permiso de Kathy y con las correcciones de Elizabeth, escribí el siguiente correo electrónico al director, algo que, seguramente, muchos considerarían que sobrepasaba mi papel como fotógrafa autónoma:

> Como periodistas, arriesgamos nuestras vidas durante dos meses, nos dispararon y caímos en una emboscada, recorrimos las montañas a mil ochocientos metros de altura día tras día, para poder proporcionarle documentación de primera mano sobre el campo de operaciones. Si hacíamos todo esto, es porque confiábamos en que el *New York Times* apoyaría el material que nosotras consiguiéramos y lucharía para

que se publicase, y que no retiraría fotos en el último minuto porque los responsables de Relaciones Públicas del Ejército de Estados Unidos dijeran que no podían confirmar si una víctima de daños colaterales estaba en un recinto determinado. Dan (el capitán Kearney) ha asegurado siempre que es muy probable que el chico resultara herido por la metralla. El Departamento de Relaciones Públicas militar, por otra parte, no quiere que la imagen de un niño cubierto de heridas de metralla, probablemente por una bomba que ellos mismos arrojaron, aparezca impresa en el NYT. Estoy conmocionada y consternada al ver que la palabra de un militar de Estados Unidos tiene mayor peso que la mía, cuando resulta tan obvio y descarado que a ellos lo único que les preocupa es salvar su reputación, y, en cambio, yo le estoy presentando los hechos claramente, para que usted se los muestre al público. Nosotras estábamos en el TOC cuando cayó la bomba, así como en la tienda médica cuando los ancianos afganos trajeron al chico, a la mañana siguiente, y aseguraron que este se encontraba en los barracones. Sencillamente. Así es la guerra. Hay informaciones ambiguas.

Y después de todo lo que he hecho para conseguir esas imágenes de guerra, de primer plano, personales, de soldados y de civiles, ¿no es capaz de dar la cara por mí ni lo más mínimo? Lo que ha dicho de que no quiere «arriesgarse a sufrir más escrutinios», cuando yo arriesgué mi vida a lo largo de dos meses, es lo más ofensivo que he oído jamás. Nosotras representamos al *New York Times*. Tenemos la responsabilidad de publicar el material que conseguimos, y no podemos acobardarnos, ni cuestionarnos, ni preocuparnos por un posible escrutinio militar.

Nos debemos a los afganos, a los soldados, a todos aquellos con los que compartimos un tiempo y a los que prometimos enseñar la VERDAD. Nuestros lectores se merecen ver lo que está pasando allí.

La revista acabó añadiendo una pequeña serie de imágenes mías al artículo en línea. La foto de Jalid nunca vio la luz.

Capítulo 10
El conductor fallecido

El barco flotaba en las aguas de color turquesa mientras nos dirigíamos a nuestro *bungalow* de las Bahamas, situado en medio de un pequeño palmeral que daba al mar. Era la noche de fin de año del 2007, dos meses después de que volase al valle de Korengal, y Paul me había llevado de vacaciones, una poco habitual semana de indulgencia. Las cristaleras de nuestra habitación ecológica pintada de blanco se abrían a un *jacuzzi* privado. El centro turístico nos había proporcionado un cochecito de golf para nosotros solos, con una pintoresca cesta de paja delante para que pudiéramos llevar las cosas de la playa. El tiempo era ligeramente nublado y frío, pero a nosotros no nos importaba. Pasábamos los días corriendo por la playa o en la cama. Por la noche disfrutábamos de comidas cargadas de calorías: langosta empapada en mantequilla, botellas de vino blanco, crema quemada o pastel de chocolate.

Era difícil conciliar el valle de Korengal con un paraíso como las Bahamas, pero en aquella época yo ya había aprendido a aceptar esas extrañas incongruencias de la vida. Dejé atrás los traumas y la tristeza de mi trabajo para disfrutar de mi felicidad con Paul. Moverse entre dos mundos es uno de los privilegios de los corresponsales extranjeros. Nunca se me olvidaba lo que había presenciado, y a menudo hablaba de mis experiencias, pero no permitía que se apoderasen de mi vida personal. Existe una idea bastante tópica que, sin embargo, es cierta: la del típico corresponsal de guerra atormentado que no puede escapar al horror de lo que ha visto y se sumerge en drogas, sexo o más guerras porque es incapaz de enfrentarse a lo cotidiano, o abandona la profesión porque esta ha acabado con él. Yo no quería ser así.

La mañana del día de Año Nuevo, Paul iba y venía por la habitación.

Le pregunté qué le pasaba. ¿Quería decirme algo acaso? ¿Me

estaba engañando con otra, como los demás? Le dije que no me importaba y que ya estaba acostumbrada, pero tenía que saber en qué situación me encontraba. Se echó a reír. Empezó a preparar nuestro cochecito de golf frenéticamente para una comida al aire libre, cosa que me pareció extraña, dadas las nubes premonitorias que cubrían el horizonte. Me quedé echada de espaldas, tapada con la ropa de cama y le rogué que viniera a echar una siestecita conmigo.

—Salgamos a dar un paseo por la playa —me dijo él.

—¿Ahora? ¿No podemos ir más tarde? —Se estaba maravillosamente bien en la cama, a media tarde de un día frío y gris junto al mar.

—No. Vamos ahora.

Fuimos a la playa, y Paul sacó las cosas del cochecito deprisa y corriendo y echó a caminar hacia la orilla.

—Quedémonos aquí —le decía yo—. ¿Para qué quieres que vayamos tan lejos?

—Tú sigue andando.

Me puse nerviosa. Paul nunca se había mostrado tan caprichoso. Era un neurótico en el trabajo, pero si estaba de vacaciones siempre se relajaba. Ahora también estaba neurótico de vacaciones.

Nos dirigimos hacia un lugar que me pareció como cualquier otro. Él se detuvo y puso en el suelo el mantel. Yo me eché de bruces y apoyé la barbilla en las palmas de las manos. Paul también se sentó. Y luego se arrodilló y se quedó callado un momento, y luego me dijo que me pusiera de pie.

Él ya tenía en las manos la caja roja de Cartier de borde plateado, y estaba llorando.

—¿Quieres casarte conmigo?

Era el primer hombre con el que había pensado pasar la vida, pero no podía creer que él, precisamente, quisiera casarse «conmigo», con la mujer a la que sus anteriores amantes le habían dicho siempre que no era buena novia. Me había convencido hacía mucho tiempo de que mis cámaras y yo nos haríamos viejas juntas y solas, en algún remoto rincón del planeta.

—¿Conmigo? ¿Estás seguro de que quieres casarte conmigo? Pero si nunca estoy en casa… —dije. Ambos llorábamos y nos besábamos—. No tienes por qué casarte conmigo, ¿sabes?

—Pero es que te quiero, cariño. Deseo pasar toda mi vida contigo.

Fijamos la fecha para el 4 de julio del 2009.

En muchos aspectos, mi vida y mi carrera no cambiaron después de mi compromiso. Los países que cubría seguían desgarrados por la violencia y las catástrofes humanas. A los treinta y cuatro años, después de diez años en la profesión, quería documentar aquellas historias igual que hacía cuando tenía veinticuatro. La única diferencia es que ahora no tenía que pelearme para que me dieran trabajo, ni vivir al día, y esa relativa comodidad nutría mi pasión por la fotografía. Incluso empecé a hacer fotos regularmente para la revista *National Geographic*, un honor para cualquier fotoperiodista. Mi ambición realmente parecía crecer conmigo. Muy a menudo, los trabajos más ambiciosos o prestigiosos eran también los más arriesgados. Pasé gran parte del 2008 y del 2009 en Pakistán y Afganistán, donde seguía todavía en su apogeo la Guerra contra el Terror.

Paul se mostraba sorprendentemente desinteresado y objetivo en cuanto a mi elección de artículos. Confiaba en mi voz interior tanto como yo misma. Cuando le hablaba de los riesgos que suponía algún trabajo, él siempre me contestaba con cordura, me hacía las preguntas que de verdad importaban y muy raramente cuestionaba mi juicio periodístico. Aquel verano, cuando me pidieron que cubriera la creciente presencia de los talibanes en Pakistán, él me respondió con calma, como siempre:

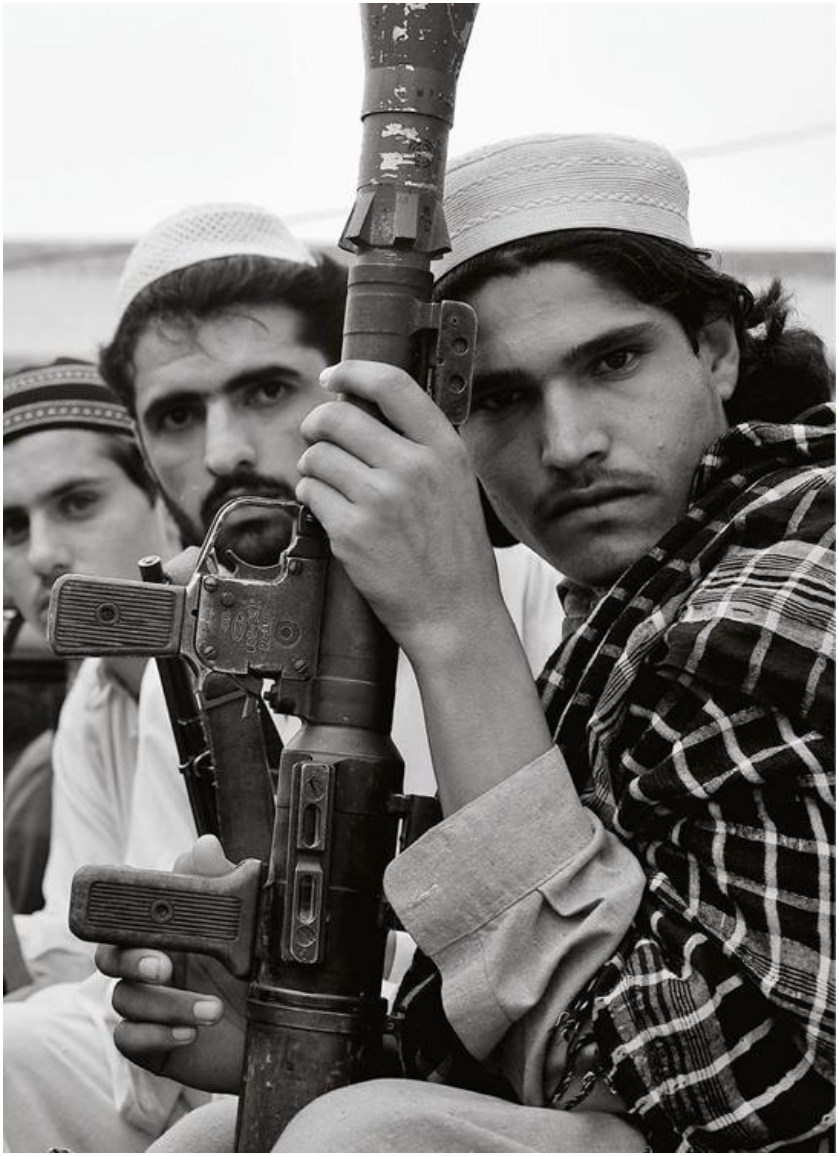
—Bien. ¿Y cómo planeas hacer eso? ¿Reuniéndote con los talibanes?

Paul conocía la respuesta a su pregunta. Mi viejo amigo Dexter Filkins estaba escribiendo el reportaje para el *New York Times Magazine*, y para hacerlo correctamente, debíamos reunirnos cara a cara con uno de los grupos yihadistas más fundamentalistas del mundo, que había amenazado repetidamente con capturar y decapitar a algunos occidentales. Dex había conseguido una reunión segura con un jefe talibán, pero había muchos grupos talibanes en las zonas tribales. Que un jefe garantizase nuestra seguridad no significaba que no pudiéramos caer en las manos de otro que nos quisiera ver muertos.

Pero igual que me ocurría con Elizabeth, yo confiaba en Dex. En nuestro círculo profesional, muchos lo veían como un corresponsal extranjero temerario, que haría cualquier cosa para conseguir una historia. Pero creo que, en gran medida, eso se debía a la envidia. Era un gran periodista. Siempre llevaba las mismas camisas blancas Brooks Brothers, pantalones caqui y mocasines, cosa que, especialmente en Irak y Afganistán, le daba aspecto de ser un agente de la CIA. Pero eso no parecía preocuparle. En Irak habíamos pasado incontables días trabajando juntos, y las tardes, charlando, y yo le tenía por un amigo divertido y fiel. Lo respetaba y admiraba su trabajo. También sabía que cualquier reportaje que él firmase iría en primera plana de la revista, o del periódico incluso, y tendría más posibilidades de influir con eficacia en la política exterior norteamericana. Generalmente, era esa combinación la que solía empujarme a trabajar en un reportaje.

Así que estaba convencida, y Paul también.

No había ido a Peshawar desde el 2001 cuando tenía veintisiete años e intentaba conseguir encargos desde el hotel Green, mientras Estados Unidos se preparaba para bombardear Afganistán. Esta vez, Dex y yo nos alojábamos en el relativamente lujoso hotel Pearl Continental. A través de una red de fotógrafos que llevaban años trabajando en Pakistán, yo había establecido contacto con el maravilloso Raza. Este hombre, de casi cincuenta años, que se peinaba las escasas hebras de cabello canoso hacia un lado de la cabeza, y de cara sonriente y curtida, era uno de los conductores más espabilados con los que había trabajado en mi vida. Él me arregló y me presentó como su mujer, y me llevó al valle de Swat para que fotografiara secretas escuelas de niñas que acababan de abrir después de que los talibanes cerraran las escuelas del valle; intimidó a los imanes para que me permitieran a mí (una mujer infiel) fotografiar las plegarias en las mezquitas de Peshawar, y me introdujo en el mercado de armas y conseguí hacer unas cuantas fotos rápidas antes de salir huyendo, porque temíamos que nos localizaran y nos atacaran.



Serie «Talibanistan» para el New York Times Magazine, *julio del 2008*.

Dex y yo conocimos a un jefe talibán llamado Haji Namdar. El día anterior a nuestra reunión, Haleem, uno de nuestros intérpretes, transmitió un mensaje del jefe: «No puedes venir con una mujer». Nosotros nos mantuvimos firmes: no pensábamos separarnos. El barbudo Haleem, que simpatizaba con los talibanes y no me miraba directamente a los ojos porque era una mujer, se angustió mucho. Estuvo dándole vueltas todo el día y al final encontró la solución: «¡Ya lo sé! Lynsey puede ser la esposa de Dexter. Y diremos que el señor Dexter no quiere dejarla sola en el hotel, mientras sale de viaje fuera de Peshawar». Yo siempre tenía que fingir ser la mujer de alguien.

Llegamos a la casa de Haji Namdar a primera hora de la tarde, bajo un chaparrón torrencial. Intenté ver algo desde detrás de la fina tela blanca del hiyab que me cubría el rostro. Estábamos entre los muros de un altísimo recinto, en el que todo era de color ocre. Haleem y Dex saltaron del coche y saludaron al jefe. A mí me dijeron que esperase hasta que se me diera permiso para que compareciese una mujer.

Al cabo de unos minutos, Haleem volvió y me dijo que yo también podía entrar en la casa. La habitación apestaba a olor a

pies y estaba repleta de hombres, muy barbudos y fuertemente armados, apoyados en las paredes en diversas fases de relajación, puesto que era viernes. Algunos rifles
AK-47
también estaban apoyados de pie contra las paredes, junto con sus soportes, o bien se hallaban en el suelo al lado de sus dueños. Intenté andar sin tropezar con mi *abaya*. Dex, muy a lo Dexter, inició la entrevista.

—Haji Namdar —dijo jovialmente. Me sorprendió que no añadiera «tío», o «macho»—. Muchas gracias por recibirnos hoy. Antes de empezar, querría presentarle a mi esposa, Lynsey. —Agradecí mucho que no me dejara para el final, porque estaba claro que yo era el elemento que causaba más expectación—. Y por cierto, mi mujer tiene una cámara —continuó—. ¿Puede tomar algunas fotos?

Parecía una propuesta absurda.

Haji Namdar accedió. A menudo había visto que los extremistas más radicales estaban dispuestos a reunirse con mujeres, mientras no fueran «sus» mujeres. Las periodistas occidentales no tenían que acatar tradiciones masculinas ni femeninas, y supuse que habían dejado de intentar entendernos hacía mucho tiempo. Así que saqué mi enorme Nikon D3 con un objetivo 24-70 mm f2.8 de la bolsa y traté de no parecer demasiado profesional.

Empecé con algunas tomas de Haji Namdar mientras Dex lo entrevistaba. No estaba segura de que los demás combatientes talibanes estuvieran de acuerdo con que los fotografiaran, pero me imaginé que si su jefe había aceptado, ellos también lo harían. Al cabo de unos minutos, me dediqué a apuntar con la cámara a otras partes de la sala. Mi norma es que, una vez obtenido el permiso para fotografiar, saco todas las fotos que puedo, porque nunca sé cuánto tiempo puede durar ese permiso. Algunos hombres se tapaban la cara cuando dirigía la cámara hacia ellos; otros ni siquiera parpadeaban. Algunos incluso estaban orgullosos de ser retratados para aparecer en el periódico norteamericano más importante del mundo. Quizá fueran combatientes analfabetos, pero seguro que los insurgentes comprendían la influencia del *New York Times* en el Gobierno de Estados Unidos.

Me fui atreviendo cada vez más y saqué otro objetivo de mi

bolsa. Se me enredó la mano en las diversas capas de ropa que vestía, ya que el hiyab me entorpecía la visión, y se me cayó el objetivo. Me dio muchísima rabia que me pasara algo así después de ocho años intentando fotografiar ataviada con miles de disfraces. Abrí, pues, una diminuta rendija horizontal en el hiyab para asomar los ojos. Tenía que trabajar.

Al cabo de diez minutos de entrevista, sirvieron el té, y hubo un gran revuelo y actividad en torno a Haji Namdar. Yo seguí disparando. Algunos hombres susurraban entre ellos, e incluyeron a Haleem en su inquieta conversación. Por fin se pronunciaron. Temía que se hubieran cansado de la presencia femenina y que me pidieran que esperase en el coche.

—Madam —dijo Haleem—, a los hombres del jefe les preocupa que no pueda beber bien el té a través del velo. Insisten mucho en que se lo beba.

Continuaron los susurros, y si no hubiera sido por el velo, habría tenido problemas para ocultar mi sonrisa. Solamente entre los musulmanes la hospitalidad es tan importante que resulta insoportable la idea de que alguien no se tome el té que le han ofrecido.

Haleem tuvo otra idea brillante.

—¡Ya lo tengo! Puede situarse usted en un rincón de la sala, de espaldas a nosotros, y levantarse el velo mirando hacia la pared y beberse el té. En cuanto acabe, puede volver a ponerse el velo.

Y así, en una sala repleta de combatientes encarnizados contra Estados Unidos, con todo lo que eso suponía, me puse de cara a la pared, en un rincón, y me bebí el té.

Ocho meses después, nuestro artículo para la revista, «Talibanistan», formó parte de una serie de historias que ganó el Premio Pulitzer. Felicité mucho a Dex; horas más tarde, me sorprendí cuando me empezaron a llover también correos electrónicos de felicitación. Al parecer, dos fotógrafos (mi amigo de la infancia Tyler Hicks y yo misma) estábamos incluidos también en el equipo ganador, cosa inusual cuando se trata del Pulitzer. Durante años, mi único sueño había sido trabajar para el *New York Times*, y ahora mi trabajo para ellos formaba parte del mayor galardón periodístico. Me sentí honrada y abrumada.

Siete semanas antes de mi boda, Dex y yo nos volvimos a reunir

en Islamabad. El Gobierno pakistaní había hecho ostentación pública de su lucha interna contra los talibanes, y volamos hasta allí para cubrir, entre otras cosas, la noticia de los miles de pakistaníes desplazados del valle de Swat a campos de refugiados en los alrededores de la ciudad de Mardan, la segunda de mayor tamaño en la provincia fronteriza del noroeste.

Un viernes, a las cinco y media de la mañana, Raza apareció ante la puerta de mi casa de huéspedes. Traía a una inesperada compañía, Teru, un antiguo amigo y compañero fotoperiodista de Nueva York, que había pedido acompañarnos. Dexter había decidido quedarse en Islamabad y escribir el reportaje aquella mañana, y yo era feliz al contar con la compañía de Teru. Fuimos en coche hasta Mardan, donde los campos de refugiados pakistaníes civiles que huían de sus hogares en el valle de Swat iban creciendo día a día, mientras el Gobierno continuaba su ofensiva contra los talibanes pakistaníes. Teru y yo pasamos la mañana fotografiando los campos, mientras Raza se trasladaba de uno a otro, proporcionándonos traducciones aproximadas para nuestros pies de foto.

Tuvimos una mañana muy productiva. Estábamos en el centro de la noticia, en una región que me gustaba mucho, menos de un año después de haber fotografiado a los talibanes pakistaníes, y trabajábamos, además, en una zona segura. La suave luz de la mañana se fue volviendo demasiado penetrante para seguir fotografiando; por ello, recogimos nuestras cosas y emprendimos la vuelta a Islamabad para archivar las fotos. El plan era reunirnos con Dexter de nuevo en la casa de huéspedes aquella tarde.

Hacia la una de la tarde, Teru, Raza y yo nos detuvimos a poner gasolina en la autopista y a tomar un poco de té, galletas y nueces, para calmar el hambre hasta llegar a la casa de huéspedes de Islamabad. Raza llenó el tanque de gasolina y me tendió el recibo, junto con el de su habitación del hotel. Yo había insistido en que se quedase a dormir en Islamabad la noche anterior, en lugar de irse a Peshawar, que estaba a dos horas de distancia en coche, de manera que estuviera descansado para nuestro viaje de aquel día. Volvimos al coche y yo me coloqué en mi posición habitual cuando estoy trabajando: echada en el asiento trasero, intentando recuperar el sueño perdido durante los días de trabajo riguroso. Envié unos

mensajes a Dexter y a Paul contándoles lo bien que había ido la mañana, metí la bolsa de la cámara en el hueco del triángulo formado por el respaldo del asiento del copiloto que tenía delante de mí, y me dormí.

Dormía profundamente cuando noté un fuerte tirón hacia la izquierda. Supuse que soñaba. Me puse tensa; oí un fuerte chirrido y esperé el sonido del impacto, como si fuera espectadora de mi propio sueño. Pero el estrépito que sonó era de verdad, el mundo se volvió más negro que en mis sueños y una suave calidez me envolvió.

Desde que era muy pequeña, a menudo tenía pesadillas en las cuales moría de formas extrañas. Pero siempre me despertaba a tiempo. Esta vez quedé inconsciente. No recuerdo cuánto tiempo pasó hasta que empecé a darme cuenta de lo que me rodeaba: caos, frenesí, ruido. En realidad no veía nada. No coordinaba lo suficiente para reaccionar, ni tenía fuerzas para moverme. Era la primera vez en mi vida adulta que no podía moverme sin ayuda, y esa sensación se veía acompañada por otro sentimiento muy poco familiar de sumisión.

Brevemente, abrí los ojos y vi un monovolumen y a un hombre con bigote. Este me llevaba en brazos. Yo seguía en posición horizontal.

Y entonces me encontré encima de una plancha de cemento en lo que parecía uno de esos rudimentarios centros asistenciales de carretera. No tenía ni idea de qué había pasado, ni del país en que me hallaba. Miré alrededor y solo vi desconocidos en la sala, muchos de ellos, hombres de barba muy poblada. No me podía mover, estaba herida. Me ardía la espalda, y los huesos del hombro me provocaban intensas oleadas de dolor.

Una enfermera, que se cubría la cabeza con un pañuelo, se inclinaba sobre mí, hacia mi izquierda, sujetando una enorme aguja llena de fluido. Le pregunté si la aguja estaba limpia. Me miró como si estuviera loca. ¿Dónde me encontraba? La imagen de un campo de refugiados relampagueó ante mis ojos. Más hombres barbudos. ¿Por qué yo no llevaba pañuelo en la cabeza? Levanté el brazo derecho, el único que podía mover, y me toqué la cabeza buscando el habitual hiyab. Llevaba el pelo descubierto, pero estaba claro que habría debido cubrírmelo.

A mi derecha oía a un hombre lanzar una serie de quejidos rítmicos, desgarradores. Le eché un vistazo y era Raza. «Ah, Raza —pensé—. Mi conductor pakistaní. A mi lado. Quejándose. A mi derecha. Raza. Haciendo ruido». Me parecía lo más natural del mundo: Raza y yo sobre unas losas de cemento adyacentes, en un centro asistencial pakistaní similar a aquellos que yo había pasado años fotografiando por todo el mundo. Ahora, Raza y yo éramos los pacientes.

«Raza se queja —pensé—. Eso está bien. Está vivo». Continuaba sin tener ni idea de lo que había ocurrido, pero, por algún motivo, entendía que era buena señal que Raza hiciera ruido. Me dolía todo, mientras la enfermera con pañuelo se inclinaba hacia mí con la aguja que todavía no me había inyectado. ¿Qué había estado haciendo yo aquella mañana? ¿Estaría soñando?

Teru apareció ante mí, a los pies de mi lecho. Tenía la cara como si acabara de disputar un combate de boxeo, pero estaba de pie. Me pregunté qué estaría haciendo él, que era de Nueva York, a los pies de mi cama. La enfermera me clavó la aguja. No llegó a contestar a mi pregunta de si estaba limpia. ¿A quién le importaba si cogía el sida? Sentía un dolor insoportable. Los refugiados. Mardan. Llevábamos toda la mañana en Mardan. Estábamos ya de vuelta. Había muchas personas en la sala, de pie a nuestro alrededor, mirándonos a Raza y a mí, echados en aquellas superficies de cemento. Refugiados, recordé. El *New York Times*. Yo había estado haciendo fotos. El patinazo, el accidente. Era real. Teru me explicó: «Estamos en Pakistán. Íbamos a fotografiar el campo de refugiados con Raza, y hemos tenido un accidente de coche». Un médico al parecer me estaba inmovilizando el brazo vendándolo apretado contra mi cuerpo. Se me habían roto los huesos. La espalda me ardía. Mi vestido pakistaní, un *salwar kameez*, se había pegado al trozo de carne viva de la espalda donde había saltado la piel, debido a la fricción del accidente. Mis manos eran una mezcla en carne viva de pus y sangre. Tenía esguinces en los tobillos, que estaban muy hinchados, y me dolían mucho las costillas. ¿Y dónde estaba mi pañuelo?

A Teru y a mí nos trasladaron a una ambulancia, pero Raza ya no estaba con nosotros. El camillero, Jalid, se sentó a mis pies e, inclinándose hacia mí, pronunció su nombre una y otra vez y me

rogó que lo repitiera para que no me desmayara.

—Jalid. Me llamo Jalid. Diga mi nombre.

No se cansaba nunca, y yo se lo agradecí, vagamente consciente de que estaba intentando mantenerme viva.

—Jalid. Diga mi nombre: Jalid.

Yo estaba tumbada, con un brazo pegado al costado, drogada con morfina; entonces me di cuenta de que mi bolsa de la cámara no estaba allí.

—Jalid, ¿dónde está nuestro coche?, —dije—. ¿Dónde está mi bolsa de las cámaras? ¿El coche está lejos de aquí? Íbamos de camino hacia Islamabad.

—El coche está aquí cerca —dijo Jalid.

Yo solo veía el interior de la ambulancia, pero supuse que circulábamos por la autopista hacia Islamabad.

—Jalid —repetí su nombre, tal como me había dicho—, ¿podemos pararnos junto al coche para coger la bolsa de las cámaras? Las necesito, y mi teléfono… —No tenía demasiadas esperanzas de que asintiera.

Él le dirigió unas palabras en urdu al conductor, y luego me dijo:

—De acuerdo. Podemos parar junto al coche.

Noté que la ambulancia daba un rodeo y que poco después se detenía. Sentía curiosidad por ver qué aspecto ofrecían los restos destrozados de nuestro coche, pero como mantenía el brazo pegado al cuerpo para sujetar mis huesos rotos, no dispuse de la energía suficiente para incorporarme y mirar fuera. Las puertas traseras de la ambulancia se abrieron entonces detrás de mí, y un policía pakistaní entró y anunció que tenía el deber de custodiar nuestro coche para que nadie robara nuestras pertenencias. Esforzándose por probar que él no había sustraído nada de nuestras bolsas, el policía se inclinó hacia mí, que estaba echada de espaldas y envuelta en una fina gasa, y me tendió mi bolso.

—Mire —dijo el hombre, triunfante, mientras yo me esforzaba por mantener los ojos abiertos—. ¡Todo su dinero está aquí! —Y hurgó en mi pequeña cartera de viaje, demostrándome que había separado meticulosamente las divisas y las había ordenado por país.

—Muchas gracias. Puede quedarse el dinero —dije yo—. ¿Dónde están mis cámaras? ¿Y mi bolsa para guardarlas? Yo quería recoger las cámaras y el teléfono.

Inmediatamente, él sacó mi bolsa negra Domke, en perfecto estado. Y en algún momento, alguien, o bien Jalid o el conductor de la ambulancia, recordaron que era urgente reemprender la misión oficial de llevarnos rápidamente al hospital, así que las puertas del vehículo se cerraron, el oficial de policía que había custodiado sanas y salvas mis pertenencias desapareció, y continuamos el camino hacia Islamabad.

Pedí a Jalid que sacara mi teléfono móvil naranja de la bolsa. Él me lo tendió, y al cogerlo, no estaba segura de a quién llamar. Un lado de mi cerebro me decía que llamase a Paul; el otro lado de mi cerebro se preguntaba quién era Paul. Tenía la mente nublada. «Paul. Prometido. Llamar. Paul». Busqué entre los nombres de mi lista de contactos y encontré «Paul cariño» y escribí un texto: «Cariño, he tenido un accidente de coche grave. Pero estoy bien. Por favor, llama a mis padres y diles que estoy bien». Luego marqué el número de mi amigo Ivan, que había empezado a trabajar con la CNN y entonces estaba en Pakistán. Ivan respondió al teléfono, y recuerdo vagamente que le pedí que llamara a mi amiga Kathy Gannon, que todavía vivía en Pakistán desde los tiempos en que me ayudó a conseguir mi primer visado para trabajar entre los talibanes, pues quería averiguar a qué hospital debíamos ir, mientras nos dirigíamos hacia Islamabad. En algún rincón de mi memoria conservaba el recuerdo de que Kathy conocía muy bien el país. Mis ojos se cerraban de nuevo cuando sonó el teléfono. Era Paul.

—Cariño, estoy bien. Por favor, llama a Kathy Gannon y pregúntale cuál es el mejor hospital de Islamabad. ¿Y puedes llamar también a mi hermana Lauren y decirle que estoy viva? —Lauren era mi hermana mayor, a quien recurría a menudo cuando había algún problema. De niñas, ella era siempre la que me protegía, la que permanecía firme y atenta en todas las crisis, la más maternal. Debí de tener la sensación de que Lauren era más adecuada que mi madre para asimilar las noticias e írselas contando a la familia sin hacer un drama. Luego llamé a Dex, le expliqué que habíamos sufrido un accidente de coche y le pedí que se reuniera conmigo en el hospital. Y luego me volví a desmayar.

Cuando me desperté otra vez, me llevaban por el pasillo de un hospital en una camilla, y veía las luces del techo y la mitad

superior de los cuerpos que pasaban veloces a mi lado. Los enfermeros iban parloteando en urdu cuando de pronto oí: «… el conductor fallecido…», y no me cupo duda de que estaban hablando de Raza. Se me rompió el corazón.

—¿Dónde está Raza?, —rogué, pero no obtuve respuesta—. ¿Dónde está mi conductor, Raza?

Silencio.

Me condujeron a la sala de urgencias del Hospital Internacional Shifa, donde un mar de rostros familiares recibió nuestra llegada: Ivan, Dex, Pamela Constable del *Washington Post* y Kathy Gannon. No podía moverme y estaba atontada por la morfina. A Ivan lo acompañaba un asesor de seguridad de la CNN, que también era médico, para que me hiciera unas pruebas rápidas y se asegurase de que no tenía daños cerebrales. Me puso una linterna ante los ojos y me pidió que la siguiera. Se había adelantado a los médicos de Shifa.

Vi a Dex, frenético, corriendo en torno a la sala de emergencias con una tablilla sujetapapeles para registrarnos a Teru y a mí en el hospital.

—Dex, ¿dónde está Raza?, —pregunté, sabiendo que sería sincero conmigo.

—Ha muerto, tía. Raza está muerto.

Las palabras penetraron en mi mente, «conductor fallecido», y me eché a llorar.

Sentía que la muerte de Raza había sido culpa mía. No estábamos en un lugar peligroso, ni circulábamos a altas horas de la noche. No nos perseguían talibanes ni insurgentes, ni estábamos faltos de sueño. Era una de las pocas veces en mi carrera en que mi conductor y yo trabajábamos en un entorno seguro, tras haber dormido toda la noche, con cafeína y comida en el estómago y viajando por una carretera perfectamente asfaltada. Pero aun así, me sentía culpable.

Cuando, horas después, llegaron los hijos de Raza para recoger sus pertenencias, y entraron en la habitación del hospital donde nos atendían a Teru y a mí temporalmente, me eché a llorar inconsolable.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho.

Raza era el único sostén para su mujer y sus ocho hijos.

Kathy vino a mi habitación antes de irse aquella noche. Se quedó a los pies de mi cama y ofreció algunos consejos a Dexter:

—No la dejes sola ni un minuto en este hospital. Comprueba todo lo que le dan. Vendrán a cualquier hora de la noche a hacerle pruebas, y siempre tiene que haber alguien con ella. —Y le explicó que había pedido a su médico particular en Islamabad, un médico de toda confianza que trataba a los diplomáticos, cooperantes y periodistas extranjeros, que pasara por el hospital y me echara un vistazo todos los días.

Paul estuvo luchando tres días para conseguir un visado para Pakistán. En circunstancias normales, a cualquier periodista podía costarle semanas. Para empeorar más las cosas, el accidente había ocurrido un viernes por la tarde. De alguna manera consiguió convencer al embajador de que abriera el consulado en fin de semana para emitir un visado para él. Mientras tanto, Dexter e Ivan hacían turnos en mi habitación. El personal pakistaní estaba muy confuso ante su presencia (las mujeres en Pakistán no suelen tener en su habitación a hombres que no sean su marido o un familiar), de modo que le dije a todo el mundo que Dexter e Ivan eran mis hermanos.

Había otros problemas. La primera noche, un grupo de enfermeros se aproximó a mi cama hacia la una de la madrugada, dispuestos a llevarme para que me hicieran una resonancia magnética o un TAC. En lugar de utilizar una camilla con ruedas, cogieron los bordes de la sábana de la cama y me levantaron con ella, apretujándome entre sí los huesos destrozados de la clavícula y rozando las heridas abiertas de la espalda, donde había perdido capas de piel. Chillé como una posesa, y Dex les gritó que tuvieran cuidado, hasta que me trasladaron de la sábana a una camilla con ruedas. Me llevaron por el vestíbulo hasta un ascensor y bajamos a un sótano, donde me pusieron sobre una plataforma a la entrada de una máquina monstruosa como un túnel. Yo iba desmayándome y despertando, mientras esperaba que empezase el misterioso escaneo. Nada. Pasaron lo que parecieron horas, sin progreso alguno, y le pregunté a Dex que qué pasaba. Él, a su vez, les preguntó a los enfermeros:

—Chicos, ¿por qué tardamos tanto?

Los hombres me miraron incómodos, y uno de ellos dijo:

—*Madam* lleva metal.

Dex estaba confuso. Me preguntó:

—Chica, ¿tienes metal en el cuerpo?

Yo todavía llevaba puesto el sujetador con aros. Nadie se había

atrevido a quitarme la ropa desde que había llegado al hospital. Todavía tenía el *salwar kameez*, de color óxido, pegado a las heridas abiertas de mi espalda, y el sujetador atado en torno al pecho.

—Dex, llevo un sujetador.

—Pues quítatelo.

—No puedo. No puedo mover el brazo. Tendrás que quitármelo tú.

—No puedo hacer eso. Paul me mataría.

—Dex. Tienes cincuenta años. Ya has visto tetas antes. ¡Quítame el sostén!

Los pobres enfermeros estaban confusos de nuevo.

—Es un sujetador sencillo, con broche delantero —expliqué a Dex.

Él asintió, y yo me volví a desmayar.

Los escáneres del hospital Shifa no revelaron ninguna hemorragia interna, ni tampoco daños en el cerebro. Tenía la clavícula rota; pérdida de piel en la espalda, brazos y manos; esguinces en los tobillos y, posiblemente, también en las costillas. Me notaba como si me hubieran metido en una lavadora y me hubieran centrifugado. Cada tres horas, una enfermera venía a la habitación y me inyectaba morfina directamente en vena. Después de cada inyección, parecía como si me sumergiera en un baño caliente, y luego como si flotara por la habitación, sin peso y sin dolor.

En un raro paréntesis de lucidez, empecé a consultar mis mensajes de correo en el móvil y pedí a Dex que me trajera el ordenador para descargar y mirar mis fotos de los campos de refugiados. Quería hacer una selección de imágenes en mi cama del hospital y que las publicaran en papel, como si de alguna manera aquel día horrible pudiera quedar justificado por nuestro trabajo. O a lo mejor es que estaba muy acostumbrada a enviar el material al término de un día largo y agotador, cuando trabajaba en un tema de actualidad. Una vez había enviado imágenes bajo el fuego en Faluya, bajo la protección de un Humvee. El instinto de enviar las imágenes de los campos antes de que se quedaran desfasadas era automático.

Paul se presentó en mi habitación el lunes por la mañana, con la tablilla sujetapapeles en la mano, mientras yo estaba sumida en una neblina inducida por la droga. Recuerdo que vi su rostro preocupado pero tranquilizador, y me convencí de que a partir de entonces todo iría bien. Y que los enfermeros al fin se tranquilizarían al ver a mi prometido a mi lado, sustituyendo a mis cuestionables «hermanos».

El día anterior a abandonar el hospital, vino el embajador turco hasta mi cabecera, con un montón de diplomáticos detrás, y nos ofrecieron a Paul y a mí un lugar donde residir en la embajada turca en Islamabad, en cuanto me dieran el alta. Los enfermeros seguían observando la frenética actividad y las entradas y salidas de mi habitación con curiosidad. Casi de inmediato, en cuanto se fue el embajador, llegó otro grupo de visitantes: Haleem, el intérprete que simpatizaba con los talibanes que aparecían en el artículo «Talibanistan» del año anterior, junto con un primo suyo. Yo estaba muy mortificada por llevar el pelo descubierto y por ir vestida con un camisón del hospital, que exponía la piel, ante dos hombres profundamente religiosos. Los visitantes, de largas barbas, vestían una *kurta* hasta el tobillo, es decir, una camisa suelta sin cuello. Haleem llevaba una bolsa de naranjas recogidas a mano, y Paul los invitó a él y a su primo a sentarse.

Les di las gracias por acudir a verme y pregunté:

—¿Cómo estás, Haleem?

—Bien. Estamos bien —dijo—, aunque ayer un dron impactó en la casa de mi primo…

La vida en Pakistán seguía adelante.

Pocos días después, Paul y yo volamos a Estambul, y el 19 de mayo del 2009 me pusieron una placa de titanio en el hombro. Yo no estaba preparada en absoluto para el sufrimiento del posoperatorio. Lo único que quería era estar sana otra vez y poder andar sin ayuda el día de mi boda, que sería al cabo de seis semanas.

Noche tras noche me despertaba chillando y llorando con unos dolores como puñaladas que me atravesaban el hombro y el pecho. Por primera vez en mi vida estaba lesionada; no era capaz de cuidarme de mí misma, y me di cuenta de que siempre había dado por sentada mi independencia. Las tareas más sencillas se volvían

imposibles sin el uso del hombro y el brazo izquierdos: no podía bañarme, no podía ponerme el sujetador sola, ni tampoco podía vestirme del todo. Las semanas anteriores a nuestra boda, Paul pasaba un rato todas las mañanas, antes de ir a trabajar, acompañándome a la ducha, lavándome el cuerpo, secándome, poniéndome la ropa interior, abrochándome el sujetador, vistiéndome y preparando todo lo que yo podía necesitar durante el día mientras él estaba fuera. Me percataba de que verme tan frágil y vulnerable lo estaba desgastando emocionalmente y lo agotaba. Él me cuidaba, llevaba una agencia de noticias frenética y planeaba nuestra boda… todo lo hacía él solo. Nunca había dependido tan completamente de alguien en mi vida, y me sentía culpable por estar tan indefensa. La decisión de Paul de atenderme hasta que estuviera recuperada resultaba humillante.

Solo una vez permitió que se trasluciera su propio sufrimiento. Estaba sentado ante el escritorio de nuestro salón, revisando los correos electrónicos del ordenador y, de repente, se echó a llorar. Había recibido un mensaje de Bill Keller, el director editorial del *New York Times*, en que le decía que estaba muy contento de que yo me encontrara bien. Aquellas sencillas palabras de Keller rompieron algo en Paul. Apenas soporté verlo así.

Pasé el final de mayo y el principio de junio echada de espaldas, durmiendo o viendo por la ventana cómo los cargueros circulaban a lo largo del Bósforo, hasta que Paul venía a casa después del trabajo. Mi capacidad de atención no era lo suficientemente intensa para ayudarlo a planear nuestra boda, leer un libro o ver una película. Intenté trabajar en el ordenador, pero el dolor era tan agudo que ni siquiera podía sentarme. No podía trabajar, ni aceptar ningún encargo, y tampoco ganaba dinero. Era la primera vez que me resultaba imposible confiar en mi decisión, ni en mi resistencia física ni en mí misma para hacer algo.

Unas semanas más adelante ya estuve lo bastante mejorada para ir a comer con mis amigos de Estambul, Jason y Suzy. Jason parecía preocupado.

—¿Cuándo vas a dejar todo ese rollo de las zonas de guerra?, —me preguntó por fin—. ¿Por qué no te quedas embarazada?

Era una buena pregunta, pero muy privada, y además, me producía una enorme ansiedad. No quería discutir aquel tema,

comiendo con unos amigos, cuando estaba todavía frágil, física y emocionalmente. La sugerencia de que mi trabajo se había vuelto demasiado peligroso, o de que, de alguna manera, quedarme embarazada era un sustitutivo adecuado para la fotografía, tocaba una fibra muy honda en mi interior sobre mi trabajo, mi vida y cómo había decidido equilibrar las dos cosas… en especial, a medida que se aproximaba la fecha de la boda. El accidente de coche en Pakistán no era sino un ejemplo más de mi tendencia a salir bastante airosa de incidentes cercanos a la muerte, pero cada vez que sobrevivía, me decía que mi suerte no podía durar siempre. Paul, como mis padres y hermanas, nunca me había pedido que dejara de trabajar: jamás me había rogado que bajara el ritmo de vida, ni que evitara los riesgos. Sabía de sobra que no debía pedirme que cambiase, o que cediera en aquello en lo que creía. Pero todos los incidentes traumáticos me inspiraban diálogos interiores que no estaba dispuesta a afrontar, y en este caso, era especialmente fácil atribuir aquel accidente al azar: ¡no había sido más que un accidente de coche! ¡Esas cosas pueden ocurrir en cualquier parte! Hablé de ello con Paul, renové mi testamento y seguí adelante.

Pero me enfadaba cuando mis amigos no respetaban una decisión que, a menudo, ya me resultaba dolorosa y difícil de mantener. A medida que superaba los veintitantos y entraba en la treintena, el consejo de mis amigos fue pasando de «deja de correr por ahí por las zonas de guerra», a «deja de corretear por las zonas de guerra y quédate embarazada». Era mucho más indignante aún. Cuando tenía veintitantos, mi respuesta era sencilla: «No tengo pareja. Y prefiero hacer exactamente lo que estoy haciendo». Desde que Paul y yo nos habíamos comprometido, sin embargo, él hablaba repetidamente de su deseo de formar una familia. Yo también quería una familia «al final», pero estaba en el punto álgido de mi carrera, realizando los encargos que siempre había soñado, para algunas de las mejores publicaciones del mundo. Lo último que quería en el mundo era interrumpir aquel impulso por un bebé que no ansiaba demasiado en aquel momento de mi vida. A diferencia de muchas de mis amigas que tenían ya treinta y tantos años, yo no notaba el tictac de mi reloj biológico; de hecho, con frecuencia me preguntaba si no habría nacido sin él.

Y no podía tener un niño y volver a Afganistán sin más. Si me ausentaba un mes entero, seguramente me reemplazaría algún otro de los, digamos, doscientos fotógrafos autónomos que ansiaban arrebatarme los encargos. Si cogía seis meses de permiso para tener un bebé, lo más probable sería que mis editores me borrarían de su lista. Yo ejercía una profesión de hombres. No me venía a la memoria ni una sola fotoperiodista que estuviera casada o que tuviera un hijo. Si Jason creía que no había pensado en todo aquello, se equivocaba.

Nuestra boda tuvo lugar en casa del padre de Paul, en el sudoeste de Francia, un castillo de piedra en medio de campos de maíz, junto a un estrecho camino rural bordeado de plátanos que formaban un túnel de verdor, a través de cuyas hojas irrumpían motas de luz solar. Cada vez que pasábamos por ese camino para ir desde la casa de piedra hasta la medieval Lectoure, la ciudad más cercana, pensaba en el primer párrafo de *Un deporte y un pasatiempo* de James Salter, aunque él se refería a la vida en la ciudad:

> «Septiembre. Parece que estos días luminosos no terminarán nunca. La ciudad, que estaba casi vacía en agosto, ahora se ha poblado otra vez. Se está

> reabasteciendo. Los restaurantes están abriendo ya de nuevo, también las tiendas. La gente vuelve del campo, del mar, de viajes por carreteras repletas de coches. La estación está atestada. Hay niños, perros, familias con maletas viejas atadas con correas. Me abro paso entre ellos. Es como estar en un túnel. Por fin salgo al resplandor del *quai*, bajo un techo de paneles de cristal que parecen magnificar la luz».

El día de nuestra boda dio comienzo con una enorme resaca a causa de la fiesta de la noche anterior, en la que habíamos bebido champán rosado. Paul y yo queríamos respetar la tradición de que el novio y la novia no se vean el uno al otro el día de la boda, pero teníamos una resaca tan monumental que no nos despertamos hasta las once, solo unas horas antes de la cita en la iglesia. Durante la ceremonia católica, al anciano sacerdote casi le dio un ataque al corazón cuando oyó a Paul decir: «Yo, Paul de Bendern, te tomo a ti, Lisa, como mi esposa». Lisa era mi hermana.

Mi familia, mientras tanto, se había reunido felizmente. A Paul y a mí nos encantaba pasar el tiempo con Bruce y con mi padre, que todavía convivían. Ambos se habían reconciliado con mi madre; incluso se iban a veces de vacaciones juntos. Todo ello era testimonio de la naturaleza cálida e indulgente de mi madre, y del esfuerzo de Bruce y de mi padre por volver a unirnos a todos de nuevo. En el banquete de mi boda, mi madre se subió a una silla, abrazando a Bruce, y dijo que estaba muy emocionada de que su hija se casara con alguien de la nobleza («¡pero se me ha ocurrido que podría presentaros a todos vosotros a una auténtica reina!»). Y diciendo esto, empujó hacia adelante al exuberante Bruce. Todos se echaron a reír a carcajadas. Nada me hacía más feliz que ver a mi madre y a Bruce, que en un principio fueron los mejores amigos, subidos a una silla, uno al lado del otro, y brindando juntos mientras mi padre los contemplaba a los dos. Yo los abracé por los tobillos y levanté la vista hacia ella con admiración.

Aquel día contemplé a todos los invitados (los amigos y familiares que se habían reunido viniendo desde sitios tan lejanos como Perú, Nueva York, Hong Kong y California), y luego a Paul, que estaba a mi lado, dándome la mano. Después de tantos años de

trabajar duramente, sin éxito, en busca del amor, después del secuestro en Faluya, la emboscada en el valle de Korengal, el accidente de coche en Pakistán, me sentía muy agradecida de poder estar en aquellas suaves colinas de Francia con mi familia y mis amigos más queridos, feliz, bebiendo y celebrando la vida.

Después de la boda, al fin pude volver al trabajo. Estaba en una fase de transición en mi modo de fotografiar. Intentaba irme apartando poco a poco de las noticias diarias y centrarme casi por completo en artículos y proyectos de revistas de los que requieren más tiempo. A mediados de septiembre, casi tres meses después de la boda, me senté ante mi escritorio y tuve una inquietante conversación con un editor del *National Geographic*. A veces, los larguísimos periodos de gestación entre el principio y el fin de un reportaje para esta revista me inducían a cuestionarme si el trabajo que hacía para ellos causaba el suficiente impacto, puesto que pasaban dieciocho meses entre el momento en que empezaba un artículo y el de verlo impreso. Después de años de fotografiar para el *Times*, me había acostumbrado demasiado a la gratificación inmediata que suponía trabajar en un artículo y verlo publicado al cabo de unos días, o como mucho, unas semanas. Había de convencerme a mí misma de que las historias que estaba fotografiando podían tener la misma relevancia, aunque se publicasen mucho después de que hiciera las fotos, que aquellas publicadas al día siguiente de haberlas hecho.

El editor y yo hablábamos de un encargo que yo acababa de empezar.

—No trates este artículo como si fuera un artículo del *New York Times* —me aconsejó con un tono ligeramente condescendiente—. Tómate tu tiempo, métete en la historia. Invierte el tiempo que necesites para explorar.

Tenía razón: había pasado tantos años trabajando en artículos con plazos de entrega cortos que debía contenerme y dedicarme a fotografiar con tiempo y paciencia. Comprendía cuál era su intención, pero me molestaba aquella conversación, que me dejó con la sensación de que no tenía fe en mi visión como fotógrafa.

Minutos después de colgar el teléfono, este volvió a sonar. El número mostraba un prefijo de la zona de Chicago, y pensé que

podía tratarse del departamento de fraudes de mis tarjetas de crédito, diciéndome por enésima vez que me habían bloqueado la tarjeta porque se veía que la habían usado en el extranjero.

Cogí el teléfono, exasperada.

Una voz masculina.

—¿Puedo hablar con Lynsey Addario, por favor?

—Al aparato.

—Soy Robert Gallucci, presidente de la Fundación MacArthur.

—Pues, hola.

—Esta es la primera llamada que hago en calidad de presidente de la fundación recién elegido, así que iré directamente al grano: me gustaría comunicarle que ha sido usted seleccionada para una beca MacArthur.

Me quedé muda. Todos los años peinaba los anuncios del «premio para los genios» de la Fundación MacArthur. Gente de todas las profesiones recibían la famosa «llamada repentina» comunicándoles que habían ganado quinientos mil dólares «sin condiciones».

—¿Hola? ¿Está usted ahí? ¿Sabe lo que es una beca MacArthur?

—Sí, me parece que sí —dije, deseando que me lo repitiera.

—Le vamos a dar medio millón de dólares, sin condiciones, a lo largo de los próximos cinco años, en depósitos trimestrales de veinticinco mil dólares. Esta beca no se basa en el trabajo que usted haya realizado en el pasado, sino que servirá para ayudar a su trabajo en el futuro.

Una afgana, Noor Nisa, está de pie, de parto, en la ladera de una montaña de la provincia de Badajshán, Afganistán, noviembre del 2009.

La muerte de un Marine de Estados Unidos en el sur de Afganistán; año 2010.

Mortalidad materna en Sierra Leona, año 2010.

Iraquíes viendo una película en 3D en Bagdad, año 2010.

—¿Está usted seguro de que está llamando a la persona adecuada?

—Se llama usted Lynsey Addario y nació el 13 de noviembre de

1973 en Norwalk, Connecticut, ¿verdad?

—Sí, sí, soy yo… —Noté una opresión en el pecho debida a la emoción.

El señor Gallucci me ofreció una breve explicación de cómo se desarrollarían las siguientes semanas en relación con aquella noticia, me facilitó el nombre y los detalles de contacto con el jefe del programa de becas, y me felicitó una vez más. Luego me preguntó qué pensaba de la situación en Afganistán, pero yo estaba tan abrumada que usé una palabra torpe, «dilema», y entonces me planteé si no me retirarían el dinero, porque pensarían: «Pues no, esta mujer no es genial».

Cuando acabó nuestra conversación telefónica, dejé la BlackBerry y me la quedé mirando. Estaba segura de que «Robert Gallucci» debía de ser Ivan que me gastaba una broma. Miré la identificación del autor de la llamada e introduje el número en Google. Fundación MacArthur. Era verdad.

Me senté en el sofá, en nuestro alegre apartamento iluminado por el sol, y lloré de alegría. No habría de preocuparme por el aspecto económico en el próximo quinquenio. Después de tantos años de viajar de país en país, sin hogar, intentando atraer la atención hacia las injusticias, presenciando guerras, funerales y hambrunas, la Fundación MacArthur había reconocido lo mucho que me había dedicado a mi profesión. Todo aquel tiempo de sacrificio y de compromiso había valido la pena.

Le había prometido al señor Gallucci que no se lo contaría a nadie, aparte de mi marido. Fui andando a la parada de metro de la plaza Taksim, por donde saldría Paul entre la multitud de gente que volvía del trabajo, y me quedé allí, a las puertas del metro, casi una hora, hasta que apareció él. Cuando me vio se mostró muy confuso al ignorar qué podía haberme inducido a esperarlo en el metro por primera vez desde que nos conocíamos.

Él fue el primero que habló:

—¿Estás embarazada?

Quizá no fuera la buena noticia que él esperaba, pero se alegró mucho. Mi éxito era también el suyo. Él, que comprendía las limitaciones del periodismo rápido, de las noticias diarias, siempre me había animado a trabajar en proyectos a más largo plazo, que, según afirmaba, me permitirían una libertad artística mucho mayor,

y me darían la oportunidad de profundizar mucho más en un tema. Los proyectos independientes de gran envergadura también suelen convertirse en exposiciones, que son una manera de conectar con un mundo que es ajeno a las noticias y a los medios de comunicación. Solo algo como la beca MacArthur me podía proporcionar ese tiempo para mi trabajo, sin tener que preocuparme del próximo encargo y de dónde procedería. Y sin embargo, decidí seguir trabajando para el *New York Times*, la revista *Time* y el *National Geographic* porque creía en esas publicaciones y porque sus lectores eran muy numerosos. Me parecía también que tenía poco sentido hacer un trabajo si nadie lo veía. De modo que, aunque la beca MacArthur cambió determinados aspectos de mi vida profesional, no lo cambió todo.

Dos meses más tarde terminó nuestra encantadora existencia en Constantinopla. Paul y yo nos trasladamos a Nueva Delhi, donde él aceptó un trabajo como nuevo director de la Agencia Reuters en la India. Yo no me había dado cuenta de lo mucho que me había encariñado con mi vida en Estambul durante más de siete años: tener a Ivan como vecino, colega y mejor amigo; disfrutar de las ensaladas mediterráneas, adornadas con queso halloumi a la plancha, con nuestros amigos Suzy, Maddy y Ansel; pasar los veranos recorriendo el Egeo en un barco de vela con mi padre y Bruce… Era una mujer casada, y por primera vez en mi vida adulta, las decisiones de dónde y cómo vivir y cuánto tiempo quedarme en cada sitio no estaban determinadas ya por la guerra que cubría, o por el corresponsal con el que quería trabajar. Esas decisiones las determinaba en gran parte el hecho de que Paul desempeñaba un trabajo directivo en una gran empresa, y Reuters tenía unas necesidades.

Yo estaba muy deprimida. Había vivido en la India nueve años atrás, y entonces no me molestaba el ruido ni el caos, pero a partir de los treinta me había convertido en una persona distinta. Teniendo como base una ciudad fácil, como Estambul, todo era un lujo, hasta las cosas más sencillas: poder ir andando de un sitio a otro, sin tener que depender de taxis o conductores; poder salir y reunirme con mis amigos para tomar un café en un barrio moderno; que un vuelo a Estados Unidos para visitar a mi familia no durase

dieciséis horas… Después de Estambul, Delhi parecía una ciudad muy aislada. Los únicos gimnasios bonitos estaban en los hoteles de cinco estrellas. No era posible ir andando a ninguna parte, en realidad; cada salida requería un coche. Yo trabajaba casi trescientos días al año en lugares difíciles, y ansiaba sencillez y tranquilidad cuando estaba en casa. Esas pequeñas facilidades formaban parte fundamental de mi cordura.

Paul también estaba más ocupado de lo habitual. Nuestra relación normalmente funcionaba bien, tomándonos descansos sistemáticos de dos o tres semanas después de cada trabajo, porque ambos teníamos la sensación de que la distancia mantenía fresco nuestro romance. Pero con su nuevo trabajo, muy exigente, estuvo exageradamente ocupado aquellos primeros meses. De modo que yo viajaba sin parar. En lugar de considerar la beca MacArthur como una oportunidad para bajar el ritmo, la vi como un estímulo para intensificarlo más aún. Desde finales del 2009 hasta principios del 2011 viajé más que nunca, tanto incorporándome a las patrullas en Afganistán como pasando estancias en el África subsahariana. Cada vez que volvía a casa, Paul decía que no sabíamos si me costaría quedarme embarazada, y que a los treinta y siete años, quizá se me estuviera agotando el tiempo. A mí me aterrorizaba perder mi independencia y me negaba a admitir que él pudiera tener razón.

Por el contrario, siempre le respondía con el mismo argumento: yo tenía unos genes muy robustos propios del sur de Italia, y todas mis hermanas se habían quedado embarazadas la primera vez que lo habían intentado, y además, los embarazos habían sido muy sanos. Las mujeres Addario estaban hechas para la reproducción, afirmaba yo, sabiendo en lo más profundo de mi ser que mi caso podía ser muy distinto de los suyos. Al final hicimos un trato: seguiría tomando las píldoras anticonceptivas hasta enero del 2011, y entonces dejaríamos que la biología y nuestras libidos decidieran cuándo me quedaba embarazada. Yo no quería tener un hijo en aquel momento, pero sabía que para Paul era muy importante. Y en parte también me preocupaba que se me acabara el tiempo.

Enero llegó y pasó. Yo dejé de tomar la pastilla, como habíamos acordado, pero planeé una serie de trabajos consecutivos que me concedían poco tiempo para la concepción: fui saltando del sur de Sudán a Irak, y luego a Afganistán, y luego a Baréin, en menos de

dos meses. Estuve en Irak trabajando para el *National Geographic* a finales de enero, y entonces David, mi editor del *Times*, me llamó a Bagdad y me preguntó si querría ir a Egipto, donde al parecer había una revolución en marcha. Yo me moría por ir, pero no podía dejar a medias el encargo del *National Geographic*. Cuando acabé mi trabajo en Irak, el *Times* tenía ya bastante personal en Egipto, y David me envió a Afganistán. Pero cuanto más miraba las noticias (los levantamientos en Egipto, Túnez, Baréin y parecía que Libia también), más me daba cuenta de que aquella Primavera Árabe sería histórica. Todos mis colegas de los años de Irak y Afganistán habían estado informando y fotografiando en la plaza Tahrir, y allí estaba yo, bebiendo té en Kabul, mientras veía un DVD pirateado de *Up in the Air*.

No pude aguantar más y me subí a un avión. Me dirigía a Libia.

Unos niños juegan en torno a un coche ardiendo en un barrio residencial de Bengasi, al este de Libia, a medida que el levantamiento va cogiendo impulso, 28 de febrero del 2011.

CUARTA PARTE
Vida y muerte

LIBIA
NUEVA YORK
LA INDIA
LONDRES

Capítulo 11
Morirás esta noche

Libia, marzo del 2011

Cuando hacía tres semanas que había comenzado el levantamiento libio (una revolución que, rápidamente, se convirtió en guerra), fui secuestrada. Mis colegas Tyler Hicks, Anthony Shadid y Stephen Farrell y yo habíamos estado cubriendo una revuelta antigubernamental iniciada por gente corriente de Libia, y Gadafi nos veía a nosotros, los periodistas, como enemigos. Junto con Mohamed, el tranquilo estudiante de ingeniería de veintidós años que habíamos contratado como conductor, habíamos ido a parar directamente a un control militar. Ahora estábamos a merced de los soldados de Gadafi, con las manos y los pies atados y los ojos vendados.

«¿Volveré a ver a mis padres? ¿Volveré a ver a Paul? ¿Cómo he podido hacerles esto? ¿Me devolverán mis cámaras? ¿Cómo he llegado hasta este sitio?».

Alguien me metió en la parte trasera de un coche. Notaba la boca algodonosa debido al miedo, las manos entumecidas por la tela que me ataba apretadamente las muñecas, y se me clavaba el reloj en la piel. Un soldado abrió la portezuela y se sentó a mi lado. Me observó unos segundos, y aunque sentí el peso de su mirada sobre mí, estaba demasiado asustada para levantar la vista y mirarlo a los ojos. Por un momento pensé que quizá hubiera venido a ofrecerme agua. Pero por el contrario, levantó el puño y me pegó con fuerza en un lado de la cara; se me saltaron las lágrimas. No era el dolor lo que me hacía llorar, sino la falta de consideración, el temor ante lo que se avecinaba y el comprobar que un hombre árabe adulto podía tener tan poco respeto por sí mismo que incluso era capaz de dar un puñetazo en la cara a una mujer completamente indefensa y atada. Hacía once años que trabajaba en el mundo musulmán, y siempre me habían tratado con una

incomparable hospitalidad y amabilidad. La gente se había desvivido por alimentarme, por proporcionarme refugio en sus hogares y por protegerme del peligro. Ahora temía lo que aquel hombre pudiera hacerme. Por primera vez en mi vida, temía la violación.

Steve estaba situado en el coche a mi lado, cosa que me alivió. Varios soldados rodeaban el coche, mirándonos y riéndose, como si fuéramos monos en una jaula. Decían cosas en árabe que, afortunadamente, yo no comprendía. Fuera vi a Tyler y a Anthony en otro coche, a unos seis metros de distancia. Tyler y yo habíamos ido juntos al instituto. Nos conocíamos desde que yo tenía trece años. Había algo consolador en su presencia valiente, tranquila y familiar.

Yo había perdido toda sensación del paso del tiempo. Encontré el valor suficiente para observar nuestro propio coche, el que conducía Mohamed. Una, o quizá dos, de las portezuelas del sedán dorado de cuatro puertas estaban abiertas, y un soldado vaciaba nuestras pertenencias sobre la acera. En el suelo, junto a la puerta del conductor, yacía un hombre joven, boca abajo e inmóvil, con una camisa de rayas y un brazo extendido. Parecía muerto. Estaba convencida de que se trataba de Mohamed; la culpabilidad me enfermaba. No importaba cómo hubiera encontrado su destino final, tanto si había sido en un fuego cruzado como ejecutado por alguno de los hombres de Gadafi, el caso es que lo habíamos matado nosotros con nuestra incansable búsqueda de artículos de prensa. Me eché a llorar, intentando desesperadamente comprender todo aquello, y en ese momento uno de los soldados me puso un teléfono móvil junto al oído.

—Habla en inglés —dijo.

—*Salaam aleikum!* —tartamudeé yo (que la paz sea contigo).

Una voz de mujer me hablaba en inglés.

—Eres una perra. Eres una burra. Larga vida a Muamar.

Yo estaba confusa.

—¡Dile algo a mi mujer!, —me ordenó el soldado.

—*Salaam aleikum!* —repetí yo.

Ella guardó silencio, preguntándose quizá por qué una infiel le dirigía el tradicional saludo musulmán.

—Eres una perra. Eres una burra.

—Soy periodista —dije yo—. *New York Times. Ana sahafiya*. Soy periodista.

El soldado me quitó el teléfono del oído y se echó a reír, y luego se puso a hablar en voz baja y animada con su mujer, orgulloso de lo que había conseguido aquel día.

Estuvimos sentados en aquellos coches durante horas, atados e indefensos, mientras a nuestro alrededor caía fuego de artillería y se oían explosiones y crujidos. El cielo se oscureció. Al anochecer los ataques rebeldes arreciaron su intensidad, y las balas llovieron en la zona en torno a nuestro coche. Tyler consiguió soltarse el cordón eléctrico con el que le habían atado las muñecas, y un soldado amable me desató el mío. Salimos del vehículo y nos echamos en el suelo al lado de la portezuela, para cobijarnos. Pronto Steve y Anthony hicieron lo mismo, y nos acurrucamos todos juntos en el suelo, prensados como sardinas en lata.

—Esos son disparos de tanque —explicó Tyler, después de una serie de explosiones atronadoras—. Y esas son ráfagas de ametralladora. —Dábamos un respingo cada vez que oíamos las explosiones que se acercaban, seguros de que nos alcanzaría la metralla o una bala. Los soldados nos rodeaban, y les rogamos que nos permitieran permanecer echados en el suelo. En un raro momento de amabilidad, algunos de ellos trajeron unos colchones delgados y los alinearon detrás de un camión que nos protegía. Nos ordenaron que nos echáramos allí, en medio de la carretera. Nos apretujamos los cuatro bajo una sucia manta.

Era imposible saber quién estaba al mando. Lo único que nos habían dicho era que nos entregarían «al doctor». Más tarde, algunos soldados se refirieron a él como el doctor Mutassim, uno de los hijos más malvados del coronel Gadafi. Cada hijo de este tenía su propia milicia, que parecía operar por su cuenta y con sus propias normas.

A las cuatro de la madrugada nos despertaron. Oíamos hablar a las tropas muy cerca. Anthony, que era medio libanés y el único entre nosotros que hablaba árabe, cerró los ojos para concentrarse en lo que estaban diciendo.

—Los rebeldes se están reuniendo cerca de aquí —dijo—. Las tropas opinan que quieren llevarnos a un lugar más seguro.

—Eso es buena señal —dije yo.

Varios soldados se nos acercaron y uno a uno nos ataron una venda sobre los ojos y nos volvieron a atar los brazos a la espalda. Un soldado alto y musculoso me levantó en brazos como si fuera una almohada, y me colocó en la parte trasera del vehículo blindado que servía para el transporte de personal y que parecía un «escarabajo». Volkswagen gigante. Intenté quedarme lo más quieta posible, para atraer el mínimo de atención hacia mi persona, pero noté que un soldado se subía al vehículo y se colocaba con la frente apretada estrechamente contra mi espalda. Había mucho movimiento, y no tardé en oír la voz de Steve: «¿Está aquí todo el mundo?».

Uno tras otro, todos respondimos que sí.

El vehículo empezó a circular, y al cabo de unos segundos, el soldado que se apretaba contra mi espalda me recorrió el cuerpo con los dedos. Recé para que no encontrara el cinturón de dinero que llevaba, donde guardaba el pasaporte. Me retorcí y supliqué: «No, por favor, no, tengo marido». Él me tapó la boca con sus salados dedos y me ordenó que no hablara mientras continuaba toqueteándome. Yo notaba la sal y el barro de su piel en los labios, y él continuaba sobándome los pechos y las nalgas, y tocándome torpemente los genitales por encima de los vaqueros.

Estaba segura de que el transporte blindado de personal, un vehículo militar muy común usado para transportar tropas, estaba lleno de hombres, y me preguntaba cuánto tiempo tendría que soportar aquella tortura antes de que alguien viniera a rescatarme. Oí que uno de mis colegas gemía, dolorido; pensé que era Anthony, pero más tarde supe que se trataba de Steve, a quien le habían metido una bayoneta entre las nalgas, sin desgarrar los pantalones, y supe que estaban torturándonos a todos, simultáneamente.

—Por favor. Tú eres musulmán —dije—. Tengo marido. Por favor.

Él ignoró mis palabras y mantuvo las manos en mis pechos durante los treinta minutos, o así, que duró el viaje, hasta que, milagrosamente, otro soldado me liberó de él y me cobijó entre sus brazos. Intentaba protegerme de los magreos. El tipo de los dedos salados volvió a tirar de mí para acercarme a él. El salvador me recuperó de nuevo. Alguien tenía conciencia.

El vehículo, finalmente, disminuyó la velocidad y aparcó junto a

la carretera. Se abrió la portezuela y me empujaron hacia afuera con rudeza. Con los brazos atados y los ojos vendados, nos trasladaron a la parte trasera de un Land Cruiser atestado. Dentro, Anthony se quejaba en voz alta.

—Mis hombros —gritaba con dolor—. Me han atado los brazos tan fuerte que me están destrozando los hombros.

También a mí me dolía el hombro con la placa de titanio que me sujetaba la clavícula, después del accidente de coche. Anthony y Steve chapurrearon en árabe con un soldado, rogándole que nos atara los brazos por delante, en lugar de sujetarlos a la espalda. Uno por uno, el soldado nos desató los brazos, y el alivio fue inmediato. Yo estaba extrañamente tranquila en la parte de atrás de aquel camión: ahora tenía las manos atadas por delante, estaba al lado de mis colegas, y la esperanza de que pudiéramos permanecer juntos bastaba para hacerme soportar el viaje de noche.

Mantuve los ojos cerrados bajo la venda, e intenté bajar el ritmo de la respiración para distraerme del miedo, la sed y la necesidad de orinar. Entonces fue cuando sentí otra mano en mi cara, que me acariciaba la mejilla como un amante. Lentamente, me pasó los dedos por las mejillas, la barbilla, las cejas… Yo bajé la cabeza hacia el regazo. Él la levantó tiernamente y siguió acariciándome. Me pasó las manos por el pelo y me habló en voz baja y firme, repitiendo la misma frase una y otra vez. Yo procuraba bajar la cabeza e ignorar su contacto, sus palabras. No entendía lo que me estaba diciendo.

—¿Qué me dice, Anthony?

Mi compañero tardó mucho en contestarme.

—Te está diciendo que morirás esta noche.

Estaba como atontada. Desde el momento en que nos habían secuestrado, aquella mañana, me había resignado a la posibilidad de estar a punto de morir, y cada minuto desde entonces había sido un regalo. Me concentraba en el presente, en permanecer viva, en no dejarme abrumar por la emoción.

Tyler dijo de repente:

—Necesito un poco de aire fresco. Anthony, ¿podrías preguntarles, por favor, si puedo salir fuera a tomar un poco el aire?

La petición de Tyler me resultó muy extraña, pues había soportado las horas anteriores sin soltar ni un gemido, y ahora

pedía aire fresco. Más tarde me enteraría de que Saleh, el soldado que me decía que moriría mientras me acariciaba las mejillas, le había dicho repetidamente a Tyler que le «iba a cortar la cabeza», y a mi compañero le había dado náuseas.

No sé cómo conseguimos quedarnos dormidos, sentados en la parte trasera de aquel Land Cruiser. Fuera había luz cuando nos despertamos, entumecidos y doloridos, oyendo a los soldados golpear en la puerta. Entonces nos arrojaron a la parte trasera de una camioneta descubierta. Atados y con los ojos vendados, y echados en el lecho de duro metal del vehículo, nos llevaron cuatrocientos kilómetros hacia el oeste a lo largo de la costa mediterránea, bajo un sol de justicia. Me imaginé el aspecto que tendríamos, exhibidos en las calles como trofeos de guerra medievales, de un control hostil a otro. Estaba cansada de estar asustada, de cuestionarme qué pasaría a continuación. Lo desconocido me aterrorizaba más que nada. Tyler era nuestros ojos: podía ver por debajo de la venda, y nos iba contando la escena en voz muy queda, mientras nos llevaban por aquella carretera interminable. Anthony era nuestros oídos: nos traducía los susurros y gritos como el de «¡Sucios perros!» (un insulto muy grave en el islam). La mayor parte del tiempo me mantuve encogida en posición fetal, para escudarme del exterior, y apoyaba la cabeza en el arco de metal de la rueda, tapándome la cara con las manos atadas. La clavícula y el hombro me dolían a cada bote de la camioneta, pero pensé que si me echaba en la parte más baja del remolque, nadie se daría cuenta de que estaba allí.

En cada control nos golpeaban a uno u otro. Oí el sonido de lo que me imaginé que era un
AK-47,
o un puño, contra la cabeza de mis colegas, y un gemido de dolor contenido. En uno de los controles, noté que un soldado se colocaba a mi lado en la camioneta, e, inmediatamente, me dio un puñetazo en la mejilla abalanzándose con todo su peso. Tyler, en un gesto que me ayudó a superar los días siguientes, consiguió desplazar sus manos atadas por encima de mí y cogerme las mías, mientras yo lloraba, desesperada.

—Todo irá bien —dijo—. Estoy contigo. Todo irá bien. Todo irá

bien.

—Quiero irme a casa —dije en voz alta, mientras unas lágrimas ardientes me humedecían la venda. Encontré consuelo solamente por el hecho de que, al menos, continuábamos estando todos juntos.

Por la tarde llegamos a Sirte, la ciudad natal del coronel Gadafi, que se encuentra a mitad de camino entre Bengasi y Trípoli. Todavía llevábamos puestas las vendas cuando nos hicieron bajar por una escalera hacia un recinto cuyo ambiente, olor y sonido eran como los de una cárcel. El hombre que me conducía a mí me apoyó contra una pared y me dijo que pusiera las manos por encima de la cabeza y abriera las piernas. Yo imité la postura que había visto tantas veces en los programas de televisión de la policía. Nos registraron de nuevo. Como todos los demás hombres libios antes que él, me apoyó las manos en los pechos durante un rato demasiado largo, mientras me registraba los bolsillos. Yo llevaba un pequeño recipiente de solución salina para mis lentes de contacto, y había podido convencer a los soldados anteriores de que me dejaran conservarlo por motivos médicos, pero este soldado lo confiscó de inmediato. También me quitó el reloj de plástico de la muñeca, me tocó por última vez y me metió en una celda.

—¿Estáis todos aquí?, —preguntó Steve.

—Sí —respondimos.

Al final nos desataron las manos, nos quitaron las vendas de los ojos y nos trajeron una cena consistente en arroz de color anaranjado y unos panecillos de pan blanco. Nuestra celda era de unos tres metros y medio por tres. Había una pequeña ventana corredera en la esquina superior izquierda, cuatro colchones de espuma asquerosos en el suelo, una caja de dátiles, una botella gigantesca de agua para beber, unos cuantos vasos de plástico y una botella para orinar en un rincón, junto a la puerta. Yo estaba demasiado angustiada para comer y, a pesar de la sed que sentía, demasiado aterrorizada por la posibilidad de tener que ir al baño para beber. Me dolía horriblemente la cabeza por la falta de cafeína, y mis lentes de contacto estaban secas y mis ojos irritados. Tengo cinco dioptrías y media de miopía; por tanto, sin las lentillas estaba prácticamente ciega. Me habían robado las gafas junto con todo el equipo. Si lloraba unas cuantas veces al día, pensé, igual mantenía húmedas las lentillas.

Los hombres orinaban por turnos en la botella del rincón, y yo echaba de menos mientras tanto un embudo, o un pene. No podía hacer otra cosa que dormir, hablar y esperar. Vinieron y se llevaron a Anthony para interrogarlo varias veces, pero no acabábamos de saber si, desde Trípoli, habían informado a los hombres de la cárcel de Sirte acerca de quiénes éramos, o si todavía no tenían ni idea de que éramos periodistas del *New York Times*.

—¿Creéis que alguien se dará cuenta de que faltamos?, —pregunté.

Anthony, Steve y Tyler estaban seguros.

—El *New York Times* funciona como un reloj —dijo Steve—. Harán cuanto puedan para encontrarnos.

—¿De verdad?, —pregunté yo, escéptica. No me imaginaba que nadie nos echara de menos en el caos que era el frente. Había estado tan sumergida en mi propio mundo, en mantenerme con vida, que ninguna vez había pensado en el mecanismo que se pondría en marcha para rescatarnos.

—Cuatro periodistas del *New York Times* desaparecidos es mucho —intervino Tyler.

—Yo ya tengo suficiente —dijo Steve sin alterarse—. No más guerras. Ya no puedo seguir. No puedo hacerla esto a Reem (su mujer). Esta es la segunda vez en dos años.

—Sí… —terció Anthony, indeciso, bajando la vista hacia el suelo —. Pobre Nada. Me siento fatal por hacerle pasar por todo esto.

¿Tendríamos la oportunidad de decirles a las personas que más nos importaban lo mucho que las queríamos? Cubrir la guerra era infligir un dolor inconmensurable a nuestros seres queridos, y lo sabíamos. Era la segunda vez que hacía pasar a Paul por aquel dolor. Anthony y Steve tenían hijos pequeños y un hogar también. Y sin embargo, por muy culpables que nos sintiéramos en aquel momento, y por muy aterrorizados que estuviéramos, solo Steve parecía realmente convencido de su propia afirmación de que nunca jamás volvería a cubrir una guerra.

—Si nos llevan a Trípoli, probablemente acabaremos en manos del Ministerio del Interior —insinuó Anthony, refiriéndose a un ministerio tristemente famoso por sus torturas—. Y, también probablemente, iremos a parar a celdas de confinamiento solitario, o donde esté Ghaith. —Habíamos oído decir que Ghaith Abdul-

Ahad, un periodista y fotógrafo iraquí del *Guardian*, había caído en manos de los hombres de Gadafi. Llevaba días desaparecido, y sospechábamos lo peor—. Pero tenemos que ir a Trípoli —añadió—, porque nunca nos liberarán si no vamos a Trípoli. Tal vez sobreviviremos… será difícil, pero quizá sobrevivamos, si nos quedamos aquí.

—¡Si lo conseguimos, estaré muy gorda dentro de nueve meses!, —exclamé de repente. Si salíamos vivos de Libia, por fin le daría a Paul lo que llevaba pidiéndome desde que nos casamos: un hijo. Después de todos aquellos años rechazando la idea de ser madre, de pronto rezaba por tener la oportunidad de crear una familia con Paul. Confiaba en poder soportarlo todo, en ser capaz de sobrevivir a la tortura psicológica y física, si eso significaba que al final nos liberaban.

En un momento de la noche me despertó el sonido metálico de la puerta de nuestro calabozo, y fingí que dormía. Un joven abrió la puerta de la celda, nos miró a los cuatro dormidos y me cogió del tobillo. Me arrastró hacia la puerta.

—¡No!, —chillé, retorciéndome frenéticamente y retrocediendo hacia Anthony, que estaba dormido a mi lado. El joven me volvió a tirar de la pierna hacia la puerta. Retrocedí de nuevo, apretándome contra Anthony, en busca de protección. El hombre se rindió y se fue.

Por fin cerré los ojos. Respiré despacio, disfrutando del silencio de nuestra celda. Steve, Tyler y Anthony dormían. Imágenes de otras personas que habían pasado un tiempo en la cárcel resonaron en mi mente: mi intérprete iraquí, Sarah, que fue encarcelada por los militares de Estados Unidos en el 2008, después de pasar dos años arriesgando su vida trabajando de intérprete para ellos; Maziar Bahari, un colega del *Newsweek* al que tuvieron en confinamiento solitario en Irán, y que tarareaba canciones de Leonard Cohen para mantener la cordura. Yo cantaba *Daydreamer* de Adele una y otra vez interiormente, porque había escuchado aquella canción mientras me pintaba las uñas de los pies la mañana en que nos capturaron. Evidentemente, muchas personas habían soportado cosas peores (cautividad, tortura…), y su resiliencia me ayudó a enfrentarme a mi miedo de lo que podía venir a continuación, al dolor físico de estar atada y de que me golpearan. Mis pensamientos

volvieron a Paul y a mi familia, que no tenían ni idea de dónde estaba.

A lo largo de la noche oímos chillar a un hombre en una celda cercana.

El familiar sonido metálico de nuestra puerta nos despertó por la mañana. Les oímos decir algo acerca de Trípoli, y estuvimos seguros de que ese era nuestro destino.

Los soldados nos sacaron de la cárcel una vez más con los ojos vendados y atados, pero esta vez nos pusieron unas esposas de plástico que nos cortaban las muñecas. Les pedí que me las aflojaran. Las apretaron más aún. Eran el mismo tipo de esposas que los militares norteamericanos colocaban a muchos iraquíes y afganos. No me circulaba la sangre por las manos, y cuando dejé escapar un quejido, uno de los soldados las apretó todavía más, clavándomelas en las muñecas y castigándome por mi debilidad. Nos llevaron al aeropuerto y nos metieron en un avión militar, que reconocí por la rampa, el zumbido del motor y los asientos que estaban alineados en las paredes.

—¿Estamos todos aquí? —La primera respuesta que recibió Steve a su pregunta fue un culatazo en la cara.

—Sí.

Nos hicieron sentar a cierta distancia uno de otro, y con cuerdas y tiras de tela nos ataron las manos y los tobillos a la red que cubría las paredes del aeroplano, como si fuéramos ganado. Oí que daban un golpe de nuevo a uno de mis colegas, y el gemido posterior. De repente me invadieron la desesperación y la impotencia. Tyler, Anthony y Steve recibían golpes sin parar de puños y rifles. Notar que me toqueteaban por encima de los vaqueros no parecía tan malo como aquellos maltratos físicos. Pero tener las manos y los pies atados a la red que corría por el fuselaje interno del avión, ir con los ojos vendados y desconocer lo que podía ocurrir era demasiado, resultaba insoportable. Me eché a llorar incontrolablemente. Me avergonzé y bajé la cabeza, para que los que estaban en el avión no me vieran, ni me golpearan o me ataran más prieto aún por mostrar mi debilidad y hacer ruido.

Lloré y lloré hasta que un hombre se me acercó y me dijo: «Lo siento. Lo siento». Y me desató la venda de los ojos, me quitó las esposas de plástico y soltó mis brazos y piernas de las paredes del

avión. Yo estaba demasiado asustada para mirar alrededor. Mantuve la vista baja y seguí llorando. Eran unos malvados. Aquellos hombres eran la personificación del mal. Sabían muy bien qué era la tortura psicológica y la aplicaban.

Cuando finalmente levanté la vista, observé que dos hombres de mediana edad vestidos con uniformes militares estaban sentados frente a mí. Me miraban con compasión; había amabilidad en sus ojos. Anthony, Steve y Tyler seguían atados a la pared y mantenían los ojos vendados y la cabeza gacha. ¿Estarían dormidos? De nuevo me sentí culpable por recibir un trato mejor por ser mujer. Cuando empezamos a descender, uno de los hombres me volvió a poner la venda en los ojos.

Aterrizamos en medio de una actividad febril. Nos hicieron bajar del avión y a Steve y a mí nos metieron en un furgón de policía. Unos hombres con armas automáticas nos vigilaban. Veía las puntas de sus armas por debajo de la venda. Eran matones. Algún móvil reproducía el famoso discurso *Zenga Zenga* de Gadafi. (En pleno levantamiento, Gadafi pronunció un discurso jurando que cazaría a todos los rebeldes «centímetro a centímetro, casa por casa, habitación por habitación, callejón por callejón [*zenga zenga*]»). Oír ese discurso otra vez los motivó a pegarnos más. Diferentes hombres me pusieron las manos entre las piernas, por encima de los vaqueros, y frotaron mis genitales con los dedos. Eran más agresivos que los anteriores, y se reían cuando yo les rogaba que parasen. Una vez más recé para que no encontraran mi segundo pasaporte, metido en un cinturón para guardar dinero que llevaba bajo la ropa interior. Era lo único que me quedaba de mi identidad por aquel entonces.

Oí cómo, en el exterior, pegaban a mis colegas con sus armas, un sonido sordo y espantoso. Alguien dejó escapar un chillido ahogado y un quejido, y yo hice esfuerzos por descifrar, por el gemido, a cuál de mis amigos estaban maltratando. No era Steve, claro, porque se encontraba en el furgón conmigo; alguien lo había obligado a chillar «Abajo, abajo Irlanda», alguien que no tenía ni idea de que Irlanda no formaba parte de ninguna coalición extranjera contra él. En la siguiente ronda de golpes reconocí la voz de Tyler, que había permanecido callado durante las otras palizas, y me dije que aquello era muy mala señal. Lo estaban golpeando en la

pista de aterrizaje. No oía a Anthony.

Cuando acabó todo aquel numerito, nos transfirieron a un Land Cruiser de nuevo.

—¿Está todo el mundo aquí?

—Sí.

—Sí.

—Sí.

La voz de Tyler sonaba hueca.

Circulamos unos veinte minutos en el Land Cruiser, mientras un hombre que hablaba un inglés muy claro nos explicaba que ya no nos pegarían más, y que ahora estábamos en manos del Gobierno libio. Anthony nos dijo más tarde que antes de esa afirmación, había habido una pelea (en árabe) en la pista de aterrizaje sobre quién se «quedaría» con nosotros: el Ministerio del Interior o el Ministerio de Exteriores. Cuando nos metieron en el furgón policial, al principio nos iban a entregar al Ministerio del Interior. Pero de alguna manera consiguió ganar el Ministerio de Exteriores. Ya no me preocupaba en absoluto en manos de quién íbamos a caer. Estaba resignada al destino que nos pudiera esperar, demasiado abatida para sentir miedo. Seguía sumida en el estupor.

Cuando el coche se detuvo, el hombre que hablaba inglés me ayudó a salir de él (yo aún iba con la venda en los ojos), y al ponerme la mano en el hombro y guiarme hacia un edificio, yo di un respingo.

—¡No me toque más, por favor! ¡Por favor, no me vuelva a tocar!

—Escúcheme —dijo el hombre en un inglés perfecto—, ahora depende usted del Gobierno de Libia. Ya no la van a pegar más. No recibirá malos tratos. Nadie la tocará.

Yo no dije ni una sola palabra. Notaba que las lágrimas acudían otra vez a mis ojos.

Nos condujeron a una habitación en la que había una alfombra limpia, suave, de un blanco roto. Todos habíamos soportado muchas penalidades en el viaje de Sirte a Trípoli, pero cuando nos quitaron las vendas, fue como si cada uno tuviera que enfrentarse al dolor de los demás. Yo miré primero a Tyler, mi estoico amigo, a quien tanto admiraba. Estaba encorvado, llorando. Quizá fueran lágrimas de alivio por haber sobrevivido a tales brutalidades y por

la constatación de que, al fin, el hombre que hablaba inglés nos daba un respiro, nos ofrecía envases de zumo y nos prometía que ya no nos pegarían más. O quizá era que Tyler estaba deshecho. Viéndolo así, cuando normalmente se mostraba tan fuerte y dispuesto ante todas las circunstancias, me rompió el corazón, y también me eché a llorar. Miré luego a Anthony: tenía los ojos vidriosos. Steve estaba impasible.

Un hombre libio anónimo que aseguraba pertenecer al Ministerio de Exteriores nos reiteró que ya no nos atarían ni nos pegarían. Sin embargo, nos vendarían los ojos cuando nos interrogaran y nos mantendrían en una casa de huéspedes cercana mientras lo hacían. El intérprete, que ostentaba una sonrisa amable permanentemente, desde que pudimos verle la cara, se inclinó hacia mí y me preguntó en voz baja:

—¿Está usted bien? ¿La han tocado?

Me sorprendió su franqueza.

—Sí, me han tocado. Todos los soldados de Libia me han tocado.

—Pero ¿la han violado?, —insistió.

—No. No me han violado. Me han tocado, pegado puñetazos, empujado, pero nadie me ha quitado la ropa.

—Ah, bien. —Se relajó de inmediato. Me conmocionó ver lo aliviado que se había quedado; era muy discordante salir de aquel mundo de abusos y terror, y encontrarse con alguien que se preocupaba por mi bienestar. Quizá ese hombre fuese más mundano, o a lo mejor le preocupaba toparse con un posible problema de cara a la opinión pública. Pero la violación era su única línea roja: las palizas, toqueteos, torturas psicológicas y amenazas no importaban; la violación, sí.

El hombre que estaba al cargo nos preguntó si teníamos algún pasaporte o pertenencias, y en aquel momento yo le entregué mi pasaporte y me prometió que me lo devolverían antes de liberarnos. Nos llevaron a nuestro alojamiento provisional, y nos dijeron que si intentábamos abrir una puerta o una ventana, nos dispararían.

El apartamento constaba de dos dormitorios: uno con tres camas para los hombres y otro con dos camas para mí. Compartíamos un baño grande, al estilo de una residencia estudiantil, con varios lavabos y una ducha. También había una cocina con una mesa lo bastante grande para los cuatro, y un cocinero, joven y guapo, que

también era agradable.

Los libios nos hicieron sentar en una sala de visitas de nuestra cárcel VIP y, tomando té, se ofrecieron a conseguirnos ropa, objetos de tocador y comida. La propaganda de Gadafi atronaba en el televisor situado al fondo de la sala como si fuera música ambiental; me fascinó la presencia de un televisor, una conexión con el mundo exterior. Ninguno de nosotros quería pedir demasiadas cosas, porque una lista de la compra larga significaría que íbamos a pasar allí bastante tiempo. Mientras yo acababa mis encargos, el sonriente intérprete me susurró al oído: «¿No necesita cosas de esas de mujeres? ¿Cosas femeninas?». Yo negué con la cabeza. Mi cuerpo estaba perfectamente sintonizado, de modo que se cerraba a los rituales mensuales cuando se enfrentaba a un trauma. Me parecía extraño que los libios nos ataran, nos pegaran, nos torturaran psicológicamente durante tres días y luego se ofrecieran a comprarme tampones.

Cuando los funcionarios se sentaron frente a nosotros, se deshicieron en vacuas cortesías. Anthony cogió el control remoto del televisor y cambió de canal: de los vídeos de propaganda proGadafi a la CNN. Al cabo de unos segundos, imágenes fijas de nuestras caras aparecieron en la pantalla, junto con las palabras: «El Gobierno libio aún no ha podido averiguar el paradero de los periodistas del *New York Times*… pero ha asegurado al director editorial del periódico, Bill Keller, que cooperará…». Yo me eché a llorar una vez más.

Aquellos hombres, sentados frente a mí, me pidieron que me calmara.

—¿No tienen ustedes hijos?, —les pregunté—. ¿Cómo pueden hacer esto a nuestros padres? ¿A nuestras familias? Nuestros familiares creen que estamos muertos. ¿Por qué no nos dejan hacer una llamada telefónica?

La siguiente vez que entramos en la sala donde estaba el televisor, lo único que quedaba del descodificador era un cable colgando.

Unas horas más tarde, nuestro intérprete del Ministerio de Exteriores volvió con varios empleados que llevaban docenas de bolsas de comestibles y un guardarropa nuevo para todos nosotros. La imagen era terrorífica… ¿Todas aquellas bolsas de comestibles

significaban que íbamos a quedarnos allí meses? Había casi seis botes de Nescafé, galletas, patatas fritas, cruasanes empaquetados, pequeñas tostadas al estilo italiano… Nos dieron a cada uno una bolsa llena con lo que habíamos pedido. Los hombres recibieron unos flamantes y modernos chándales Adidas. En mi bolsa había un chándal de terciopelo de color tostado con ositos sonrientes bordados en la parte delantera, y una frase en cursiva que decía: *¡LA CHICA MÁGICA!* También había tres pares de mudas de ropa interior, que por delante llevaban escrita la palabra «¡MUÉVELO!», así como un cepillo de dientes, champú, acondicionador de cabello y un cepillo del pelo.

En algún sitio, en torno a las dos de la mañana, hubo un escándalo en el vestíbulo que había fuera de la habitación, y llamaron a mi puerta.

—¡Despierte! Puede hacer una llamada telefónica.

Me quedé pasmada. Sin mi BlackBerry no tenía ni idea de cuál era el número de teléfono de Paul. No quería desperdiciar una única llamada telefoneando a mi madre, porque estaba segura de que tendría el teléfono perdido en algún lugar de las profundidades del bolso, y no respondería. Y mi padre nunca contestaba al teléfono. Los cuatro colegas nos reunimos en la habitación de los chicos y deliberamos a quién íbamos a llamar cada uno de nosotros. Al no tener el número de Paul, me ofrecí a ser la que llamase al departamento de extranjero del *Times*, para hacerles saber que estábamos bien. Tyler, Anthony y Steve se acordaban de ese número; yo me lo aprendí de memoria.

Nos vendaron los ojos uno a uno y nos condujeron a la sala de televisión sin televisor. Me sentaron en una silla junto a un hombre que supuse que controlaría nuestras llamadas. Le recité el número del departamento de extranjero.

Respondió alguien y le dije:

—Hola, son Lynsey Addario desde Libia. ¿Puedo hablar con Susan Chira?

Susan apareció de inmediato en la línea:

—¡Lynseeey!

Me sentí reconfortada al oír una voz familiar. Le dije que todos estábamos bien y que ahora nos encontrábamos en manos del

Gobierno de Libia. Ella me contestó que estaban trabajando de firme para que nos liberasen. El hombre que estaba a mi lado me indicó que abreviara. Le pedí a Susan que, por favor, llamase a mi marido y le contara que estaba bien y que lo quería mucho. Ella me aseguró que así lo haría. Y la conversación se terminó. Tyler llamó a su padre. Steve y Anthony llamaron a sus respectivas mujeres. Yo deseé haber podido hablar con Paul.

Transcurrió todo el día siguiente, pero nadie vino a visitarnos. Pasábamos la mayor parte del tiempo sentados en torno a la mesa de la cocina, charlando, contando historias de la guerra y recordando lo que nos había ocurrido hasta el momento para no olvidarlo una vez que tuviéramos acceso a lápices y papel. Tyler habló de cuando lo hicieron prisionero en Chechenia y cuando lo retuvieron a punta de pistola en Sudán del Sur. Steve describió su suplicio, hacía solo dos años, al secuestrarlo los talibanes en Afganistán, y la cosa acabó con la muerte del periodista afgano del *Times*, Sultan Munadi, y un comando británico. Era la tercera vez que detenían a Steve, la segunda vez que se llevaban a Tyler a punta de pistola en menos de tres meses, y la segunda experiencia cercana a la muerte de Anthony, después de que le dispararan en Cisjordania. Steve reiteró la declaración que había hecho en Sirte: «No puedo seguir trabajando en esto. Lo dejo».

Anthony, Tyler y yo nos quedamos callados. El hecho es que el trauma y los riesgos no se habían vuelto peores a lo largo de los años, sino más normales. Se habían convertido en gajes del oficio, especialmente a medida que aumentaban los secuestros y los periodistas eran víctimas de ellos cada vez más. Aceptábamos esos riesgos como un mecanismo de defensa propia, porque no queríamos cuestionarlo demasiado. Quizá ninguno de los tres queríamos admitir lo enfermizo que resultaba que pensáramos en continuar cubriendo guerras mientras estábamos sentados en la celda de una prisión, aunque fuera disimulada, secuestrados en Libia. De vez en cuando hablábamos de nuestras familias, y nos preguntábamos discretamente cuánto tiempo pasaría hasta que las viéramos de nuevo.

También hablamos de lo que había ocurrido aquel 15 de marzo, hacía tres días, cuando nos cogieron prisioneros. Todos teníamos recuerdos ligeramente distintos de los hechos, porque la mente de

cada uno de nosotros recordaba selectivamente para lidiar con el trauma. Nos cuestionamos si se podría haber evitado nuestra cautividad, si nos habíamos quedado demasiado tiempo, y qué probabilidad había de que Mohamed, nuestro joven conductor, que estuvo treinta minutos suplicándonos que nos fuéramos antes de que le hiciéramos caso, estuviera vivo todavía. Steve y yo creímos ver su cuerpo desmadejado en el asfalto junto al asiento del conductor del coche. Éramos responsables colectivamente de la supuesta muerte de Mohamed. Como muchos libios en aquella época, ese muchacho había considerado el trabajo de conductor de periodistas occidentales como una forma de ganar dinero, y como una contribución a apoyar la revolución. Durante el levantamiento, muchos hombres de su edad eran combatientes, o bien ayudaban a los periodistas a explicar lo que estaba pasando. Pero ¿valía la pena explicarlo a cambio de perder la vida? Era una pregunta sin respuesta clara. Por supuesto, ninguno de nosotros podía decir que un artículo «compensara» realmente la pérdida de una vida, o que «compensara» el dolor que causábamos a otras personas. Eso era ridículo. Pero yo esperaba que hubiésemos dejado bien claro a nuestras familias, nuestros conductores y nuestros intérpretes el riesgo tan grande que suponía amarnos o trabajar con nosotros.

Cuando nos poníamos de mal humor, nos retirábamos cada uno a su cama. Una mañana intenté animar a los hombres bailando por ahí con mi chándal de *¡LA CHICA MÁGICA!*, y cantando la canción *Physical* de Olivia Newton-John, mientras saltaba y agitaba los brazos. Steve me preguntó que por qué cantaba una canción de Britney Spears. Leíamos los libros que nos habían dejado: *Ricardo III, Julio César, Otelo*… Y Tyler sugirió que si nos aburríamos mucho, siempre podíamos representar alguna de esas obras.

Transcurrieron más de veinticuatro horas. Yo pensaba de nuevo en la cantidad de comestibles que nos habían traído. ¿Pasaríamos semanas allí? ¿Meses? Como estábamos cautivos, nuestro único contacto con el mundo exterior era el hombre que nos entregaba la comida caliente para desayunar, comer y cenar, nuestro guardia y los misteriosos hombres de un departamento desconocido del Gobierno que habían venido a vendarnos los ojos en plena noche para permitirnos telefonear. Buscábamos cualquier pequeño asomo

de emoción en sus rostros que pudiera indicarnos qué nos depararía el futuro. Cuando nuestro guardia principal nos trataba con dureza, estábamos seguros de que los de arriba habían tomado la decisión de que ya no valíamos la pena como prisioneros, y que quizá nos tranferirían a algún sótano para torturarnos.

Al día siguiente, uno de nuestros captores vino a buscarnos. Nos vendaron los ojos a todos, nos metieron en coches y nos condujeron durante quince minutos hacia lo que supusimos que era el centro de Trípoli. La gente nos gritaba insultos, y mi captor me hizo bajar la cabeza hasta el regazo para protegerme.

De izquierda a derecha: Stephen Farrell, Tyler Hicks, Levent Sahinkaya (embajador turco en Libia), Lynsey Addario y Anthony Shadid en la embajada turca de Trípoli, antes de ser liberados en Túnez.

Llegamos a una oficina del Ministerio de Exteriores, en el centro de Trípoli, donde nuestro colega del *Times*, David Kirkpatrick, nos estaba esperando. Era tan surrealista… que nos metieran en un coche como prisioneros, rotos y mentalmente afectados, al mismo tiempo que David nos esperaba en una luminosa sala de conferencias, recién salido de su hotel de cinco estrellas, con un

teléfono móvil conectado al mundo exterior. ¿Cómo era posible que nosotros estuviéramos cautivos y él, sin embargo, operase libremente en Trípoli? La reunión dio comienzo. Todo el mundo hablaba de logística, de sacarnos de allí, de conseguir pasaportes para aquellos a los que se los habían confiscado. David nos explicó que la embajada turca estaba actuando como representante de la embajada americana, y luego consiguió que una persona del Departamento de Estado en Washington se pusiera al teléfono para que pudiéramos solucionar nuestros problemas de pasaportes. Cuando me llegó el turno de coger el teléfono, oí la voz de una chica norteamericana muy alegre que se presentó como Yael y que me aseguró que nos iban a llevar a todos a casa, y yo rompí a llorar por el simple hecho de escuchar la voz de una compatriota. La esperanza me abrumaba.

No nos soltaron de inmediato, pero al final nos trasladaron a otra ubicación, en el centro de Trípoli. En una habitación de la planta baja se habían colocado unas cámaras de televisión en trípodes y se habían reunido diplomáticos libios y turcos. Yo creía de verdad que nos podían liberar entonces. Nos dijeron que tomáramos asiento. Me había vestido con una túnica verde de Zara lavada a mano y unos vaqueros
Levi's,
la ropa que llevaba el día del secuestro. Mientras esperábamos que empezaran las formalidades, uno de los diplomáticos turcos que estaban allí para ayudar a negociar nuestra liberación me tendió su teléfono móvil y me dijo que me pusiera al aparato. No sé cómo había conseguido que Paul estuviera al habla: era la primera vez que oía su voz desde que comenzó aquel suplicio, y me vine abajo.

—¿Cariño?, —gimoteaba yo entre lágrimas—. Lo siento muchísimo.

—Te quiero, cariño. —Paul se mostraba firme, cariñoso y tranquilizador—. Nos veremos pronto. ¿Tienes el pasaporte? — Después de algunas palabras cariñosas más, acabamos la conversación.

Volví a la sala justo a tiempo para que se llevara a cabo nuestra entrega oficial. Un diplomático libio nos tendió a cada uno de nosotros un sobre con tres mil dólares para compensarnos por el dinero en efectivo que nos robaron en el momento de nuestra

detención. Yo, estúpidamente, rechacé el mío, aduciendo que en realidad no me habían robado dinero en efectivo (aunque había perdido cámaras y equipo por un valor de treinta y cinco mil dólares). Entonces los oficiales turcos y libios firmaron unos documentos, y los libios entregaron nuestra custodia a los turcos. Estaba convencida de que los libios podían cambiar de opinión.

Nos escoltaron afuera, al aire limpio de marzo. Era la primera vez que estaba en el exterior sin venda en los ojos. No había visto el cielo desde hacía seis días, y mientras andábamos hacia el vehículo diplomático, esperando que nos llevara un paso más cerca de la libertad, levanté la vista al cielo azul intenso, puntuado de nubecillas algodonosas, y aspiré aire con fuerza. El coche nos condujo a la embajada turca. Era la segunda vez que los turcos me ayudaban y pensé que estaría en deuda eternamente con ellos.

Diplomáticos libios y turcos prepararon un convoy hasta la frontera tunecina, donde nos entregarían a un equipo de seguridad privada contratado por el *Times*. Telefoneé a mi madre y luego a mi padre y a Bruce, y les dije que estaba a salvo y que sentía muchísimo haberles hecho pasar semejante sufrimiento. Mi padre replicó con sencillez: «Te queremos. No ha sido culpa tuya. Estabas haciendo tu trabajo».

Era difícil encontrar las palabras adecuadas. Todos estábamos muy emocionados, y yo no quería hablar mucho. La conversación no hacía otra cosa que sacar a la superficie mi fragilidad, pero yo prefería mantenerla escondida hasta que nos hubieran liberado adecuadamente y en privado, más que en la embajada turca, pues suponía que los servicios secretos libios estarían controlando aquella línea telefónica. Pese a todo, me percaté de que mis padres eran muy desinteresados: sin tener en cuenta el dolor que habían sufrido como resultado de mis decisiones profesionales, me apoyaban siempre. Me habían regalado una fuerza interior sin límites.

Dos antiguos soldados de las Fuerzas Especiales británicas, de amplio torso y cabello entrecano, tenían la misión de ser nuestros guardianes. El plan era escoltarnos desde la polvorienta frontera libia hasta el hotel Radisson Blu, en el centro turístico costero de la ciudad tunecina de Yerba, donde cogeríamos un vuelo a Túnez, y,

finalmente, saldríamos del país. En los momentos posteriores a nuestra liberación, cualquier tarea logística (incluso comprar un billete de avión e ir al aeropuerto) nos parecía demasiado abrumadora.

Antes de llegar al hotel de Yerba, nos detuvimos en un supermercado de estilo occidental para comprar lo necesario para los siguientes días. El enorme supermercado (un Kmart norteafricano) era como un verdadero oasis emocional. Había algo tranquilizador en poseer cosas. Me regodeé seleccionando un cepillo de dientes, champú, crema hidratante para la cara, loción corporal, y ropa interior barata de encaje de Oriente Medio. Por descontado Paul me traería una maleta llena de cosas mías a Túnez. Pero no sé por qué, quería aprovechar mi libertad para comprar algo. Cualquier cosa.

En el Radisson Blu, relativamente lujoso, el equipo de seguridad del *New York Times* consiguió que un médico nos hiciera un reconocimiento, buscando señales de malos tratos. Yo me sentía extrañamente avergonzada de que los siete días de torturas físicas (puñetazos en la cara, ligaduras en muñecas y tobillos) no hubieran dejado marca alguna en mi cuerpo, excepto unas pequeñas señales rojas en el sitio donde se me clavaron las esposas en las muñecas. Sin pruebas físicas evidentes, tenía la sensación de que no quedaba constancia de los sufrimientos que había soportado.

Por fin aterrizamos en Túnez. Salimos por la zona de recogida de equipajes y luego por la puerta hacia el lugar donde nos esperaban Paul y Nicki, la novia de Tyler. Yo caí en brazos de Paul. Durante siete días, no había sabido si podría volver a abrazarlo. El consuelo, por supuesto, era inconmensurable… parecido al que sentí aquella mañana en Pakistán cuando levanté la vista, aún nublada por la morfina, y lo vi entrar a él en mi habitación del hospital con una tablilla sujetapapeles en la mano, después del accidente de coche. Definitivamente, él siempre se ocuparía de mí.

Miré alrededor en busca de mis colegas y compañeros de cautiverio de la semana anterior. Aquella experiencia nos uniría de por vida. Mientras abrazaba a Paul, oí mentalmente la voz de Steve preguntando: «¿Estamos todos aquí?».

«Sí».

«Sí».

«Sí».

Capítulo 12
Era como un hermano, y lo echo mucho de menos

Después de salir de Libia, Paul y yo nos fuimos a Goa cuatro días a descansar. Nuestro destino de inspiración zen, que unos amigos indios le habían recomendado a mi marido, estaba completo, pero el propietario, muy amable, nos ofreció su propia casa en los terrenos del complejo turístico, junto a un pequeño arroyo. Estábamos absolutamente exhaustos. Lo que pudieron haber sido unos días de celebración y pasión, en realidad fue más bien una sombría hibernación. Ninguno de los dos llegó a llorar. Tampoco hicimos el amor sin parar. Sencillamente, nos abrazamos, nos besamos con ternura, dormimos, paseamos, nadamos, comimos, bebimos y seguimos durmiendo.

Aquellos pocos días bastaron para que Paul y yo nos volviéramos a centrar antes de dirigirnos a Nueva York. En aquella época, después de tantos años de viajes y separaciones, pasar cinco días juntos era el equivalente a cinco semanas de descanso. Mis colegas y yo teníamos que informar en el *Times* y conceder entrevistas a la prensa. No nos dábamos cuenta de ello mientras estábamos cautivos, pero nuestro secuestro había generado muchísimas noticias, y nos habían pedido que apareciésemos en diversos programas informativos y de entrevistas. Nuestro primer objetivo era el *New York Times*.

Al entrar en el resplandeciente edificio del *Times*, me avergoncé al pensar en lo que habíamos hecho pasar a nuestros editores con nuestro secuestro. Estaba enterada de que se habían empleado incontables horas y energías en asegurar nuestra liberación, y me preparé para enfrentarme a miradas de reproche. En nuestra profesión, los periodistas a los que secuestran varias veces no son necesariamente héroes. El valor es una cosa y la temeridad es otra.

Fui a reunirme con Michele McNally, directora de fotografía del

periódico, con quien llevaba trabajando casi una década y cuyo trabajo consistía en decidir si se enviaba o no corresponsales para cubrir una guerra o una revolución determinada. Era uno de los trabajos más estresantes de todo el periódico, y ella se preocupaba mucho por nosotros, como si fuésemos sus hijos. Cuando me vio, se arrojó a mis brazos. Todo el mundo en el departamento de fotografía y otros del departamento de extranjero nos rodearon, tomaron fotos, aplaudieron y gritaron. Todo el mundo celebraba nuestra vuelta. Me consideraba una idiota por haber causado tanta preocupación.

Y aunque me parecía que ya me había estabilizado, frases en apariencia inocuas o normales reacciones emotivas de amigos o familiares me convertían en un verdadero flan. Los cuatro secuestrados pasamos de una breve aparición en el programa *Today* a una sesión de una hora (como una terapia) con Anderson Cooper, de la CNN. Íbamos obedientemente de entrevista en entrevista porque teníamos la sensación, como periodistas que éramos, de que habría sido hipócrita rechazar dialogar con nuestros colegas. Todos hablamos del sentimiento de culpa y de dolor por la posibilidad de haber llevado a la muerte a nuestro joven conductor, Mohamed. Yo hablé abiertamente de que sufrí abusos sexuales pero que no fui violada; era importante para mí aclarar ese punto en público y explicar qué me había ocurrido en cautividad. Estuvimos por completo a merced de los libios. Pero sobrevivimos. Era afortunada. Había entrevistado a gente sufriente de todo el mundo, y ellos nunca se sentían víctimas, sino supervivientes. Eso había aprendido de ellos.

Todo el mundo nos hizo la inevitable pregunta, y mi respuesta fue que sí. Sí, cubriría otras guerras. Lo más duro de lo ocurrido en Libia fue lo que tuvieron que pasar nuestros seres queridos, pero esa siempre ha sido la parte más dolorosa de nuestra profesión: que mis seres queridos sufren, y yo sufro cuando ellos sufren. El periodismo es una profesión egoísta. Pero aun así, yo seguía creyendo en el poder de sus objetivos, y esperaba que mi familia pensara lo mismo.

Un mes más tarde me reuní con tres editores de Aperture Books en Nueva York. En su mesa de la sala de juntas se encontraban algunas obras mías impresas. Discutimos la posibilidad de colaborar

para editar un libro ilustrado de gran formato, algo que siempre había soñado como destino de mis fotos, pero que nunca me había sentido preparada para ello. Barajábamos algunas fotos de Darfur, Irak y del valle de Korengal cuando, de repente, me distrajo el relampagueo de una luz roja en mi BlackBerry, y aunque nunca solía hacerlo durante una reunión, cogí el teléfono.

El primer correo electrónico que figuraba en mi teléfono me lo reenviaba el comandante Dan Kearney, que había dirigido la Compañía de Combate, así como a Tim Hetherington, Balazs Gardi, Elizabeth Rubin y a mí misma, en el valle de Korengal, en el 2007. El asunto del correo era:

Tim Hetherington ha muerto en Libia.

El corazón me dio un vuelco. Estaba segura de haber leído mal. Miré entonces el texto del mensaje:

> Tim ha muerto en Libia. Por favor, rezad por él. Sé que la familia COMBATEvendrá a dar su apoyo. Era como un hermano, y lo echo mucho de menos. MAJ Kearney

¿Cómo era posible que Tim hubiera sobrevivido más de un año en el valle de Korengal, que se podría considerar el lugar más peligroso de la Tierra, y que luego lo mataran en Libia? No quería creer aquel mensaje. Como de costumbre, tuve que decir las palabras en voz alta para asumirlas. Las lágrimas me caían por las mejillas.

—Tim Hetherington acaba de morir en Libia.

Todo el mundo dio un respingo.

Miré más correos, intentando encontrar alguna explicación de por qué había pasado aquello. Otro correo decía:

> Chris Hondros muerto en Libia.

No podía ser. De repente toda la ansiedad y el estrés postraumático y la tristeza de la que había conseguido huir después de ser liberada de Libia me invadió de golpe, ahogándome en emociones. Me derrumbé en aquella austera sala de juntas. Las tres personas con las que estaba reunida en Aperture se excusaron y me dijeron que podía quedarme en la sala tanto tiempo como fuera necesario.

Y no es que no hubiera experimentado ya la pérdida de amigos o colegas: Marla Ruzicka fue asesinada por un coche bomba en Bagdad, en el 2005; el Gordo Jalid fue abatido a tiros de camino hacia la oficina del *New York Times*, en Bagdad, en el 2007; el fotógrafo del *Times* y mentor mío João Silva pisó una mina terrestre en Afganistán en octubre del 2010, perdió ambas piernas y sufrió graves heridas internas; Raza había muerto poco después de que estuviéramos echados uno junto al otro sobre unas losas de cemento en el centro asistencial de carretera de Pakistán, después de nuestro accidente de coche; y por supuesto, Mohamed, nuestro joven conductor, había muerto también en Libia. Pero a pesar de todas las muertes que habíamos presenciado en Afganistán, Irak, Liberia, Darfur, el Congo, el Líbano, Israel y durante la Primavera Árabe, la muerte y las heridas raramente se daban entre la comunidad de los periodistas internacionales… hasta ese momento. Algo se rompió dentro de mí.

Tim y Chris eran amigos míos. No eran amigos íntimos en el sentido normal del término, pero nada en nuestras vidas era normal. Habíamos compartido amistades nacidas de prolongadas y confidenciales charlas en lugares solitarios y macabros, y a partir de cenas épicas y alcohólicas al regresar al mundo real. Su súbita muerte me afectó profundamente, de una forma como no me había afectado mi propia experiencia en Libia. Por primera vez notaba el peso de los años de traumas acumulados. Quizá se debía a que me daba cuenta de lo precaria que es la vida y lo arbitraria que es la muerte. Todos aquellos correos electrónicos podían haberse referido fácilmente a mí, a Tyler, Anthony o a Steve. Había montones de fotógrafos jóvenes inexpertos corriendo por el frente en Libia, pero fueron precisamente Tim y Chris, dos de los fotoperiodistas más experimentados del mundo, los que encontraron su destino fatal en Misurata a causa de un ataque de mortero. No tenía sentido. ¿Dependían nuestras vidas solo de la probabilidad estadística? ¿Ocurría que cuantas más guerras cubríamos, más veces rozábamos el peligro y aumentaban las probabilidades de que algo saliera mal? Nuestra vida era un juego de posibilidades. Me quedé paralizada en la sala de juntas de Aperture. Tenía que recomponerme e irme a casa, pero no era capaz de hacerlo. Mandé un mensaje a Paul y le pedí que viniera a buscarme. Necesitaba que me recogiera en

Aperture. Era incapaz de volver a casa sola.

La semana del 20 de abril del 2011 fue una gran prueba. Docenas de fotógrafos, periodistas y editores se reunieron como nunca había presenciado antes, ya que volaron desde todos los rincones del planeta para llorar colectivamente. Pero antes de enfrentarme a aquella tristeza abrumadora, necesitaba coger fuerzas. Me subí a un tren Amtrak y me dirigí a Washington D. C., cogí un taxi y me fui al Centro Médico del Ejército Walter Reade, donde encontré a mi amigo, el fotógrafo João Silva, entre otros muchos veteranos de guerra heridos y mutilados. No había tenido la oportunidad de visitarlo desde que una mina terrestre le arrancó las piernas y lo obligó a someterse a diversas operaciones, pero yo anhelaba su fuerza interior. Aun después de haber sido herido, después de que uno de sus más íntimos colegas y amigos se hubiera suicidado y otro hubiera sido asesinado a su lado, João seguía decidido a cubrir las guerras. Su inquebrantable fe en aquello a lo que dedicábamos nuestras vidas y su sabia generosidad de espíritu, así como su experiencia (a pesar de haber perdido medio cuerpo en la guerra), superaban la fortaleza de todas las personas que yo conocía. Sencillamente, necesitaba estar con él para enfrentarme de lleno a la realidad, sentarme junto a él en el mismo sitio que resumía toda la devastación de la guerra. Necesitaba oírle decir qué tal lo llevaba.

Aquella misma tarde cogí el tren hacia Nueva York y fui al encuentro de Elizabeth y de otros muchos colegas de mis viajes. Nos reuníamos en grupos noche tras noche y contábamos historias de Tim y Chris, a menudo abrazándonos mucho rato, queriendo expresar los años de dolor acumulado en todo el tiempo que llevábamos cubriendo guerras, tiempo que, para muchos de nosotros, era exactamente una década. Junto con nuestros editores, que representaban el papel de padres adoptivos, habíamos formado un vínculo de hierro, inexplicable para los ajenos a nuestro círculo. Los colegas con los que había pasado aquella década, compartiendo el cordero estofado acompañado de un montón de arroz con pasas y zanahorias ralladas en Afganistán, o pan rancio en las ciudades invadidas por los insurgentes, se habían convertido en parte esencial de mí misma; eran mi familia, la única gente con la que podía encontrar consuelo, en una época de tanta desesperación

emocional.

Una noche de aquella semana, un grupo de amigos íntimos nos fuimos a cenar al Lower East Side de Nueva York: la fotógrafa Samantha Appleton; Marion Durand, editora de fotografía de *Newsweek* y esposa del fotógrafo de Magnum Chris Anderson, que había dejado de cubrir guerras tras el nacimiento de su hijo; el brillante editor de fotografía Jamie Wellford; Tyler y su novia, Nicki, y yo. Samantha, Marion y yo llegamos las primeras y pedimos una botella de vino. Tyler, Nicki y Jamie aparecieron poco después; tenían la cara enrojecida e hinchada. Parecía que no podíamos parar de llorar.

Me conmocionó el aspecto de Tyler. Vi en su rostro los mismos estragos que yo estaba experimentando: aquellas muertes lo habían roto de una manera que ni su estancia en Libia lo había conseguido. Hondros era uno de sus amigos más antiguos; fue quien lo introdujo en el mundo del fotoperiodismo cuando eran jóvenes, recién salidos de la universidad, vivían en Ohio y trabajaban para el *Troy Daily News*. Sus carreras se habían desarrollado en paralelo, mientras cubrían guerras en Irak, Afganistán, el Líbano y Libia. Ambos recibieron galardones y maduraron hasta convertirse en hombres de éxito. Nos sentamos todos, nos miramos y nos echamos a llorar abiertamente, una exhibición de emoción que no es característica en nuestra profesión. Toda fanfarronería había desaparecido.

Dos días más tarde asistimos al funeral de Chris en Carroll Gardens, Brooklyn, en la iglesia donde se suponía que había de casarse aquel mismo verano. En lugar de dirigirse al altar con su bella Christina, lo conducían hacia el mismo lugar en un ataúd, seguido por su madre y, un poco más atrás, por su prometida. Entre los muros de la catedral sonaban Bach, Beethoven y Mahler. La imagen de uno de nosotros en una caja de madera, después de haber llevado una vida tan plena, era demasiado, resultaba insoportable. La mortalidad es un hecho ineludible. Amigos, colegas, parientes y personas que no habían conocido a Hondros se apretujaban en el interior y se desparramaban por la acera. Durante los panegíricos, yo estaba con Michael Robinson Chavez, un fotógrafo al que conocí en Irak y que se convirtió en amigo querido a lo largo de los años, y con David Guttenfelder, otro fotógrafo y amigo. Estábamos destrozados.

Paul se quedó conmigo en Nueva York aquella semana. Sus jefes de Reuters le permitieron tomarse unos días libres para consolarme después de lo de Libia. Y fue entonces cuando tuve la sensación de que era el momento adecuado para distanciarme de toda aquella tragedia y muerte de la década anterior, y hacer el amor sin preocuparme por las consecuencias.

Capítulo 13
Le aconsejo que no viaje

Tres semanas más tarde, en Nueva Delhi, apareció una fina línea azul en la ventanita, convirtiendo en positiva la señal negativa. ¿Ya? Abril era el primer mes en que Paul y yo habíamos mantenido relaciones íntimas desde que dejé de tomar la pastilla. Hice las cuentas, calculando que la concepción debió de tener lugar la semana en que Tim y Chris murieron en Libia… la semana que bajé mi omnipresente guardia. Maldije la genética de mi familia italiana, tan favorable a la reproducción, y me acurruqué en la cama al lado de Paul, dejando la pieza de plástico, que indicaba nuestro futuro, en la almohada, junto a su cabeza. En aquel momento lo odiaba. Él había insistido y persistido en que me quedara embarazada desde el día en que nos casamos. Incluso anunció sus intenciones durante una entrevista en vivo con el presentador de la CNN, Ali Velshi, mientras yo estaba perdida en Libia. El tercer día de nuestra cautividad, Paul le dijo a Velshi que el *New York Times* había especulado con la posibilidad de que hubiéramos sido secuestrados por soldados de Gadafi, pero nadie sabía realmente si estábamos vivos o muertos. El presentador le preguntó qué me diría cuando tuviera la oportunidad de hablar de nuevo conmigo, y él respondió: «Le voy a decir… Bueno, debes volver, porque hemos de tener hijos». Paul no ignoraba que a mí me sentaría fatal que mi marido anunciara por televisión que quería que me quedara embarazada, pero era un momento muy emotivo. Normalmente, él no le ocultaba a nadie su deseo de crear una familia. Incluso conspiró con mi amiga más antigua, Tara, y descifraron mi gráfico de ovulación las semanas después del regreso de Libia, e introdujo las fechas como recordatorio en su BlackBerry. Hizo todo eso con su característico sentido del humor, aunque nunca flaqueó en su apoyo a mi trabajo. Pero tenía claro que debía darme un empujoncito.

Cuando por fin Paul despertó, le enseñé la prueba de embarazo

y juntos la repetimos para asegurarnos: positivo de nuevo.

—Ya tienes lo que querías —dije—. Me parece imposible que haya ocurrido tan rápido. Creo que mi vida ha terminado.

Paul era consciente de que no debía decir nada en aquel momento. Se tomó el café, se vistió y bajó a la librería Khan Market, junto a nuestra casa de Nueva Delhi, y compró *Qué esperar cuando estás esperando*. Volvió a casa y me regaló ese libro que es una enciclopedia de la gestación. Le eché un vistazo y me aterroricé al ver a aquella mujer, exhibiéndose en la portada, sonriente y embarazada. Realmente, no estaba dispuesta a abandonar mi vida, mi cuerpo y mis viajes. Contemplé otra vez a aquella mujer feliz con un vientre del tamaño de una sandía. ¿Yo tendría una cosa así al cabo de nueve meses? ¿Tan grande? Y se la veía tan contenta… ¿Esa mujer no tenía conflictos con su carrera? ¿Cómo iba a continuar haciendo fotos? Mis pensamientos derivaron hacia mis colegas, sobre todo hombres. ¿Qué iba a pensar todo el mundo? «Secuestrada en Libia, el marido anuncia en la CNN que quiere crear una familia mientras su mujer todavía está desaparecida, y menos de dos meses después, ¡ya está embarazada!». Desde luego, era el resultado más predecible de mi vida. Intenté imaginarme como madre, luchando por reivindicar un modelo femenino en la fotografía de conflictos bélicos, y no logré pensar en ninguna mujer fotógrafa de guerra que tuviera siquiera una relación estable. Algunas periodistas habían destinado el tiempo suficiente para tener hijos, como Elizabeth, que tuvo un hijo y consiguió seguir escribiendo, pero los fotógrafos son distintos. ¿Qué diría la Fundación MacArthur? Me habían honrado con una beca increíble para dar impulso a mi carrera como fotoperiodista internacional, y yo voy y me quedo embarazada.

Pocos días después, estaba sentada en la sala de espera de Obstetricia/Ginecología en el hospital Indraprastha Apollo de Nueva Delhi. La planta baja estaba repleta de afganos que viajaban a la India para hacer turismo médico: hombres con largas barbas canosas que parecían desorientados y fuera de lugar en aquel hospital tan moderno, arrastrados por mujeres con hiyab completo. Por primera vez en mi vida no soportaba estar sentada en una sala llena de afganos barbudos y afganas con pañuelos en la cabeza, mientras esperaba mi primera visita oficial al médico como

embarazada. En una pantalla plana montada en una pared rosada, festoneada con estarcidos de colores pastel de setas, flores, orugas y mariquitas, pasaban una película de Bollywood. Niños indios y afganos berreantes corrían por la sala de espera. Sus padres estaban sentados, ociosos, sonriendo orgullosamente y sin ejercer disciplina alguna, mientras yo esperaba que la enfermera de la doctora Sohani Verma me llamara por mi nombre. Recé para que las dos pruebas de embarazo estuvieran equivocadas, estrujando con la mano los resultados de los análisis de sangre que la doctora me había pedido. La enfermera pronunció mi nombre. La doctora era una mujer india anticuada y seria, vestida con sari. Echó un vistazo a mis análisis y se presentó.

—Soy la doctora Verma —anunció sin entusiasmo alguno—. Todo parece bien.

—¿Estoy embarazada de verdad?, —pregunté.

—Sí, así es.

—¡Ah!

—¿Tiene usted alguna pregunta?

Yo me había leído diligentemente unos cuantos capítulos de *Qué esperar cuando estás esperando*, y había buscado por Internet qué había y qué no había que hacer cuando estás embarazada: lo que no se podía comer, cuándo te atacaban las náuseas, etc.

—¿Puedo seguir yendo al gimnasio?, —pregunté, aunque continuaría yendo con su consentimiento o sin él.

—Sí, ejercicio ligero. No se acalore demasiado, ni sude demasiado. Mantenga las pulsaciones cardíacas a un ritmo moderado. —Me tranquilicé al ver que podía mantener uno de mis rituales.

—Me voy a Senegal la semana que viene.

Ella me miró con desaprobación y dijo:

—Le aconsejo que no viaje. Los vuelos tienen radiaciones que no son buenas para el embrión en esta fase. Podría ser perjudicial.

Aquellas palabras fueron como dagas en mi corazón. ¿Que no viajase? Imposible.

—¿De verdad?, —le respondí, escéptica—. Nunca había oído decir nada semejante. ¿Y cuánto tiempo dura el periodo de riesgo para viajar en avión? —Estaba convencida de que debía de ser un cuento folklórico indio.

—Los tres primeros meses son los más delicados. Y mientras dure el embarazo, yo limitaría al mínimo los viajes de largo recorrido, los de más de seis horas. —Intenté ocultar mi conmoción. Nadie me había dicho hasta entonces que limitara mis viajes—. Y en Senegal hay malaria. ¿Ha de ir ahora precisamente a ese país?

Empecé a sentir una gran claustrofobia.

—Sí. —La afirmación salió al momento de mi boca. Fue una reacción instintiva—. Ahora no lo puedo cancelar.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, me di cuenta de que para alguien ajeno a mi profesión, para quien el periodismo no era más que un trabajo, probablemente sonaban a locura: poner en peligro mi embarazo por un encargo de diez días del *Times*.

—Existe el riesgo de que pierda el bebé si coge la malaria en Senegal. Y le aconsejo que no tome pastillas antimalaria mientras esté embarazada.

A cada frase notaba que una parte de mí moría. Una microscópica unión de células de Paul y mías, que crecían dentro de mi útero, me controlaban la vida, y para colmo, tenía que experimentar esa alegría abrumadora a la que se referían muchas mujeres cuando hablaban de embarazo.

—Puedo usar repelente de insectos… —empecé a decir, y antes de acabar la frase, me di cuenta de que el repelente de insectos también podía ser dañino para el feto.

—Pruebe la citronella —dijo la doctora Verma.

Salí del hospital bajo una nube de derrota.

Fui a Senegal en mayo, agobiada por el cansancio y las náuseas de mi primer trimestre. Dejé en manos del destino el riesgo de contraer la malaria, de las radiaciones del vuelo y de ignorar si sería capaz de enfrentarme a un encargo que resultaba físicamente peligroso. Después de todo, era la filosofía que había gobernado gran parte de mi vida. Pensaba a menudo en Elizabeth y en cómo había recorrido el valle de Korengal cargada con un chaleco salvavidas durante su segundo trimestre de embarazo, y, de repente, comprendí por qué se esforzó por seguir trabajando a lo largo de la gestación: porque en cierto sentido, nuestro trabajo era nuestra vida. Definía lo que éramos, en vez de ser simplemente un trabajo que nos servía para ganarnos la vida, y yo tenía que agarrarme a ese concepto mientras pudiera.

Con la excepción de tomar parte en patrullas militares, fui haciendo mis trabajos habituales, aunque escondía mi vientre, que se iba hinchando, bajo camisas sueltas, pantalones de camuflaje y a veces, afortunadamente, el necesario hiyab. Me convencí de que si no se lo decía a nadie, no pondría en peligro mi vida. Me mantuve firme en la decisión de que mis editores y colegas no lo supieran hasta que ya no pudiera ocultarlo más, porque temía que los editores me negaran trabajos a causa de mi embarazo. Había luchado muy duro para llegar a esa situación en la que tenía encargos regulares, y quería asegurarme de que no me excluían por el volumen de mi vientre.

De Senegal fui a Arabia Saudí y luego a Afganistán, y a los cuatro meses Paul y yo les dimos la noticia a mis padres, mientras estábamos de vacaciones en Rhode Island. Nadie creía que mi marido hubiera conseguido por fin convencerme de que hiciera un alto lo bastante largo para tener un bebé, cuando apenas dejaba de viajar el tiempo suficiente para hacer la colada. A los cuatro meses y medio, Médicos sin Fronteras me envió a fotografiar su establecimiento médico para las víctimas de la sequía que estaba consumiendo el Cuerno de África y Kenia, desde la región de Turkana hasta el campo de refugiados somalíes de Dadaab, en Kenia. A mitad de aquel encargo, trabajando en remotos pueblos africanos, no conseguía ya abrocharme los pantalones. Estaba embarazada casi de cinco meses. Las náuseas y el agotamiento habían desaparecido, mi nivel habitual de energía se había restablecido y comía con normalidad, aunque tenía mucho cuidado de evitar bacterias que pudieran ser dañinas, cosa que en la remota África significaba comer pan, arroz, plátanos y barritas de proteínas (estas las había llevado de casa).

Cuando acababa ya mi encargo de dos semanas, tuve la sensación de que con este me había limitado a arañar el problema de la sequía, puesto que todos los refugiados a los que fotografiaba en Dadaab huían de la sequía que asolaba Somalia; yo, en cambio, necesitaba ir a Somalia para fotografiar la historia de verdad, lo que los había forzado a que buscaran refugio. Aunque mi encargo con Médicos sin Fronteras había terminado ya, el reportaje también se podía distribuir a través de mi agencia de fotos para otras publicaciones del mundo. Me habría considerado una periodista

irresponsable o engañosa si solo hubiera cubierto a medias la historia de la sequía… es decir, si no hubiera ido en persona a Somalia para poner de manifiesto el origen de la crisis. Precisamente porque pocos periodistas iban a ese país advertía que era importante ir. Pero eso significaba viajar estando embarazada de cinco meses, menos de medio año después de haber sido secuestrada públicamente en Libia, e ir a Mogadiscio, la capital mundial del secuestro.

Niños somalíes intentan dar galletas a una mujer que sufre deshidratación y hambre, poco después de haber llegado a un centro de acogida, a la mañana siguiente de cruzar la frontera entre Somalia y Kenia, huyendo de una prolongada sequía, 20 de agosto del 2011. Dadaab, que alberga unos cuatro mil refugiados, es el campo de refugiados más grande del mundo. Está absolutamente desbordado, y los desplazados tienen cada vez un acceso menor a servicios esenciales, como agua, sanidad, comida y refugio, en parte porque han de compartir sus raciones con los recién llegados.

En muchos aspectos Somalia era un estado fracasado: anárquico, violento, empobrecido e infestado por los miembros de Al-Shabaab,

una milicia fundamentalista que aterrorizaba a los civiles y secuestraba a gente a cambio de unos rescates exorbitantes. El único motivo por el que no entraban en Mogadiscio se debía a la presencia de pacificadores de la Unión Africana. Somalia era uno de los pocos lugares de la Tierra que, de verdad, me asustaba visitar, ya que me imaginaba repetidas veces un destino como el de los soldados norteamericanos arrastrados por las calles de Mogadiscio en 1993. Y suponía que si me ocurría algo en Somalia, tan pronto después del secuestro en Libia, mis editores y mis compañeros me tacharían de fotógrafa loca e irresponsable, y me resultaría imposible justificarme. Pero, periodísticamente, ese país era una parte fundamental de la historia, y yo no quería empezar a poner en peligro mis instintos profesionales antes siquiera de tener un hijo.

Así pues, envié correos a colegas que hacía poco que habían estado en Mogadiscio: a Tyler, que fue uno de los primeros en cubrir la noticia de manera contundente para el *New York Times*, y a John Moore, un fotógrafo de Getty Images con quien Tyler y yo habíamos viajado a Libia. Ambos me pasaron el contacto de Mohamed, el principal conseguidor de Mogadiscio.

Por mil dólares al día, Mohamed conseguía una habitación en una casa de huéspedes, un intérprete, un conductor y un grupo de cuatro a ocho pistoleros que me acompañarían cada vez que quisiera viajar. Tyler y John hablaban muy bien de ese muchacho, y me explicaron que se tomaba muchísimas molestias para preparar cada excursión fotográfica fuera del refugio del hostal, y que no se tomaba a la ligera ningún trabajo. Decían lo que yo ya sabía: que Mogadiscio era impredecible, que daba miedo desde el exterior y que existían probabilidades de que el viaje fuera bien… hasta que dejaba de ir bien.

Un médico somalí busca señales de latidos a Abbas Nishe, de un año y medio, mientras el pequeño lucha para combatir una malnutrición severa en el hospital Banadir, de Mogadiscio, Somalia, 25 de agosto del 2011. El hospital está a rebosar, y hay personas durmiendo en el suelo en casi todas las salas.

Aparte de los riesgos en cuanto a la seguridad, tanto Tyler como John contaban algo muy angustioso: ellos habían sufrido horribles dolores estomacales debido a la comida de la casa de huéspedes, cuestión que me preocupaba que pudiera perjudicar al bebé. «Llévate Cipro y ya está», me decían, refiriéndose al elixir farmacéutico favorito de muchos de nosotros, que lo que hacía era, prácticamente, pasar el cuerpo por el microondas y limpiarlo de bacterias. Pero yo no podía tomar Cipro. Aún no les había dicho a mis colegas que estaba embarazada.

Necesitaba pasar dos o tres días sin bacterias sobre el terreno para visitar los hospitales, que al parecer rebosaban de víctimas de la sequía, y donde un puñado de niños se moría todos los días de diarrea, deshidratación o complicaciones de enfermedades que a menudo acompañaban a la malnutrición. Y también necesitaba visitar los campos de los desplazados, que surgían por todas partes junto a Mogadiscio, poblados por personas de otras partes del país.

No pasaría nada si estaba pocos días, me decía a mí misma para tranquilizarme, especialmente si solo comía plátanos, pan y barritas Pure Protein. Tenía dos obligaciones más que cumplir antes de reservar mi vuelo: debía llamar a Paul, aunque ya casi me había decidido del todo a ir, y asegurarme de que le parecía bien mi decisión. Por primera vez me daba la sensación de que necesitaba su permiso para arriesgar mi vida, porque también arriesgaría al mismo tiempo la vida de nuestro bebé.

Paul y yo hablamos de los posibles riesgos implicados, y él me pidió que limitara mi estancia en Mogadiscio al mínimo de días posibles, los justos para conseguir las imágenes que requería para completar mi historia. Yo acabé mi trabajo con Médicos sin Fronteras en Kenia, y Jamie, mi editor del *Newsweek*, me ofreció dinero para gastos con el propósito de publicar el trabajo de Somalia. En tiempos de presupuestos menguantes para las revistas, aquello era lo mejor que podía pasar con un encargo.

Cuando llegué a Somalia pasó una cosa muy extraña: mi bebé, al que llevaba semanas imaginando como un embrión del tamaño de un hueso de aguacate, basándome en actualizaciones regulares de la aplicación BabyCenter, empezó a darme pataditas. Vino a la vida como una personita que estaba dentro de mí cuando entré en Somalia, la tierra asolada por la muerte. Se mostraba muy activo, y, de repente, me conciencié de que estaba ahí siempre.

En cuanto estuve en Mogadiscio, fui a la casa de huéspedes a reunirme con Mohamed. Él me miró, envuelta en mi fluida *abaya* y con el pañuelo haciendo juego, y me dijo sonriendo:

—¡Parece usted somalí! ¡No tenemos que preocuparnos por usted! —Él no creía que yo estuviera realmente en peligro de ser secuestrada.

Me fui derecha a trabajar, comenzando por el hospital Banadir, el principal de la ciudad. En África, se suele suponer a menudo que los blancos son cooperantes, doctores, gente que está allí para ayudar de una manera inmediata, distribuyendo medicinas o comida. Entré en el vestíbulo principal del hospital y enseguida el panorama me abrumó: una multitud de mujeres y niños somalíes, de cara esquelética, llenaban las salas y los vestíbulos, o yacían postrados e inmóviles allí donde habían encontrado un sitio. Sus hundidos ojos me perforaban la blanca piel con esperanza: creían

que era una doctora que había ido a salvarlos de su destino. Y lo único que yo poseía era mi cámara. Las reservas de medicinas del país estaban agotadas. Los hospitales solo contaban con algunos doctores, algunas enfermeras y pocas medicinas. En general, a la gente se le administraba simplemente suero intravenoso para rehidratarlos, y se los dejaba a su suerte para que se recuperaran, empeoraran o murieran. Compartían las camas, descansaban en el mismo suelo. Nunca había visto una situación tan terrible, con tan poco interés por parte de la comunidad internacional para ayudarlos. Somalia, sencillamente, era demasiado peligrosa para los cooperantes extranjeros, de modo que se había abandonado a la gente librada a sus propios recursos. Por muy peligroso que fuera, estaba segurísima de que había tomado la decisión periodística correcta al ir a Mogadiscio.

Subí al piso superior y eché un vistazo. Siempre me sentía fatal fotografiando a personas en ese estado de sufrimiento, pero esperaba que mis imágenes, al provocar mayor conciencia sobre la desesperación, pudieran atraer también comida y ayuda médica. Trabajaba deprisa, deliberadamente, ateniéndome a las instrucciones de Mohamed de no quedarme mucho rato en ningún sitio, para evitar el riesgo de secuestro. Había pasado toda mi carrera haciendo trabajos peligrosos, basándome en un cálculo de riesgos, y quería confiar en aquella habilidad, aunque ahora estaba embarazada. Nuestro secuestro en Libia pesaba muchísimo en mi ánimo. Constantemente, luchaba contra un miedo que acababa de desarrollarse en mí, un nuevo reflejo de terminar mi trabajo en aquel mismísimo segundo y coger el primer avión que saliera de Somalia. Pero me aferré a mi identidad, a mi libertad, algo por lo que había estado bregando durante toda mi vida adulta, y también al pánico de que todo aquello desapareciera con el nacimiento de mi hijo.

Entré en la tercera habitación a la izquierda de una larga sala con muchas ventanas. Una mujer llamada Rukayo y su hermana Lu rezaban por el hijo de Rukayo, Abbas Nishe, de un año y medio, que se estaba muriendo por complicaciones asociadas a una malnutrición grave. El esquelético pecho del pequeño subía y bajaba mientras luchaba por respirar; ponía los ojos en blanco y luego, ya en posición normal, los concentraba de nuevo en su

madre. Me arrodillé junto a aquellas dos mujeres, me presenté como periodista y les pedí permiso para hacerles unas fotos. Accedieron. Empecé a disparar mientras ambas mujeres ponían las manos en el diminuto cuerpecillo de Abbas y después en su boca. Cada vez que el niño ponía los ojos en blanco ellas creían que había muerto. Me horrorizó ver cómo le cerraban la diminuta boca con las manos, un prematuro ritual de muerte que evidenciaba la falta total de esperanza. Le tapaban los ojos y le cerraban la boca, y mientras yo fotografiaba notaba a mi propio bebé dando patadas y vueltas en mi útero, haciéndome muy consciente de la vida que llevaba en mi interior. Era la yuxtaposición más incongruente e injusta de vida y muerte que había experimentado desde que inicié mis viajes como fotógrafa.

En algún momento entre los cinco y los seis meses se me abultó el vientre. Averigüé que esperaba un varón. Al volver a Nueva York para un encargo, les di la noticia a unas cuantas personas escogidas. Kathy Ryan, con quien había trabajado una década en el *New York Times Magazine*, fue una de las primeras. Se ofreció de inmediato a organizarme una fiesta para que me regalaran cosas para el bebé. ¿Quería yo realmente esa fiesta? No había vuelta atrás. La generosidad de Kathy ofreciéndose a prepararla en su casa era enorme, pero yo no había dicho todavía a nadie más que estaba embarazada.

—Kathy —sugerí—, quizá la invitación a esa fiesta podría ser la forma de contarles a mis amigos que estoy embarazada… ¿O es que tengo que decírselo a la gente antes de invitarla?

Aquella noche le di la noticia a Michele McNally y a David Furst, mis editores del *Times*. A la mañana siguiente, sonó mi móvil. Era David. Deseé que estuviera demasiado borracho la noche anterior para recordar lo que le había dicho.

—Buenos días —me dijo David, muy serio.

—Buenos días. ¿Qué pasa?, —le respondí.

—Escucha, quiero que sepas una cosa. No te lo dije anoche porque había mucho jaleo y todos bebimos mucho. Pero quiero felicitarte otra vez por lo del bebé, y quería decirte también que estoy muy feliz por ti y por Paul.

—Ah… pues gracias. Siento daros esta noticia tan tarde. Es que

no me sentía a gusto contándoselo a nadie.

—Escucha, quiero que quede bien claro: te daré trabajo hasta el día en que me digas que no puedes seguir haciendo fotos, y continuaré dándotelo otra vez cuando nazca el niño, el día en que me digas que ya estás dispuesta para volver a trabajar. Me alegro muchísimo por ti. Va a ser estupendo. No te preocupes por tu carrera, todo irá bien. Yo, personalmente, te daré el trabajo que quieras, poco o mucho. Es que me alegro mucho por los dos.

Su reacción me conmocionó. Yo suponía que me mirarían de un modo distinto en cuanto supieran que estaba embarazada. La reacción de mi editor me daba un respiro, me inclinaba a pensar que quizá el sector estuviera cambiando un poco. ¿Sería posible que, por fin, ya me hubiera puesto a prueba a mí misma lo suficiente?

Durante todo mi embarazo, sin embargo, seguía aterrorizada por que mis editores ya no me tuvieran en cuenta después de dar a luz, y que cesaran de contratarme por considerar que los encargos eran demasiado rigurosos o peligrosos para una «madre». Esas eran decisiones que deseaba tomar yo misma, y no quería depender de ellas como mujer ni como profesional. El fotoperiodismo, y en realidad el periodismo en su conjunto, es brutalmente competitivo. Estaba convencida de que, a fin de cuentas, no importaba que hubiera conseguido una beca MacArthur o que formara parte del equipo ganador del Pulitzer del *New York Times*, ni que hubiera obtenido numerosos reconocimientos por el camino. Después de todo era una fotógrafa autónoma, sin otra seguridad profesional que la de la reputación que me había forjado a lo largo de los años. No tenía garantía alguna de futuros encargos ni de futuros pagos. Y me perseguía la máxima: «Solo eres tan buena como tu último artículo». Demasiado a menudo había comprobado que eso es la pura verdad. También era probable que la maternidad me hiciera descender en el escalafón profesional.

Dos semanas más tarde Furst me envió a Gaza para un intercambio de prisioneros entre los israelíes y la belicosa organización palestina Hamás. Los israelíes anunciaron que canjearían mil veintisiete presos palestinos por un único soldado israelí: el sargento de primera clase Gilad Shalit, de veinticinco

años, que había sido secuestrado por Hamás en una incursión en un puesto fronterizo en el 2006. Parecía un encargo bastante sencillo, aunque estuviese embarazada, y tenía que formar equipo una vez más con mi colega Steve Farrell. No lo había visto desde nuestra visita a Nueva York después de lo de Libia.

La forma más segura y fácil de entrar en Gaza era a través de Israel. Esta periodista voló a Tel Aviv, fue en coche hasta Jerusalén y se encaminó a la oficina de prensa a buscar la acreditación de los medios. Luego hizo un breve viaje de dos horas hasta el puesto fronterizo de Erez, la terminal de alta tecnología, como un aeropuerto, que sirve de frontera entre Gaza e Israel. La oficina del *New York Times* en Jerusalén era una institución: bien conectada, con un excelente director y corresponsales que sabían de inmediato con qué funcionarios contactar para facilitar cualquier asunto. Mientras me dirigía a Erez, llamé a Shlomo, el oficial de prensa israelí que manejaba las relaciones con los medios de comunicación en Erez, y me aseguró que el cruce de la frontera sería fluido.

Pasé por inmigración sin dificultades. Se había construido Erez para que pudieran pasar por allí los miles de palestinos que cruzaban a Israel todos los días para ir a trabajar y volver a salir, hasta que la beligerancia entre ambos estados convirtió Gaza en una cárcel a cielo abierto; a pocos habitantes de Gaza se les permitía pasar por Erez, ni tampoco se permitía entrar a ningún israelí. La frontera la atravesaban casi exclusivamente periodistas y cooperantes, un crudo recordatorio de las consecuencias económicas del bloqueo de Gaza.

Estuve casi dos semanas en Gaza, fotografiando a parientes de los prisioneros y los dormitorios de estos, que regresaban después de años ausentes, así como las exhibiciones de armas (para ser fotografiadas por las cámaras) de los integrantes de Hamás luciendo su ominoso atuendo negro y sus pasamontañas. Por fin llegó el intercambio de presos. Cuando los autobuses llenos de prisioneros fluyeron por la frontera egipcia hacia Gaza, hombres, mujeres y niños (parientes y amigos) se arrojaron hacia los presos, mientras estos salían de los autobuses. Saboreando sus primeros pasos de libertad desde hacía años, parecían medio conmocionados por la euforia de sus seres queridos. Olvidando momentáneamente que estaba embarazada, maniobré en busca de una posición lo bastante

cercana para captar los momentos iniciales de euforia con mis cámaras, y me metí en medio de cientos de frenéticos parientes. A medida que el peso de los hombres que me rodeaban me empujaba de aquí para allá, presionando mi cuerpo a causa de la histeria natural del momento, recordé mi frágil estado. Pero mi vientre y yo estábamos tan metidos entre la multitud que no podía zafarme. ¿Y si alguien me daba un golpe en el vientre? ¿Y si tenía un aborto allí mismo, mientras liberaban a los prisioneros? Me entró el pánico.

En el mundo musulmán, a las mujeres y a los niños a menudo se les tiene en un pedestal por su seguridad, y las embarazadas están ligeramente más arriba en ese pedestal. Claro está que ninguna embarazada de Gaza se metería voluntariamente en un torbellino de locura como aquel, pero era demasiado tarde para lamentar mi estupidez. Tuve una idea: levanté los brazos al cielo y grité: «¡Bebé!», y me señalé el vientre, ya bastante redondeado, con los índices. «¡Bebé!» chillé otra vez, señalando hacia abajo.

Todos los hombres que me rodeaban se detuvieron al momento, y el individuo que estaba a mi lado me miró a la cara y después bajó la vista a mi vientre e, instintivamente, formó una valla humana en torno a mí, protegiéndome de la multitud. Fue como si el mar se separase. Y continué fotografiando aquella locura, con mis espontáneos guardaespaldas velando por mi hijo.

Antes de dirigirme de nuevo al puesto fronterizo de Erez para iniciar mi camino de regreso, llamé a Shlomo, que estaba en Israel, para expresarle una preocupación que me corroía: estaba preñada de veintisiete semanas, y me preocupaban los escáneres de cuerpo entero que se hacían en Erez. Pasar por ellos podía perjudicar mi embarazo. Shlomo me tranquilizó y me dijo que notificaría de antemano a los soldados mi llegada. El cruce de Gaza a Israel entrañaba un intenso procedimiento de seguridad para prevenir los atentados suicidas. Todo el cruce fronterizo está dividido en cubos de cristal a prueba de balas, con una serie de macizas puertas electrónicas que los israelíes abren y cierran en cuanto se ha confirmado la identidad de la persona que pasa. Un palestino maneja una cinta transportadora de equipaje tradicional. Todos los soldados israelíes que controlan el movimiento de la gente que cruza de Gaza a Israel están fuera de su alcance para no sufrir daños, situados en una especie de balcón acristalado que domina

desde lo alto la zona de seguridad. Se comunican a través de un sistema intercomunicador mientras vigilan desde arriba. Los puedes ver, y ellos te ven a ti, y podrían oírte si les gritaras a pleno pulmón, pero lo que se usa es el intercomunicador para cualquier contacto personal. Todo el mundo debe atravesar el mismo detector de metales y la misma puerta a prueba de balas y hacerse un escáner de cuerpo entero muy moderno; en cuanto la luz roja cambia a verde, ya puedes pasar por fin a través de una última puerta y recoger el equipaje de la cinta transportadora; y luego vas a inmigración, al otro lado de la zona de seguridad. Un fotógrafo norteamericano de la AP con base en Jerusalén me había advertido de que hay una habitación diminuta a un lado donde envían a los sospechosos después de haberlos escaneado; en ella, en lugar de suelo hay una rejilla metálica, de modo que si uno se inmola, los trozos del cuerpo y el impacto de la explosión caen por dicha rejilla, en lugar de salir despedidos hacia el exterior. Tenía esa imagen clavada en la mente mientras apretaba el primer botón intercomunicador a la entrada del laberinto de seguridad.

—Hola, somos del *New York Times*. He llamado a Shlomo esta mañana y le he explicado que estoy embarazada de veintisiete semanas y quisiera preguntarles si podrían hacerme un examen corporal, en lugar de hacerme pasar por el escáner. Me preocupa que la radiación afecte al bebé.

Una voz irritada salió del intercomunicador que había en la puerta:

—Bien. Puede desnudarse hasta quedarse en ropa interior y le haremos un registro, o bien pase por el escáner.

Me volví hacia Steve, que estaba casado con una palestina cristiana y había vivido varios años en Jerusalén, y le dije:

—Steve, ¿qué hago? Me preocupa pasar por el escáner.

—Bueno, me parece que si optas por no hacerlo te van a tener aquí «todo el día». Podrías pasarlo una vez. Probablemente, no perjudique al bebé, si es una sola vez.

Apreté de nuevo el botón intercomunicador, mirando hacia el puñado de soldados israelíes que estaban allá arriba, en el balcón acristalado a cierta distancia, y les hice saber que había optado por el escáner.

Seguían preocupándome las radiaciones. Oí un ruido metálico

intenso, y la puerta se abrió ante una máquina que parecía una cápsula del tiempo. Entré en ella, colocando mis pies sobre las huellas pintadas que marcaban dónde debían estar, y levanté los brazos formando un triángulo por encima de la cabeza, como había hecho tantas otras veces en aquel mismo país, cuando no estaba embarazada. Esperé a que el escáner se desplazara en torno a mi cuerpo, y contuve el aliento. La máquina se paró, la luz cambió de rojo a verde, y la puerta mágica se abrió y me abrí paso a otro cubículo como el de una cárcel. La luz del segundo cubículo pasó de rojo a verde también, pero al caminar para salir, la luz volvió a ponerse roja. Me detuve, confusa. La misma voz arrogante salió del intercomunicador.

—¿Puede volver a pasar por el escáner? Lo siento, pero ha habido un problema.

—¿Cómo?, —dije, notando que se elevaba mi presión sanguínea —. ¿Quiere que vuelva a pasar por el escáner?

—Sí, vuelva a pasar.

Fui de nuevo al escáner y levanté las manos por encima de la cabeza. Contuve el aliento y la máquina se desplazó otra vez en torno a mi cuerpo; tuve mucho cuidado de no moverme. La luz cambió de rojo a verde, y entré en el siguiente cubículo, donde esperé a que la luz se pusiera también verde para dejarme pasar después de dos escáneres de cuerpo entero. Pero la luz se volvió a poner roja. Debía ser un error. Miré hacia arriba, al balcón acristalado, desde donde un grupo de soldados me observaban en mi pequeña prisión de cristal. Se reían o sonreían, mientras debatían si continuaban irradiándome a mí y a mi vientre, o no.

—¡Uf!, —exclamó la voz arrogante—. Se ha movido. ¿Puede volver al escáner, por favor?

«¿Estáis de broma?», me dije a mí misma. Me costó contenerme para no perder la cabeza.

—No me he movido. Ya había pasado antes por estos escáneres. Sé que no me he movido.

—Vuelva al escáner.

—Estoy segura de que mi bebé nacerá con tres cabezas, después de esto —protesté.

—Vuelva —me dijo. Los otros soldados seguían riéndose.

Después de examinarme por tercera vez con el escáner de cuerpo

entero, me dejaron pasar al siguiente cubículo. Pero en lugar de indicarme que me dirigiera hacia la salida y hacia la cinta transportadora de equipaje, me hicieron entrar en una habitación tenebrosa que, a la derecha, tenía el suelo de rejilla metálica: la habitación de los suicidas con bomba. Una luz parpadeaba delante de mí, y una soldado israelí, situada detrás de un grueso cristal antibalas, se inclinó hacia delante y me dijo:

—Quítese los pantalones.

—¿Cómo?

—Que se quite los pantalones y se levante la blusa. Tengo que verle el cuerpo.

—¿No funciona su escáner? ¿Ese que me han pasado tres veces nada menos?

—Por favor, quítese la ropa.

Me quité los pantalones y me levanté la blusa, revelando así mi perfecto vientre de pelota de baloncesto, y la ropa interior de encaje rojo que no sé por qué me dio por ponerme aquel día.

—¿Los hombres que están en el balcón de cristal me vigilan desde allí?, —le pregunté.

—No, no la vigilan.

¿Acaso la mujer que observaba mi cuerpo desnudo y embarazado se avergonzaría de su conducta?

—Vale, puede vestirse de nuevo.

Yo estaba confusa, consternada y furiosa, hasta que, de repente, tuve un momento de lucidez: si los soldados israelíes me estaban haciendo aquello a mí, una periodista del *New York Times* acreditada por el propio Gobierno israelí, que había llamado por anticipado al funcionario de prensa para pedirle con amabilidad que la registraran manualmente, ¿cómo demonios tratarían a una pobre palestina embarazada? ¿O a una palestina que no estuviera embarazada? ¿O a un palestino? La idea me aterrorizó.

Salí de Erez y presenté una queja formal en el Centro Internacional de Prensa de Jerusalén y al Gobierno israelí, a través de la oficina del *Times* en Jerusalén. Más de un mes después de interponer la queja inicial, el Ministerio de Defensa israelí emitió un comunicado contemplando los acontecimientos de Erez, y en un paso sin precedentes para el ministerio, me ofrecieron una disculpa pública por el trato al que me habían sometido.

Igual que en Somalia, cuando sentí que el bebé se movía en mi interior mientras presenciaba el sufrimiento de otros niños, ahora comprendía de una manera nueva, con profundidad e indignación, cómo vivían muchísimas personas en el mundo. Llevaba años viendo aquella realidad, pero de alguna forma, tenía que admitir que mi embarazo y la vulnerabilidad de la maternidad me ofrecían otra ventana para contemplar la humanidad, otro canal de comprensión.

Lukas Simon de Bendern, 28 de diciembre del 2011.

Capítulo 14
Lukas

Lukas Simon de Bendern nació perfectamente sano el 28 de diciembre del 2011, en el hospital
St. Mary's
de Londres, después de más de once horas de doloroso parto. Paul había conseguido un nuevo trabajo en Londres, y nos habíamos trasladado allí solo tres semanas antes del parto.

Mis primeras semanas como madre fueron un torbellino de sueño y amamantamiento, intentando reconciliar mi vida presente con aquella que parecía existir únicamente en un pasado distante. Durante tres meses, por primera vez en mi vida, no hice una sola maleta, ni compré un billete de avión, ni miré Expedia, ni me preocupé por hoteles o trabajos o por noticias importantísimas, ni por quién estaba matando a quién, ni quién moría por un brote de sarampión o cólera en algún remoto rincón del planeta. Mis días eran sencillos, repetitivos: dormía hasta que me despertaba el llanto de Lukas, lo amamantaba, preparaba café, veía programas horribles en la tele y vuelta a amamantar. Vi más telefilmes malos durante el último mes de mi embarazo y la lactancia que los que había visto en toda mi vida anterior. Cada actividad se veía interrumpida por un cambio de pañales y por mi terror a romper al bebé con mis torpes e inexpertas manos. Antes de dar a luz no sabía nada de recién nacidos. No tenía ni idea de qué necesitaban, cómo averiguar si estaban enfermos, cómo vestirlos, cómo pasarle por el frágil cráneo un pelele sin cremallera, y qué ponerle en el clima frío y húmedo del Londres invernal.

Los rituales diarios en torno a los cuales gira la vida de la mayoría de las mujeres del planeta eran también los míos. Y me entregaba a ellos porque, de pronto, el concepto de la rutina no me parecía poco enriquecedor. Tenía aquel bebé que habíamos creado Paul y yo, y sentíamos una alegría y un amor que superaba de lejos

todo lo que habíamos conocido hasta entonces. Nos sentábamos horas y horas en el sofá y mirábamos a Lukas, sin poder creer que hubiera nacido solo de un esperma y un óvulo. Teníamos la sensación de que éramos las primeras personas en el mundo que habían concebido. ¿Cómo podía ser tan gratificante una cosa tan primaria? Entonces comprendí por qué, a lo largo de los años, las mujeres afganas me miraban con tristeza cuando les decía que no tenía hijos. Y asumí, en lo más profundo, que debía atesorar aquellos primeros meses como madre, porque sería una de las raras ocasiones en que podría permitirme a mí misma no hacer otra cosa que amar y cuidar a Lukas, aquel ser diminuto e indefenso que habíamos creado nosotros.

La euforia de la creación en los primeros meses de maternidad llegó a su fin repentinamente una noche de principios de febrero del 2012. Estaba en mi cómodo amparo familiar, alimentando a Lukas, a las cuatro de la mañana, cuando oí que mi móvil de Nueva York sonaba en el bolso que se había quedado en el salón, en el piso de abajo. A esas horas de la noche y en un móvil itinerante, solo podían sonar llamadas de las empresas de tarjetas de crédito o de emergencia, así que le pedí a Paul que me lo trajera. Había docenas de llamadas perdidas y un tema familiar en todos los correos de mi BlackBerry:

> Lo siento mucho.
> Malas noticias.

Anthony Shadid, amigo mío desde hacía muchísimo tiempo, había muerto de un ataque de asma en Siria aquel mismo día. Tyler, que trabajaba con él, se hizo cargo del cuerpo y atravesó la frontera de Turquía, donde la esposa de Anthony, Nada, y su hijo Malik, de dos años, esperaban para recogerlo. Hacía menos de un año habíamos escapado de la muerte por los pelos en Libia. Me enfurecí. ¿Qué estaba haciendo Anthony en Siria tan pronto, después de lo mal que lo habíamos pasado en Libia? Estaba segura de que, de no haberme quedado embarazada, probablemente yo también habría estado allí. Pero era más fácil desear que Anthony disfrutara de una vida convencional, que aceptar en estos momentos su resolución de cubrir Siria a toda costa. Su muerte ponía un espejo al dolor que yo causaba a otras personas con mis decisiones. ¿Cómo era posible que

hubiera muerto de un ataque de asma, precisamente, en medio de una zona de guerra? ¿Quién había escrito esas horribles cartas del destino? Nunca obtendría respuesta a esas preguntas, excepto a una. Sabía por qué él había vuelto a cubrir la Primavera Árabe y otros conflictos bélicos, igual que sabía por qué algún día yo también volvería a cubrirlos. Como nos ocurría a todos nosotros, Anthony lo llevaba dentro, y muy poco se podía hacer para apartarlo por completo de ese camino.

Me dolía el alma por su familia, y sin embargo, yo tampoco podía abandonar el trabajo que estaba tan cerca de mi corazón. Tres meses después de dar a luz, empecé a viajar de nuevo. Acepté mi primer encargo para el *Times Magazine* de Alabama, fotografiando a madres adictas a la metanfetamina. Estar lejos de Lukas era mucho peor que cualquier sufrimiento amoroso, que cualquier distancia de un amante… o de cualquier cosa que había conocido anteriormente. Lloré todo el camino hacia el aeropuerto, durante todo el viaje y hasta la misma mañana en que cargué mis tarjetas de memoria en las cámaras Nikon, coloqué los objetivos en sus fundas, me los puse en torno a la cintura y partí hacia el basto granero de la Alabama rural para visitar a Timmy Kimbrough y a sus tres hijos. A las primeras fotos que hice me olvidé de todo y me sumergí en el trabajo.

Nunca pensé que fuera fácil dejar a Lukas ni a Paul. Yo luchaba, como tantos otros profesionales, hombres y mujeres, para encontrar ese equilibrio perfecto e imposible entre mi vida personal y mi carrera. Inevitablemente, una sufría a expensas de la otra, y cuando volvía de algún encargo, me enfrentaba con el precio de mi ausencia: Lukas corría a refugiarse en brazos de la niñera, en lugar de los míos, o decía «pa, pa» cuando lo llamaba por Skype desde una fortuita habitación de algún hotel en la India o Uganda. El primer año después de dar a luz, asumí encargos que abarcaban desde Misisipi hasta Mauritania, desde Zimbabue hasta Sierra Leone o la India. Intentaba compensar cada ausencia dedicándole mucho tiempo a Lukas, acompañándolo a su grupo de juegos o a su clase de música, a caballo entre dos mundos que no podían estar más separados. Me convencí a mí misma de que me mantendría al margen de la guerra y que adaptaría el trabajo a mi nueva vida como madre. Cuando estalló la violencia en Gaza en noviembre del 2012, noté la familiar urgencia en la boca del estómago que me decía que debía estar allí para documentar las muertes de civiles. Pero me hallaba en Londres. Fui al gimnasio y miré alrededor, convencida de ser la única persona en Notting Hill que deseaba estar en Gaza en lugar de en el Café 202, tomándome un café con leche con un caniche bien esquilado en el regazo.

Aunque era más feliz y me sentía más completa con mi nueva familia de lo que había estado nunca, todavía ansiaba volver al campo de operaciones y cubrir las historias que me afectaban. Pero a diferencia de las épocas anteriores de mi carrera, cuando notaba la necesidad de estar en el centro de cualquier noticia candente para probarme a mí misma como fotoperiodista, ahora me sentía más cómoda rechazando los artículos de más rabiosa actualidad: seleccionaba más los encargos después del nacimiento de mi hijo, sopesando la importancia de cada reportaje en contraste con los días que me mantendría apartada de mi familia. Me ajustaba a los plazos de entrega y necesidades de los editores, pero arañaba tiempo para Lukas entre un trabajo y otro; el equilibrio era posible porque yo trabajaba con editores de confianza que apoyaban mucho mi nuevo papel de madre, y porque tenía un compañero, Paul, que era un padre práctico y defendía a muerte mi trabajo.

Los riesgos que adoptaba tenían un precio mucho más elevado. Todas las noches, cuando metía en la cama a Lukas, pensaba si estaría allí para verlo crecer y pasar de ser ese espíritu puro, un bebé inocente, a convertirse en un niño pequeño, y luego, en un chico, un adolescente y en un hombre. Me cuestionaba por qué nos exponía a nosotros mismos y a nuestra familia restante a esa incertidumbre, pero confiaba en que Lukas entendería mi compromiso con el periodismo algún día, como lo entendía su padre. Antes de dar a luz, no comprendía realmente ese tipo de amor doloroso, agotador, que significaba «haré cualquier cosa por salvar a ese ser humano». Había vivido siempre desafiando al miedo, pero ahora que tenía a mi cargo a ese diminuto ser, pensaba en la mortalidad de una forma distinta: me preocupaba constantemente que pudiera ocurrirle algo, cosa que nunca me había ocurrido respecto a mí. Cuando le daba vueltas a su futuro, esperaba que llevara una vida llena de oportunidades, felicidad y experiencias, como había sido la mía. Mis sueños para mi hijo eran los mismos que me constaba que habían empujado a tantas mujeres en el mundo a luchar por sus familias teniendo todas las coyunturas en contra. Mi experiencia como madre me había dado una comprensión nueva de los sujetos a los que fotografiaba.

Como corresponsal de guerra y madre, había aprendido a vivir en dos realidades distintas. No siempre es fácil trasladarse de un bonito parque de Londres, lleno de niños, a una zona de guerra, pero es lo que yo he elegido. Elegí vivir en paz y dar testimonio de la guerra para experimentar lo peor de la gente, pero recordar la belleza.

Epílogo
Regreso a Irak

A finales del 2012, la guerra de Siria estaba en su apogeo. Para los periodistas era tan peligroso como Libia en el 2011. Si los periódicos enviaban corresponsales, estos iban con la ayuda y el apoyo logístico de un jefe rebelde en particular, y permanecían allí muy poco tiempo. Yo quería cubrir las consecuencias de la guerra civil (lejos del frente), y me ofrecí al *New York Times* para visitar los campos de civiles desplazados. Viajé al Líbano, Jordania y Turquía, y cuando crucé la frontera desde Turquía hasta una Siria arrasada por la guerra, pensé en Lukas y me pregunté si mi amor por él sería capaz de superar mi capacidad de ir a países donde mi destino era tan incierto.

Con un colega, un guardia de seguridad, un conductor y un conseguidor, fui en coche por los bucólicos pueblos del norte de Alepo, situados en la frontera entre Siria y Turquía, con las cámaras guardadas en una bolsa a mis pies y el pelo bien escondido bajo un pañuelo. Contemplaba cómo el paisaje campestre pasaba con rapidez junto a mi ventanilla a medida que atravesábamos pequeños remansos de paz que subsistían precariamente en un país desgarrado por la muerte: unos cuantos granjeros cultivaban los campos, algunos jóvenes hacían cola para cortarse el pelo en la barbería… Pasamos por el pueblo de Tilalyan, controlado por los rebeldes, donde saludamos a varios miembros del consejo municipal, felices al ver periodistas extranjeros que documentaran sus padecimientos. Fotografié a chicos que consumían los días intentando conseguir harina para la panadería, y a profesores en una escuela improvisada que enseñaban entre ataques aéreos. Visitamos un hospital local, atestado de sirios heridos en combate, y de otros pacientes que, simplemente, sufrían enfermedades corrientes que, de repente, resultaba imposible tratar, porque los médicos habían desaparecido o se habían trasladado a los frentes de

combate para ocuparse de los heridos más graves. Era una situación que en el pasado resultaba rutinaria, pero que ahora adquiría un nuevo sentido para mí como madre. Ante cada escena, me planteaba qué sería de Lukas en esa misma situación, o cómo se sentirían esas madres que, de pronto, no podían garantizar la seguridad o el acceso a la comida diaria para sus hijos.

Al final, el reportaje de los refugiados sirios me retornó al norte de Irak, a Erbil, donde había pasado mi primera noche en el país, diez años atrás, para cubrir la guerra entre Estados Unidos e Irak. En lugar de ir en coche a través de las escarpadas montañas cubiertas de nieve entre Irán e Irak, fui en avión hasta un aeropuerto moderno y acristalado en Erbil, y enseñé mi pasaporte, en inmigración, a una mujer kurdo-iraquí muy guapa, de pelo largo y ondulado y las uñas pintadas de rojo.

—¿Ha estado usted aquí antes?, —me preguntó, echando un vistazo a un pasaporte que era prueba sellada de tantos y tantos recuerdos en muchísimos países.

—Sí —respondí sonriendo—. Pero todo ha cambiado mucho. Estuve aquí hace diez años… en el 2003.

—Bienvenida —dijo ella—. Tiene usted un visado de dos semanas. —El Kurdistán iraquí era uno de los pocos sitios de Oriente Medio que permitía la entrada a los norteamericanos.

Salí del aeropuerto y me recibió un familiar estallido de calor seco, como un horno, de casi cuarenta grados, y busqué alrededor a Tim, el corresponsal con el que había trabajado para el *Times*. Estaba allí, con una gorra de baloncesto de los Yankees y detrás de él, Waleed, el conductor con el que había pasado el secuestro de Faluya en el 2004. Parecía mayor, pues se había teñido de negro el pelo y el bigote canosos con un tinte de henna que se había desvaído hasta adquirir un tono rojizo, y aunque su corpachón todavía era de elevada estatura, se había adelgazado ligeramente. Me abrazó y soltó una carcajada.

—*Habibti!* (querida mía). ¡Qué contento estoy de volver a verte!

Lo estreché con fuerza, agradecida de ver una cara familiar y a un amigo, después de tantos años. Me habría gustado conocer qué peaje habrían tenido que pagar él y su familia por la violencia sectaria. ¿A cuántos amigos y miembros de su familia habría perdido? Comiendo el omnipresente kebab, Waleed repasó la lista de compañeros empleados del *Times* desde el 2003 y el 2004 y recitó de un tirón dónde estaban ahora: Basim, en Canadá; Zaineb, en Canadá también; Ali, en Michigan; Jaff, en Nueva York. La guerra en curso había desmantelado la sociedad iraquí, repartiendo vidas y amigos a través del Atlántico y en diversos continentes.

Mientras nos dirigíamos hacia la frontera siria, volví mentalmente al 2003, a lo que era entonces: una joven que quería, nada más y nada menos, que viajar por todo el mundo y documentar la historia de la gente y sus penalidades. Era incansable en mi intención de documentar la verdad con mis fotos y meterme en medio de cualquier situación sin tener en cuenta las consecuencias, creyendo que si mis intenciones eran buenas y me concentraba en mi tarea, todo iría bien. Aunque todavía trabajo con la misma dedicación, me he vuelto más precavida a cada roce que he tenido con la muerte, a raíz de cada amigo que he perdido. En algún lugar del camino, mi mortalidad ha empezado a adquirir importancia.

En el puesto fronterizo de Sahela, a seis horas al noroeste de Erbil, una columna de cuatro mil kurdo-sirios serpenteaba en torno a los valles del desierto, siguiendo un camino de tierra que conecta ambos países. Subí a una colina pedregosa, sin hacer caso del

letrero del Grupo Mine Action que indicaba que aquella zona había estado sembrada de minas terrestres, y busqué una visión más clara del puesto fronterizo. Enfoqué la cámara y, con el largo objetivo, contemplé desde la distancia el paso multicolor de miles de refugiados.

Aquella escena bíblica me quitó el aliento. Se trataba de una guerra distinta, otra guerra y otras gentes desplazadas por el miedo y la muerte. Los kurdo-iraquíes ya no huían a miles de Sadam, sino que daban la bienvenida a los sirios que huían de su propia guerra civil. Fotografié a familias que escapaban con las pertenencias que podían cargar a la espalda, a los ancianos que cojeaban por la desigual carretera, sudando a mares, mientras las madres y los padres jóvenes llevaban a sus hijos en brazos. ¿Cómo sería tener que huir con Lukas? Bajé corriendo de mi puesto en la colina y me dirigí hacia la carretera, pasando entre los refugiados al acercarme al primer control a cargo de kurdo-iraquíes. Hice muchas fotos mientras llegaban; a veces mis hombros rozaban con los suyos, y de vez en cuando bajaba la cámara y ofrecía un *Salaam!* a la inacabable fila de gente.

Muchos me devolvían la sonrisa, llamándome por mi título: *sahafiya*. Periodista. Eso es lo que soy. Eso es lo que hago.

Agradecimientos

Durante casi dos décadas he entrado y salido de diversas vidas en distintos continentes, y el material de este libro no habría sido posible sin la ayuda de muchas personas. Desde mis padres, cuyo apoyo apasionado para que siguiera los dictados de mi corazón y de mis sueños me envió a recorrer el mundo, hasta los editores, fotógrafos y periodistas que me han acogido bajo su protección por el camino, os estoy eternamente agradecida a todos. Incontables hombres, mujeres y niños de todo el mundo me han mostrado valientemente sus momentos más íntimos a mí y a mi cámara. Espero que vuestra generosidad, resiliencia y franqueza ayude a proporcionar fortaleza e inspiración a otras gentes, lo mismo que han hecho conmigo.

No puedo consignar los nombres de todo el mundo, pero aquí están algunos:

Bebeto Matthews, por enseñarme a leer la luz, el arte de la paciencia, la poesía de la fotografía. Joan Rosen, por comprender mi decisión aquel día en la Associated Press en Nueva York. Y Reggie Lewis, por despertarme todas las mañanas en Nueva York, de madrugada, dándome trabajos en los años noventa. Gracias adicionales a Barbara Woike, Aaron Jackson, Cecilia Bohan, Beth Flynn, Jessie DeWitt, Jim Estrin, Patrick Witty y Paul Moakley.

El *New York Times* es una de las principales instituciones periodísticas del mundo; publica algunos de los mejores reportajes y las fotografías al más alto nivel, y yo me siento muy honrada de haber disfrutado de un hogar profesional en ese periódico como fotógrafa autónoma a lo largo de los últimos trece años. Bill Keller: tuviste el valor de telefonear a mis padres tres veces para decirles que no estabas seguro de si conseguiría salir viva, y ahora, siendo madre, no puedo ni imaginar lo duro que fue tener que hacer esas llamadas. Pude cubrir las noticias que creía que se debían cubrir en

zonas de guerra gracias a tu compromiso inquebrantable con aquellos que trabajan para ti, ya sea el personal fijo o los autónomos. Doy las gracias a la editora adjunta de contenidos de fotografía Michelle McNally por ser tan apasionada y entregada, y actuar como madre suplente cuando estoy en el campo de operaciones: nunca te cansas de luchar por esas imágenes difíciles que son duras de mirar, y más duras aún de enviar a imprenta. David Furst: siempre apreciaré tu entusiasmo y compromiso con la buena fotografía, procurando que llegue a las páginas de los periódicos.

David McCraw, William Schmidt, Bill Keller, Susan Chira, Michele McNally, C. J. Chivers, David Furst, y otros que han trabajado incansablemente para que Tyler Hicks, Anthony Shadid, Stephen Farrell y yo fuésemos liberados en Libia: nunca podré acabar de expresaros mi gratitud.

Kathy Ryan, por creer en mis ojos y por introducirme en el mundo de la fotografía para revistas y documentales. Año tras año me animas para que sea mejor fotógrafa, para que piense de una manera creativa, para que enfoque los reportajes de distintas maneras. Eres una amiga muy querida y una editora brillante y previsora.

Kira Pollack, Mary Ann Golon, Jamie Wellford, Alice Gabriner: atesoro vuestra amistad y relación profesional. He sido muy afortunada trabajando con cada uno de vosotros desde el principio de mi carrera, publicando juntos noticias importantes, construyendo amistades duraderas y compartiendo tantas y tantas risas.

El equipo de *National Geographic*, que me ofreció la oportunidad de trabajar con una de las mejores revistas fotográficas del mundo, y que continúa empujándome a contar historias de gran formato con fotos: Sarah Leen, Ken Geiger, Elizabeth Krist y Kurt Mulcher, y a David Griffin, que fue el primero que me introdujo en la revista. Especiales gracias a todos los de la Sociedad National Geographic, que me incluyen en tan prestigiosa empresa para conferencias y exposiciones: Andrew Pudvah, Katherine Potter Thompson, Bob Attardi, Kathryn Keene, Jen Berman y Melissa Courier.

Las personas y fundaciones que, generosamente, me han dado becas para apoyar proyectos a largo plazo, y que han expuesto mi

trabajo: el Nobel Peace Center, Open Society Foundation, Getty Images Grant for Editorial Photography, Ellen Stone Belic Institute for the Study of Women & Gender in the Arts & Media, Visa pour l'Image,
Overseas Press Club, United Nations Population Fund, The Library of Congress y Art Works Projects. Gracias especialmente a Aidan Sullivan, Leslie Thomas, Jean-François Leroy, Sonia Fry, Christian Delsol y Jane Saks.

Uno de los honores más grandes de mi vida ha sido la beca MacArthur: estoy muy agradecida a la Fundación MacArthur por reconocer mi trabajo y recompensarme con el don de la libertad para trabajar, mientras duraba la beca, en historias en las que creía. Este libro no habría sido posible sin su apoyo.

James Salter: gracias por su elocuencia, por permitirme reproducir un fragmento de *Un deporte y un pasatiempo*.

Donovan Robotham: aprecio tu duradera amistad y tu relación de trabajo. Tú has conseguido organizar mis finanzas, ¡incluso cuando no había finanzas que organizar!

Los dos agentes de viajes mejores del mundo, que han estado a mi disposición en todo momento para destinos extraños: Elif Oguz, de Bedel Tourism en Turquía, y Ashu, de Sadhana Travels, en Nueva Delhi. Vosotros me habéis ayudado a llegar a todos esos sitios donde tenía que estar, y cuando tenía que estar.

Las organizaciones que hacen un trabajo importantísimo y valiente en todo el mundo y me han apoyado en el campo de operaciones: Médicos sin Fronteras, Fondo de Población de las Naciones Unidas, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y Save de Children.

Los hombres y mujeres con uniforme del Ejército, la Marina, las Fuerzas Aéreas y los Marines de Estados Unidos: vosotros me habéis ayudado a vivir en territorios hostiles, y me habéis proporcionado una estupenda compañía y un trocito de hogar cuando no había nada que estuviera ni remotamente cerca del hogar. El teniente coronel Bill Ostlund, el comandante Dan Kearney, y los hombres de la 173.ª División Aerotransportada, Compañía de Combate: gracias por vuestra hospitalidad y vuestro valor, y por confiar en la integridad de nuestro trabajo. Vosotros permitisteis sin censurarlas nuestra visión de la vida en el frente, en el valle de Korengal, y

nuestra capacidad para presenciar y grabar la brutalidad de la guerra en Afganistán. El sargento Larry Rougle, descanse en paz. Comandante Jason Brezler, USMC (Marines): gracias por ser un Marine tan admirable y por preocuparse tantísimo de Afganistán y de su pueblo, y por permitirme que lo acompañara en aquel ataque de Nowzad.

Muchísimas gracias a las orgullosas mujeres de uniforme que trabajaban en el frente de guerra mucho antes de que se les permitiera trabajar en él: capitana Emily J. Naslund, USMC; suboficial tercero (CW3). Jesse Russell; teniente del cuerpo de enfermeras de EE. UU. Amy Zayzeck; comandante (CDR). Rupa J. Dainer y sargento mayor Julia Watson.

Todos los intérpretes y conductores valientes y entregados: no podría haber informado ni fotografiado ni una sola noticia sin vosotros. En Afganistán: Jamila y Saida Emami, Arif Afzalzada, Abdul Waheed Wafa y Zeba Alem. En la India: Jaideep Deogharia, Abhra Bhattacharya, Pradnya Shidore y Vinita Tatke. En Irak: Sarah Aldhfiri y Sami al Hilali. La gente de *New York Times* en Irak, incluyendo a Abu Malik, Warzar Jaff, Zainab Obeid, Qais Mizher, Husham Ahmed, Waleed al Hadithi, Jalid Husein, Ayub Noori y Yerevan Adham. En el Líbano: Husein Alameh y Waleed Kurdi. En Sierra Leona: Hawa Cawker. En Sudán: Waleed Arafat Ali.

Sebnem Arsu, Lubna Husein, Leena Saidi, Ranya Khadri, Sarah Aldhfiri: mis pilares femeninos en la región. Sencillamente, os adoro. Vosotras habéis hecho que en cada trabajo en Turquía, Arabia Saudí, el Líbano, Jordania e Irak me sintiera como en casa.

Tyler Hicks, amigo, incansable fotoperiodista lleno de talento y de principios: gracias por tu compañerismo y por animarme en los oscuros días de Libia. Todos aquellos pequeños gestos me ayudaron a salir adelante. Stephen Farrell y Anthony Shadid: gracias por vuestra calma y serenidad, por encontrar humor en la debilidad, y por permanecer fuertes y centrados en Libia el tiempo suficiente para evitar que se nos desbocara la imaginación, porque habríamos acabado fatal.

Todos mis colegas, que me han proporcionado la mejor compañía en el campo de operaciones y que se han convertido en una familia a lo largo de los años: Ivan Watson, Samantha Appleton, Moises Saman, Tyler Hicks, João Silva, Michael Robinson Chavez,

Michael Goldfarb, Spencer Platt, John Moore, Franco Pagetti, Michael Kamber, Quil Lawrence, Bryan Denton, Nichole Sobecki, Paula Bronstein, Kate Brooks, Stephanie Sinclair, Ruth Fremson, Anastasia Taylor-Lind, Carl Juste, Opheera McDoom, Newsha Tavakolian y Thomas Erdbrink. Y Monique Jaques: gracias por estar siempre ahí para organizar mi vida y mis imágenes. Un agradecimiento especial a Bryan Denton, Michael Goldfarb, Kursad Bayhan, Chang W. Lee, Bruce Chapman y Landon Nordeman por compartir vuestras fotos conmigo para este libro.

Los fotógrafos de la agencia VII Photo: ha sido un privilegio trabajar con vosotros y ser compañera vuestra. Me ayudasteis a crecer como fotógrafa y como artista.

Me siento muy honrada de haber trabajado con tantos excelentes corresponsales, algunos de los cuales han sufrido la desgracia de tener que levantarse repetidamente a las cinco mientras yo buscaba la luz dorada de la mañana: Lydia Polgreen, Dexter Filkins, Tim Weiner, Alissa Rubin, Rod Nordland, Carlotta Gall, Ann Barnard, Jim Yardley, Elisabeth Bumiller, Sabrina Tavernise, Anthony Shadid, Kirk Semple, Richard Oppel, Bobby Worth, Kareem Fahim, Joe Klein, Aryn Baker, Anthony Loyd, Sara Corbett, Andrea Elliott, Jon Lee Anderson y Marion Lloyd.

Dexter Filkins e Ivan Watson: estaré eternamente agradecida por vuestra compañía y cuidados en Pakistán, después del accidente. Sois los mejores hermanos suplentes del mundo y los amigos más leales que se pueda pedir.

Kathy Gannon: has sido enormemente generosa a lo largo de los años con tus conocimientos, contactos y hospitalidad en Afganistán. Hace catorce años, me ayudaste a conseguir mi primer visado para entrar en ese país, cuando todavía estaba bajo el gobierno de los talibanes, y a partir de ahí abriste la puerta a gran parte de mi carrera profesional y a mis viajes personales.

Elizabeth Rubin: una compañera de fechorías valerosa y divertida en algunos de los lugares más opresivos del mundo. Tú has sido mi modelo durante muchos años, en tu incansable persecución del artículo y con tu pasión, humor e ingenio.

Ruth y Larry Sherman: vosotros cambiasteis el curso de mi vida con aquella invitación a la India, hace tantos años. Barbara Tuozzoli: gracias por acompañarme a la sala de revelado, aquellos

primeros días. No hubo nada más bonito, entonces, que ver aparecer la imagen bajo la luz roja. Roxanne, Joseph y Fabiana: vosotros me proporcionasteis muchos años de risas y de amor, y siempre seréis parte de mi familia.

Estoy muy agradecida por la duradera amistad de Tara Subkoff, Jordi Getman, Gabrielle Trebat, Desa Philadelphia, Riva Fischel, Katia Almeida, Sigalle Feig, Alyssa Norton, Cleo Murnane, Lisa Deroy, Vineta Plume, Angela Lekkas y Candace Feit.

La gente de Estambul, mi familia en Constantinopla: Madeleine Roberts, Ansel Mullins, Ivan Watson, Jason Sanchez, Behzad Yaghmaian, Suzy Hansen, Paxton Winters y Karl Vick.

A Anthony Shadid, Marie Colvin, Tim Hetherington, Chris Hondros, Jalid Hasan, Marla Ruzicka, Raza Khan, Mohamed Shalgouf y Anja Niedringhaus: descansad en paz.

Amanda Urban: tu entusiasmo fue lo que me convenció para escribir este libro. Tú me ayudaste a elaborar una vaga idea y a hacerla realidad. Gracias por creer en mí y por llevarme de la mano en cada etapa del camino.

Ann Godoff: siempre te estaré agradecida por emprender este proyecto. Tú me inspiraste a escribir gracias a tu visión del libro, por reconocer mi voz esos primeros días y por ayudarme a dar forma a mi pesado manuscrito y a convertirlo en un texto coherente. Gracias a Claire Vaccaro por aportar tu ojo creativo al diseño, a los editores adjuntos William Carnes y Sofia Ergas Groopman, por vuestra ayuda y paciencia con todos mis cambios de última hora, a Yamil Anglada y Sarah Hutson por asegurarse de que el libro saliera, a Gillian Brassil por tu meticulosa comprobación de todos los hechos, a Darren Haggar, por el diseño de la cubierta, y a Matt Boyd, Brittany Boughter, Kate Griggs y Candy Gianetti por lo mucho que habéis trabajado en este proyecto.

Suzy Hansen: sencillamente, no podría haber hecho esto sin ti. Eres una auténtica amiga, una amiga estupenda, una gran editora, escritora y compañera. Tú me impulsaste a escribir con tus preguntas, me hiciste revivir experiencias que había guardado en lo más hondo de mí. Eres compasiva, sabia y perspicaz, y te estaré eternamente agradecida y te honraré por embarcarte en este viaje conmigo.

La maravillosa familia de Paul: Simon de Bendern, Kass Miskin,

Ethel de Bendern, Emma y Neil Simmons (para nombrar a algunos de ellos): gracias por abrirme los brazos, y por ser la familia más increíble y cariñosa del mundo, además de la mía. A las matriarcas, mis dos abuelas, Nonnie y Nina, que, con cien años una y noventa y siete la otra, continúan inspirándome cada día con su fuerza, sabiduría y resiliencia. Mis hermanas, Lauren, Lisa y Lesley: sois mis mejores amigas y un modelo para mí, y estáis conmigo allá donde voy. Vuestros maridos, Chris, Joe y Jer: no hay muchos hombres que puedan aguantar a las cuatro mujeres Addario, y gracias por ser un añadido a mi familia tan maravilloso. Mi madre, Camille Addario, que nunca deja de sorprenderme con su amor, su infinita generosidad y su capacidad de superar las adversidades: espero ser capaz de reproducir una cuarta parte de todo esto algún día. Mi padre, Phillip Addario, y Bruce Chapman: seguís enseñándome cómo ser fiel a mí misma y cómo construir y mantener una relación duradera y amorosa. Mi familia me ha dado la fuerza para superar todas y cada una de las adversidades de la vida.

Paul, mi verdadero amor: nunca imaginé que podía encontrar algún día al compañero perfecto, que encajara sin esfuerzo alguno en el caos de mi vida. Tú me mantienes anclada en la realidad y me animas también a abrazar mi pasión por este trabajo sin dejarme hundir en la oscuridad del mundo. Eres desinteresado en tu amor y tu apoyo, y estoy muy agradecida por cada uno de los días que compartimos. Tú me haces mejor persona.

Lukas, mi maravilloso ángel: tú me has dado una inconmensurable cantidad de alegría y amor cada día. Eres el mejor regalo que se podría desear, y lo único que espero es que podamos darte la vida y las oportunidades que mis padres me dieron a mí.

Lynsey Addario es fotoperiodista para medios como *The New York Times, National Geographic* y la revista *Time*. Ha cubierto varios conflictos en Afganistán, Irak, Líbano, Darfur, el Congo, Oriente Medio y el sur de Asia. Ha recibido el Premio Pulitzer como Reportera Internacional por sus fotografías del mundo talibán; en 2015 ganó el Premio Internacional de Periodismo que otorga el diario *El Mundo* en nuestro país. En 2010 fue nombrada una de las mujeres más influyentes por el Oprah
Winfrey's
Power List, y la American Photo la eligió como una de las cinco fotógrafas más importantes de los últimos veinticinco años. *En el instante preciso* será llevada al cine por Steven Spielberg, con Jennifer Lawrence como protagonista.

[1] En español, en el original. *(N. de la T.)*. < <

[2] En español, en el original *(N. de la T.)*. < <